La chica de mis sueños

Serie Destino – Parte 1



Natalí Navarro

La chica de mis sueños

Serie Destino – Parte I

¿Qué pasa cuando ves a la chica
que te visita cada noche en tus sueños?

Natali Navarro

ISBN: 9798386985011
Sello: Independently published

Título: LA CHICA DE MIS SUEÑOS

Cubierta: Lily Vainilla
Maquetación: Sandra García @correccionessandrag

A los chicos de mis sueños.
Mis tres Pavones.

Lista de reproducción

- Bam Bam - Camila Cabello y Ed Sheeran.
- Don’t Stop Me Now - Queen
- Ella - Bebe
- Libertad - Nil Moliner
- Voy a pasarmelo bien - Hombres G
- Solo si es contigo - Bombai y Bebe
- Happy - Pharrell Williams
- Las 12 - Ana Mena y Belinda
- I’m Good (Blue) - David Guetta y Bebe Rexha
- Calma - Nil Moliner
- Mon Amour - Zzoilo y Aitana
- Erotica - Madonna
- ADMV - Maluma

Escúchalas en Spotify

Capítulo 1



Inspiro profundo. Vuelvo a intentarlo, pero el aire no inunda mis pulmones. Es tan grande el ahogo que siento, que coger aire me desgarra por dentro. No creo poder volver a respirar con normalidad nunca más. Estoy totalmente roto. La tristeza que siento es enorme. La pena va arrasando todo mi ser, se está apoderando de todo lo que soy y me está llevando a un abismo, en el que solo existe la amargura, el desamparo y, lo peor de todo, la soledad.

Me arrodillo y saco de la bolsa dos de las cosas más importantes de mi vida. Parece ridículo que hayan llegado hasta aquí en una simple mochila, una que uso a diario. Una que no tiene ningún valor, que está vieja y trotada, pero que ahora, carga con gran parte de mi vida.

Está amaneciendo en la ciudad Condal. Las vistas desde este rinconcito de la *Serra de Collserola,* en la zona de la Rabassada, son impresionantes. Todo el cielo está teñido de colores violetas y naranjas, y de entre las nubes empiezan a asomar los primeros rayos de sol, creando una luz casi divina. Desde aquí, se aprecia la geometricidad de las calles de Barcelona, como delimitan cuadrados

casi perfectos, creando un curioso *tetris* de edificios. Al fondo, la playa y el puerto, que sirven de punto de unión de la capital con el mar Mediterráneo. Otorgando a Barcelona un contraste precioso entre la salvaje naturaleza del mar y la montaña, y la sofisticada y majestuosa ciudad.

A ella le fascinaba venir aquí. Decía que Barcelona enamoraba desde todas sus perspectivas, pero que desde aquí arriba cobraba una magia especial. Le encantaba despertarnos a las seis de la mañana para venir; siempre lo hacía con las mismas palabras. «Vamos, que hoy también va a salir el sol del mar Mediterráneo, pero hoy lo hará en especial para nosotros». Acompañada de esa sonrisa sincera y llena de vida que tenía, me despertaba despeinando mi cabello.

Aun cuando crecí y me fui de casa, me llamaba por teléfono y nos encontrábamos todos aquí. Daba igual si estaba fuera, y miles de kilómetros nos separaban, lo importante era sentirnos cerca. Cierto es que no era lo mismo, pero sus videollamadas conseguían que me sintiera un poco más cerca de casa, del hogar. El crepúsculo siempre nos conectaba.

No sé cómo lo hacía, pero siempre que veníamos a ver el amanecer, era espectacular. Mi padre decía que quien lo hacía espectacular era ella. Decía que su magia y belleza eran tan abrumadoras que ni el astro sol osaba a decepcionarla. Tenía tanta razón. Ella era un sueño hecho mujer. Era increíblemente hermosa, y enamoraba a todos con su calidez, su bondad y su risueño carácter. Siempre te miraba con sus preciosos ojos verdes achinados y llenos de pequeñas arruguitas formadas por su incansable sonrisa, en los que podías ver cómo amaba la vida, pero, sobre todo, podías ver cómo de intenso podía ser el amor que tenía dentro cuando miraba a mi padre. Se han querido tantísimo. La palabra enamorado queda pequeña para describir lo que mi padre sentía por ella. Después de muchos años llegué a la conclusión de que nadie podía quererse tanto como lo hacían ellos. Ella era nuestra vela, la que se izaba siempre que necesitábamos encauzar nuestro camino. Y mi padre manejaba el timón; eran un tándem perfecto.

Intento centrarme, y apartar por un momento los recuerdos, he de hacer esto antes de que amanezca por completo. No es legal lo que voy a hacer, pero que le jodan a lo legal. Tampoco debería permitirse que les pasen cosas horribles a personas buenas, y aquí estoy. Así que lo pienso hacer. Ellos se merecen estar aquí, en su lugar favorito del mundo.

—Quim, estoy aquí.

Es la voz de Alex. No me giro. No le contesto. No lo hago porque ahora mismo no puedo articular palabra. Pero saber que está conmigo me reconforta. No le he dicho donde, ni cuando, pero de algo ha de

servir llevar toda la vida juntos.

Alex vino muchas veces a ver el amanecer con nosotros. Le encantaba traernos churros bien grasientos y chocolate desecho, para chinchar a mi madre y sabotear el pícnic nutritivo y sano que solía traer ella. Reíamos todos, cuando empezaba con su zumo de naranja y fruta cortada, y acababa siempre devorando los churros y relamiendo sus dedos llenos de chocolate. Enfadada le reprochaba que no era sano, pero que no podía resistirse a semejante manjar. Mi padre la miraba de reojo, acechándola, y en cuanto veía que la comisura de su labio quedaba manchada de chocolate, se lanzaba sobre ella y lo lamía. Ella moría de la risa con sus besos. Está claro que siempre se manchaba con intención, le encantaba que mi padre la besara y abrazara. Nosotros los mirábamos embobados, con una sonrisa en los labios ansiando nuestro momento, y cuando menos lo esperábamos, ambos se lanzaban a por nosotros bañando nuestros jóvenes rostros de besos.

Me centro en abrir la urna. Es sencilla, la verdad no presté mucha atención en su elección. Creo que Alex fue el que tomó casi todas las decisiones con respecto al velatorio, ¿o fui yo? No lo recuerdo. Solo pedí una cosa, debían acabar los dos juntos en la misma urna, mezclados, unidos. El resto de cosas son una nebulosa, amigos, familia e incluso desconocidos, vinieron a darme el pésame. Menos mal que Alex se mantuvo a mi lado todo el tiempo. Llevo cuatro días en shock.

Me pongo de pie y me acerco al abismo. Meto una mano en la urna. Al sacarla aprieto fuerte el puño, con rabia. Ya no veo nada, mis acuosos ojos lo emborronan todo. No sé cuánto rato llevo con el brazo extendido, ¿segundos, minutos, quizá horas? No lo sé.

Una mano, grande y cálida, descansa en mi hombro. Alex, con voz calmada, vuelve a recordarme que está aquí. Entonces, los dejo ir.

Extiendo los dedos y un remolino de viento los recorre, llevándose con él a mis padres. Llevándose parte de mi ser, de mi alma, de mi yo.

Repito esto hasta que la urna queda como yo me siento, vacía. Ya no están, su falta se hace más real.

—¡Ahhh! —grito, grito y grito.

Hasta que mis cuerdas vocales se rompen y la voz ya no tiene fuerza. El aire no recorre mi garganta, creando un silencio agónico, un sonido estrangulado. Es lo último que emito en mi esfuerzo por gritarle al mundo lo horrible que puede llegar a ser, lo injusto que es.

Me dejo caer agotado, y mis rodillas golpean con fuerza contra el suelo. Lloro sin parar. Lloro. Como un niño. Lloro destrozado, quebrado.

***

—Quim, necesitas descansar, hace horas que estamos aquí.

Escucho lo que me dice, claro que lo hago, pero el sonido de su voz llega de algún lugar lejano.

Solo ella sobrevivió al accidente. El airbag la salvó. Pero mis padres, en los asientos traseros, no tuvieron tanta suerte. Intento ignorar ese pensamiento, pero no puedo, con él se vuelve a abrir la puerta del recuerdo. Imágenes de ese día se repiten. Me taladran sin parar. Veo como el coche impacta una y otra vez. Escucho a mi madre gritar los nombres de mi padre y el mío un segundo antes de que todo se vaya a la mierda. Y… ¡Boom! El sonido de la carrocería crujiendo con el choque, el olor a quemado. Hay mucho humo y no veo si ellos están bien. La nube negra me impide respirar, me estoy ahogando.

La voz de Alex se mezcla con el sonido del caos que tengo en mi recuerdo, está a mi lado, pero mi cuerpo lo siente a kilómetros. Intento respirar y moverme, pero no puedo, todos los músculos están entumecidos. No consigo reaccionar. Solo se repiten esas horribles imágenes. El corazón rebota contra mi pecho martilleando con fuerza. Sé que no estoy bien. Alex intenta que le preste atención, pero todo se está oscureciendo. Es un fundido total.

***

La poca luz que hay en la estancia araña mis ojos. El dolor de cabeza es horrible. Cuando consigo enfocar la visión, lo primero que veo son unas paredes blancas y un pequeño televisor colgado en el centro de una de ellas. Solo hay un lugar que huele así, y tiene una decoración como esta, estoy en un hospital. Algo se mueve cerca de mí y, al girarme, veo a Alex. Su mirada confirma lo preocupado que está. Intento incorporarme, pero el dolor de cabeza es atroz.

—No te muevas, enseguida llamo a las enfermeras —dice mi mejor amigo acercándose a la cama y pulsando el botón que hay al costado de esta.

Está agotado. Los surcos morados que rodean sus ojos dan evidencia de ello. Una barba descuidada, muy impropia en él, cubre parte de su rostro.

—¿Qué ha pasado? —Estoy afónico.

—Quim, estás en el hospital. —Su tono de voz es calmado, como de costumbre.

Con un simple gesto de cabeza entiende que necesito que continúe con su explicación.

»Me has asustado mucho, cabronazo. Después de varias horas en silencio tu respiración se aceleró, tu cuerpo se tensó y no conseguía que respondieras. Te quedaste en shock. No sabía qué hacer, y al final llamé a emergencias. Una ambulancia te trajo hasta aquí. Llevas durmiendo desde ayer.

—¡Buenos días, Quim! Soy la doctora Blázquez, psiquiatra y

especialista en TEPT —saluda alegre y con una dulce sonrisa al entrar en la habitación.

La reconozco al instante, tiene un rostro bello y difícil de olvidar.

—¿Qué tal has despertado de tu siesta? —pregunta guiñándome un ojo—. ¿Cómo te sientes?

—Tengo mucha sed. —Me ofrece un vaso de agua con una cañita.

—La afonía es normal. ¿Te duele algo?

—La cabeza.

La voz tiene un poco más de ligereza después de beber, aunque sigo con la ronquera. Mientras tanto siento como la camilla se va incorporando poco a poco. De un modo natural, va comprobando mis constantes y haciendo un pequeño reconocimiento.

—Quim, has sufrido un trastorno de estrés postraumático (TEPT). Es algo habitual en situaciones como la tuya. Pero tranquilo, vamos a ayudarte y estar a tu lado.

No tengo claro si ella me ha reconocido, pero ahora mismo tampoco lo veo relevante. Solo miro a Alex, que sigue a mi lado. Como siempre. Hábil y conocedor de lo que ahora mismo necesito, interviene:

—Dra. Blázquez, ¿puede irse ya a casa?

Es por eso que siempre lo quiero cerca. Sabe leerme. Ahora mismo lo único que quiero es largarme de este lugar.

—¿Y usted es? —pregunta la doctora con tacto, extendiendo su mano para estrechársela.

—Es mi hermano —respondo antes que él.

Nos observa y asiente con la cabeza.

—Voy a prepararte el alta médica, pero solo con una condición. Vendrás a consulta dos días a la semana. Y no es una pregunta, esto no va de querer o no querer, esto va de tu salud física y mental.

Dicho esto, se gira e indica a Alex con un pequeño gesto de cabeza que le acompañe fuera de la habitación.

Sus voces se cuelan por la pequeña obertura de la puerta.

—Su amigo, porque es evidente que no es su hermano, tiene un trastorno de estrés postraumático (TEPT). Esto puede ocasionar considerables problemas en situaciones sociales o laborales y en las relaciones. También pueden interferir con su capacidad a la hora de hacer sus tareas habituales. Si en algún momento tiene pensamientos suicidas o vuelve a entrar en shock, llámeme. En breve, la enfermera le traerá el alta y unos medicamentos para paliar el dolor de cabeza y mejorar su estado.

Entonces, escucho susurros y veo como la puerta se entorna. Intento aguzar el oído. Pero ellos no quieren que los oiga. No me gusta nada que me oculten cosas. De todos modos, ahora mismo lo último que me apetece es hablar y preocuparme por la conversación que

están manteniendo. Solo quiero irme a casa.

Capítulo 2



Despertar y sentir esta paz. Este silencio. Esta soledad. Es un auténtico lujo. «Pues deberías estar sola, pero de verdad». Me recrimina mi conciencia. Y aunque me fastidia un montón, así debería ser. Es algo que sé, tengo claro que ha de ocurrir, solo que aún no he sido capaz de llevarlo a cabo. Sigo aquí anclada. En mi piso, porque este siempre ha sido MI piso, aunque él se empeñe en hacerme creer que es más suyo que mío.

Aparto ese pensamiento y voy directa a por el mejor momento del día. No tengo ganas de volver a lo de siempre. Voy a aprovechar los regalos que da la vida. Y este es un regalazo. Ese que disfruto más que nada cuando despierto sola en casa un par de sábados al mes.

Entro en la pequeña cocina y siento que parte del cielo está aquí. Los armarios son de un color azul claro y el resto todo blanco. Cuando vi el piso por primera vez me enamoré de esta estancia. Me recuerda a esos cielos de verano con grandes nubes de un blanco nuclear, de esas en las que te lanzarías de lo esponjosas que parecen. En la pequeña isla decidí poner un par de taburetes amarillos, son el toque perfecto.

Sirvo el café bombón de cada mañana. Es un auténtico vicio. Podría tomar leche condensada a cucharadas para el desayuno, la comida y la cena. Pero al parecer no es una dieta equilibrada. Así que me conformo con ponerle un chorrito —bien generoso— al café, y de este modo lo convierto en un café bombón. No me digas que solo con el nombre no se te hace la boca agua. Cada vez que pienso en el cafelito dulce y cremoso me convierto en *Homer Simpson* y babeo igualito que él ante una *Krusty Burger*.

Abro Kindle y busco la última novela que estoy leyendo. Me encanta leer, en especial novelas románticas en las que un guapísimo *tiarrón*, cachas y sexy, empotra a una dulce chica y la convierte en su fantasía hecha realidad. Sí, soy adicta al sexo escrito. Antes también lo era con el físico, pero ahora, cuando ocurre, solo deseo que acabe rápido. Las pocas veces que consigo llegar al orgasmo sin fingir, son gracias a este gran invento de la humanidad, las novelas eróticas. Y bueno, a mi *grandisísima* imaginación. Una a la que no quiero desmerecer, porque tiene un papel de vital importancia en mi vida sexual. No digo que no me guste el sexo, me encanta. ¡Joder! ¿A quién no? Pero solo el que es realmente bueno, y eso hace mucho tiempo que no existe en mi aburridísima vida íntima. Quizá, debería ser un poco sincera conmigo misma y reconocer, que «mi vida sexual» —léase parte de la ironía en estas palabras— siempre ha sido, cómo decirlo, mediocre. O al menos no se parece nada a la que viven los protagonistas de las novelas. Doy gracias a Dios, Buda e incluso a Alá… o cualquier Dios omnipresente por crear a Manu. Mi salvador. Un ser todopoderoso y creador de multiorgasmos. Una lástima, que solo sepa succionar mi pepita. Manu siempre está dispuesto y jamás falla. Por eso mismo lo bauticé como Manu, porque siempre lo tengo a mano. No me juzgues, si estuvieras en la misma situación, también tendrías un consolador, y lo más importante, uno silencioso que puedo usar de manera discreta. Porque como él se entere, voy lista.

Inhalo el aroma que me regala la preciosa tacita blanca de desayuno llena de lunares de colores, y gozo. El olor me gusta tanto que un pequeño gemido se me escapa y salivo de anticipación, antes de dar un largo sorbo. Primero el dulzor y por último el sabor amargo, la mezcla perfecta. Cremoso y cálido. Sublime. No exagero. Con el tiempo he aprendido que las pequeñas cosas de la vida he de tomarlas como si fueran grandiosas. Así consigo paliar todas las mierdas que aguanto.

Durante un buen rato disfruto del libro, dejo que las letras se apoderen de todos mis pensamientos y solo fluya la historia en mi mente. En algún momento despierto de la ensoñación, y miro el reloj.

—¡Mierda! Tarde otra vez —grito.

Recojo rápido la taza y salgo corriendo a la ducha. Voy todo lo

veloz que puedo, pero justo cuando estoy envolviendo mi cuerpo en la mullida toalla, llaman al timbre.

Abro y sonrío ante la imagen. Mi preciosa amiga, Neus, ha borrado de un plumazo su dulce sonrisa de dientes blancos y perfectos, para arrugar su entrecejo y sus morritos, en muestra de gran enfado. Parece una niña pequeña a la que le acaban de quitar su piruleta. Solo le falta patear con una pierna contra el suelo.

—No me lo puedo creer. ¿En serio?

—Hola, Neus.

Ignoro su enfado y le doy un fuerte abrazo al que añado un beso en su mejilla. Al apartarme, su expresión vuelve a ser la de la dulce amiga que tanto quiero.

—La poca vergüenza que tienes, no tiene precio —dice entrando en el piso como si fuera suyo, y cerrando la puerta tras ella—. ¿Cómo puedes estar aún envuelta en la toalla y con esos pelos de loca? Un despeinado, que, para colmo, te queda hasta bien. Encima, te aprovechas de tu mayor poder para disuadirme.

Una petulante sonrisa puja por salir de mis labios y me hago la tonta.

—¿Qué poder?

—Ese que tienes de amansar a las mayores fieras con tus abrazos y besos. Un día, eso no te servirá y tendrás que lidiar con toda mi furia por hacerme esperar siempre.

Sin poder evitarlo estallamos en carcajadas.

Es cierto que Neus es una fiera, con todas sus letras, pero eso es algo que solo se descubre si la conoces bien o si practicas sexo con ella. Yo solo entro en la primera categoría. En líneas generales, ella siempre es dulce, delicada, complaciente, sonriente… y un sinfín más de adjetivos que la catalogan como una de las mejores y más bellas personas del mundo. Mi suerte al toparme con ella es inaudita. Jamás pensé que tras descubrir que estaba con una persona odiosa, iba a conocer a una grandiosa. Cuando hace dos años apareció en mi vida, fue como un ángel, algo sobrenatural. Al menos yo lo sentí de ese modo.

Una noche de invierno, de esas de temperaturas glaciales, me encontraron en estado hipotérmico, sentada en lo alto de una azotea. Convulsionando debido a las bajas temperaturas y con un grave estado de shock postraumático.

Al parecer un chico, o como lo llama Neus, «el Dios que bajó a la tierra para rescatarme» —sí, también exagera con frecuencia—, me salvó. Lo único que me ha contado es que el tal Dios me vio y decidió observarme durante un rato, ya que no le pareció muy normal ver una loca con las piernas colgando de un bloque de cinco pisos. Era una noche de invierno, en la que la habitual humedad de Barcelona calaba

aún con más intensidad de lo normal. Mi Dios no dudó en subir y saltar sobre mí, para evitar que fuera yo la que diera un salto al vacío. Si me habló o preguntó algo, no lo recuerdo, no recuerdo ni su cara. Solo tengo *flashbacks*. El que más se repite es el de unos ojos verdes aguamarina con largas y espesas pestañas. Todo lo demás está turbio.

Tras bajarme del alféizar, todo pasó a gran velocidad. Un equipo médico apareció de la nada y me subieron a una ambulancia.

—¿Se pondrá bien? ¿He llegado a tiempo? —preguntó una voz profunda y varonil.

—Ahora lo importante es conseguir que recupere la temperatura corporal, tiene un grave estado de hipotermia, su respiración es superficial y el pulso débil —explicó el sanitario que me atendía.

Después, las puertas de la ambulancia se cerraron, y mi mente se apagó.

Cuando desperté, estaba en una cama de hospital, con dos costillas rotas, el labio partido y con mil kilos de mantas encima.

El culpable de todo aquello estaba sentado a mi lado, con su mano sobre la mía y los ojos hinchados. Unos que lloraban sin parar.

—Por fin estás despierta. ¿Cómo estás, mi amor?

«¿Mi amor?». Me pregunté más asustada que nunca en mi vida. No podía contestar. Las palabras no tenían fuerza para salir de mi garganta. Estaba bloqueada. Enseguida reconocí el lugar, y pequeñas imágenes me recordaron porque estaba allí. Aunque eso no impedía que despertar con él al lado no fuera un tremendo impacto.

—Voy a avisar a los médicos, no te muevas, cariño.

«¿Cariño?». La cabeza me daba vueltas. «¿Es esto una broma de mal gusto?», pensé mientras buscaba la cámara oculta. La rabia empezó a calentar mi estómago al descubrir que no había ninguna. Eso incrementó la amenaza de estallar, y vomitar toda la furia que estaba conteniendo. Por suerte, la puerta se abrió y apareció mi ángel.

—Buenos días, Chloe, soy la Dra. Blázquez, psiquiatra del Hospital Universitario Valle de Hebrón. ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días, doctora, soy Juan, el prometido de Chloe.

Fue tal el impacto al escuchar a Juan decir que era su prometida, que creo que se escuchó crujir todas las vértebras de mis cervicales del giro de cabeza brusco que tuve que dar para mirarlo. Abrí tanto los ojos, que salieron de sus cuencas acercándose a la cara de Juan, para poder verificar de cerca que era él el que acababa de decir eso.

La doctora detectó mi incomodidad de inmediato y fue muy hábil y rápida.

—Un placer. Por favor, puede esperar fuera mientras le hago un reconocimiento general a Chloe. Cierre al salir.

Juan se quedó con cara de atontado, más de la que suele lucir. Pero obedeció al instante. Mientras, ella se giraba a prestarme toda su

atención. Cuando su tierna mirada se encontró con la mía de pánico, guiñó un ojo y continuó con su trabajo a la vez que me iba explicando todo.

—Chloe, estás aquí porque has sufrido un trastorno de estrés postraumático y una grave hipotermia. Pero no te preocupes, vamos a cuidar de ti.

Quizá fue su última frase o el sonido de la puerta al cerrarse, y verificar que estábamos las dos solas, pero las lágrimas cobraron vida propia y decidieron surcar mis mejillas sin control. Poco a poco un dolor horrible se apoderó de mi corazón y lo retorció con fuerza. Los hipidos del llanto eran incontrolables, me estaba rompiendo. Sentí como unos brazos me rodeaban y abrazaban con firmeza.

—Tranquila, todo saldrá bien, voy a estar a tu lado para asegurarme de ello.

Y ahí sigue, a mi lado, dos años después. Neus me salvó ese día. Cuidó de mí todo el tiempo que estuve ingresada recuperando el estado físico. El emocional, aún lo estoy trabajando. El día que me dio el alta fue muy clara.

—Sales del hospital, pero no vas a salir de mi consulta y mucho menos de mi vida. Sé que soy tu psiquiatra, y no debería tener relaciones personales con los pacientes. Pero, así son las cosas. —Su preciosa sonrisa iluminó la estancia—. Vamos a continuar con nuestra amistad, y como soy tu amiga, voy a asegurarme que vayas a todas tus sesiones semanales con tu fabulosa y divina psiquiatra. —Reí.

Todavía hoy, consigue sacarme una risilla con su humor.

No tengo claro qué es lo que le dijo a Juan, pero estoy segura de que algo fue. Estaba muy distinto cuando volví a casa. Me pidió perdón mil veces, cada vez que lo hacía lloraba angustiado. Hablamos y decidimos dejar pasar tiempo. Durante una temporada, nuestra relación fue impersonal, éramos como dos compañeros de piso. Nos respetábamos.

Dormíamos en la misma cama, ya que solo hay una en el piso. Los gastos también eran compartidos, incluso la mesa para comer y cenar. Pero nada más que eso. Al contrario de lo que puedas pensar, yo tenía muy normalizada esa situación. Juan era el único hombre con el que he estado y me sentía cómoda en lo conocido, porque sabía a lo que atenerme. Sabía qué podía esperar de él, y lo más importante, sabía exactamente todo lo que ya no esperaba. Eso creó un extraño sosiego, una rara paz, con la que conviví tranquila mucho tiempo.

Trabajamos en la misma empresa, sí, en la misma, para más inri. Yo en las oficinas, en el departamento de recursos humanos, y él en el almacén logístico como carretillero. Tras un mes de mi alta médica, dijo que como las cosas parecían estar mejor —véase el cinismo en esa frase—, quería pedir por fin un cambio de horario. Siempre quiso

trabajar de tarde para poder dormir por la mañana. «Era y es, como una jodida marmota. Así se está poniendo, porque eso de felicidad no tiene nada», me reprocha mi cabecita.

Fijó el turno al de tarde. Así que, desde entonces, me sigo levantando a las seis de la mañana, para poder disfrutar de mi café bombón sola en la cocina, mientras él hiberna.

Lo cierto es que me encanta no tener que cruzarme con su mal carácter matutino. Salgo muy temprano de casa, para poder coger las dos líneas de metro y hacer los veinte minutos andando que tengo hasta llegar a la oficina. Nunca he querido trabajar en esta empresa. No es que esté mal, es que está muy lejos de casa, tardo casi una hora en llegar.

Juan siempre va en coche. Pero yo no tengo. Cuando él iba de turno de mañana, íbamos juntos. Me levantaba pronto para que él entrara a las seis y yo esperaba en la sala de descanso hasta las ocho, que era la hora en la que empezaba mi jornada. Ahora lo pienso y veo lo ridículo que suena. Pero, lo hacía enamorada, y para estar con él en el desayuno y en el trayecto. Además, él insistía en que fuéramos juntos, decía que le gustaba ese ratito. Aunque, como despertaba siempre de tan mal humor, no cruzaba palabra conmigo en todo el camino y me pedía que yo guardara silencio.

Con su cambio de turno, duermo un poco más, tampoco mucho, porque sigo teniendo que hacer todos los días casi una hora en transporte público. Si es cierto que el trayecto es más agradable y puedo escuchar la música que a mí tanto me gusta.

La empresa es pequeña, por lo que no hay mucha opción de crecer profesionalmente. En su momento soñé con entrar en una gran compañía y poder demostrar mi valía. Aspirar a un mejor cargo. Pero Juan siempre dijo que tenía pájaros en la cabeza. Solía preguntarme que donde pretendía ir recién graduada. Con el tiempo cambio la versión, argumentando que en la vida hay que tocar de pies en el suelo y dejarse de aspirar a puestos importantes a los que nunca una persona como yo podría acceder.

Está claro que, desde hace mucho tiempo, ya no es el chico que conocí siendo una niña y del que me enamoré con dieciséis años. Lo que pasó ese día me ha marcado para siempre. Intentamos que todo fuera como antes. Aunque eso es imposible. El rencor es algo muy difícil de curar. Así que al final los dos dejamos de esforzarnos. Lo peor fue que él se abandonó a sí mismo. Y ha entrado en un bucle de autodestrucción que me inquieta.

Hace dos años de aquello y, aunque sé con certeza que vuelvo a ser la loca de siempre, mi corazón perdió un trocito de él ese día, y ya no lo he recuperado. Dicen que cuando caes, solo queda levantarse y continuar. Pero a quien queremos engañar. Nada es tan sencillo.

Tengo claro que está llegando mi momento. Ese del que siempre me habla Neus en nuestras sesiones. Ella tiene la certeza de que el coraje es algo que hay que alimentar, y que yo solo le estoy dando migajas. Aunque también dice, que miguita a miguita la hormiguita hizo acopio de todo lo que necesitaba para pasar el invierno. Lo que está muy claro es que la relación con Juan cada día se acerca más a su fin, pero aún no estoy preparada para que ese día llegue. No me juzgues. La rutina que hemos establecido me mantiene en equilibrio emocional. Son muchos años juntos, él es la única familia que tengo.

Sí, claro que Neus es como una hermana. Pero lo cierto es que, siempre lo he tenido a él en mi vida y alejarlo de ella, aunque sé que es un bien para ambos, me está resultando algo difícil.

—Estoy lista. ¿Nos vamos? —le pregunto a Neus mientras cojo la mochila y cuelgo del cuello los cascos de música.

—Aunque cojas los auriculares, sabes que si estás conmigo no te voy a dejar que los uses.

Es algo que hace tiempo establecimos, ya que cree que los utilizo para aislarme de la realidad. Seguro que tiene razón, ella es la experta psiquiatra, pero eso no impide que siga usándolos. Nunca salgo de casa sin ellos, la música es mi mejor compañera de viaje. Adoro escucharla mientras dejo que mi cuerpo la interprete. Bailo, pero no como afición, más bien bailo como desahogo, es mi manera de expresarme.

—Vamos. Si no nos damos prisa llegaremos tarde, y ya sabes que me gusta llegar con tiempo para poder ponerme delante y tener buenas vistas de las posaderas de Lucio —dice con una sonrisa lasciva.

—Anda, tira, pervertida. Si ya le has visto el trasero de todas las maneras posibles. Aún no me puedo creer que también te hayas tirado a nuestro profesor de Pilates.

—Nena, no sabes lo prieto que tiene ese culito y sobre todo cuando empuja. —Reímos a carcajadas.

Es incorregible.

Capítulo 3



«Pum, Pum, Pum».

El golpeteo de la puerta retumba en mi cabeza como si fueran martillazos.

«Pum, Pum, Pum».

Se repite una y otra vez. Los golpes hacen eco en mi cráneo como si estuviera hueco. Es tal el dolor que el sonido me provoca, que parece que me va a explotar, y mis ojos están tan irritados e inflamados que no los puedo ni abrir. Necesito una copa, o unas cuantas. Necesito olvidar de nuevo.

—Quim, abre la puerta, por favor. Estoy preocupado. Ya ha pasado una semana. Además, tienes una bolsa con comida china aquí fuera que ya está fría y otra llena de botellas de whisky.

Es Alex, ha venido cada día desde que me trajo del hospital. Entiendo que esté muy preocupado, pero no voy a abrir.

—¡Joder! Abre la puta puerta.

No quiero ver a nadie y mucho menos que me vean a mí.

—Por favor, dime algo. No pienso irme hasta saber que estás bien.

Solo sé que sigues dentro y vivo, porque cada día encuentro una bolsa distinta de compra en la puerta. Que, por cierto, he de decir que he perdido la cuenta de la cantidad de botellas de whisky que llevas esta semana, así que esta bolsa me la voy a llevar.

No me importa, se puede llevar lo que quiera, solo he de entrar de nuevo en la aplicación y volver a hacer el pedido.

«Pum, Pum, Pum».

Como vuelva a aporrear la puerta lo mato. No tengo fuerzas ni para pronunciar una palabra, así que abro los ojos con intención de buscar el móvil. La imagen que recibo es deprimente. La casa parece un bar de carretera por el que han pasado un par de bandas de moteros a pegarse la gran fiesta, la cual ha culminado en una gran trifulca. Todo es un caos absoluto, como yo, como mi vida. Hago un barrido con la mirada. El mueble que tengo en la pared del fondo del comedor y que uso como un minibar, está abierto, en él ya no hay botellas ni copas. El fino cristal pasó a mejor vida después de un arranque de furia y ahora está desmenuzado y esparcido por todo el suelo. Las botellas, las he ido liquidando una tras otra. Al principio empecé con el whisky, después la ginebra, el vodka y cuando ya no me quedaba nada fuerte, me pasé al cava y el vino. Hace unos días, ya no sé cuántos, empecé a pedir que me trajeran más suministros. Ahora mismo, en el único estado en el que soy capaz de respirar con algo de normalidad es borracho. De tanto en tanto, he de ir y echarlo todo al váter, como algo, lo que sea que haya pedido a domicilio y vuelvo a empezar. Es la única solución que he encontrado para paliar un poco este dolor desgarrador, uno provocado por la traición y la pérdida. Vuelvo a centrarme en encontrar el móvil y hacer que Alex deje de golpear la puerta.

Estoy sentado en el suelo, en algún momento caí dormido con la cabeza apoyada en la mesa de centro del salón, una bajita que tengo delante del sofá. El dolor de cervicales es descomunal. Sigo buscando. Me giro y veo el sofá de dos plazas volcado, los cojines están desperdigados por la estancia. «¿Dónde he dejado el móvil?». Al fin lo encuentro, está en el suelo, tirado junto al televisor plano de sesenta pulgadas, con el que gozaba mirando los partidos de baloncesto con Alex, y del que creo que ya no podremos disfrutar, ya que en otro arranque de ira voló, hasta estrellarse contra el parqué. Me arrastro de una manera lamentable hasta llegar al móvil y le envío un WhatsApp a Alex.

Quim:
Estoy bien. Te llamo para vernos en unos días.

—¡¿En serio?! —grita mi mejor amigo en el rellano—. Esto ya es demasiado. ¡¡Abre la maldita puerta!! —Está muy enfadado—. Esto

también es duro para mí, yo también los quería mucho. ¡Joder! Deja que te ayude.

Quim:
Por favor, márchate. No voy a abrir la puerta.
Quiero estar solo.

Suena el «bip» de un mensaje en el móvil.

Alex:
Volveré mañana y entraré. Es un aviso, no una pregunta.

—¡¿Lo has entendido?! ¡¿Me oyes?! Mañana entraré y toda esta mierda se va a acabar. Hasta mañana.

Escucho sus pasos y el sonido del ascensor al cerrarse. Para asegurarme de que se ha ido, me acerco a la puerta e intento atinar para ver por la mirilla y confirmar que el rellano esté vacío. Al abrir solo encuentro la bolsa de comida china que pedí anoche antes de beberme la última botella de whisky. No recuerdo si el repartidor llamó al timbre. Imagino que yo estaba en coma etílico, y si lo hizo, no lo oí. Además, el chico ya ha venido varias veces esta semana y ha podido verificar que soy un desecho humano, así que debió dejar el pedido —ya pagado previamente por la aplicación— en la puerta y se largó.

Vuelvo al suelo y tomo asiento delante de la pequeña mesa, que es de las pocas cosas que aún se mantiene en pie. Hago un barrido con mi antebrazo para apartar los envases de comida sobrante y las botellas vacías. Dentro de la bolsa encuentro unos palillos chinos y decido comer algo, pero las arcadas vuelven. Corro al baño a abrazar el inodoro por tercera vez en un corto periodo de tiempo, o eso creo, el concepto tiempo es difuso. El estómago ya no me acepta prácticamente nada de comida y menos aún alcohol. Pero este estado me produce parón mental. Solo puedo pensar en el asco que me doy a mí mismo debido al pastoso aliento que tengo, en las ganas de vomitar y en poder caer dormido.

Hace días, y digo días, porque he visto caer la noche unas cuantas veces, aunque no tengo claro cuantas, que entré en este estado de destrucción personal. Cuando caigo dormido, el sueño es profundo, gracias a la ingesta de alcohol. Pero a las horas, unas horribles pesadillas me asaltan haciendo que despierte sudando e hiperventilando.

Cojo la botella de whisky y continúo con la dinámica. Quizá, con suerte, me ahogue en mi propio vómito y esta mierda acabe pronto.

Capítulo 4



Sé que esto que voy a hacer es lo correcto.

—Sí, es lo correcto. —Me repito en voz alta, para verificar que estoy en lo cierto.

Es la única manera. Pero también sé que Quim se va a enfadar, y mucho. Lo conozco bien, y no quiere que nadie le vea en ese estado. Tampoco hay que ser un *lumbreras* para darse cuenta de eso, lleva una semana atrincherado en su piso y no he conseguido que me abra la puerta.

Mi madre no deja de llamarme para saber cómo está. Tanto ella como mi padre adoran a Quim como si fuera un hijo más. Tenían una relación muy estrecha con sus padres. Ya cuando éramos pequeños pasábamos todo el tiempo posible juntos y eso provocó que nuestras familias se unieran tanto como nosotros.

No quiero mentirle, pero tampoco preocuparla, así que, bueno, no se lo he contado todo. Solo la parte en la que no ha salido de casa en toda la semana y que no contesta al teléfono. Le he explicado que sé que está bien, porque voy a su casa a diario, pero no le he dicho que

no me ha abierto la puerta ningún día. De su estado de ánimo no hemos hablado. Por suerte, no me preguntó y yo he preferido omitirlo. Ya no puedo dejar que pase más tiempo. Quiere venir a verle, y no puedo permitir que eso ocurra, no creo que le queden fuerzas para ver a su «medio hijo» en ese estado.

No sé qué voy a encontrarme, pero nada bueno. En un par de ocasiones he podido escuchar su ataque de furia desde fuera. Sus gritos y los golpes. Ha sido estremecedor. Me tiene muy preocupado.

Incluso me llamó el Sr. Claudio, su vecino de al lado. Ese jubilado gruñón le tiene mucho cariño. Me ha estado informando de todo lo que escuchaba. Que bien pensado quizá sea demasiado. Me ha contado tantas cosas que por un momento he llegado a pensar que tenía algún agujero en la pared por donde espiarle.

Creo que esto ya está alcanzando una magnitud desmesurada. Entiendo lo roto que puede sentirse, pero no puede continuar con esta autodestrucción. Miles de personas pierden a seres queridos cada día, y si actuaran del mismo modo que él, el mundo sería un caos. Claro que esto ha sido muy fuerte, pero tiene que empezar a aprender a vivir con ello.

Supongo que el impacto de estar allí cuando pasó y no poder hacer nada, es lo que peor está llevando. Él es un hombre sobradamente preparado para actuar en situaciones límite. Durante años ha entrenado su cuerpo y, en especial, su mente para momentos extremos. Solo un 3% de los aspirantes consiguen pasar las pruebas, para formar parte del cuerpo especial al que pertenece. Estos deben tener una vocación a prueba de bombas y un absoluto dominio de las emociones. Las de Quim han perdido el norte. Claro que cuando una persona que es tan importante en tu vida hace que pierdas a las personas que más quieres en el mundo, todo adquiere una tonalidad muy distinta.

Si no consigo que reaccione pronto, seguro que acabará arrepintiéndose el resto de su vida. No puedo permitir que todo ese trabajo que ha llevado a cabo con tanta ilusión quede en saco roto. Por eso la idea que tengo en mente me tiene inquieto. Cuando sus jefes se enteren de cómo está, no tengo claro cómo van a reaccionar.

Ya no sé qué más puedo hacer para que abra la puerta por voluntad propia, así que, en situaciones desesperadas, medidas desesperadas.

Escucho el tercer tono de llamada y al descolgar lo primero que recibo es una risilla cantarina, después un carraspeo de garganta.

—Buenas noches, un momento, por favor.

Por el sonido de fondo parece que está en un restaurante. Silencio y un par de segundos después, su voz suena al otro lado de la línea.

—Sí, ¿hola?

—Buenas noches, soy Alex Falcò. No sé si me recuerda, soy el amigo de Quim, el pac…

—Por supuesto que le recuerdo, como olvidarme de usted —interrumpe y a la vez me sorprende por su comentario.

«¿Eso ha sonado a coqueteo?».

—Dígame, ¿todo va bien? ¿Cómo se encuentra Quim?

—Pues la verdad, muy mal —suspiro—. Siento molestarla, pero no sé qué más hacer, y cómo me dijo que podía llamarla a cualquier hora para lo que hiciera falta.

—No ha de pedir disculpas, es mi trabajo. ¿Dónde se encuentra ahora mismo?

—Quim sigue en su casa.

—No, Quim no, ¿dónde se encuentra usted? —La pregunta me descoloca.

—Mmm… pues estoy… en… estoy en mi casa.

—Perfecto, envíeme la ubicación ahora mismo, no se entretenga, porque salgo ya.

—Pero…

—¡Ah! Vaya pensando un sitio para cenar, porque acabo de dejar mi cita de esta noche plantada por usted, y por un paciente puedo renunciar a mi noche de desahogo, pero no a cenar, tengo mucha hambre.

Y así, sin más, me cuelga. Durante unos segundos me quedo mirando el teléfono y sigo en estado de alucinación total. No solo por el constante tono insinuante, sino por lo directa y decisiva que ha sido. No ha dudado ni un segundo en venir y dejar, según ha dicho, a su cita plantada. Suena el aviso de un mensaje y me trae de vuelta.

Desconocido:
¿Va a tardar mucho en enviarme la ubicación?

Una sonrisa escapa de mis labios. Está claro que no tiene tiempo que perder.

Alex:
Perdone, ahí va.

Aprovecho para grabar su número en la agenda, por si la necesito, para Quim, claro.

Dra. Blázquez:
Según el GPS, llego en 15 minutos. ¿Al llegar aparco, o vamos en mi coche al restaurante?

Alex:
Sí, aparque. Iremos al italiano que tengo debajo de casa. ¿Le parece

bien?

Dra. Blázquez:
Ok.

Voy directo a por una camiseta y una sudadera. Cuando llegué a casa hace un rato ya me duché y me puse un pantalón deportivo para estar cómodo, ahora no tengo ganas de cambiarme, total, esto no es una cita. Me calzo las deportivas y decido ir bajando para pedir una mesa y esperarla dentro. Necesito tomar una cerveza para paliar un poco los nervios que me están rascando el estómago. Siento que estoy a punto de decepcionar a Quim, y por algún extraño motivo esta doctorcita me pone los pelos, y lo que no son los pelos, de punta.

Ya me pasó en el hospital, cuando cerró la puerta de la habitación, se acercó a mí apoyando su mano en mi brazo y me susurro muy cerca. No me puedo creer que se me pusiera dura en un momento como ese. La brisa expulsada de sus labios debido al susurro, el roce de uno de sus pechos y su mano caliente sujetando mi brazo…

—¡Mierda! Otra vez. —Me recrimino al mirar a mi entrepierna y ver la gran tienda de campaña en la que se ha convertido el fino pantalón. Esto solo con el recuerdo.

Por si me cruzo con algún vecino, cuelgo la sudadera del antebrazo para poder cubrir mi orgullo varonil.

Al salir del edificio y pese a ser junio, la temperatura es fresca, y me viene bien para apagar el fuego interior. He de centrarme, a esta no me la puedo tirar. «Tampoco es tu psiquiatra, no pasaría nada», hablan mis hormonas salidas. «Además, hacía mucho tiempo que no te ponías palote con ninguna mujer sin que te toque». Basta, barro esos pensamientos que solo vienen dados de la parte central de mi cuerpo, donde aún está toda la sangre concentrada.

—*Come stai, Flavio?*

Saludo a mi amigo y dueño del *Amore Mio*. No hablo italiano, pero hace tantos años que frecuento su restaurante, que he aprendido algunas frases tontas que me encanta usar. Flavio me ha enseñado las mejores para ligar, y puedo verificar, que el dulce idioma nunca falla.

—*Sono fantastico. E tu, grande amico?*

Nos damos un abrazo de machotes, de esos con palmadita en la espalda y me acompaña a mi mesa. No es mía, claro, pero es donde siempre me siento. El restaurante es un pequeño lugar con encanto típico italiano. Sus paredes son de ladrillo y la luz es tenue, eso le da un aura romántica al salón. Todas las mesas están cubiertas con manteles de cuadros rojos y blancos, y en el centro de estas una gran vela blanca rodeada por flores secas. El lugar perfecto para conquistar y lucir mi italiano mediocre. Vengo varias veces a la semana a comer o cenar, muchas de ellas acompañado de féminas. Pero, por lo que de

verdad vengo es por la comida. Flavio es el mejor cocinero de comida italiana que conozco, sin duda, de todo Barcelona. Todos sus platos son exquisitos.

Me sirven la fría cerveza en una copa helada —otro de los motivos por el que siempre vengo—. Mientras tanto, aprovecho para enviar un mensaje a la doctora para darle el nombre del restaurante y avisarle que estoy dentro en una mesa del fondo.

—Flavio, esta noche me acompañará una mujer. Pero te aviso, no es como las que suelo traer. Es la psiquiatra de Quim, la he llamado para que me ayude con la situación.

—*Non preoccuparti*. Lo tendré en cuenta. ¿Cómo está? ¿Ya has conseguido que salga de casa?

Es un buen amigo escuchando y me he aprovechado de eso para desahogarme en más de una ocasión esta semana.

—No. Es por eso que he llamado a la Dra. Blázquez. Tengo un plan, pero necesito que ella me ayude.

—Vaya, si llego a saber que una Diosa venía a cenar esta noche, me hubiera puesto el perfume caro —dice con una sonrisa socarrona.

Sigo su mirada para entender de qué habla.

—Es la Dra. Blázquez —certifico en un tono de voz un poco más bajo, para que ella no pueda escucharme.

—¡Ah!, pues, *mio amico,* tenías mucha razón cuando has dicho que no es como las que sueles traer. Sin duda, las supera a todas.

Vuelvo a girarme y la miro, pero esta vez de verdad, la observo, la escaneo, y A-LU-CI-NO. ¡*Mamma mia!* ¿De dónde ha salido semejante ejemplar? No es ni medio normal. ¿Cómo se presenta aquí así? Y sin la bata ancha del hospital. Está increíble. Luce un estrechísimo vestido verde esmeralda que envuelve todas sus curvas cubriendo su cuerpo hasta un poco más abajo de sus rodillas. El escote es sutil, y los tirantes muy finos. Lo cierto es que parece un vestido sencillo, pero sobre ese cuerpo de infarto cobra un poder erótico que hace que se me pare el corazón. Su melena larga y morena cae por un lado, dejando a la vista un largo y esbelto cuello, por el que solo deseo pasear mi húmeda lengua. Para terminar de rematar, unos tacones negros de vértigo completan el conjunto. Lleva escaso maquillaje, pero ¿para qué más? Es una belleza sin necesidad de adornos.

—*Buona notte, dottore Blázquez!* —la saludo, seductor.

«No decías que con esta no, ya veo», me recrimino a mí mismo y tomo la decisión de cambiar de actitud a una más profesional.

Ella también utiliza un perfecto italiano para saludarme y lo acompaña con esa sonrisa dulce y permanente. Al levantarme extiendo mi mano para estrechársela y ella tira de mí, y me da dos besos. Huele a un campo de flores silvestres.

—Usted dirá. ¿Qué está pasando?

Carraspeo para recobrar la cordura y tomo asiento, ya que ella ya lo ha hecho. Imagino que mientras yo estaba atontado con su olor.

—Pues... verá... no sé bien como...

—Vaya al grano, Sr. Falcò, a mí no ha de endulzarme la realidad del problema. Uno que imagino será bien gordo para que me haya llamado y más a las nueve de la noche.

—Pu... pue... pues... Sí, es grave.

Lo que me faltaba, ahora tartamudeo. Como puede ser que esta mujer me afecte de esta manera. Vale, es preciosa, pero, al fin y al cabo, es una mujer más. ¿No?

—Lleva una semana en casa, sin abrir la puerta a nadie, borracho y con ataques de furia, los cuales imagino están consiguiendo acabar con todo su mobiliario —suelto todo a bocajarro.

Me observa durante lo que me parece demasiado tiempo. Su expresión ha cambiado. Intento explicarle en más profundidad lo que ha ocurrido esta semana, pero vuelve a interrumpirme.

—Deme un momento, voy al servicio —dice de repente, levantándose abruptamente, mientras yo me quedo boqueando como un tonto.

Su nívea piel se ha pasado a un rosado intenso en sus mejillas. Se da la vuelta y, golpeando con sus tacones, se aleja. Empiezo a pensar que está algo loca. Cada vez hace cosas más raras. Pasados unos minutos aparece de nuevo. Su flequillo tiene las puntitas húmedas, así que imagino que ha refrescado su cara.

—Mire, Sr. Falcò.

—Puedes tutearme y llámame Alex, por favor —sugiero con una sonrisa.

—Mire, Sr. Falcò —repite con más severidad—. El nivel de enfado que tengo ahora mismo es astronómico. No me puedo creer que sea tan despreocupado e irresponsable.

—Pero...

—Pero nada. Por favor, calle hasta que termine de hablar, es la segunda vez que me interrumpe.

Valeee…, esto no me lo esperaba. Para empezar, es ella la que me ha interrumpido ya dos veces. Y de dónde narices Blancanieves ha sacado este carácter que lo único que está logrando es que se me ponga cada vez más dura. «Céntrate neandertal, estás aquí por Quim», menos mal que mi conciencia está más cuerda que yo.

—Disculpe —susurro algo avergonzado.

—Los pacientes que han sufrido un trastorno de estrés postraumático (TEPT) tienen que ser vigilados de muy cerca. Creo que eso ya se lo expliqué con claridad en el hospital el día que preparé el alta médica de Quim. También le dejé muy claro, que le daba de plazo una semana para que se relajara en casa antes de venir a consulta,

pero que, si había cualquier síntoma de estrés, agresividad o incapacidad de relaciones humanas, me llamaría inmediatamente. Por favor, Sr. Falcò, puede ser tan amable de explicarme, ¿qué narices no entendió de nuestra conversación?

Abro la boca, pero levanta su mano con un único dedo alzado, haciendo entender que debo mantener el silencio. Sus gruesos labios son ahora una fina línea. Su rostro está aún más encendido que cuando se levantó hace unos minutos. Está enfadada y muy hermosa. No puedo evitar que mi cabeza se despiste y mi mente la imagine con esas mismas mejillas rosadas, pero ahora por la excitación, mientras la bombeo con fuerza entre sus piernas para eliminar el enfado que se está apoderando de ella.

«Cerebro llamando a polla, ¿hola?». Intento centrarme. No pensar más en el bulto que tengo entre las piernas y apartar de una vez las imágenes que vienen a mi cabeza cada vez que la tengo delante. Y más aún cuando veo que su otra mano forma un puño que descansa sobre la mesa. Espero que siga ahí, porque estoy seguro de que sería capaz de estamparlo en mi cara. Sobre todo, si supiera en lo que estoy pensando mientras ella se irrita cada vez más.

—¿Es consciente que estando en este estado las posibilidades de suicidio son muchísimas? Que, en cualquier momento, y tras todo lo que ha sufrido sentimental, emocional y físicamente, cualquier detonante puede provocar que se quite la vida. Es más, ahora mismo, su amigo —remarca con inquina—, podría estar colgado de la lámpara de su casa con una soga atada al cuello, o en su cocina, desangrándose por las muñecas. O peor aún, ahogado en su propio vómito, debido al estado etílico que seguro tiene. Pensaba que era como un hermano para usted. Confié en que cuidaría de él.

La reprimenda ha conseguido que su enojo aumentara a medida que puntualizaba todas las posibles desgracias de las que podría ser víctima Quim. Mierda, mierda y más mierda. Así es la situación y así es como me siento ahora mismo. Porque, por mucho que me joda, Blancanieves tiene razón.

—Bien, como veo que se le ha comido la lengua el gato. Voy a llamar a los superiores de Quim y una ambulancia para que intercedan. Hay que sacarlo de su casa ahora mismo e ingresarlo.

—¡No! —digo medio gritando, eso provoca que la gente que está cenando se gire a observarnos.

—¿No? ¿Cómo qué no? ¿Es que no ha entendido nada de todo lo que acabo de explicarle?

—Por favor, no llame a sus superiores. Eso destrozaría su carrera profesional y puedo asegurarle que lo último que necesita Quim es que también su trabajo se vaya a la mierda. Sus ojos forman estrecha línea. Ya ha sido bastante complicado para él que le hayan obligado a

coger la baja. Hay tres cosas importantísimas en su vida, la familia, la amistad y el trabajo. Ahora mismo, dos de ellas se han ido a la mierda.

»Mire, doctora, somos amigos desde el jardín de infancia, es una de las personas más importantes de mi vida. Puedo asegurarle que quiero a ese cabronazo mucho más de lo que soy capaz de reconocer en voz alta. Por desgracia, ahora soy la persona que mejor lo conoce en el mundo, y puedo garantizarle que esto que le está pasando es impropio en él.

»Quim es el hombre más cabal, sensato y cuerdo que conozco. Por eso mismo no le había llamado aún. Lleva años estudiando la conducta de las personas y analizando perfiles. Es el mejor en su trabajo y diría que en el país. Claro que es brutal lo que le ha sucedido, pero créame si le digo que jamás imaginé que llegaría hasta este punto. Siento mucho no haber estado a la altura de la situación.

—Bueno, Sr. Falcò, está bien. Puedo llegar a entender su postura, pero, ¿qué pretende que hagamos?

Sonrío, aparentando una timidez inexistente en mi carácter, pero con este gesto intento causar la suficiente lástima como para que me perdone. Enseguida ella me corresponde, no es una sonrisa como las habituales en ella, más bien es una sonrisa conciliadora, una que interpreto como de tregua.

—Pues verá, tengo un plan. No sé si le va a gustar, pero necesito que confíe en mí.

Asiente con la cabeza y es señal suficiente para entender que va a ayudarme.

Capítulo 5



Parece que parte de mi cuerpo está suspendido en el aire. Está claro que el pelotazo que llevo cada vez causa más estragos, ahora mismo siento que floto. Un sonido fuerte y un gran dolor en el talón hacen que abra un poco los ojos, eso ayuda a mi nebulosa cabeza a estar más alerta. Estoy más consciente, y empiezo a escuchar voces.

—¡Joder! Cógelo bien —susurra Alex.

—Pero bueno, ¿crees que lo he hecho aposta? No sé si te has dado cuenta, pero tu amiguito es como el increíble *Musculman*. Está más cachas que *Thor*, y todo ese músculo pesa mucho.

Sé quién es en cuanto abre la boca, es la dulce Dra. Blázquez. Aunque ahora mismo no tiene nada de dulce.

—Déjalo, ya lo arrastro yo solo.

Ya no susurra, su voz es de irritación. Me tiene cogido por debajo de las axilas y da un fuerte tirón, provocando que el otro pie también golpeé con contundencia en el parqué.

No se han dado cuenta de que he abierto los ojos y siguen con su conversación o más bien su discusión.

—¿Pero tú eres tonto o solo te lo haces cuando estás conmigo? ¿Crees que por ser una mujer no puedo ayudarte? ¿O es que las tías como yo tampoco podemos ayudarte?

Sus manos, que hace un instante daban aspavientos en el aire, se agarran con fuerza a mis tobillos y tiran de ellos.

—Mira, doctorcita de las narices, no tengo ganas de seguir aguantando tu actitud de resentida. Ya te pedí disculpas por el comentario fuera de lugar. Deja de tirar de sus tobillos porque al final se me caerá a mí. Verás tú que gracia cuando despierte del hostión que pega su cabeza contra el suelo. ¿Me ayudas o lo llevo arrastrando de los brazos?

Pero, ¿qué les pasa a estos dos?

Intento hablar, aunque solo sale un sonido osco de mi garganta y es cuando por fin se dan cuenta de que estoy despierto y observando esta batalla entre ellos.

—Para, hombre de las cavernas, déjalo estirado en el suelo. Está despierto.

Cuando se dirige a mí, vuelve su dulce sonrisa y suave voz.

—Quim, soy la Dra. Blázquez, he venido a ayudarte.

—Sí, Quim. Ella viene a ayudarte, yo solo estoy aquí para ver si nos tomamos otra botella de whisky juntos —recrimina con inquina.

Sentenciado a muerte. Estoy seguro. O al menos es eso lo que dice la mirada que le lanza la doctora a Alex. Aun así, no repara en él más que dos segundos, los que ha necesitado para dejar claro que acabará con él más tarde y vuelve a centrarse en mí.

—¿Crees que si te ayudamos podrás levantarte y caminar hasta tu habitación? —Asiento con la cabeza.

—Vaya fiesta te has montado tú solito. —Ríe Alex de manera pícara, mientras envuelve mi cuerpo con sus brazos y me ayuda a incorporarme.

Luce su habitual buen humor a pesar de que la morena que tiene al lado lo mira cavilando cómo será la muerte más dolorosa para él. Menos mal que me sujeta con fuerza, todo da muchas vueltas y las piernas prácticamente no me sostienen.

—Aunque ahora ya se acabó el festival —sigue con su actitud vacilante, mientras me ayuda a estirarme en la cama.

La doctora se acerca y… ¿Acaba de dar un empujón a Alex, para separarlo de la cama? ¿Pero qué narices?

—Voy a hacerte un pequeño reconocimiento —explica mientras empieza a trabajar—. También voy a ponerte suero por intravenosa, debes estar totalmente deshidratado después de haber vomitado tanto.
—¿Cómo sabe que he estado…?—. No pongas esa cara de sorprendido, el resto de lo que tu cuerpo ha decidido expulsar fuera, no solo fue a parar al váter, hemos recogido esa asquerosidad del

comedor, la cocina y un par más junto a la cama.

No hace falta decir nada en respuesta a eso, la humillación ya es monumental, así que mantengo el pico cerrado. Que, bien pensado, a ellos les va a alegrar de que sea así.

—¿Qué hacéis aquí?

Me atrevo a preguntar al fin, después de unos minutos en riguroso silencio. Uno incómodo. Hay una tensión extraña en el ambiente y lo provocan las miradas que Alex y mi psiquiatra se lanzan de manera constante.

—Hemos venido a sacarte del hoyo de la autodestrucción. Ya se acabó regodearse en la pena. Toca seguir viviendo —dice Alex.

—No necesito que nadie me saque de ningún sitio, cuando haya dormido unas horas ya estaré bien —le reprendo con voz severa.

—¡Basta! —sentencia la doctora—. Se acabó. Hoy empieza tu nueva vida. Una que vas a afrontar con nueva actitud. Para empezar, lo harás para que este de aquí se calme —dice señalando al malhumorado rubio que tengo al lado—, porque si sigue así, va a acabar con mi cordura. Así que vamos a dejar pasar veinticuatro horas con el suero y los medicamentos. Complementando todo con alimentación ligera para que tu cuerpo pueda ir asociando alimentos de nuevo. Una vez recuperado, empezamos la terapia.

—No creo necesario ninguna terapia, mañana ya estaré bien.

—Mira, mis pacientes están bien cuando yo —remarca la última palabra— digo que están bien. Siento informarte que ahora mismo estás para lanzarte a un estercolero. Así que deja de hacerte el superhéroe. Ya sé que lo pareces físicamente, pero no lo eres en absoluto —dice dirigiendo su mirada a mi cuerpo desnudo.

Fantástico, estoy en pelota picada. Con toda la rapidez que puedo, dirijo mi mano a mi hombría para cubrirme.

—No hace falta, hace rato que hemos llegado y no es la primera vez que veo una culebrilla —explica risueña y guiñando un ojo.

«¿Ha llamado a mi polla culebrilla?». No dejo que siga mirando y tiro de las sábanas para taparme. El mamonazo de Alex se troncha de risa y le lanzo una mirada de advertencia, pero esta no sirve de nada, sigue riendo. Ahora mismo no estoy en condiciones, pero esta me la pagará.

Cuando termina con su exploración médica, lo agradezco. Le ha dado completamente igual que me incomodara su repaso constante a mi torso descubierto. Incluso ha añadido que siente ser descarada, pero que una no ve cuerpos así a diario, y que era algo para observar con detenimiento. He escuchado a Alex gruñir tras esas palabras, y sin más, ha dado la vuelta dejándonos solos en el dormitorio, excusándose en que iba a hacer algo de compra para llenar la hueca nevera.

No acabo de entender ese mal rollito que se traen entre los dos.

Tengo que preguntar a Alex qué ha pasado, porque el efecto que causa siempre en las mujeres es totalmente distinto al que al parecer causa en la Dra. Blázquez. Mi querido amigo es un auténtico gigoló. Dado en palabras y zalamerías. No hay mujer que haya conocido que sea capaz de resistirse a sus encantos. Nació para eso. Ya desde pequeño estaba siempre rodeado de las niñas de clase, todas suspiraban por sus huesitos. Con los años, su físico contribuyó mucho a su carisma. Se cuida, va al gimnasio y sigue una dieta equilibrada. Rubio y de ojos azules, alto y con una musculatura trabajada y definida, es el deseo sexual de todas las mujeres con las que se cruza. Además, el cabronazo tiene un piquito de oro que ha conseguido mejorar con sus cuatro chorradas en italiano. Porque sí, también ha aprendido algo de italiano. El justo para follar con toda la frecuencia que le viene en gana.

Así que, todo este mal rollo que se traen entre los dos me inquieta. Siempre suele tener buena onda con todos sus ligues, sigan o no teniendo sexo. Es algo que me alucina. Nunca he entendido cómo se lo monta para follar cuando quiere y con quien quiere, sin compromiso y sin problemas o malos rollos. No le he conocido una novia seria en toda la vida. Se jacta de ello y asegura que la única mujer que quiere para siempre en su vida es su madre.

Recordar a la madre de Alex, hace que recuerde a la mía, y que yo ya no la voy a poder disfrutar. El simple recuerdo de ella, envía rápidamente las imágenes del accidente al presente y vuelvo a tener problemas para respirar. Siento el inicio del ataque de ansiedad y el calor de las lágrimas resbalando por mis mejillas.

De repente, una pequeña mano sujeta la mía con fuerza y su voz dulce llena el espacio.

—Quim, respira. Mírame a mí. Céntrate en mirarme y en inhalar por la nariz y exhalar por la boca. Inspira, espira. Inspira, espira. Muy bien, así, vuelve, ven al presente y sigue respirando —repite sin parar la guapa morena con bata de hospital que cuida de mí, hace ya un rato.

Sus manos delicadas ahora sostienen las dos mías y con sus pulgares hace un masaje circular en mis palmas. Su voz suave y calmada me va atrayendo. Sin preguntar, introduce un dedo dentro de la boca y deposita una pastilla bajo la lengua.

—No la tragues, deja que se disuelva. Vas a estar bien, te lo prometo.

Poco a poco la respiración se va acompasando, el corazón empieza a latir con más suavidad. Todo el cuerpo se va destensando y solo puedo seguir escuchando esa melódica voz que me ayuda a relajarme.

Acerca un pañuelo a mi rostro y seca las lágrimas que se acumulan en él.

—Sigue así, lo estás haciendo genial. Ahora cierra los ojos, siente como tu cuerpo se relaja. Lo haces muy bien.

Sus palabras de ánimo, se convierten en un mantra. Todo el cuerpo ha decidido obedecer su voz. Me dejo llevar por lo que ahora ya es un susurro. El masaje que sigue dando en las palmas ahora es más delicado, son caricias que trasmiten calor a mis heladas manos. Es una sensación muy agradable. Me gusta volver a sentir calor humano.

***

Renovado. Despierto sin dolor de cabeza y sin el entumecimiento del cuerpo. El único dolor es el que tengo en el pecho, pero ese sé con certeza que jamás se marchará.

Inspiro profundamente y estiro todo el cuerpo. Alargo los brazos y las piernas mientras libero un exagerado bostezo. Compruebo que la vía ya no está en el brazo. Las cortinas están retiradas, dejando el sol entrar a raudales por la enorme ventana y siento como calienta mi cuerpo. Es agradable.

Debo haber hibernado, más que dormido, porque me siento como nuevo. En los ratos de duermevela la he visto, a la doctora, estaba sentada junto a mí, a un lado de la cama. Aproximó el sillón orejero que suelo tener en un rincón del dormitorio, al lado de la ventana y junto a la librería. Me gusta mucho leer en él. Es de *vellut* verde y mientras sujeto el libro en una mano, rozo con los dedos la textura del tejido aterciopelado. Me relaja.

La mayoría de veces que la he mirado, estaba dormida. Hecha un cuatro, con las rodillas pegadas al pecho y el gran cojín beige que suele decorar el sofá, bajo su cabeza a modo de almohada. Se la veía pequeña e indefensa. Pero sé, con certeza, que esta mujer no es para nada ninguna de esas dos cosas. Alguna vez ha sido ella quien me ha despertado para darme medicación, controlar mis constantes y medir la temperatura corporal. Siempre de manera amable y sonriente. Aun cuando era de noche y podías apreciar en su rostro los signos del cansancio, sus ojos algo hinchados y las marcas del cojín en su moflete, me sonreía. Hay algo especial en ella. Todo lo que la compone, genera paz. Su voz. Su mirada. La sonrisa natural y sincera. Tiene un rostro armonioso y níveo, con rasgos dulces. Ahora que estoy mejor, tengo que llamarla y darle las gracias por todo.

Alex, también se ha quedado a mi lado. Eso no lo dudaba. No lo ha hecho antes, porque no le he abierto la puerta.

El primer día cuando llegamos del hospital me acomodó en la cama, como si fuera un enfermo, y tras dar unos cuantos rodeos, dijo que se venía unos días a casa. No le contesté, pero tenía claro lo que quería, y no era su compañía. Ni la de nadie. Solo deseaba estar aislado de todo y todos. Así que en cuanto salió por la puerta a

comprar algo de comida para la cena, cerré con llave y me atrincheré en el piso.

El mosqueo que cogió fue enorme. Pero, para cuando eso pasó, yo ya llevaba suficiente alcohol en vena como para que me resbalara todo lo que gritó desde el rellano.

Si lo pienso bien, me he comportado como un capullo egoísta. Si hubiera sido al contrario seguro que tiro la puerta abajo. Aun así, él ha querido respetar mi espacio, el que le di a entender que necesitaba. Verlo a mi lado toda la noche, me demuestra una vez más, que es la persona que siempre me gusta tener cerca. Alex es mi hermano, no necesito que compartamos sangre para sentirlo así.

Como la confianza da asco, al llegar la noche, se duchó y cogió algunas de mis prendas deportivas para estar cómodo. Tras un rato en una silla, decidió estirar su largo cuerpo junto al mío en la cama. No es la primera vez que compartimos colchón. Es muy habitual que lo hagamos. Los días que dan partido de baloncesto por la tarde o noche, se queda siempre. Tomamos unas cervezas, cenamos pizza, y cuando estamos cansados de comentar las jugadas del encuentro, nos vamos a la cama. Lo hacemos de manera natural desde que éramos críos.

Solo que esta noche, había algo raro en él. Todo el tiempo que permaneció en la silla lo hizo con la mirada clavada en la Dra. Blázquez. Al final, se estiró en la cama, ¿enfadado? Ha dormido de espaldas a ella, porque tengo claro que a la que le daba la espalda era a ella y no a mí. Siempre se mueve mucho durmiendo, y hoy no ha cambiado la postura más que para comprobar que todo estaba bien tras el reconocimiento que me hacía la doctora cada pocas horas. Después volvía a girarse.

Al sentarme en la cama, la verdad me azota. Un tornado de escala cuatro ha barrido lo que antes solía llamar hogar. El armario tiene las puertas abiertas y casi toda la ropa está por el suelo. La cómoda está volcada y de sus cajones abiertos cuelgan mis cosas. Lo único que sigue en pie es la mesita de noche de mi lado, aunque lo que yo suelo posar en ella también está desperdigado. Ahora más bien parece una mesa auxiliar de enfermera, llena de instrumentos médicos y medicamentos. Lo que me hace pensar que fue la Dra. Blázquez quien la puso en pie para poder usarla.

Al levantarme, siento dolor en uno de los hombros. Lo tengo cubierto por una gasa. No sé qué hay debajo, pero molesta. Me dirijo al baño del dormitorio, para darme una larga ducha y sobre todo a lavar mis dientes tres o cuatro veces. Tengo la boca como si hubiera lamido una carretera cementada en un día de agosto.

Cuando entro y veo el reflejo, entiendo por fin la cara de Alex cada vez que me mira. Estoy entre náufrago y vagabundo. Solo me falta Wilson —la pelota de la película de *Tom Hanks*— para poder

complementar mi deprimente aspecto.

Me observo durante un buen rato. Pese a haber descansado, mis ojos están enmarcados por unos surcos oscuros, también están muy hinchados y rojos. El cuerpo está distinto, más delgado. Claro que la musculatura sigue definida, pero ahora todo en conjunto se ve como desinflado. No sé cuántos días no piso el gimnasio y mucho menos como algo saludable. Retiro la gasa del hombro y otra sobre el pómulo y veo unos cortes. Ninguno es profundo, aunque están un poco inflamados e infectados. Estoy seguro de que me los hice cuando destrocé el minibar y todas las copas explotaron al caer al suelo. O quizá fue cuando destrocé a puñetazos el marco con la foto de la mujer que ha arruinado mi vida.

Cuando el agua cae por mi cuerpo, el placer es infinito. Me enjabono bien y al salir arreglo un poco la barba, pero no me afeito. Prefiero cubrir mi rostro, al menos hasta que me sienta mejor con el reflejo en el espejo.

Busco por el suelo algo de ropa cómoda que ponerme y salgo al salón donde hace un rato se oye a alguien en la cocina. Seguro que Alex está esperando que me levante. La sorpresa llega cuando la veo. Ahí está, esa dulce sonrisa. Pensé que se habría marchado, pero siento una especie de consuelo al verla.

—Buenos días, Dra. Blázquez. No pensé que seguiría aquí.

—Pues ya ve, no es tan sencillo librarse de mí. —Ríe despreocupada volviendo a guiñar su ojo. Un gesto que siempre repite de manera natural y consigue hacerme sonreír.

—Vaya, una sonrisa. Eso sí que es todo un logro. Veo que ha descansado bien y lo más importante, ahora huele bien.

Mientras hablaba se ha ido acercando y finalmente me abraza. Eso hace que me tense por completo.

—Relájese, Quim, los abrazos y el contacto humano segrega oxitocina y eso ayuda a disminuir el nivel de cortisol. Rebaja el estrés y produce una sensación agradable. El calor humano es curativo, ¿lo sabía? —No me suelta hasta que la rigidez de mi cuerpo disminuye—. ¿Ve que bien sienta?

Hay pocas mujeres que me abracen, bueno mi madre siempre lo hacía. Pero ahora mismo no estoy capacitado para esos recuerdos. He de empezar a drenar los pensamientos negativos.

—Ya puede sentarse a comer las tostadas con jamón. También le he preparado una infusión de lavanda y melisa, tiene un efecto calmante, rebaja los nervios y los estados ansiosos. Cuando haya acabado con el almuerzo empezaremos con el primer paso de su tratamiento.

—¡¿Ahora?! —pregunto agobiado y a ella se le escapa una carcajada.

—Espabile y coma. Tiene muchísimo trabajo que hacer. Va a empezar por ordenar todoooo… su piso —explica extendiendo sus brazos y señalando todo el desastre que ido creando estos días. Mis ojos se abren como paelleras, porque abiertos como platos se queda corto.

—No se preocupe, llamaré a la chica que viene a limpiar cada sem…

—Ni lo sueñe, el que la lía, la deslía. Cambie esa cara de bobo por una de manos a la obra.

—Perooo…

—Pero, nada. ¿Cree usted que puede comportarse de esta manera y que los demás vengan a arreglar su desastre? Qué equivocado está. Ahora mismo, lo que necesita es volver a poner en orden su vida, asumiendo roles y dinámicas diferentes de las que tenía hasta ahora. Para eso debe de ordenar su espacio vital, después trabajaremos lo que hay aquí dentro —explica mientras golpea suavemente un dedo contra mi frente. Finalmente, apoya su mano en mi hombro dando un apretón para infundirme ánimos y añade—: Venga, que tú puedes con todo.

Se da la vuelta, coge una taza de riquísimo café y se sienta en un taburete de la isla, a mi lado, pero como si yo ya no ocupara la misma estancia que ella.

El agua esta que ha ensuciado con hierbajos es asquerosa. Por muy relajado que vaya a dejarme. Igualmente, me la tomo, no hay más remedio. He intentado levantarme a por un café, y sin mirarme siquiera, ha soltado un «NO» con tanta determinación que no he osado en discutir. El resto del desayuno ha sido en un silencio incómodo. Ella siempre tiene algo que decir o una mirada cálida que ofrecer. Pero ha mantenido su posición regia e impasible.

—Ok, mensaje recibido —le digo remangando las mangas de la sudadera, en señal de ponerme con el trabajo. No me ha mirado, solo ha dejado entrever una pequeña sonrisa y ha continuado con la lectura en su Kindle.

Capítulo 6



Aún no me puedo creer que lo haya hecho. Que esté aquí sentada. En mi coche.

—¡Mi coche! ¡Ahh! —grito con alegría desbordada.

Tengo la sensación que es la primera vez en mi vida que estoy haciendo algo solo porque a mí y a nadie más, solo a mí, me apetece. Seguro que si Neus estuviera ahora mismo aquí me diría que sin duda es así.

No me malinterpretéis, siempre que hago algo por los demás lo hago con gusto, y sin esperar nada a cambio. En la mayoría de casos disfruto de ello. Pero esto, es algo diferente. Es como si algo dentro de mí se expandiera y la felicidad me estuviera inundando por completo. Vale, soy una exagerada, lo sé. Pero me da igual, hoy nada va a cambiar lo contenta que estoy. Voy a tope de oxitocina, seguro, debo estar desbordada de ella. Mi querida amiga me ha explicado, en varias ocasiones, que la oxitocina es la hormona de la felicidad, el amor y el placer. Bueno, para mí es solo la hormona de la felicidad, porque para el placer y el amor la jodida nunca aparece.

No he sido una persona materialista jamás, me conformo con poca cosa. Quizá sea así porque siempre he tenido poco. En el colegio fui de las niñas con menos muñecas, años después, de las que menos modelitos tenía para lucir y ahora, soy la única del trabajo que no tiene coche propio. Pero eso solo ha sido hasta este instante. Hace tan solo unos minutos he firmado mi contrato de compra y venta de este pequeño Nissan Micra de color rojo. Es de segunda mano, pero tiene muy pocos kilómetros y tan solo dos años. Es tan mono, pequeñito y coqueto, es perfecto para mí. Ahora mismo dudo si alguna vez he disfrutado de algo tan nuevo.

La encantadora señora que me lo ha vendido me ha explicado que se deshace de él porque cada vez está más mayor. Su hijo se lo compró para que se pudiera mover y hacer recados. Ahora su rodilla ha decidido fallar y causarle molestias, por lo que pisar el embrague es un problema para ella y, una alegría para mí. Aunque puede que dure poco. No sé cómo va a tomárselo Juan. No es que le haya mentido, pero sí que he omitido información. He ido ahorrando a escondidas suya. Sé que no está bien, pero es que es un mano rota, y le encanta gastar dinero, en especial el mío. Así que escondí una caja metálica, de esas de galletas, bajo mis jerséis, y en ella fui poniendo todo el dinero que podía.

Si iba a la compra y me sobraba algo, a la cajita. Cuando compraba el pan y sobraban unas monedas, a la cajita. Si salía a cenar, dejaba la mitad de la propina y el resto, a la cajita. Incluso, cuando ponía una lavadora y encontraba dinero en los bolsillos del pantalón de Juan, en vez de devolvérselo, era un poco mala, y eso también iba a la cajita. Había semanas que solo podía meter calderilla, pero otras, eran varios billetes los que guardaba. Poco a poco, se fue llenando.

También traspasaba dinero a la cuenta de ahorros que tengo hace años. De esta sí que sabe de su existencia. Ya en su momento tuvimos nuestras discusiones por querer coger el poco dinero que tenía en ella. Nunca conseguía ahorrar más de dos mil euros, antes de llegar a esa cifra a él le surgía algo urgente, o importante y me pedía que le prestara el dinero, prometiendo devolverlo. Promesas que siempre caían en saco roto. Hasta que exploté. Creo que fue la primera vez que le grité. Le dejé bien claro que no le daría ni un duro más. Ni de la cuenta de ahorros, ni de la cuenta corriente. Fue tal la magnitud de mi enfado que sirvió para que le quedara claro para los restos. Eso pasó poco después del incidente de hace dos años. Supongo que la culpabilidad por lo ocurrido pudo con él y al final entendió que yo no podía seguir manteniéndonos a ambos.

Introduzco la llave y la hago girar. Antes de arrancar, conecto mi móvil con mi última *playlist* de música al *bluetooth* del coche y subo el volumen. No puedo vivir sin la música.

Cuando suenan los primeros acordes de la animada canción Bam Bam, de *Camila Cabello y Ed Sheeran,* me incorporo a la carretera y fluyo entre el tráfico. Mientras bailo y canto todo lo alto que puedo.

Así es la vida, sí
Yeah, that's just life, baby
Sí, así es la vida, nena
I was barely standin', but now I'm dancin'
Apenas estaba de pie, pero ahora estoy bailando
He's all over me (goza)
Él está sobre mí (goza)

Bidi-bam-bam-bam-bam, bam-bam
Bidi-bam-bam-bam-bam, bam-bam
Bidi-bam-bam-bam-bam, bam-bam
Bidi-bam-bam-bam-bam (así es la vida)

Bidi-bam-bam-bam-bam, bam-bam (uh-huh)
Bidi-bam-bam-bam-bam, bam-bam (uh-huh)
Bidi-bam-bam-bam-bam, bam-bam (uh-huh)
Bidi-bam-bam-bam-bam

Disfruto un buen rato circulando con mi cacharrito nuevo. Paseo por las calles de Barcelona sin rumbo, solo gozando de la sensación de libertad. Voy cantando todas mis canciones favoritas a voz en grito. Puede que desde fuera del coche parezca una loca, pero me importa bien poco lo que piensen. Saber que puedo ir y venir a donde quiera, cuando quiera, sin depender de Juan y sus horarios, es un subidón. Claro que cogeré el transporte público, vivo en la ciudad Condal, es imposible no usarlo. Hay lugares a los que ir en coche es ridículo. Pero, saber que está ahí, esperándome, listo en cualquier momento, es una auténtica pasada.

***

Qué raro que esté la llave echada. Solo yo doy la doble vuelta al cerrojo. Juan es muy despreocupado con la puerta, cree que nadie va a entrar en nuestro piso, donde casi todo es antiguo o de segunda mano. Pero a mí no me preocupa que se quieran llevar algo, sino que algún loco invada mi espacio.

Todo está oscuro al entrar, no hay nadie en casa. Busco el móvil y ahí está, un mensaje de Juan:

Juan:
Me voy con los chicos a cenar. Llegaré tarde.

T.Q.

Le contesto antes incluso de quitarme los auriculares y la chaqueta.

Chloe:
Vale.
T.Q.

Me pregunto cuando dejó de tener valor la palabra «te quiero», y pasó a ser unas simples siglas que escribo ya por costumbre. Como cuando sales de un lugar y dices: «adiós». Pues yo envío mensajes a Juan y al acabar escribo «T.Q.». Es el te quiero con menos sentimiento del mundo, aunque sigo poniéndolo por costumbre y porque no tengo claro cómo le sentaría que no lo pusiera.

Una vez duchada y cómoda, preparo un vaso de agua y añado leche condensada hasta que el sabor dulce está en el punto que me gusta. Antiguamente, la gente tomaba mucho esto, ahora ya se ha perdido la costumbre. Para mí es delicioso. Empecé de niña en el primer internado, donde no faltaba de nada, pero los dulces escaseaban. Esto lo sustituía. Mientras se calienta en el microondas llamo a Neus.

Nada más descolgar el teléfono, solo con su saludo, noto que está algo decaída.

—¿Todo bien?

—¡Sí, loquita mía! La verdad es que estoy muy liada y cansada. Pero ya sabes, gajes del oficio.

—¿Qué ocurre? Cuéntame, nena.

—Es un paciente. Pero, antes de hablar de eso. ¿Ya tienes el coche?

—¡Sí! ¡Ahh! Neus, estoy increíblemente contenta. He venido todo el camino cantando y bailando.

—Sabes que no estás sola en la carretera, yo también circulo por ella, y me gustaría poder seguir haciéndolo muchos años más. —Reímos.

—Para nuestras vacaciones voy a conducir yo, está decidido. Ya sé que el Micra es un coche más pequeño que el tuyo, pero como solo vamos las dos, las maletas cogerán de sobra. No te preocupes. Lo que no tenga sitio en el maletero lo podemos poner en el asiento trasero. Estoy tan emocionada. Lo vamos a pasar genial.

—Cariño —interrumpe mi atropellada euforia—, de verdad que lo siento muchísimo.

—No me jodas, Neus, me lo prometiste.

—Yo también estaba muy ilusionada.

—Es más, todo esto fue idea tuya, ahora no me puedes dejar tirada. Me ibas a ayudar con Juan. Mira que soy tonta. No sé por qué me hago ilusiones. Está claro que a mí las cosas siempre me salen

rana. No, me salen sapo, que es más grande y asqueroso. Seguro que si en la lotería hubiera de premio mil kilos de estiércol de vaca me tocaba. Inocente, o mejor dicho imbécil. No he tenido unas vacaciones en mi vida, no sé por qué he pensado que ahora las iba a poder disfrutar.

—¡Chloe!

—No, no. No te preocupes. Si la culpa es mía por hacerme tantas ilusiones. Siempre estoy con la cabeza en las nubes y no dejo de pensar en tonte…

—¡Chloe! Por favor, para. Cuando te pones en este plan catastrofista y con esa capacidad de monólogo ininterrumpido, eres muy intensa y no razonas. Las vacaciones las vas a disfrutar, solo que un poco menos, porque, yo no podré ir. Pero, lo vas a pasar genial. Van a ser unos días únicos. Está el apartamento pagado, en primera línea de mar. Solo tienes que coger tu fantástico coche nuevo y disfrutar.

—¿Insinúas que me vaya con Juan? No creo que le guste mucho la idea. Eso, ríete de mí.

—En serio crees que te diría que fueras con ese troll que tienes como novio. Amiga, a veces creo que no me conoces nada. Te vas a ir tú sola.

—¡¿Qué?! —Ahora sí, definitivamente mi amiga ha perdido la cabeza.

—Piénsalo bien, Chloe. Escogimos el destino por ti, porque es uno de tus lugares favoritos. En realidad, este viaje nunca fue el de las dos, si no, tuyo. Es tu sueño.

—Deja de hacer eso —le recrimino—. No uses tu psicología conmigo. Además, no creo que pueda ir sola, Juan jamás me permitirá que lo haga.

—Tienes que entender de una vez, que no le perteneces a Juan, y que él no puede decidir cuándo, con quién o a dónde vas. Si te quedas más tranquila, iré a tu casa y le diremos que nos vamos juntas. Pero tienes que tener todo preparado, tal y como habíamos planeado. Él nunca descubrirá que te has ido sola; y tú podrás disfrutar de la playa y el buceo, todo lo que quieras. Yo hubiera sido un lastre, sabes que me da miedo el fondo del mar.

—Te odio, tanto como te quiero, lo sabes, ¿verdad?

Porque es así. Odio que me deje tirada, pero la quiero muchísimo porque siempre cree en mí, en que soy capaz de hacer cosas increíbles sin ayuda de nadie. Siempre me anima y apoya, y eso la hace la mejor.

—Solo te permito que no vengas porque sé que no me dejarías tirada si realmente el caso de este paciente no fuera muy grave.

—Lo es. Ya sabes que no estaría tranquila sabiendo que mi paciente se queda aquí solo.

—Lo sé. Bueno, como tengo claro que no me vas a explicar nada, no voy a preguntar. Pero, ¿crees que puedes quedar para cenar mañana y dejar el trabajo a un lado durante un rato? Así podemos decidir qué le vamos a decir a Juan.

—¡Ains, loquita mía! Quedaremos para cenar, pero no vamos a planear nada, porque simplemente le dirás que te vas y fin de la historia. —Rompe en una fuerte risotada que yo acompaño.

No tengo nada claro que vaya a ser tan sencillo, pero eso ya lo lucharé cuando llegue el día.

Al colgar he ido directa a la cama. Hoy me está costando coger el sueño. Suelo quedarme dormida pronto porque madrugo mucho, pero este libro me tiene enganchadísima. No puedo parar de devorar sus páginas. Hasta que escucho el ruido de la puerta de casa.

Es Juan.

Apago a toda prisa el Kindle, me estiro y cubro mi cuerpo. Cierro los ojos e intento que mi respiración sea lo más pausada posible.

—Nena, ya estoy en casa. —¡Mierda!—. Cariño, no sabes lo que te he echado de menos, no he podido dejar de pensar en ti.

Cuando lo escucho decir eso, enseguida sé que viene borracho. Odio cuando llega así. Cada vez bebe más. Hay días que llega y cae en la cama hasta con la ropa y se duerme en un visto y no visto. Pero los días que llega hablador, esos son los peores. Para más inri dice que me ha echado de menos, y eso solo significa una cosa, quiere sexo.

Sigo en mi papel, no me muevo y mantengo los ojos cerrados. Con un poco de suerte se acostará sin más.

Escucho cómo se va deshaciendo de la ropa y su respiración se agita. Sé que se está tocando. Cuando bebe, le cuesta mucho que se le ponga dura, así que se masturba un rato antes de acercarse a mí. De hoy no me libro, confirmado.

Da un fuerte tirón a las sábanas y me destapa. Noto como el colchón se mueve a mi espalda y su mano empieza a acariciar mi muslo de manera ascendente. Arrastrando el bajo del fino camisón que me he puesto para dormir.

—Mira qué cachondo me tienes, nena.

Es curioso, lo distinta que suena la palabra «nena» cuando nos lo decimos entre Neus y yo, con ese cariño que nos tenemos, a cuando la dice él. Restriega su erección en mi trasero, e introduce un dedo en la braguita.

—Mmm… estás muy mojada, te pone cachonda ver lo duro que estoy verdad, zorrita. —Odio ese apelativo. Empezó a usarlo no hace mucho y lo detesto—. Mira como resbalan mis dedos. Abre bien las piernas. Tu coñito de zorrita chapotea por mí, ¿te gusta que te folle con los dedos?

Estoy mojada, mucho, pero no por él. Estaba leyendo una escena

muy subidita de tono en mi libro y hacía poco que había empezado a masturbarme. Las suaves cachetadas que daba el protagonista de la novela en las nalgas de una guapa morena, mientras la penetraba con fuerza, me habían puesto más que tontorrona, así que decidí acariciarme. Pero ha llegado Juan con su aliento a ginebra y ha conseguido anular toda mi libido.

Respira en mi oreja y lame el cuello. No es que me dé asco ni nada por el estilo, estoy acostumbrada a él, es solo que me he vuelto una frígida. Nada, ninguna caricia o lametón consigue que sienta deseo por él.

Me saca el camisón por la cabeza y lame mis pechos. Succiona uno de los pezones y pellizca a su compañero, mientras restriega su erección por mi ingle. Está tan borracho que no se da cuenta de que no se está frotando contra mi sexo, o quizá si se dé cuenta, y le dé igual.

Cuando me besa, todo el sabor a alcohol y tabaco recorre mi boca, no me gusta nada, así que hago lo que mejor se me da, actuar. Arqueo mi espalda en señal de placer, uno que no siento, pero funciona. Deja de besarme.

—Date la vuelta, ¡vamos, joder! —Obedezco con rapidez.

Cuando me tiene a cuatro patas, golpea mi cachete con demasiada fuerza. Nada que ver con lo que imaginaba al leer el libro.

—¡Ahhh! —grito, porque ha dolido—. Juan, más suave. —Agarra la melena y tira de ella con agresividad—. Me haces daño, esto no me gusta.

—Calla ya, zorrita, solo yo sé lo que te gusta. —Otra fuerte cachetada—. Voy a follarte fuerte como en esos libros de mierda que lees.

—Vas muy borracho. Para, por favor.

Pero no hace caso de lo que le digo y me embiste con mucha fuerza. Emito un sollozo, pero le da igual.

—Cállate de una puta vez, Chloe, que ni para follar eres capaz de cerrar esa bocaza que tienes. Cuando me canse de tu caliente coñito, voy a enseñarte como estar en silencio.

Desisto, aguanto, y me mantengo en silencio, recibiendo sus acometidas de animal embravecido. Deseando que acabe pronto, aunque sé que con lo alcoholizado y por lo que imagino, drogado que está, eso no va a pasar. Tras un buen rato de embestidas y cachetadas, me ordena que me arrodille en el suelo y lleva a cabo su promesa. Agarra mi cabello a ambos lados de la cabeza y embiste contra mi boca hasta derramarse en ella. Obedezco porque sé que si no se enfadará y será peor.

—Joder, nena, estás preciosa callada y con mi polla dentro de tu boca.

Tras esas palabras, se tumba en la cama y me deja, ahí, de rodillas, en el suelo, con las lágrimas provocadas por las arcadas de las fuertes embestidas cubriendo mi rostro.

Es imposible que pueda dormir después de lo que acaba de pasar. Cada vez es peor. Al principio eran apelativos fuera de lugar, le siguió alguna cachetada excesivamente fuerte, pero esto ha sido demasiado. Jamás me había sentido tan sucia y poco querida.

Voy directa al baño y lo primero que hago es lavar mis dientes, froto tan fuerte que mis encías sangran. Necesito quitarme el sabor de su simiente y sobre todo el sabor de la fiesta que se ha pegado antes de llegar a casa. En la ducha dejo que el agua y el jabón limpien mi vergüenza. La que siento por dejarme someter de esta manera. «Despierta de una vez, no puedes seguir así», me recrimino a mí misma.

Juan era muy diferente. Fue un joven más bien introvertido y cariñoso. Cuando empezamos a salir me trataba con dulzura. Pero con los años y la edad ha ido ¿cómo decirlo? Agriándose. Al principio veíamos pelis en el sofá y compartíamos palomitas. De tanto en tanto salíamos a cenar, poco, porque nunca hemos ido muy boyantes de dinero. Él siempre ha tenido un sueldo sencillo y yo tenía que pagarme la carrera. Pero no nos importaba, preparábamos unas pizzas en casa y con eso éramos felices.

Como han podido cambiar tanto las cosas. Esta mañana estaba convencida de que nada arruinaría mi felicidad. Ilusa de mí.

Cuando vuelvo a la cama, lo veo a él, ahí estirado, y solo puedo observarlo. Está desnudo. Me pregunto cuándo dejó de ser aquel chico que veía tan guapo. Lo que un día fueron abdominales, pasaron hace tiempo a mejor vida. Ahora una pequeña barriga cervecera lo acompaña a todas partes. Felicidad dice que es. ¡JA! Eso no lo hace la felicidad, lo hacen las birritas y que el gimnasio ya es solo un recuerdo de juventud. Su belleza nunca ha sido de las de quitar el hipo, no nos engañemos. Pero tiene unos bonitos ojos color chocolate, rodeados de espesas pestañas, unos que siempre me habían mirado con cariño. Ahora ya no tengo claro si eso sigue pasando. Su rostro está siempre cubierto por una barba dejada, que solo afeita cuando sale los viernes o sábados con sus amigos. Ya nunca lo hace para mí. No lo puedo confirmar, pero apostaría que tiene una amante. Últimamente, en la cama es muy creativo, por llamarlo de alguna manera, y creo que puede ser porque hay alguna chica por ahí que le da ideas. También puede que mirar mucho porno ayude. Está enganchado, solo hay que ver el historial de búsquedas del ordenador que compartimos en casa. Aunque lo cierto es que ninguna de las dos cosas me importa.

No me importa.

Me da igual.

Él me da igual.

—¡Vaya! Juan me da igual —repito en un susurro para que no despierte, aunque ahora mismo ni un bombardeo lo haría.

Aunque me entristece, es la verdad. Debo dejar de engañarme a mí misma. Ahora por fin lo veo claro y darme cuenta lo cambia todo, absolutamente todo.

Capítulo 7



Anudo fuerte las zapatillas de running. Voy a salir a correr. Lo hago todas las mañanas. Es una nueva rutina que me he marcado y eso está ayudando a que esté más estable a nivel emocional. Hace muchos años que practico deporte a diario. Necesitaba volver a sudar, a sentir la energía que me aporta.

La Dra. Blázquez es como un grano en el culo. Viene todos los días a mi apartamento y aquí la tengo, pegada a mi trasero. Aunque, he de reconocer que a este grano le he cogido mucho cariño. Hemos creado una extraña relación. No creo que todos los psiquiatras traten así a sus pacientes. Pero ella, es especial. Se nota que ama su trabajo y lo hace con vocación. También tiene su punto peculiar, es un poco hierbas. No sé si me explico. Es una *¿hippiepija?* Sí, algo así. Su manera de vestir es bastante bohemia, y siempre anda con su bolsa de hierbajos de arriba para abajo. Al principio, me dio medicación, pero enseguida me sugirió remedios de la abuela, como ella los llama. No dejan de ser otra cosa que hierbas. Tomo tres infusiones al día, y cada una con distintas plantas. Todas igual de asquerosas. También me ha dado

flores de bach. Eso me lo tomo mejor, son unas gotas varias veces al día, y sirven para regular las emociones y los estados de ánimo.

De momento, sigo teniendo el café prohibido, pero me ha dicho que, si sigo con los entrenos, en pocos días, dejará que tome uno por la mañana. Sigue recordándome lo importante que es controlar mi nivel de estrés, y el café es un estimulante muy potente y poco favorecedor para paliar los nervios y la ansiedad. No he cuestionado ninguna de sus sugerencias. ¿Cómo hacerlo? Se ha volcado por completo en ayudarme. No existe mucha gente así en el mundo. Aun así, he llegado a un pacto con ella para remunerarlo como es debido. Hace muchas cosas que no están, ni de lejos, pagadas con el dinero que le doy.

Miro el reloj y me apresuro, ya voy tarde. Coloco la llave de casa en el pequeño bolsillo del pantalón corto y ajusto bien los cascos para poder disfrutar de la música. Bajo por las escaleras a toda prisa. No puedo llegar tarde, necesito ese instante del día. Ya se ha convertido en algo imprescindible.

Acelero el ritmo, pisando con fuerza el embaldosado para llegar al cruce antes que ella. Me detengo en el banco de cada mañana y disimulo mientras estiro un poco.

Cuando escucho la música, sé que está detrás. Ya sin verla sonrío, porque tengo claro lo que me voy a encontrar. A unos cincuenta metros, asoma el coche y dentro de él, está una de las pocas cosas que me hacen reír desde que pasó el accidente.

El primer día que la vi, no daba crédito.

Paré en esta intersección para coger algo de oxígeno, ya que en los pocos días que dejé de entrenar, mi fondo físico se vio bastante afectado. Supongo que toda la mierda que le metí al cuerpo bebiendo tanto también influye. Una música molesta y ensordecedora, salía de un coche. Mi primera intención fue acercarme a pedir que bajara el volumen, puesto que eran las siete y media de la mañana, y esta zona, es bastante tranquila. Cuando estaba a tan solo unos metros me quedé bloqueado. La reconocí al instante. Como no hacerlo, tiene una belleza difícil de olvidar. Incluso en el estado que la vi por primera vez, se la veía hermosa.

Una loca y alegre rubia de cabello alborotado, cantaba con su puño como micro, mientras con la otra mano seguía el ritmo de la música e intentaba conducir. Cantaba tan alto, que desde fuera del vehículo se la oía, su serenata superaba el volumen de la canción. No le importó demasiado cuando el semáforo se puso en verde. Continuó su camino, bailando y usando el volante como tambor. Desde detrás del coche, en mi posición, se apreciaban sus cabellos rizados danzando al mismo ritmo que se movía su cabeza para seguir la música.

Su actitud me dio que pensar. Cuando la encontré o, mejor dicho,

la rescaté, era una mujer muy distinta a la que acababa de ver. Aquel día podría haber muerto por varios motivos. Pero, ahí estaba, alegre. Con tanta vitalidad y buena energía, que parecía que ella nunca pasó por toda aquella mierda.

Fui al hospital a ver cómo se encontraba todos los días. Sentía la necesidad de confirmar que estaba bien. Hasta el día que llegué y ya no estaba. Le habían dado el alta. Nunca más supe de ella. Pero hace unos días su música despertó mi interés.

Pasa por aquí a la misma hora y con la misma actitud a diario. Me alucina la capacidad que tiene para despertarse todas las mañanas igual de contenta. Envidio su feliz vida.

No dejo de darle vueltas, y también en todo lo que la Dra. Blázquez me explica en sus terapias. No va a ser nada fácil, pero quiero un día poder decir que aprendí a ser feliz, aun cargando con toda mi pena.

Cuando el semáforo se pone verde, arranca y desaparece una vez más, con el volumen de la música más alto de lo que un ser humano normal puede soportar en un espacio tan reducido. Me quedo mirando hasta que el coche gira la esquina y vuelvo a ser consciente de lo que verla me provoca. Estoy riendo, no sonriendo, estoy riendo muy fuerte, porque me hace muchísima gracia esa loquísima y despreocupada actitud. Vuelvo a ponerme los cascos y aunque es un tópico, me pongo *Don't Stop Me Now* de *Queen*, y reemprendo la carrera.

Tonight, I'm gonna have myself a real good time
Esta noche, voy a pasarla bien de verdad
I feel alive
Me siento vivo
And the world, I'll turn it inside out, yeah!
Y al mundo, lo pondré de cabezas, ¡sí!
I'm floating around in ecstasy
Estoy flotando en éxtasis
So don't stop me now
Así que no me detengas ahora
Don't stop me
No me detengas

Cause I'm having a good time, having a good time
Porque me lo estoy pasando bien, me la estoy pasando bien
I'm a shooting star leaping through the sky
Soy una estrella fugaz saltando por el cielo
Like a tiger defying the laws of gravity
Como un tigre que desafía las leyes de la gravedad
I'm a racing car passing by, like Lady Godiva
Soy un coche de carreras que pasa por ahí, como Lady Godiva

I'm gonna go, go, go
Voy a ir, ir, ir

Entro por la puerta de casa más cansado que de costumbre. Necesitaba quemar la necesidad de seguir viéndola. Una necesidad que me está consumiendo y que no me gusta nada sentir. Exacto, ese es el problema, sentir. No quiero sentir, nada de nada por nadie más que no sea quién tengo ya en mi vida.

—Buenos días, atleta —saluda la guapa morena que está en la cocina preparando ya la primera infusión que he de tomar hoy.

Le debe de haber abierto Alex. Mientras me acerco a saludarla, voy secando el sudor con una toalla que siempre dejo en la entrada cuando salgo a correr. Está guapa. No hay ni una pizca de maquillaje en su bonito rostro, pero está claro que no lo necesita. El estrecho tejano deja evidencia de sus delicadas curvas y una sencilla camiseta blanca con el eslogan «*hoy será un gran día*» en el centro de un llamativo fucsia, me hace sonreír.

—¿Qué tal está, doctora?

Le pregunto mientras le doy un abrazo, intentando guardar algo de distancia para evitar pegar mi cuerpo sudado al suyo. Al separarme, la beso en la mejilla. Ella sonríe y corresponde el cariñoso saludo. Al principio me costó, pero ahora me siento bien cuando lo hago. Siento paz al abrazarla, ya es un gesto muy natural entre nosotros.

—Vaya, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo hoy en tu carrera matutina?

Esta tía es loquera y bruja. Estoy seguro de que algún poder extraño tiene. Suele necesitar tan solo un vistazo para evaluar tu estado de ánimo, y siempre acierta. Ella dice que las personas son fáciles de leer, que solo hay que verlas de verdad. Cree que poner toda la intención cuando deseamos algo es lo que de verdad vale.

Se separa de mí, extiende un brazo para alcanzar la taza con la infusión y me la acerca.

—Grrr… —Escucho gruñir detrás de mí. Es Alex. No soporta el buen rollo que tenemos. Le molesta de una manera desmedida. Sigo sin entender como puede ser que sea con la única mujer que no se lleva bien. Cuando lo cierto es que es encantadora, además de guapa.

Chocamos nuestros puños a modo de saludo. Le he preguntado varias veces qué le ocurre con ella. Pero todo son evasivas. Al principio pensé que podía ser tensión sexual no resuelta. Alex ha tenido el descaro de decirme que la doctora no le atrae en absoluto. Es una de las mentiras más grandes que he escuchado en la vida, pero no tengo ganas de discutir. No creo que exista hombre en la tierra que no opine igual que yo, es un pibón. De esos que crean silencio cuando entran en un lugar y un reguero de babas a su paso.

Como no suelta prenda, prefiero dejar pasar el tiempo, estoy

seguro de que al final me enteraré de lo que ocurre.

—Cuando estés duchado y listo, empezamos la sesión. Hoy voy con prisa, tengo mucho trabajo en el hospital, así que no se puede alargar demasiado.

—¿Hoy doblas turno?

—Al final no. Es por eso que tengo que llegar pronto. He quedado para cenar y tengo que dejar todo listo antes de irme.

—¿Con tu desahogo? —la reprende Alex.

Me quedo helado cuando interrumpe la conversación con ese tono recriminatorio.

—Eso a ti no te importa. Pero para tu tranquilidad te diré que sí. He quedado para cenar con mi guapo y simpático desahogo.

Ya estamos otra vez. Discuten por todo. Es alucinante que dos personas que se conocen tan poco puedan tener tanto por lo que pelear.

—Chicos, por favor, no empecéis otra vez. ¿Sabéis? Voy a pasar de vosotros y me voy a la ducha.

De lejos escucho a Alex cómo la acusa de ser ella siempre la que busca enfrentamiento. Los ignoro. Son como dos niños.

***

—Bien, empecemos. ¿Cómo has pasado hoy la noche? —pregunta en cuanto tomo asiento.

—Dra. Blázquez, las noches siguen igual, no descanso. Las pesadillas me sacuden sin parar.

—¿No hay ningún cambio? Puede ser un cambio en los sueños. Quizá algún sueño que te recuerde a tu infancia, o de algo vivido con Alex. —La miro y no le contesto—. Quim, sabes que para que funcione tienes que ser sincero. —Afirmo con la cabeza.

—Lo cierto es que sí que hay algo diferente. Llevo dos noches que la veo a ella en mi sueño. Está en el funeral.

—¿Hablas de Xenia?

—No. De ella no quiero hablar.

Solo escuchar su nombre, todo mi cuerpo se pone rígido.

—Está bien, tranquilo. Cuando estés preparado hablaremos de Xenia. Pero, si no es ella la mujer de tu sueño, ¿quién es?

Bueno, allá voy. No tengo nada que perder. He prometido ser sincero y contarle todo lo que me vaya ocurriendo.

—Es la chica de la azotea.

La cara de mi psiquiatra no tiene desperdicio. Creo que de todas las cosas que podría haberle dicho, esta es la última que se esperaba. No hemos hablado nunca de ese día. Tampoco tengo claro si ella me recuerda o si recuerda a esa paciente.

—Quim —suspira—, ¿quién es la chica de la azotea?

—Veo que usted no me recuerda. Pero hace un tiempo rescaté a una chica.

—Hace dos años.

—¿Lo recuerda?

—Por supuesto. Como olvidar a un guapo chico, venir todos los días al hospital, incluso más de una vez al día, para preguntar por la salud de la chica que salvó de morir en una azotea.

—Pero… si me reconociste, ¿por qué no dijiste nada?

—¿Hubiera cambiado algo?

Un largo silencio inunda el espacio. Siento que ella está incómoda, tanto como yo. No tendría que haber sacado el tema.

—Volvamos a lo que nos atañe. ¿Qué pasa con la chica de la azotea?

Desvía el tema y lo lleva a donde le interesa.

—La he visto.

—Vale, y ¿qué pasaba en el sueño cuando la veías?

—No, en el sueño no. Bueno, en el sueño sí. —Inspiro con fuerza para infundirme calma—. La he visto en mis sueños, pero eso ha sido a raíz de verla en la calle.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado cuando la has visto? ¿Te ha reconocido? —pregunta algo atropellada.

Está nerviosa, algo nada habitual en ella.

—No, no me ha visto. Pasó en un coche rojo, cantando como una loca —río—, y también bailando. —Vuelvo a reír—. La he visto feliz. Hace unos días, cuando salí a correr, pasó con su Nissan Micra, y la he seguido viendo todos los días a la misma hora, en el mismo lugar.

»Apareció en mis sueños hace unas noches. Da igual si soñaba con el accidente o con el velatorio, ella estaba ahí, cerca, mirándome. Cada vez que giraba la cabeza, aparecía en la trayectoria de mi mirada. Pendiente de mí en todo momento, con unos auriculares de música puestos. —Suelta una risotada.

—Disculpa, no pretendía reírme, es solo que me ha sorprendido.

—El día que la rescaté también llevaba unos cascos de música puestos, imagino que por eso en mi sueño la vi con ellos.

—Sí, es muy probable que sea por eso, la mente suele almacenar imágenes y después nos las muestra en los sueños. Los sueños muchas veces nos hablan. Nos dicen cosas de las que, ni nosotros, somos conscientes de ellas. Es importante que analicemos qué más pasaba. ¿Qué hace ella mientras te mira?

—Su rostro no sonríe, pero tampoco está seria. No sé muy bien cómo explicarlo. Tiene una expresión plácida, de esas medias sonrisas que das a la gente que aprecias. Es extraño. Cada vez que la miro, siento un calor agradable en el pecho.

»Hace tres noches todo cambió. En algún momento del sueño todo

desaparece y ya no hay nadie, ni nada a mi alrededor, solo está ella. De repente, el día es soleado y brillante. Siempre lleva los auriculares de música puestos. Sonríe y, por extraño que parezca, yo también la sonrío y eso parece activar algo. Camina hasta mí, extiende sus manos y enmarca mi rostro, limpiando con los pulgares los restos de lágrimas que no dejan de caer. Con delicadeza desliza sus manos detrás de mi nuca y acerca su cuerpo. Descansa su cabeza en mi pecho y me abraza con fuerza. —Suspiro—. Creerá que estoy loco, pero es tan real. Siento el calor de su cuerpo envolviendo el mío.

No me contesta, ni siquiera toma nota, solo me observa. Pasa un rato y continúa en silencio. Cuando finalmente decide hablar, me deja atónito con su pregunta.

—Quim, ¿crees en el destino?

Capítulo 8



Miro el nombre que se refleja en el móvil y que anuncia una llamada entrante. En cuanto descuelgo recibo su saludo despreocupado. Pero yo sigo con la dinámica de tía repelente, no va nada conmigo actuar así, pero no puedo evitarlo, Alex consigue sacar una parte de mí que no sabía que tenía.

—Me gustaría poder hablar con usted. Las noches de Quim me tienen preocupado.

—Está bien Sr. Falcó, teng…

—Para de hacer eso, Neus, deja de llamarme Sr. Falcó. Esto ya es ridículo.

Está enfadado. Lo cierto es que tiene razón, pero hasta que no reconozca lo imbécil que ha sido, de mí no va a sacar nada mejor.

—Mire, Sr. Falcó.

—¡Agrrr! Eres increíblemente insufrible cuando te lo propones. Por favor, una tregua, aunque solo sea de unos minutos. Hemos de intentar arreglar esta situación. Sabes de sobra lo importante que es Quim para mí y está claro que tú te has convertido en alguien muy

importante para él. Así que, aunque solo sea por su salud, intentemos arreglar esto.

Este hombre siempre consigue descolocarme. Ahora resulta que quiere que nos llevemos bien, es increíble. Suelo lidiar muy bien con gente como él. Pero el rencor por lo que me hizo está siendo una piedra difícil de tragar.

—Está bien, tienes razón, Alex —digo su nombre con retintín, no puedo evitarlo.

—Gracias, Neus.

—Me puedes llamar Neus, siempre que no esté haciendo mi trabajo, eso quiere decir que cuando estoy con Quim o en consulta soy la Dra. Blázquez, lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo perfectamente.

Su tono de voz suena agotado, pero no es el único que está agobiado con este rol que hemos establecido entre nosotros.

—Tengo un hueco en media hora, un paciente me ha cancelado la cita.

—¿Tú siempre lo tienes que hacer todo *ipso facto*?

—Mira, eres tú el que…

—Vale, vale, perdona. Es que siempre eres tan…, tan… Bueno, da igual, déjalo. No puedo ir en media hora, tengo una reunión.

¿Soy siempre tan qué? Me entran ganas de preguntarle. No pienso reconocerlo nunca, pero puede que tenga algo de razón, y su actitud está algo justificada. Estoy siendo peor que una muela picada. No le doy nunca tregua, a pesar de la cantidad de veces que él lo ha intentado. Pero es la mejor solución para tenerlo bien alejado de mí, sobre todo de mi cuerpo.

—Tengo otra hora suelta a final de la tarde, a las siete.

—Perfecto, ¿dónde tienes la consulta?

—Ahora te lo envío por WhatsApp.

***

Hoy tengo muchísimo trabajo y voy atendiendo paciente tras paciente, sin que me dé cuenta de que las horas van pasando. Me encanta mi trabajo. Quizá un poco demasiado. Suelo implicarme en exceso con algunos pacientes y eso después repercute en mi vida personal. Aunque, como suele decirme Chloe, mi vida es el trabajo y después está todo lo demás. No puedo contradecirla en eso.

Cuando hay casos complicados, tengo la necesidad expresa de entregarme a ese paciente. Como me pasó con Chloe, o como me está pasando ahora con Quim. Bueno, lo de Quim es un poco diferente. Me atrajo su caso en el primer instante que descubrí que era «el Dios que bajó a la tierra» para salvar a Chloe. Eso fue el detonante, pero cuando profundicé y Alex me explicó lo que había pasado, ya me fue

imposible alejarme del paciente. Como no implicarse, lo que le ha ocurrido es para que tu celebro explote. Cualquier otra persona es posible que ya estuviera ingresada o en una caja de pino. Pero él es fuerte. Tengo la certeza de que solo necesita algún incentivo en su vida para poder recomponerse.

Vino su Sargento en la unidad a hablar conmigo, y quedó claro que sería un paciente que se recuperaría. Hay gente que tras un suceso como este se quedan depresivos de por vida. Pero él es un puñetero GEI de los Mossos de Escuadra. Es la elite de la policía en Cataluña. Los agentes que pertenecen al Grupo Especial de Intervención tienen una preparación física y sobre todo mental, muy específica. Solo hay que ver la gran mejoría en tan solo unas semanas. Pero, aún queda trabajo por hacer.

No quieren que vuelva a la unidad. Puedo entender que quieran que se recupere, que es muy importante el estado de salud mental para todos los miembros del grupo, pero lo que no entienden ellos es que lo más probable sea que volver a la unidad y a las misiones, consiga que Quim se recupere. De momento, seguimos trabajando en terapia.

Cuando me doy cuenta, ya son las siete menos cuarto. Así que salgo pitando al baño antes de que llegue Alex.

Me lavo los dientes, arreglo un poco el colorete y me pongo un poco de gloss en los labios. Cuando empiezo a pasar los dedos por el despeinado flequillo, con la intención de conseguir un mejor aspecto, me doy cuenta de lo ridícula que soy. Solo tengo desplantes y borderías para él y ahora que sé que viene, me arreglo para… ¿para qué?

«Para que te coma con esos ojazos azules que te tienen, y algo más si puede ser, tontorrona».

Estúpida conciencia, siempre con la verdad por bandera. Pero es así. Llevo semanas tratándolo como a un perro, pero cuando lo veo, la que se pone perra soy yo. No puedo evitarlo, está para untar todo su cuerpo con *nutella* y merendárselo.

Borro rápidamente mis pensamientos lascivos y me dirijo a mi consulta. Al asomar por el pasillo, de aspecto aséptico, lleno de puertas de color azul claro, lo veo frente a la mía. Su espalda descansa en la pared de manera relajada, y uno de sus pies está cruzado encima del otro. Justo al lado, está la cartera de piel que siempre lleva con él a todas partes. Lo he visto sacar el ordenador de ella en más de una ocasión. Mientras mira el móvil con una mano, la otra descansa en el bolsillo del pantalón de su traje. Se debe de haber quitado la americana y la corbata que suele llevar para trabajar, y ahora su camisa blanca está más desabotonada de lo decente para mi cordura. Las mangas remangadas dejan al descubierto sus brazos esbeltos y

definidos. Parece despreocupado, como si no supiera que todo el personal femenino de la planta, está pendiente de todos sus movimientos. Las enfermeras que suelen estar tras el mostrador, sentadas ganduleando, ahora son polvorillas que van de un lado para otro haciendo ver que, por una vez en su vida, trabajan, solo que, en realidad, lo único que hacen es escanear al rubio con aspecto de modelo que me está esperando. Cuando vean que entra en mi consulta, me van a avasallar a preguntas toda la semana.

Como si sintiera que lo estoy mirando, levanta la cabeza y deja asomar esa sonrisa canalla que tiene. Es guapo a rabiar. Reacciono todo lo rápido que mi atontado celebro me permite y camino buscando en los bolsillos la llave del despacho, intentando disimular.

—Hola, Neus.

—Alex. Solo recordarte que cuando trabajo soy la Dra. Blázquez.

Puedo llegar a ser estúpida de narices. Creo que mi nueva afición preferida es desquiciar a este hombre.

—Bufff… yo que pensaba que teníamos una tregua.

Paso dentro y lo apremio para que desembuche rápido, lo que nos ha traído a ambos a estar en una sala los dos solos.

—Está bien —dice resignado y aceptando lo borde que soy con él —, voy al grano. Quim no duerme por las noches. Sus ataques de ansiedad son todos los días, hay veces que hasta dos o tres en una sola noche. Se despierta de sus horribles sueños gritando. Lo encuentro con todo su cuerpo empapado en sudor y lo peor de todo… no respira. Literalmente, se ahoga. Le doy las pastillas que me dijiste, también hago lo del masaje e intento poner ese tono de voz monótono que me enseñaste. Todo eso le ayuda con los ataques de ansiedad. Pero estos no cesan y cada noche tiene uno o varios.

»Dormir se ha convertido en una utopía. Cuando él cae rendido de agotamiento y medio drogado con los fármacos, por cierto, unos que me planteo comercializar en el mercado negro, fijo que me forro, yo sigo sin dormir. No sé cuánto tiempo más podré aguantar, sigo sin ir a la oficina lo que debería.

Una de las cosas que Alex tenía claras el primer día que me pidió ayuda con Quim, fue que se mudaría a su casa hasta que se recuperara. Lo cierto es que la decisión fue muy acertada, y si no hubiera salido de él se lo hubiera sugerido yo, o en su defecto, a una asistenta nocturna. En el hospital hay voluntarios que ayudan y hacen compañía a los pacientes que sufren y están solos.

—Perdona. ¿Has dicho que «parece» que no mejora? —pregunto usando mis dedos para entrecomillar.

—Pues, la verdad no lo sé. Sigue despertando sin poder respirar, pero ahora cuando lo hace, no grita. Cosa que me preocupa más aún, porque me da miedo no escucharlo y que se ahogue solo en la

habitación. No te rías, pero, le he puesto una campanita en la mesilla de noche para que pueda avisarme. —Suelto una carcajada—. Suerte que te he pedido que no te rieras.

—Perdona. No me esperaba eso. Es una buena idea. ¿Él ha aceptado usarla?

—Por supuesto que no. Puso el grito en el cielo y dijo que ya tenía bastante con un grano en el culo, que no le hacía falta tener otro. Pero yo la dejé a su lado y me fui a dormir. Cuando despertó y comprobó que no podía coger aire, en consecuencia, tampoco podía gritar, no dudó en usarla.

—Así que otro grano en el culo, ¡eh! —Sonrío, porque lo dice con cariño—. Está bien, ha sido una idea genial. Creo saber qué es lo que está haciendo que no grite en sus sueños. Hay algo que lo está, de algún modo, reconfortando en ese momento de pena. Vamos a continuar e iremos valorando. Si te parece, podríamos hacer una consulta tú y yo solos, una vez a la semana, y así me cuentas como va. Tu visión me ayudará en las sesiones con él. ¿Qué te parece?

Me sorprendo a mí misma cuando soy consciente de lo que acabo de decir. Es habitual que haga consultas privadas con los familiares para tener otra perspectiva del paciente, en muchas ocasiones también los ayuda a ellos sin que sean del todo conscientes. ¿Pero con Alex? Mala idea.

—Dra. Blázquez, ¿me está sugiriendo que tengamos una cita semanal? —Giro mis ojos en una expresión de cansancio.

Su comentario de gigoló era de esperar. Él es así, le sale innato. El cristalino azul de su mirada empieza a hacer estragos en mi cordura. Al sonreír de medio lado un pequeño hoyuelo se forma en su afeitado rostro y sé que es el momento de que se vaya. Antes de que haga alguna tontería de las mías.

—Creo que por hoy hemos terminado —digo poniéndome en pie para acompañarlo a la puerta.

—*Capichi*.

—Adiós.

—*Arrivederci, Neus, ci vediamo la prossima settimana* —dice con ese acento italiano ensayado, pero no se mueve del sitio.

Me mira serio, está claro que algo más me quiere decir, así que le doy tiempo.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué a mí nunca me abrazas o besas como haces con Quim? ¿De veras me odias tanto?

—Alex…

—¡¿Qué?! Es verdad. Vale, no estuve nada acertado el primer día que quedamos. Pero te he pedido perdón mil veces. *Bellissima*, no me

gusta estar enfadado con la gente, y menos contigo. —No soporto lo tontorrona que me pongo cada vez que suelta algo en italiano, ¿cómo puedo ser tan facilona?

Le mantengo la mirada y la energía fluye entre ambos.

El día que fuimos a cenar al italiano, se portó como un prepotente. A decir verdad, no del todo. La cena fue perfecta. Alex tiene un carácter relajado y alegre que te hace sentir cómoda. Sin olvidar que es guapo hasta el punto de molestar. En realidad, fue una charla bastante profesional, ya que la conversación principal fue Quim. Me sentía a gusto con él. Al salir le acompañé al portal de su piso, que estaba justo al lado, mientras seguíamos hablando de manera amena, y sin más nos besamos. Cuando todo empezó a coger temperatura, me apartó de manera brusca y dijo «lo siento, *bellissima,* pero no follo con chicas como tú», se dio la vuelta y se metió en el portal. Ni me miró. Tampoco se despidió. Me sentó fatal. ¿Con chicas como yo? Qué absurdez era esa. Si en ese mismo instante no llega a cerrarse la puerta tras entrar en el portal, le hubiera dado un *mamporrazo* con mi bolso. Menudo GI-LI-PO-LLAS. El calentón se convirtió en ardor, pero debido a la enrabietada que cogí. Volví todo el camino en el coche maldiciéndolo, primero, por ser tan asquerosamente guapo, y sí, he dicho asqueroso y guapo en la misma frase. Y segundo, por tratarme de esa manera, como si no fuera suficiente para él. Anda que si lo hubiera sabido… me quedo cenando con Esteve, el moja bragas de la cuarta planta, cirujano plástico, y de lengua ágil, al que suelo follarme, al menos, una vez por semana.

Mientras intento ordenar mis pensamientos, él sigue esperando mi respuesta. Lo cierto es que tampoco me gusta estar enfadada con nadie. He de empezar a comportarme como una adulta y no como una niña a la que le han quitado el juguete que quería.

—Te perdono.

Para que vea que voy en serio, lo abrazo. Es un gesto que hago de manera natural con todos mis pacientes y amigos. Pero en cuanto mis manos empiezan a deslizarse desde su cintura a su espalda, me atrae hacia su cuerpo con premura. Me envuelve con sus brazos y, enseguida, soy consciente de que estoy perdida. Me doy cuenta de que todo iba mejor cuando estábamos enfadados.

Su perfume fresco aletea en mi nariz. Con los dedos acaricia mi espalda. Creando una corriente eléctrica en mi cuerpo y todo el vello se eriza. Se separa un poco y siento el vacío. Como si le diera miedo, acaricia con sus labios mi mejilla y deposita un suave beso, más cerca de mi boca de lo permitido, y ahí, justo en ese instante, mi traicionero cuerpo reacciona.

—Acabas de gemir —confirma en un susurro.

Está demasiado cerca de mi rostro y se crea un largo silencio. Decir

que la situación está cargada de tensión sería quedarse corto. De todos modos, me mantengo estoica y aguanto su mirada escrutadora. Las pupilas se le han dilatado y sus ojos reflejan el brillo del deseo. Camina despacio los pocos pasos que nos separan de la puerta, empujándome, para dejar que mi cuerpo descanse en ella, acercando el suyo con descaro. Siento su enorme erección presionar en mi vientre.

—*Sei incredibilmente sexy*.

«¡MAYDAY, MAYDAY! Estamos perdiendo la cordura», grita mi cabeza desesperada.

—Solo con pensarte me excito, pero tocarte es otro nivel —explica mientras restriega su erección de nuevo contra mí.

Su mano se ha colado bajo la melena y descansa en mi nuca deslizando los dedos con decadentes caricias. Provocando que vuelva a emitir un pequeño gemido. Cuando escucha el sonido de placer que vuelvo a emitir, lo acompaña con un ronroneo masculino, y yo ya no quiero reprimirme más. Nunca lo hago. Me siento muy segura con el sexo en general. Me gusta follar, mejor dicho, es una necesidad fisiológica que siempre cubro. Si me acuesto con él, todo este mal rollo que tenemos seguro que se evapora. Es solo tensión sexual no resuelta. Además, no me gustan las cosas sin resolver. Así que me lanzo. Levanto la mano y giro el pasador que tengo al lado, para cerrar la puerta. Sin pensarlo, salto a su cintura y envuelvo su cuerpo con mis piernas.

—Por fin, joder —dice riendo y lanzándose a mis labios.

El beso es profundo. Siento el calor de su lengua al rozarse con la mía. Su olor me emborracha de pasión. Nos comemos con ganas y necesidad. Durante un buen rato nuestras lenguas danzan disfrutando de la humedad del otro. Bajo de nuevo al suelo desabotonando su camisa con premura para lamer su pecho y succionar sus pezones.

—¡Grrr! —El gruñido que emite, hace que mi centro se humedezca.

Todo se precipita, la impaciencia puede con nosotros, y en un acto desesperado se separa de mí para poder arrancar el tejano pitillo de mis piernas. Tira de él con fuerza hacia abajo y lo saca de mis pies junto a las deportivas y los calcetines a gran velocidad. Es tanta su impaciencia que he de sujetarme a sus fuertes hombros para no caer.

La bata de enfermera está abierta, y deja asomar el estetoscopio sobre la corta camiseta negra que llevo y el diminuto tanga de encaje del mismo color. Me mira con avaricia dejando caer su cuerpo frente al mío, hasta que sus rodillas quedan en el suelo. Acerca su nariz a mi centro e inhala con fuerza.

—Hueles a deseo —dice justo antes de lamer todo el encaje—, y estás empapada. Abra las piernas, Dra. Blázquez.

No me gusta hacerlo, pero por esta vez haré una excepción y

obedezco su orden.

Su fuerte mano se agarra del hilito de encaje que mantiene mi pubis cubierto y da un fuerte tirón. Arrancándolo de una sola vez y dejando mi chorreante deseo al descubierto. Su lengua gruesa y plana limpia todos mis fluidos y los degusta a placer. Las piernas me flaquean y solo puedo sujetarme fuerte a sus largos mechones rubios. Nuestras respiraciones son erráticas y los gemidos de placer de ambos incontrolables.

Sin miramientos, me penetra con sus dedos y siento como el orgasmo empieza a arremolinarse. Una fuerte succión a mi clítoris hace que estalle. He de morder mi antebrazo, para mitigar el grito de placer que no puedo contener. Las consultas están unas seguidas de las otras y no es que sean precisamente silenciosas. Voy a tener que librarme de más de una cotilla mañana, pero eso, ahora mismo, me importa mucho menos que poco.

Cuando bajo la mirada, creo que soy capaz de volver a correrme. Este increíble adonis rubio tiene sus ojazos azules clavados en los míos. Todos mis fluidos brillan en sus labios y en su rostro mientras sigue lamiéndome, como si fuera un manjar. Beso, lametón, beso lametón. Me está volviendo loca, solo la visión de tenerlo arrodillado ante mí, sumiso y entregado sin poder dejar de comerme, me excita a niveles indescriptibles. Estoy segura de que, si sigue un poco más, podría llegar al orgasmo otra vez.

—Alex, mueve ese culo prieto que tienes y fóllame de una vez.

—Eso está hecho, doctora sexy —dice levantándose.

Afloja su cinturón, suelta el botón y baja la cremallera, con movimientos ágiles y rápidos. Arrastra hasta sus tobillos sus pantalones y ropa interior a la vez. Su gruesa y jugosa erección atrae mi mirada con descaro. Con su mano empuña toda su longitud y se acaricia con movimientos lentos y firmes, consiguiendo que me relama de anticipación. Cuando ya se ha puesto el preservativo, suavemente, gira mi cuerpo y quedo de espaldas a él.

—Estira tu cuerpo sobre la mesa —ordena con la voz cargada de deseo—, deja que pueda ver qué tenemos por aquí.

Levanta la bata de hospital y deja mis nalgas al descubierto y las acaricia, después golpea una de ellas con una suave cachetada, provocando que mi centro se contraiga por el placer. Ya no puedo más, la cabeza me da vueltas. Mi culo no deja de moverse buscando su contacto.

—Dilo otra vez —exige—. Dime qué es lo que quieres.

—Sr. Falcò, es usted muy petulanteeee… ¡Ahhh! —gimo fuerte cuando sus dedos me penetran con decisión a la vez que vuelve a darme una cachetada.

—Dime qué es lo que quieres, Neus, y pídelo bien.

Por esta vez, y solo como algo excepcional, permitiré que exija.

Giro la cabeza para encararlo y, sobre todo, provocarlo. A esto me encanta jugar. Mejor dicho, es uno de mis juegos preferidos. Llevo el dedo índice a mi boca y lo chupo varias veces mientras gimo, lo hago con entusiasmo y mirándole a los ojos. Su mandíbula se tensa y no paro hasta que su respiración se acelera. Cuando su intensa mirada azul está totalmente nublada por el deseo, arrastro el húmedo apéndice por el labio y lo dejo resbalar por la garganta.

—Alex, fóllame de una puta vez y que sea duro, no estoy para remilgos.

Antes de que pueda casi acabar la frase con una fuerte embestida me penetra. Rudo. Una y otra vez. Es castigador. Pero me encanta, me gusta tanto que casi sin darme cuenta ya estoy otra vez en el punto álgido, preparada para dejarlo ir.

—Me corro, Alex, no puedo más.

—Aguante, Dra. Blázquez.

Una de sus manos viaja hasta encontrar la humedad entre mis piernas, y acaricia mi pequeño botón, estimulándolo con su fuerte fricción.

—Ahora.

Cuando da la orden, todo en mi cuerpo se desata y estallo en mil pedazos. Ambos lo hacemos.

Capítulo 9



Desde este mullido sillón de tono crema no veo sus rostros. Pero estar sentado aquí, calma un poco el vacío que ha decidido instalarse dentro de mí. Los dos ataúdes son de cedro rojo y tienen un tono cobrizo. La madera pulida es muy lustrosa y brillante. Varias filigranas están talladas a su alrededor, pero no es nada ostentoso. Ellos siempre fueron personas sencillas.

Me incorporo y al acercarme al cristal, uno que sirve de barrera para que los familiares no nos lancemos sobre nuestros seres queridos, los observo. Tan artificiales.

El rostro regio de mi padre quiere hacer un atisbo, pero un maquillaje excesivo, con el que han cubierto sus heridas, le da una apariencia postiza. Es él, pero sin serlo. Sus pestañas espesas y las gruesas cejas oscuras siguen dando a su semblante un aspecto varonil. Pero su boca de labios gruesos y perfilados, igual a la mía, ahora es una línea mucho más fina. Cuando él dormía, siempre entreabría sus labios, ahora estos están pegados, dejando una expresión carente de toda naturalidad. Lleva puesto el uniforme de los Mossos de Escuadra.

Hacía unos años que ya no lo lucía. Tras su jubilación quedó abandonado como un recuerdo más en el armario del pasillo.

Mi madre, bella hasta en el peor de los momentos, parece un poco más ella. Si no fuera por su expresión seria. Una que poco podías ver, ya que de normal sus labios tenían una curvatura ascendente perpetua. Eso provoca que las pequeñas arruguitas que enmarcaban su mirada estén más suavizadas. Su piel vivaz y tostada, ahora luce nívea, como esas terroríficas muñecas de porcelana, brillante, blanca, con las mejillas sonrosadas gracias a la brocha del maquillador.

Ambos tienen su cabello excesivamente peinado, crea una apariencia un tanto carnavalesca, como si de una peluca se tratara. Creo que a mi padre le han puesto ¿brillantina? ¿Se llama así? Mi madre luce sus mechones dorados perfectamente ordenados, los cabellos se alinean uno junto al otro como si alguien los hubiera colocado con absoluta precisión. Todo es, pero sin ser.

No pretendo desvalorar el trabajo del tanatopractor, pero la imagen de mis padres no tiene nada que ver con la que tenían en la fotografía que le entregué. Una que me pidió para poder, según dijo, dejarlos con un aspecto plácido y natural. Qué irónico, ¿verdad? Para mí, la muerte de mis padres, no ha tenido nada, absolutamente nada, de plácido y natural.

Golpeo fuerte con la frente en el cristal. Estoy tan furioso. Solo deseo golpear y gritar. Las dos manos sienten el frío del vidrio al apoyarse en él y vuelvo a arremeter fuerte con la cabeza. Duele, pero mucho menos que el dolor que tengo en el pecho. De manera rítmica, continúo con la percusión. El oxígeno se está agotando. Las lágrimas se derraman ya hace rato por mis mejillas hasta llegar al cuello de mi camiseta negra, donde se amontonan creando un cerco mojado.

El dolor en el pecho aumenta y también la presión, está aplastando los pulmones impidiendo que el aire los llene.

Unas delicadas manos son deslizadas desde mis hombros por los antebrazos hasta llegar a cubrir las mías. Son las de una mujer, bonitas y cuidadas. A mi espalda, siento su calor descansando sobre mí. Su abrazo me desconcierta a la vez que me alienta.

Con suavidad tira de mi cuerpo, evitando que continúe con la destrucción del cráneo contra el cristal. Cuando la enfrento, solo sonríe. Es ella, es la chica de la azotea. Con su belleza etérea y su rizado pelo dorado. La falta de oxígeno impide que le pueda preguntar por qué está ella aquí. La miro horrorizado, suplicando ayuda y agarrando mi cuello con una mano para que entienda que me ahogo. Sin borrar su preciosa sonrisa de duendecillo me habla.

—Tienes que despertar, ahora.

De un sobresalto me incorporo en la cama. En cuestión de

segundos descubro que un fuerte ataque de ansiedad está jodiendo la capacidad de coger aire que habitualmente tengo. Alcanzo la mierda de campanita que me ha dejado Alex en la mesita de noche y la agito rápido. Esto de llamarlo como a un sirviente es ridículo, pero, por mucho que me cueste reconocerlo, los ataques de ansiedad me generan un miedo atroz. La sensación de asfixia bloquea todos mis sentidos de supervivencia. Todos estos años entrenando para ser un policía de élite y ahora resulta que la ansiedad gana la guerra.

—Ya estoy aquí. Abre la boca, tío. —Introduce sus dedos bajo mi lengua empujando una pastilla en ese pequeño espacio, justo al lado del frenillo.

Como lleva haciendo hace semanas, repite como un mantra las palabras que le enseñó la Dra. Blázquez, masajeando mis manos. Pasados unos minutos ya puedo volver a respirar de manera natural e inconsciente, como suele hacer mi cuerpo y el de todos los seres vivos cada día.

—¿Quieres que hablemos del sueño?

—No.

—Vamos, Quim. No es justo. Necesito que me expliques qué te ocurre por las noches. Y, sobre todo, qué es lo que ha cambiado en tu sueño. Has estado semanas gritando y ahora no lo haces. Ya no sé si eso es bueno o es malo. Dame algo, hermano. Algo con lo que poder empezar a entenderte y calmar mi preocupación.

El día que la Dra. Blázquez y Alex entraron en mi casa y me sacaron del pozo negro de autodestrucción en el que había entrado, mi amigo tomó la decisión de abandonar su picadero, o lo que viene siendo lo mismo, su piso, y venir a vivir al mío.

Muchos días teletrabaja, dice que es lo habitual después de la pandemia del covid-19, que muchas empresas lo han dejado como dinámica habitual de trabajo. Pero a mí no me engaña, no conozco a nadie en el mundo que le guste más estar rodeado de gente. Le encanta estar en sitios atestados de personas con las que hablar. Antes de toda esta mierda, al menos un par de días a la semana, y siempre que las misiones y el trabajo me lo permitían, iba a su oficina a buscarlo para comer juntos. En el trabajo está en su hábitat natural. De reunión en reunión. Organizando y ordenando, pero con mano diestra. A todos cae bien, a pesar de ser el jefe. Recuerda todos los datos importantes de sus empleados. Si el de administración ha tenido enfermo a su hijo, le pregunta cómo se encuentra. Cuando la de contabilidad se divorció, le dio dos días libres de más para que pudiera, palabras textuales suyas: «mandar bien a la mierda a su exmarido y su amante». La preciosa chica que tiene de recepcionista es recibida cada mañana con un café con leche con sacarina, como a ella le gusta. Y, así, un largo etcétera. Es un conquistador de personas.

Incluso el dueño de Genesis Marketing, que es como se llama la segunda casa de Alex, está embaucado por él. Ha venido en más de una ocasión a comer con nosotros y siempre deja clara la admiración que le tiene.

El Sr. Miguel Santos es un hombre hecho a sí mismo. De trato agradable y aspecto entrañable. Su oronda barriga y su bigote blanco lo hacen un hombre casi diría que achuchable, si no fuera porque es un gran y serio empresario. Adora a Alex, es el hijo que siempre deseo. Su ojito derecho. Lo nombró director general hace un par de años. Algo que sentó terriblemente mal a su hijo Enrique. No tengo muy claro como iría la empresa si fuera el hijo legítimo quien llevara la voz y mando en ella. Pero si sé cómo va desde que Alex la capitanea. Genesis Marketing es gran parte de la existencia de mi querido y loco amigo. El Sr. Santos confió en el cuándo salió de la universidad y él siempre ha dado todo lo mejor de sí para demostrar que era merecedor de cada uno de los ascensos a lo largo de estos años.

Estoy seguro de que no ha teletrabajado nunca, ni cuando era obligatorio. Sin duda, se sacó alguna ley de debajo de la manga, para poder ir a las oficinas cada día. Así que, que se quede varios días de la semana en casa trabajando, es algo que está haciendo solo por mí. Cosa que me tiene un poco agobiado, no sé cómo voy a poder devolverle algún día toda esta entrega. Quizá calmando un poco su alma de familiar angustiado compense.

—Ella viene a mis sueños. —Le concedo.

Se merece que le dé alguna explicación.

—¿Ella?

Vuelve a sentarse en la cama, para poder prestarme toda su atención. Sus ojos claros están algo enrojecidos e hinchados. Se le ve cansado, llevamos muchos días sin dormir una noche del tirón. No dice nada, no se queja, y eso me hace sentir aún peor, más egoísta.

—¿Recuerdas que rescaté a una chica?

—Tu trabajo, entre otras cosas, es rescatar a personas. —Sonrío.

—Me refiero a la chica de la azotea, esa de hace un par de años.

—Ah, claro. Te obsesionaste con el caso de esa chica, ibas todos los días al hospital.

—No estaba obsesionado, era preocupación.

—Lo que tú digas. Pero, aquello no tuvo nada de normal. Nunca has ido, hasta tres veces al día, a visitar a una víctima que hayas rescatado. Sin contar, que ella no era, ni tan siquiera, una misión. Más bien fue una desvalida dama en apuros que se topó con el superagente Puig.

—Bueno, quieres que te cuente mi sueño o mejor discutimos sobre lo que es normal o no.

—Está bien. ¿Qué tiene que ver ella?

Le explico que la llevo viendo varias semanas cuando salgo a correr. También le cuento lo loca y divertida que me parece en su coche cantando como si no existiera la vergüenza en su mundo. Él me observa muy atento y callado.

—Desde entonces aparece en mis sueños. En distintos momentos de este. Al principio solo me miraba, después empezó a abrazarme, pero anoche me habló.

—¿Te habla? ¿Qué es lo que te dice?

—Solo dijo que tenía que despertar, y… ¡Bum! Desperté.

—Joder, tío. Deberías dejar de verla.

—¡¿Qué?! Pero ¿tú no has entendido nada de lo que te acabo de decir? Ella calma mi ansiedad.

—Sí, ya lo he visto hace un momento —dice con incredulidad.

—No, está claro que no lo entiendes. Cuando la veo, me hace sonreír, y eso es mucho más de lo que he logrado en las terapias o haciendo deporte.

—Yo también te hago sonreír. Creo que no es bueno que continúes acechándola.

—No hago tal cosa.

—Claro que sí. Vas cada día a la misma hora solo para poder verla pasar. Te estás volviendo a obsesionar con ella. Y ambos sabemos qué pasa cuando alguien se obsesiona con otra persona, mira hasta donde llegó Xenia.

—No la nombres a ella y mucho menos nos compares —respondo enfadado.

—Perdona, no pretendía hablar de Xenia. Volviendo a la chica de tus sueños, ¿no te das cuenta? Cuando le dieron el alta, pasaste semanas buscándola entre todas las tías rubias que se cruzaban por tu camino. No fue muy normal que digamos. Y más teniendo en cuenta que tenías pareja.

—Sabes, déjalo. Pensaba que te alegrarías por mi mejoría.

—Y me alegro, joder, claro que lo hago. Pero el jefe de tu unidad dejó bien claro que cualquier indicio de inestabilidad emocional podría acabar con tu carrera.

—¿Cómo? ¿Cuándo has hablado con el sargento?

—Mierda. No quería que te enteraras así. Soy un bocazas, la Dra. Blázquez me mata.

—Espera un momento. ¿Esto qué mierda es?

—Bufff… ya se me ha ido la lengua del todo. Te lo puedo explicar.

—Sí, por favor, explícamelo, porque no sé si lo estoy entendiendo. Empieza a largarlo todo, ¡ya!

—Vale. Tranquilo. Verás, cuando te atrincheraste en casa y no conseguía entrar, pues… que… a ver…

—¡¡Al puñetero grano, Alex!! —grito.

—Llamé a la Dra. Blázquez y entre los dos decidimos que necesitábamos entrar en tu casa fuera como fuera. Así que me puse en contacto con Daniel, tu compañero de unidad —suelta de carrerilla casi sin respirar.

—Ya sé quién es Daniel y dónde trabaja, continúa.

—Él y tu jefe, fueron los que, de manera extraoficial, consiguieron abrir la puerta. Por eso me empeñé en pagar yo el arreglo, los cabrones te destrozaron el bombín para poder entrar.

No soy capaz de articular palabra. Esto es peor de lo que imaginaba. Cuando me llamó el sargento para informarme que me sugerían coger la baja durante unos meses, acepté sin más. Soy consciente que para mi trabajo he de estar al cien por cien. Le dije que me recuperaría pronto, que solo necesitaba hacerme a la idea y volvería. Fue una conversación breve, no me preguntó cómo estaba ni nada por el estilo. Ahora lo entiendo. En ningún momento pensé que sabrían en comisaría que había pasado por todo este infierno emocional. Todo adquiere una tonalidad mucho más oscura, y donde empezaba a vislumbrar esperanza por mi pronta incorporación al equipo, y la vuelta a mi vida, aparece de nuevo la preocupación por no poder salir nunca de este hoyo.

—He perdido mi trabajo —certifico.

—Vamos, Quim, que no es para tanto. No has perdido tu empleo, es solo que vas a necesitar un informe de la Dra. Blázquez con una valoración positiva para que puedas reincorporarte —lo miro ojiplático—, no pongas esa cara, verás que en nada tienes tu informe y vuelves al trabajo.

—¿Cómo me has podido hacer esto?

—Tío, no salías de casa. Estaba muy preocupado.

—¿Entraron y me vieron?

—Sí —responde agachando la cabeza.

Es muy consciente de que, si vieron los estragos de la autodestrucción, no es nada bueno para mi carrera en los GEI.

—Vete a dormir, Alex.

—Pero…

—¡Que te vayas! —pido con inquina.

Se reincorpora con pesadez, como si su conciencia por lo que me ha hecho le pesara y no pudiera mover su cuerpo con la fluidez habitual. Me giro y estiro de nuevo en la cama, para no verlo con la cabeza gacha y los hombros hundidos. No soporto verlo así, pero ahora mismo necesito mi espacio. El sonido de sus pasos se detiene.

—Quim, solo lo hice porque estaba desesperado por ayudarte. Sabes que soy un capullo insensible, pero quiero que sepas que siempre te he considerado mi hermano, mi familia. No podía soportar

ver cómo te autodestruías.

Reemprende su camino a lo que ahora es su dormitorio. Está a tan solo unos pasos del mío. Cuando escucho la puerta de este cerrarse, me levanto y voy directo a la ducha. Necesito aligerar mi mente y ordenar los pensamientos. Estoy muy enfadado con ambos, con Alex y también con la Dra. Blázquez, por dejar que mi superior me viera en ese estado. Enfadado porque no me lo han explicado, dejando que lo llamara y actuara como si nada. Pero lo que más me enfurece, es que en el fondo sé, que todo esto es mi culpa. He sido yo el que no he sabido controlarme. Tengo que arreglar esto como sea.

***

—Buenos días, tío —saludo a Alex, que acaba de despertarse—. Ya era hora, llevas toda la mañana durmiendo.

—Es sábado, uno de los pocos días que puedo quedarme pegado a las sábanas. —Su voz soñolienta suena dubitativa.

—¿Qué tal duermes en la cama nueva?

Me mira, esperando que añada algo más. Pero, me giro al frigorífico y sigo sacando las cosas que necesito para preparar el desayuno. No es muy maduro por mi parte hacer como si no hubiéramos tenido la conversación de anoche. Lo sé. Pero no soporto que no nos hablemos. Nunca, en todos los años que hemos compartido, hemos dejado de hacerlo, y hoy no será el primer día.

—Reconozco que tenías razón, el sofá cama de antes estaba a punto de acabar con mi espalda. Se hundía tanto que creo que ahora, en vez de tener una curvatura lumbar, tengo dos o tres.

La pequeña habitación que usaba como cuarto de invitados, sobre todo cuando venían mis padres, tenía un sofá cama que decidí cambiar cuando entré una mañana y vi los pies de mi amigo colgando fuera de él. Su más de metro noventa superaba la longitud de aquel colchón delgado y de muelles traicioneros que se te clavan siempre en los lugares más incómodos. Ese mismo día hice el pedido de una nueva cama en condiciones. Ahora se ve mucho más pequeña la habitación, pero, él duerme cómodo. También compré un armario color pino, de dos puertas, para que pudiera guardar su ropa. Sé que esto es provisional, no podía seguir colgando los trajes de la barra de la cortina.

—Claro que tenía razón. Está claro que estás más a gusto en mi casa que en la tuya, y que no piensas irte en breve. ¿Café?

—Sí, por favor.

—¿Tostadas y huevos?

—¿Ves por qué no vuelvo a mi apartamento? Estoy mejor atendido aquí. Me preparas el desayuno, pones la lavadora, cocinas… Vaya, ahora que lo pienso… ¿quieres follar conmigo?

—No te pases de listo.

Le aviso a la vez que rompo el cascarón de un huevo y lo vierto en la sartén ya con la mantequilla fundida.

—No, tío, va en serio. Si funcionamos en la cama sería cojonudo. Está claro que solo te falta chupármela bien, para ser la novia que siempre he soñado.

Típico de Alex, usa su carácter burlón para restar importancia a todo.

—A ti lo único que te falta es que te dé una hostia bien dada, y te falta poco para recibirla como sigas así.

—Mira que te has vuelto frígido últimamente. Deberías probar, a nadie le amarga un dulce.

—Basta, imbécil. —Le lanzo el trapo de cocina a la cara, a ver si así deja de parlotear.

—Vamos, cariño.

—Está bien, tú te lo has buscado, te acabas de quedar sin almuerzo. Eres un coñazo cuando te lo propones y es demasiado pronto para aguantar tus mamarrachadas.

—Seré bueno y estaré calladito. Pero, por favor, dame de comer —dice poniendo morritos y pestañeando rápido para dar más dramatismo.

Por un momento me recuerda al gato con botas de la película *Shrek*. Es insufrible cuando se lo propone. Pero al final cedo y le acerco el plato con un revuelto de huevos humeante y la taza de café.

—Gracias, nene.

La mirada que le lanzo es de advertencia, aunque a él le resbala, y se troncha de risa.

Mientras desayunamos, estamos sumergidos en nuestros aparatos electrónicos. Alex, con su móvil, seguro que está leyendo noticias y revisando las últimas campañas de publicidad de la competencia, no descansa nunca en cuanto al trabajo se refiere. Yo, sin embargo, he preferido coger mi Kindle y leer, cosa que hago siempre que puedo.

—Lo siento. —Levanto la cabeza del libro y lo miro a los ojos—. Pero lo volvería hacer.

—Lo sé, y lo sé. —Me sonríe y continúa con su rutina de sábado.

¿Qué le puedes decir a la única persona que te queda en la vida cuando, aun no siendo lo que tú deseas, hace lo mejor para ti? Pues nada, solo te queda aceptarlo.

***

El día que empecé a recoger el piso, mientras la Dra. Blázquez me observaba de reojo y como si no fuera con ella la devastación que la rodeaba, llamaron al timbre. Arrastrando una enorme maleta y varias bolsas de compra del supermercado, Alex cruzó el umbral y anunció

que se venía a vivir unos días conmigo. No discutió cuando me negué, en realidad, ni me contestó. Solo cogió una bolsa de basura del armario de la cocina y me ayudó con todo el desastre. Sin más. No preguntó, ni me juzgó, solo me ayudó. Un día entero nos llevó. En todo ese tiempo la doctora no nos dirigió ni una sola vez la palabra más que para lo estrictamente necesario. Es decir, cuando le pregunté si comía con nosotros, contestó que siguiéramos como si ella no estuviera. Horas después le pregunté si estaba bien, y volvió a repetir lo mismo. A mi querido amigo le molestó mucho que no nos echara una mano, pero yo creo entender por qué lo hizo. Nos analizó. Pasó todo el día tomando apuntes en una libreta. Cada vez que escribía, Alex la miraba de reojo y blasfemaba.

Capítulo 10



Bueno, pues allá voy. Me vuelvo a repetir. «¿Cuándo te has vuelto tan gallina, agente?» me recrimino a mí mismo. Menudo mierda estoy hecho últimamente.

—Se acabó —resuena el sonido de mi voz dentro del casco.

Un fuerte golpe de gas a mi espectacular Kawasaki Ninja H2, consigue que el cuerpo entero vibre con el rugido. Es *la niña de mis ojos*. Una de las motos más alucinantes del mercado. Con sus 231 CV de potencia máxima la convierten en una de las máquinas más veloces del mundo. La pintura espejo que emplea en el depósito y en sus fibras es diferente a todo lo que hayas visto antes. Depende de cómo le dé la luz y de dónde proceda esta, ves la moto más oscura o más brillante. El chasis, pintado en verde, y los acabados, son la guinda del pastel. Es alucinante. Tanto que, en varias ocasiones, al parar en algún semáforo, el conductor del vehículo de al lado o algún compañero motero, no han podido resistirse y han querido confirmar que la belleza de entre mis piernas era una Ninja H2.

«¿Es lo que me parece?».

«Alucinante, el nuevo modelo de Kawasaki, es la H2, ¿verdad?».

Recuerdo la cara que puso Xenia el día que la compré y fui ilusionado a recogerla para dar una vuelta. Lo único que dijo fue «esa máquina de matar no va a estropear las horas que he pasado en la peluquería». Ya en ese momento sabía que las cosas no iban bien entre nosotros, pero nada me había preparado para lo que me encontré tiempo después.

Pienso en que pude hacer algo mucho antes y no lo hice. Eso lleva mi enfado y rabia a niveles tan altos que hasta la piel se me eriza.

Vuelvo a acelerar fuerte, dejando que el sonido se prolongue y la potencia de la máquina me infunda algo de fuerza.

Entro en el aparcamiento y dejo a la *niña de mis ojos* en el lugar reservado para las motos. Echaba mucho de menos venir aquí. Observo la fachada y el cuerpo se destensa. Los nervios que hace un momento me bloqueaban ahora se van disipando, este siempre ha sido mi lugar. Aquí soy una persona respetada, que se ha ganado un nombre entre los compañeros demostrando toda mi valía. Cuando cruzo esas puertas dejo de ser Quim, aquí soy el agente Puig.

Voy directo al despacho del caporal. Llamo con los nudillos en la robusta puerta y entro en cuanto recibo la orden. Verlo en pie expectante a lo que se va a encontrar tras ella, me incomoda. Por norma general, las misiones se preparan en una sala más grande con todo el equipo y pocas veces entro aquí, aunque siempre que lo he hecho lo que he sentido era respeto, incluso admiración. Pero hoy veo pena. Este hombre lleva toda una vida en el cuerpo, trabajó muchos años con mi padre y eran grandes amigos. Imagino que por eso Daniel, mi compañero de unidad, creyó que era mejor que le acompañara él el día que vinieron a abrir la puerta de mi casa. Lo observo y compruebo que con el paso del tiempo su figura se ha ido ensanchando, pero sigue teniendo ese aspecto fuerte y regio. Sus galones, conseguidos por una trayectoria impecable, lo hacen, si es posible, aún más respetable.

—Agente Puig, siento su pérdida, apreciaba mucho a su madre y su padre fue un agente excepcional y un gran amigo.

—Gracias.

Al tomar asiento, observo la mesa repleta de carpetas de distintos colores colmadas de papeles. Todas ellas contienen casos sin resolver. Varios de ellos deben de estar ya en manos de mi unidad.

—Estoy listo para volver —certifico convencido de ello.

—Verá, agente, no es tan sencillo. Por desgracia para usted, soy muy consciente de lo devastadora que ha sido su pérdida.

—Señor, solo necesito volver a la rutina. Es cierto que fue complicado al principio, pero he trabajado y ahora ya estoy recuperado.

—Soy el primero que desea que vuelva, es mi mejor agente. Pero

necesito estar seguro de que sigue siéndolo.

***

Salgo enfurecido a medio gas, hasta que giro en la siguiente calle y acelero alcanzando una velocidad que supera la permitida. Sin pensarlo demasiado, en pocos minutos me encuentro trazando las curvas de la Rabassada. No había vuelto aquí desde el día del entierro.

Sentado en la hierba que ahora está verde y fresca, debido al buen tiempo del inicio del verano, no puedo dejar de pensar en sus palabras. «Esperaremos tres meses más y volveré a pedir un informe de su psiquiatra». No he podido rebatirle nada. Estaba claro que tenía la decisión tomada antes de que yo llegara. Hasta que no he sentido el sabor metálico de la sangre, no he sido consciente de lo fuerte que me mordía la lengua, con la intención de acallar la réplica a sus palabras. Me he despedido con un simple gesto de cabeza y he salido de comisaría con toda la poca dignidad que me quedaba.

Inspiro profundo, no creo que el aire aquí sea muy limpio, ya que la ciudad está justo a mis pies, pero rodeado de estos pinos y encinas, da la sensación de que está menos contaminado.

Todo es culpa de Xenia. A Alex nunca le gustó. Decía que era tan falsa por fuera como por dentro. Lo cierto es que siempre la vi guapa, y nunca me importo que su belleza fuera el resultado de un sinfín de retoques estéticos.

Su padre siempre ha tenido mucho dinero y pocas ganas de tenerla cerca. Así que a la que pudo la mandó lejos, alegando que en Marbella nunca tendría tantas oportunidades como artista, como podía llegar a tener en una capital tan vanguardista como Barcelona. Le alquiló un piso cerca de la universidad y le pagó Bellas Artes.

El día que se mudó a mi bloque, vino a saludarme en cuanto se instaló.

—Hola, soy tu nueva vecina. Ya que vamos a compartir rellano he creído conveniente venir a presentarme. Mi nombre es Xenia.

Somos cuatro los vecinos que lo compartimos, al lado de Xenia vive un chico que es azafato de vuelo y prácticamente nunca está en casa, a mi lado tengo al Sr. Claudio, adoro a ese hombre. Me encantan las mañanas que lo encuentro tomando café en su terraza y yo desde la mía escucho sus historias, es un gran contador de anécdotas.

Después de que Xenia se presentara el primer día, fue un no parar. Era increíble la cantidad de veces que tocaba mi timbre. Un día le faltaba sal, otro tenía problemas para abrir un bote de conservas, incluso en varias ocasiones apareció en mi puerta solo cubierta por una toalla y su rubia melena goteando agua y champú porque la caldera le fallaba continuamente y el agua se le enfriaba. La dejaba entrar en el piso y que acabara de aclarar su cuerpo en mi ducha. Sin

pensarlo, en uno de esos días, al salir del baño, se plantó delante de mí en el salón, donde yo estaba mirando la televisión y dejó caer la toalla. Su cuerpo de modelo bloqueó todos mis sentidos. No tenía muchas curvas porque era muy delgada, pero eso ayudaba a que tuviera un plano y firme vientre que claramente machacaba en el gimnasio. Aunque lo que más me gustaba de ella eran sus grandes, erguidas y redondas tetas. Me daba igual que fueran operadas. Lo primero que pensé ese día fue en las cubanas tan increíbles que podría hacerme. Cuando tienes veinticuatro años y una tía así se desnuda ante ti, tus neuronas no tienen capacidad de pensar en muchas más cosas. Cuando quise darme cuenta la tenía en mi cama y con sus piernas aferradas a mi cintura.

De eso hace ya siete años. Nunca hemos vivido juntos, pero casi. Dormía siempre en mi piso y solo iba a su casa a por sus cosas. Lo cierto es que estábamos bien así. Cada uno conservaba su espacio. Entré muy pocas veces en su casa, nunca fui consciente de que ella no deseaba que husmeara entre sus cosas, ahora ya entiendo por qué. Creía que era porque era su espacio de artista, donde pintaba sus horribles cuadros. Jamás se lo dije, pero sigo sin entender qué era eso que ella llamaba arte. Se pasaba el día llenando lienzos con formas y colores inconexos, y sobre todo gastando el dinero de papá.

Yo pasaba la mayor parte del tiempo con los entrenos y estudiando para poder llegar al Grupo Especial de Intervención de los Mossos de Escuadra. Cuando llegaba a casa, ella siempre me esperaba con su ropa interior de encaje o sus camisones transparentes, envolviendo ese cuerpo de infarto que siempre ha tenido. Me encantaba llegar y encontrarla desnuda sobre la mesa del comedor y acariciando su humedad mientras me esperaba. Me la follaba a todas horas. Es la mujer más insaciable que he conocido. Tanto que, cuando salíamos a cenar fuera, le encantaba fingir sentirse indispuesta ante mis padres o Alex y me pedía que la acompañara al baño, donde me la chupaba desbocada con sus gruesos labios siempre pintados de rojo intenso, hasta que tragaba toda mi simiente. Si estaban mis padres me reprimía, pero si era Alex, me importaba menos hacerlo esperar y la embestía con fuerza hasta que volvía a correrme. Al principio, mi amigo se reía y me decía que era igual que el pavo de Navidad, siempre necesitaba que la rellenaran, pero con el tiempo, dejó de hacerle gracia. Cada vez le gustaba menos y cuestionaba nuestra relación constantemente, repitiendo una y otra vez: «No te das cuenta de que solo folláis, no sabe hacer nada más». Pero yo estaba fascinado con Xenia y su cuerpo delgado con tetas enormes.

Cuando entré en el GEI, aún estaba menos en casa y ella me exigía todo mi tiempo libre. Ahí fue cuando la relación empezó a tambalearse. Ya no me bastaba con llegar y follármela hasta

desfallecer. Llegaba agotado de las misiones y muchos días prefería salir a cenar, al cine o el teatro. Me apetecía tener una agradable charla con un buen vino, pero ella no tenía mucho tema de conversación, así que al final se convertía en un silencio incómodo que llenábamos desnudos y restregando nuestros cuerpos sudorosos.

Siempre he quedado con Alex para ver el baloncesto en el bar o en mi casa. Otras veces solo para tomar unas cervezas y charlar, pero ella no lo soportaba. Si no estaba en el trabajo, debía estar con ella, a ser posible entre sus piernas. Eso fue minando mi entusiasmo y el sexo fue convirtiéndose en algo monótono. Lo que un día me encantó, al final se convirtió en rutinario. Sin emoción alguna. Cada vez me absorbía más y más. Se apuntó al gimnasio conmigo, venía cuando quedaba con Alex. Estaba obsesionada, en especial con mi polla.

***

Falta poco para la hora de terapia, así que me despido de este rinconcito deleitándome un par de minutos con las espectaculares vistas y el curioso silencio que hay aquí. Siempre me ha llamado la atención que aquí arriba solo se escuche el sonido de la fauna y la suave brisa, y ahí abajo, en la zona urbanita, sea ensordecedor el caos. Hoy hace un buen día y el suave calor de inicios de junio es notable, aunque aquí se sienta un poco más fresco que entre las calles asfaltadas del centro. Antes de irme, les digo lo mucho que los quiero y les prometo venir a verlos en breve. Y aunque la presión del pecho es muy fuerte, tras varias respiraciones y alguna lágrima escurridiza, consigo controlar el ataque de ansiedad que amenazaba de nuevo. Antes de tentar más a mis fuerzas me pongo el casco y ajusto bien el cierre tras bajar la visera. Quito el caballete y me dispongo a volver a casa.

Ajusto mi cuerpo al máximo a la moto y lo dejo caer de un lado al otro en cada curva, sintiendo el asfalto, en ocasiones rozar las rodilleras del traje. Concentrado en el vaivén del cuerpo para conseguir la mejor trazada. Había echado mucho de menos los ratos con *la niña de mis ojos*.

Me doy cuenta de que este lugar, en mitad del tramo de curvas de la Rabassada, siempre funciona. La naturaleza y la velocidad han calmado mi enfado. Consiguiendo que los pensamientos fluyan con coherencia. Tengo tres meses para recuperarme. No es una opción, he de conseguir el informe favorable de la Dra. Blázquez antes de esa fecha.

Esperando en el semáforo a que cambie de color, llama mi atención un coche rojo que gira en la intersección y se detiene en el siguiente semáforo. Para asegurarme levanto la visera del casco y ajusto la visión. En cuanto veo una cabeza moverse de un lado al otro,

sé que es ella bailando. El verde da la señal de paso y acelero todo lo que puedo zigzagueando entre los coches para poder alcanzarla.

Miro la hora en el salpicadero de la moto, en diez minutos la Dra. Blázquez me espera en casa. Durante unos segundos dudo, y pienso en girar en la próxima calle, pero algo tira de mí impidiendo que tome el camino que debía. El tráfico vuelve a detenerse y coloco la moto junto a su ventanilla. La canción que hoy está escuchando es muy distinta a la del resto de días, *Ella* de la cantante *Bebe*, es una canción que empodera a la mujer. Una que tiene un gran mensaje de fuerza. Parece que hoy esa fuerza la necesita ella.

No es consciente de que la observo, repite la letra mientras canta, pero hoy no está bien, está triste. Eso sí, está tan bonita como siempre. Me entretengo en su perfil, desde tan cerca puedo ver unas diminutas pequitas sobre su chata y respingona nariz, que hasta ahora no me había fijado que tenía. También decoran parte de sus mejillas. Una lágrima solitaria resbala entre ellas hasta detenerse en la comisura de sus labios. Cuando veo que está llorando, todas las dudas se esfuman y, en cuanto reanuda la marcha, la sigo.

Una vez pasadas un par de calles más, estaciona el coche y yo dejo la moto en la acera. Me doy mucha prisa en poner el candado y saco de la mochila una gorra que siempre llevo. Para poder cubrir algo mi rostro, no sé si ella me reconocería. Lo más probable es que ni me recuerde. En unas pocas zancadas la alcanzo y camino a su ritmo, pero con distancia.

Entra en un portal antiguo y observo el edificio. Ya he estado aquí antes, en la azotea. El móvil suena y compruebo que es la doctora preguntando donde estoy. Le contesto para no preocuparla. Aunque por supuesto no le digo la verdad.

Quim:
Perdona, pero no voy a llegar a tiempo. Sigo esperando en comisaría a que me atienda el Sargento.

Dra. Blázquez:
Podrías haberme avisado antes. ¿Crees que tardarás mucho?

Quim:
No lo sé. Mejor lo dejamos para el próximo día.

Dra. Blázquez:
De eso ni hablar, hoy ya no tengo más pacientes, te espero hasta que llegues.

Mierda. Esta mujer no se salta una consulta ni muerta. Necesito una excusa creíble.

«Piensa, Quim, piensa».

Quim:
Es posible que llegue bastante tarde,
el sargento está reunido.

De pronto se vuelve a abrir la puerta del portal y la chica de mis sueños sale de él. Se ha cambiado y ahora va enfundada en unas mallas de color rosa chicle, a juego lleva un top deportivo en amarillo fosforito con dibujos de estrellas del mismo color que el pantalón, deja al descubierto un vientre plano adornado por un piercing en el ombligo que saluda a mi entrepierna haciendo que esta brinque. Ha recogido su pelo, pero los mechones desordenados caen despreocupados rodeando su dulce rostro. Se detiene un instante para sacar de la mochila deportiva que lleva, los cascos de música y toquetea el móvil, imagino que para seleccionar la canción.

Cuando empieza a caminar, no puedo evitar fijarme en la perfección de su redondo trasero que se bambolea dentro de la licra de la malla, le queda tan ajustada que parece una segunda piel.

Camina despacio y mantiene sus brazos rodeando su cuerpo. Como si se cubriera o tuviera frío. Cosa imposible, ya que en junio en Barcelona la temperatura es perfecta. Calorcito ligero durante el día y fresquito contenido al anochecer. Pasados diez minutos de paseo, entra en un local. La entrada no es muy grande. Una puerta de cristal anuncia todos los servicios que ofrecen. Clases de yoga, pilates, acroyoga…

Joder. Está claro que no sé cuándo saldrá y no puedo quedarme como mínimo una hora, que es lo que suelen durar las clases, esperando en la puerta. Vuelvo a mirar el reloj, y certifico que mi psiquiatra debe de estar trepando por las paredes debido a la impaciencia. Me encantaría esperarla, pero ya voy con bastante retraso. Aún tengo que volver hasta la moto y regresar a casa. Giro sobre mis talones y retomo el camino por el que he venido.

Durante mi marcha pienso en hace dos años, cuando la cogí entre mis brazos y vi el golpe de su pómulo y el labio partido. Sus ojos estaban hinchados y su mirada fue la más triste que he visto jamás. Se ha quedado grabada en mi retina para siempre. Supongo que fue eso lo que de algún modo provocó que tuviera la necesidad de saber que estaba bien y que fuera tanto al hospital. Solo entré una vez en su habitación. Fue el segundo día, volvía por tercera vez, aunque ya era fuera del horario de visita. Iba de camino a casa y no pude evitar parar de nuevo. La Dra. Blázquez salía de su habitación justo en el momento que llegaba al mostrador de la planta y preguntaba por su estado.

—Vaya, agente Puig, cuando me he despedido de usted hoy creí

que ya no lo volvería a ver hasta mañana. Pero aquí está de nuevo, por tercera vez en el mismo día, me han chivado las enfermeras que al mediodía también han disfrutado de su visita.

—Bueno… es… verá… Disculpe, ya me iba.

No sabía qué responder, me sentí muy avergonzado, porque era muy consciente de que no era muy normal que fuera tanto a ver cómo estaba. Así que me despedí y al llegar al ascensor toqué el botón de llamada.

—Agente, espere. —Cuando me giré, la doctora se acercaba a mí a paso ligero.

—¿Ocurre algo? —No pude evitar preocuparme. Ella rio suavemente.

—Puede… —dijo enigmática mientras me observaba como si acabara de tener la mejor de las ideas—. ¿Sabe?, nadie vendrá ya esta noche a hacerla compañía. ¿Quiere entrar?

Me quedé estupefacto ante su ofrecimiento. No tenía clara mi respuesta, pero dentro de mí se despertó un fuerte aleteo al ser consciente de que podía verla de nuevo.

—Mire, si no entra hoy, no sé si podrá hacerlo otro día. Usted decide. Yo me voy ya, hace dos horas que acabó mi jornada de trabajo. He avisado a las enfermeras que pasará a verla. Que tenga buena noche, agente Puig, supongo que… nos vemos mañana.

Justo en ese momento, un sonido anunció la llegada del ascensor. Entró en él y me miró sonriente. Cuando las puertas empezaron a cerrarse llamó mi atención.

—¡Agente! —La miré intrigado—. ¿Cree en el destino? —dijo guiñando un ojo mientras las puertas del acero cromado se cerraban.

Fue una pregunta lanzada al aire. Ella no esperaba respuesta, solo era para que yo me la cuestionara. Estuve un rato frente a las puertas cerradas pensando en lo que acababa de ocurrir y antes de ser consciente de ello, mi mano giraba con suavidad el pomo de la habitación 315.

Ahí estaba. La observé desde la distancia y confirmé que dormía. De nuevo, un cosquilleo se despertó en mi estómago y este me empujó sin remedio hasta que mi mano se posó sobre la de ella. Sentí un alivio enorme cuando su fina y cálida piel se fundió con la mía en ese efímero toque. La habitación solo estaba iluminada por una pequeña luz de emergencias que estaba sobre la puerta, dejando la estancia bastante oscura. Pero, aun así, se podía apreciar el cardenal que tenía en el rostro y los puntos de tirita sobre el golpe del labio. Quedé anclado a su mano más de lo que seguro, nadie consideraría normal. Respiraba con calma. Dormía relajada. Sus rizos dorados se esparcían por toda la almohada. Se la veía tan abrumadoramente hermosa. Yo solo podía pensar en que deseaba quedarme aferrado a su mano para

siempre. Hasta que una enfermera entró para comprobar sus constantes y me despertó del trance en el que me había sumido mientras la estudiaba.

Nunca más volví a entrar en esa habitación. Y pasados unos días, le dieron el alta. No quise reconocérselo a Alex, pero es cierto, durante mucho tiempo busqué su rostro en el de todas las chicas rubias que me cruzaba. ¿Cómo no se me pasó nunca por la cabeza venir al sitio donde la encontré? Siempre ha estado en el mismo lugar.

Capítulo 11



La televisión de sesenta pulgadas de casa de Quim está puesta, pero no estoy prestando atención a lo que emite. Se supone que debería haber llegado hace un rato, pero se ha retrasado en comisaría. No sé si esperarlo o mejor irme un rato a cualquier otro lugar. Solo necesito que sea uno que esté a varios kilómetros de la morena que tengo a mi lado. Esta situación rebasa la incomodidad. La tensión sexual del ambiente solo consigue que todos mis sentidos se agudicen. Aunque nos hemos sentado en el sofá dejando el máximo espacio entre nosotros, desde aquí puedo hasta sentir el calor que emana su cuerpo. En cada inhalación sufro un tirón en la entrepierna cuando percibo su olor a flores silvestres. Está rígida, ambos lo estamos, su postura no es nada natural en ella, suele lucir una apariencia relajada. Una que la ha abandonado hace un buen rato. No puedo dejar de mirarla de reojo. Cuando me muevo ligeramente para recolocar la gran erección que puja por salir de mi pantalón en dirección a Blancanieves, un pequeño suspiro se le escapa. La observo y veo cómo sus muslos se frotan con disimulo uno contra el otro y no puedo evitar

que un gruñido se me escape.

—Por el amor de Dios. ¿Va a durar mucho esta tortura? —pregunta con lo que parece un tono de resentimiento.

—No entiendo.

—¡Oh, vamos! No seas hipócrita. Llevas un rato intentando ocultar tu erección.

—Yo no…

—Mira, esto es muy fácil. Podemos follar y liberar toda la tensión que ambos tenemos entre las piernas o seguir fingiendo que no llevamos un calentón de este calibre.

—Verás, Neus…

—Antes de que sueltes alguna lindeza de las tuyas voy a dejarte algo muy claro. Me encanta el sexo y he de decir que tú no lo haces nada mal. Trabajo muchísimas horas y necesito liberar tensión con frecuencia, pero me gusta la variedad. Practico la no monogamia a ojos cerrados.

No creo que un par de bofetones me hubieran azotado con más contundencia que sus palabras. Ahora mismo estoy fuera de lugar. Jamás imaginé que esta mujer de aspecto de princesa Disney fuera tan, tan… ¿Cómo decirlo? Tan jodidamente perfecta para mí. El cielo se acaba de abrir y el puñetero Dios me ha concedido este regalo.

—Dra. Blázquez, ¿me está sugiriendo tener sexo guarro, libre y, lo más importante, sin compromiso?

—Sí.

No lo pienso ni medio segundo, alargo el brazo hacia su tobillo que descansa en el suelo y de un tirón preciso la arrastro en el sofá hasta que su cuerpo estirado queda debajo del mío. Un gritito se le escapa y ambos reímos ante mi clara desesperación.

—Trato hecho —digo antes de besarla como un loco hambriento.

—Un momento, Alex. Ha de quedar una cosa clara. Esto no es una relación amorosa. En líneas generales, solo quedaremos para tener sexo.

—Cuidado, doctora, a ver si al final me enamoro de usted. —La aviso con una sonrisa socarrona.

—Ya veo que esto no va a funcionar —certifica mientras intenta quitarme de encima.

—Claro que va a funcionar, es perfecto. —Me pongo serio y la miro directamente a los ojos para que vea que estoy seguro de lo que digo—. Somos iguales. Yo también paso media vida trabajando y me gusta distraerme al salir de la oficina echando un buen polvo sin compromiso.

—Solo una cosa más. Es mejor que no hablemos del resto de relaciones que tengamos. No me preguntarás y yo tampoco a ti.

—Perfecto. ¿Puedo follármela ya, Dra. Blázquez?

Una sonrisa que cortocircuita mi celebro se extiende por su rostro a la vez que levanta sus caderas para frotarse con mi erección.

—Por favor, Sr. Falcò, hágalo ya y que sea duro y rápido. Mi paciente no tardará en llegar.

Sin poder evitarlo se me escapa una gran carcajada. Esta mujer va a conseguir que me explote la cabeza con su sucia lengua y su fresca manera de ser. Antes de que se le ocurra decir nada más, me lanzo a su boca y la devoro, dejando libre toda la desesperación que he contenido durante el rato que la he tenido sentada a mi lado y sabiendo que estaba chorreante.

Saco con rapidez un preservativo y me arrodillo en el sofá, entre sus piernas. Sin poder dejar de mirarla, veo cómo sus mejillas cobran un color rosado debido a la excitación y dan a su rostro un aspecto menos angelical y más erótico. Mientras mira mi erección y cómo la cubro con el condón, se muerde el labio inferior en un acto de contención que consigue que mi polla de un brinco. Paseo mis manos por su delicada piel, desde los tobillos, acariciando con la yema de los dedos y recorriendo toda la longitud de sus torneadas piernas, hasta que desaparecen debajo de su vestido. Cuando llego a la ropa interior, agarro con fuerza el encaje y en un acto brabucón le arranco la diminuta prenda. Su trasero da un respingo y un pequeño grito se le escapa. Es el segundo tanga del que me hago dueño, y creo que, a partir de hoy, voy a hacer colección de ellos. Acerco el encaje a mi rostro y disfruto del olor almizclado mezclado con el floral de su piel. Sin querer perder más tiempo lo guardo en el bolsillo del pantalón. Cuando una de mis manos vuelve bajo la falda y acaricio su rajita, gruño, excitado, sabiendo que está empapada por mí.

Suena un mensaje en su móvil y, sin importarle nada en absoluto, lo coge para leerlo.

—Preste atención, doctora, no se distraiga —la reprendo algo molesto y la penetro con dos de mis largos dedos en contundencia.

Es algo castigador.

—¡¡Ahhh!!

Su alarido de placer la hace levantar la mirada del móvil y sus gatunos ojos verdes conectan de nuevo con los míos

—Es Quim, dice que ya viene para aquí —explica entre exhalaciones con la respiración agitada mientras la sigo masturbando.

Sin darle tregua, levanto sus dos piernas y las apoyo en mi pecho. De una certera embestida entro en su caliente y prieto coño, disfrutando en exceso del momento. Abrazo sus dos largas piernas y me dejo llevar por el éxtasis del momento, penetrándola fuerte y rápido, disfrutando de sus desmedidos gemidos. ¡Joder! Como me gusta que grite descontrolada.

Al salir del baño, la veo sentada en la isla de la cocina esperando

que el calentador de aviso de que el agua ya está lista para preparar su infusión. No parece que hace tan solo unos minutos haya gritado mi nombre en mitad de su orgasmo. Solo unos labios más rosados de lo habitual la delatan. Es tremendamente guapa. Reordeno mis pensamientos y me centro en lo que quería decirle antes de que llegue Quim.

—He tenido una idea, y me gustaría que me dieras tu opinión.

—Tu última idea me llevó a cometer allanamiento, preferiría no tener que volver a delinquir. —Río ante su comentario recordando lo escandaloso que le pareció hace unas semanas, cuando los compañeros de la unidad de Quim, arrancaron literalmente la cerradura de la puerta para poder entrar.

—De momento lo que te voy a pedir está dentro de la ley.

—Insinúa, Sr. Falcò, ¿que le gusta saltarse las normas?

Su sugerente voz consigue que vuelva a tenerla dura, imaginando todas las leyes que me saltaría con ella entre las piernas.

—Si no quieres que te vuelva a follar sobre la encimera, será mejor que dejes de jugar conmigo.

—Quim no tardará en llegar.

—Y, ¿crees que eso me supone algún problema?

—Él no debe saberlo, es mi paciente y esto mi vida personal.

—Pues deja de hablarle así o no respondo por ella —afirmo mientras masajeo mi erección, para que vea lo duro que vuelvo a estar.

Pone los ojos en blanco y me ofrece una risilla mientras niega con la cabeza, dándome por imposible. Prepara dos tazas de té y me ofrece una a mí. No soy muy fan, pero desde que trata a mi amigo me he aficionado, en realidad nos ha acostumbrado a los dos a tomarlas y parece que empiezo a cogerle el gusto.

—Me gustaría llevarme a Quim al apartamento que tienen mis padres en la Costa Brava. Está en primera línea de mar. Además, Tossa de Mar en esta época del año es perfecta para relajarse. Hace buen tiempo y …

—¿Has dicho Tossa de Mar? —interrumpe algo sobresaltada.

—Sí, es un pueblo pequeño, con mucho encanto y en junio se está muy tranquilo.

***

Al llegar Quim a casa, nota de inmediato que estoy molesto. Me pregunta, pero cambio de tema.

—Te preguntarás qué hace Alex hoy en tu sesión. Verás, ha tenido una idea extraordinaria y quería que pudiera ser él mismo que te lo dijera. —Observo a Neus estupefacto.

Como me enerva esta mujer. La follaría y mataría con la misma

intensidad. Ambos me miran expectantes, esperando que le diga a Quim la gran idea que he tenido. Ella está con esa preciosa sonrisa que siempre tiene para ofrecer a su paciente y yo la miro con mis ojos clavados como dagas en los suyos, intentando entender si se está riendo de mí, o es que realmente quiere que sea yo el que le diga a Quim cuál es el plan. Uno que no tiene nada que ver con mi idea inicial, ya que Blancanieves ha decidido ajustarlo, como ella dice, a las necesidades reales de su paciente.

—¿Vais a seguir manteniéndoos la mirada asesina mucho rato? Porque lo cierto es que es algo incómodo —refunfuña Quim.

Doy un largo trago al té, que ahora parece aún más caliente que hace un rato, e intento que arrastre algo de mi enfado hasta el estómago, para dejar que mis palabras salgan más ligeras. La doctorcita sigue estoica, y esperando que hable. En cuanto pueda, pienso follármela tan duro que no volverá a osar vacilarme.

—Pues verás, yo he tenido una idea, pero tu psiquiatra —explico con inquina—, la ha jodido. Así que lo mejor es que sea ella quien te lo explique.

Dejo caer la espalda en el respaldo de la silla y apoyo el tobillo en la rodilla, en una postura algo chulesca y espero a que sea ella quien se explique. Quim resopla porque está cansado de nuestras batallitas. La insto con un movimiento de cabeza para que empiece a hablar.

—Gallina —vocaliza girándose hacia mí, para que solo yo la vea—. Tras valorarlo en profundidad —empiezo a reír con ironía ente su comentario. Porque hace menos de media hora que lo hemos hablado —, creo que necesitas un retiro espiritual. —Vuelvo a reírme.

Está claro que sabe llevar las cosas a su terreno.

«Y al huerto, porque hace un rato te ha liado para que te la tiraras en el sofá en el que ahora está sentado tu amigo», maldigo mi conciencia.

—No creo que me sienta cómodo teniendo que hacer terapias en grupo.

—No, irás tú solo.

—¿Cómo? —La cara de espanto de mi amigo es de traca.

—Lo hemos hablado detenidamente, y tanto Alex como yo creemos que te vendrá muy bien estar unos días solo. —Resoplo y no pasa inadvertido para Quim, que me mira intentando averiguar si esto es una broma de mal gusto—. Creo que necesitas enfrentarte a la realidad. Aquí en tu piso está demasiado presente Xenia. Así que te irás a Tossa de Mar, al apartamento de los padres de Alex.

Todo el salón se llena de un silencio incómodo. Quim nos mira a los dos como si fuéramos *Roger Federer* y *Rafael Nadal* debatiendo el mejor partido de la historia del tenis en la final de Wimbledon 2008. La morena que va a acabar apoderándose de mis pesadillas sigue

impasible. Con una postura de seguridad aplastante, sentada en el sillón gris oscuro junto a mi amigo, el cual no sabe muy bien qué decir.

—No creo que sea buena idea. Por las noches aún…

—No te ocurrirá nada. Será una buena terapia de choque, que desbloqueará la parte de ti que está adormecida, necesitamos un cambio brusco para liberar al Quim que eras, el que afrontaba todo con valentía. Ambos sabemos que tus sueños están cambiando. Y, en el caso de sufrir otro ataque de ansiedad, solo has de tomar la medicación, la puedes dejar preparada en la mesita de noche antes de ir a dormir y listo, en vez de coger la campanita —sonríe de medio lado—, coges la pastilla. Necesitas cambiar de aires, ir a un lugar que te aporte recuerdos bonitos. Alex me ha dicho que todos los veranos pasabais varias semanas allí con sus padres.

Miro a Quim y veo cómo le va sembrando la duda. Es buena, en un momento ha conseguido que como mínimo se lo plantee. Creo que es un absoluto error, una locura. Quim no está preparado para pasar las noches solo. Mi idea era irnos los dos y hacer un poco de paddle surf y submarinismo como solemos hacer todos los veranos. Pero ella se ha negado rotundamente. Cree que estoy protegiendo en exceso a mi amigo. Quizá tenga razón. Pero no puedo evitar preocuparme. Pensar que no estaré en la habitación de al lado para ayudarle si me necesita, me agobia.

Neus está convencida que, si nosotros confiamos en que es capaz, le infundiremos confianza.

—No sé…

—¿Quieres volver al cuerpo?

Quim la mira abriendo demasiado los ojos y asiente. Eso es un golpe bajo, porque ahora mismo lo que más desea es volver a los GEI.

—Pues empieza a afrontar el problema. Tienes que coger el toro por los cuernos y encararlo. Te has enfrentado a la muerte en más de una misión, esto no es para nada tan peligroso. Te vas el sábado y pasarás allí la semana.

—¡¿Toda la semana?! —preguntamos al unísono.

—Sí. Te llamaré todos los días y si pasara cualquier cosa, podemos hacer una sesión de terapia por videollamada. Además, estamos a una hora escasa de distancia. Nos llamas y Alex y yo iremos.

Ambos la miramos mientras recoge su bolso y se dispone a marcharse. Para ella esta conversación ha terminado. Quim está inquieto, pero Neus se ha ganado su confianza plena y si ella cree que es bueno para su recuperación, él no lo va a cuestionar. Así que por muy preocupado que esté y por mucho que me dé por culo que ella se haya salido con la suya, no me queda más remedio que confiar en que todo estará bien.

Le da un abrazo a Quim y ante la mirada atónita de este, se acerca a mí y también me abraza, aprovechando esa proximidad para susurrarme al oído que me llamará pronto. Provocando que me estremezca de anticipo y disipando mi enfado. Maldita sea.

Antes de salir por la puerta vuelve a girarse y le dice a Quim:

—Quién sabe lo que te depara el destino. —Guiña el ojo como suele hacer siempre y se va.

Capítulo 12



—Tú, Troll. ¿Qué es lo que no has entendido?

—Neus, por favor, no empeores las cosas —suplico mientras retengo a Juan con una mano en su pecho.

—Creo que la que no lo entiende eres tú, ¡loquera de mierda! —grita embravecido.

Sabía que esto pasaría. Llevo preparándome para este momento desde que tomé la decisión de irme de vacaciones a Tossa de Mar con mi amiga. Tenía claro que Juan se negaría en rotundo. Odia a Neus con todas las fibras de su ser. En realidad, el odio es mutuo. Siempre los mantengo alejados el uno del otro, e intento que nunca se crucen y si lo hacen, que sea de pasada. Nunca dejo que estén en la misma estancia más de unos pocos minutos. Porque sé que juntos son como el apocalipsis. Se convierten en dos fieras que luchan por el poder de su presa. Y esa presa soy yo, o al menos así me siento. En medio de ellos intentando salvarlos el uno del otro y, sobre todo, intentando salir lo menos dañada posible en la batalla.

Juan agarra mi antebrazo y tira fuerte para ajustarme a su cuerpo,

acercando su rostro al mío de manera amenazante. Todas las fibras de mi ser tiemblan cuando siento su furia, una que ya he experimentado en mis carnes y la cual, por nada del mundo, deseo volver a vivir. Su respiración es agitada y su mandíbula da bandazos de un lado a otro, señal de que se ha vuelto a meter esa mierda. Desde tan de cerca puedo incluso ver los restos blancos en uno de los orificios de su nariz. Me rompe el corazón cuando lo veo así.

—No te vas a ir a ningún lado. Te vas a quedar en tu lugar, que es junto a mí.

Su aliento alcoholizado hace que tenga que retirar el rostro hacia un lado para poder esquivarlo.

—¡¿Me oyes bien?! —Vuelve a alzar la voz.

—Suéltala, Troll. Le estás haciendo daño —exige Neus mientras tira de mi otro brazo.

Mi cuerpo es zarandeado de un lado al otro, en una guerra en la que, como ya he dicho, siento que soy la presa. Una rabia que emerge de lo más profundo de mis entrañas se va extendiendo por mi cuerpo. Ellos siguen con los insultos y los gritos. Mientras un calor abrasador sube por mi cuello hasta las mejillas. Las lágrimas pujan por salir, pero las retengo. Estoy cansada de ser la endeble Chloe, que llora y se rompe con facilidad. Ya no quiero seguir en medio de esta batalla. Ya no quiero seguir viviendo con miedo.

Miro a Neus, y está tan nerviosa que unas diminutas gotitas de sudor cubren su frente, haciendo que su flequillo se pegue a ella. El rostro está encendido alcanzando un color que podría pasar casi por morado. Siento dolor al verla así. Porque ella es un ángel y ahora, su aspecto encajaría más bien con el inframundo. Y esto es solo culpa mía. Por pedirle que venga a ayudarme. Porque soy una cobarde que no es capaz de enfrentarse a sus problemas. Ella siempre cumple su papel de ángel de la guarda, pero no es justo.

Tras otro fuerte tirón, me desequilibro un poco y choco de nuevo contra el pecho de Juan. Al alzar los ojos la imagen es estremecedora. No queda absolutamente nada del chico que fue. Su mirada, una que tiempo atrás fue tierna, ahora está enrojecida por la falta de sueño y la fiesta de anoche, se me antoja parecida a la de un demonio. Incluso su voz, más ronca de lo normal, le da un aspecto aún más siniestro. Entre gritos, sus dientes rechinan cuando su mandíbula se tensa debido a la cocaína que aún debe de llevar en sangre y al monumental enfado. «¿Esto es lo que quieres?», me pregunta una parte de mí. La respuesta es un NO rotundo. «Pues haz algo de una vez, sé valiente».

Dicen que cuando estás en situaciones límites, la adrenalina te puede dar una fortaleza fuera de lo normal. No sé si esto que arde en mi interior es adrenalina, pero me da igual, solo quiero que esto termine, así que dejo libre todo lo que estoy conteniendo y exploto.

—¡¡Bastaaaaa!! —grito tan fuerte que incluso siento dolor en la garganta.

Con los puños apretados sacudo los brazos para liberarme del agarre de ambos. Se quedan boquiabiertos con mi repentino arranque de cólera. Uno que es muy impropio en mí, poco usual en la condescendiente Chloe.

—¡¡Basta!! ¡Se acabó! No lo soporto más. No puedo seguir aguantando vuestra lucha constante —suspiro y hablo empujada por la revelación del momento—. Neus, tú no eres así, por mi culpa tu alma pura se está oscureciendo. No puedo permitir que siga ocurriendo.

—Chloe.

—No me interrumpas, por favor. Te prometo que nunca más tendrás que pelear por mí. —Me giro para estar de frente a Juan, que aún intenta sobreponerse de mi arranque de valentía y no puedo evitar preguntarle—: ¿Dónde estás? —Con las manos rodeo su rostro, ahora desconocido para mí, para que me mire directamente y lo observo durante un rato, creando un silencio abrumador en el que solo se escucha su respiración agitada causada por el revuelo—. Te has perdido.

—Ayúdame a volver —suplica en un susurro agónico.

—Estoy agotada —sentencio—. Creo que ya no me quedan fuerzas para seguir sujetando tu mano y evitar que caigas al vacío. Esa mierda que te metes nos está matando a ambos. Cuando te miro, ya no veo nada del hombre del que me enamoré.

—Lo voy a arreglar, dejaré la coca. Te lo juro. Volveré a ser el mismo, solo dame un poco de tiempo —dice atropelladamente, con voz trémula.

—Llevo dos años esperando.

Acerco mi rostro al de Juan dejando que mis labios besen los suyos fugazmente. Me mira con terror, y sé que es consciente de que algo ha cambiado. Que este instante acaba de marcar un antes y un después, en lo que hemos sido, somos y seremos. Dejo descansar un instante mi frente en la suya viendo como una enorme lágrima se derrama por su rostro. Sé que llora por miedo a lo que va a venir. Pero también sé que la droga lo lleva de un punto a otro, de la euforia a la tristeza en segundos, es el famoso bajón. Es por eso que cada vez se mete más y más, para mantenerse en el estado álgido todo el tiempo. Así que, para mí, esas lágrimas, son artificiales. Carecen de sentimiento.

Cuando me acerco a Neus rodeo su cuerpo en un abrazo que me sabe a poco, porque ahora mismo la necesito como nunca. Pero por fin soy consciente de mi egoísmo, de que yo sujeto la mano de Juan, pero que ella sujeta la mía.

Me acerco a la puerta y, con una seguridad que nos sorprende a

todos los que estamos en el salón, tiro de la maneta extensible de la maleta. Me vuelvo y ahí están; las dos personas más importantes de mi vida. En realidad, las dos únicas. El que me quita el aire y la que me lo da. Los quiero a ambos, pero el amor tiene muchas variantes. No todo el amor es válido, no siempre es sano. Durante mucho tiempo he creído que querer a una persona es suficiente, que el sentimiento es tan potente que lo puede todo. Pero qué equivocada estaba. No es lo mismo querer que saber querer. Ahora lo entiendo. Yo no lo he sabido hacer con ninguno de los dos.

—Lo siento. —Los miro y veo lo distintos que son, él está muerto de miedo y mi amiga tiene una expresión plácida y una pequeña sonrisa en sus labios—. Juan, me da tanto miedo quedarme sola que no he sido consciente de que ya hace mucho tiempo nuestros caminos son opuestos y los andamos separados. Hace tiempo que los dos estamos más solos de lo que somos capaces de reconocer. Neus, eres la tabla a la que me aferro en medio del océano, pero ya es hora que aprenda a nadar. Siento amaros con tanto egoísmo.

Ajusto mis cascos conectando la última *playlist* que he preparado para este viaje, y sin más, salgo de mi piso con paso firme y decidido.

A pesar de ser sábado, no hay demasiado tráfico en dirección a la costa. Miro el reloj del salpicadero, son las once y media de la mañana, calculo que en unos cuarenta minutos llegaré a Tossa de Mar. Para la hora de comer ya estaré instalada en el apartamento. No voy demasiado rápido, no me gusta correr. Prefiero bajar las ventanillas y dejar que el aire remueva mi cabello haciéndolo danzar mientras me hace cosquillas en el rostro.

Para llegar al bonito pueblo de la Costa Brava, hay que subir y bajar el Macizo de Cadiretes, una pequeña montaña con una carretera de curvas. Cada poco rato, un grupo de motoristas me adelanta, al parecer es una buena zona para trazar curvas. El paisaje es frondoso, con altos árboles de copas repletas de hojas de un oscuro verde. Da la sensación que el espeso bosque le da una tregua a la curvilínea carretera, permitiendo su paso sin ocupar su espacio. Siempre me ha fascinado eso de la Costa Brava, esa fusión perfecta del bosque y el mar. Desde aquí se aprecian solo montañas envolviendo el paisaje, todas cubiertas por un frondoso manto verde, pero cuando llegas al final de las curvas te encuentras con el pequeño pueblo costero de Tossa de Mar.

En cuanto salí de casa, sentí que cargaba con algo menos de peso a mi espalda. Necesito estas vacaciones. Alejarme de ellos y encontrarme a mí. Voy a exprimir al máximo esta semana. Pienso hacer todo lo que me apetezca, sin pensar en nada más que en lo que en ese momento deseo.

Entro en el apartamento y río al comprobar que es diminuto. A la

izquierda una coqueta cocina blanca con la encimera de haya cubre la pared de no más de dos metros. Para separarla del salón han puesto una barra americana estrecha, con un par de taburetes, pero que tiene el espacio suficiente para tomar el café. En un par de pasos estoy en el salón, y es literal, todo es de un blanco limpio menos el sofá celeste de dos plazas, lleno de mullidos cojines rosas pastel y fucsias, me siento un instante y respiro profundo. Llenando los pulmones de la paz que reina en este lugar. Es agradable y acogedor. Solo hay dos puertas, una te lleva a un aseo, que no es demasiado grande, pero que tiene una bañera que seguro voy a disfrutar con algún relajante baño. La otra es la habitación.

Deshago la maleta y lo ordeno todo en unas baldas que hacen la función de armario. También hay una burra, cuelgo mis vestidos preferidos para que se estiren las arrugas que se han formado por el viaje apretujado al que han estado sometidos en la maleta. Cuando por fin todo está en su lugar y recogido, siento que de verdad empiezan las vacaciones y no puedo evitar dar saltitos de alegría, dejando caer el cuerpo a plomo sobre el colchón, cubierto por una colcha fucsia y alegre. El pisito es bastante femenino, me encanta. Estoy muy contenta e ilusionada. Al final, creo que lo mejor es que Neus no haya podido venir. Ha sido horrible la que se ha liado en casa esta mañana. Aunque yo creo que todo pasa por algo, que el destino siempre nos depara cosas inesperadas. Es cierto que no siempre son lo que deseamos, pero la vida es así, está llena de sorpresas. Hoy decido quedarme con lo que he aprendido de lo malo que me ha pasado y disfrutar al máximo todo lo bueno que seguro me espera durante el resto del día. Porque lo que está muy claro es que todo es cuestión de actitud. Así que allá voy con mi mejor sonrisa, mi bañador preferido verde kiwi y un vestido de ganchillo blanco que deja entrever todo lo que se supone debería tapar, dando largas zancadas mientras mis cascos reproducen *Happy* de *Pharrell Williams* de camino a la playa.

Me detengo justo delante de la larga pasarela de tablas de madera, que sirve de pasillo para atravesar la candente arena en los días de más calor. Hoy parece que el azul del agua está adornado con purpurina, debido a los destellos que provoca el reflejo del sol en él. La emoción es palpable en mi rostro, ahora sonriente por la expectación.

Apago la música y me quito los cascos inhalando uno de mis olores preferidos en el mundo, el de la maresía. Es el olor a mar, algas y humedad cargada de salitre de la bruma. No me digas que no es preciosa la palabra. Maresía. Un pescador de rostro curtido y envejecido por el viento que trae el mar a la costa me la enseñó.

En uno de esos viajes relámpago que hacíamos con el internado, me vio como desde la orilla intentaba impregnarme del aroma del mar

llenando los pulmones al máximo. Se puso a mi lado y mientras recogía el sedal de su caña, dijo:

—Maresía.

—Disculpe, ¿me decía algo? —le pregunté emborrachada por el olor a salitre y perdida en esa extraña paz que el mar siempre me regala.

—Le digo, que es maresía. El respirar del mar, su aliento, es maresía.

Desde ese día, es mi palabra preferida en el mundo.

Cojo las sandalias playeras con una mano y salto a pies juntos desde la madera cayendo en la cálida arena. Hundo los dedos y siento como los granitos se deslizan entre ellos. Aquí la arena es gruesa y de un color tostado, solo con pasar la mano sobre los granitos pegados a la piel se desprenden, no es de esa fina que se te pega al cuerpo. Dejo caer todas las cosas en un espacio que hay al lado de un matrimonio de yayos que toman el sol, dejando tirado el vestido y sin pensarlo, corro, todo lo rápido que puedo, como la niña entusiasmada que lo había hecho en más de una ocasión hace años. Cuando los dedos rozan la primera ola, me lanzo al mar de cabeza. Siento el frescor del agua templando el cuerpo algo sudado por el calor. Buceo hasta que empieza a faltarme el oxígeno y poco a poco dejo que mi cuerpo se meza con la corriente y sea arrastrado hasta la superficie, exhalando una gran bocanada cuando la brisa roza mis mejillas. Quedo flotando boca arriba en la línea que divide el dentro y el fuera, mientras las olas me acunan y el sol calienta mi rostro sonriente. Es absolutamente perfecto.

Capítulo 13



Al entrar en el parking me sorprende que esté tan vacío. Lo recuerdo siempre lleno de coches y hoy tiene tan solo algunos. Cuando venimos en julio o agosto, época en la que Tossa de Mar está abarrotada de veraneantes que viene buscando ser bronceados por el incansable sol que baña la playa a diario, está hasta los topes. A principios del verano hay menos gente, la gran mayoría son propietarios de apartamentos que vienen todo el año. Los padres de Alex suelen pasar al menos dos fines de semana al mes aquí, dicen que les encanta venir en invierno y ver el embravecido mar chocar contra las grandes rocas que soportan las murallas medievales que rodean la parte antigua de la Vila Vella.

Al abrirse el ascensor cuelgo del hombro la mochila que he traído con lo poco que voy a necesitar. Un par de conjuntos para salir a correr, el bañador y alguna camiseta y tejano, poco más. Toallas de baño y de ducha tienen de sobra en el apartamento. Además, siempre tengo algo de ropa y todas mis cosas de buceo en mi habitación. Bueno, es la habitación que comparto con Alex. Cuando dejamos de

ser niños y el sofá cama del antiguo y diminuto apartamento se nos quedó pequeño, decidieron comprar este mucho más grande. En realidad, es un piso de unos setenta metros cuadrados, ya no se puede catalogar como apartamento. Tenía tres habitaciones, pero nosotros queríamos dormir juntos, así que decidieron tirar la pared para hacernos un gran dormitorio. Ellos se quedaron con otro más pequeño, pero dijeron que para sus niños siempre lo mejor. Sonrío al recordar el día que fuimos a comprar los muebles para decorar todo. Cuando Roser, la madre de Alex, nos dijo que podíamos escoger una cama de matrimonio cada uno, para que tuviéramos espacio y pudiéramos ir con nuestras novias cuando quisiéramos, nos explotó la cabeza. Lo cierto es que yo sí que vine alguna vez con Xenia, pero pocas, ella odiaba dormir con Alex en el mismo dormitorio, ya que yo me negaba a tener sexo con él mirando y además no me parecía correcto con sus padres justo en la pared contigua. El gigoló de mi amigo nunca ha querido traer a nadie. Prefería y prefiere, ir a la habitación de hotel de las guiris que se follaba noche sí y noche también. Dice que así puede largarse y cuando llega aquí, dormir a pierna suelta sin pesadas sobre el pecho. Todo muy de Alex.

—*Com està el millor cambrer de tota la Costa Brava?* —saludo a Josep.

Es el propietario del restaurante Castell Vell, sin duda con la ubicación más privilegiada de Tossa de Mar. Se accede desde las estrechas calles adoquinadas de la Vila Vella y tiene una encantadora terraza.

—*Dolors, corre, ha vingut el nano dels Falcò*! —apremia a su mujer que está siempre en la cocina preparando los mejores platos y postres que he probado nunca.

Me tratan como si fuera hijo de los padres de Alex. Es toda una vida viniendo con ellos. Aunque saben que no soy su hermano, ya que mis padres han venido innumerables veces a comer aquí. Para ellos siempre seré *«el nano dels Falcò»*. Recuerdo el afectuoso abrazo que me dieron el día del velatorio. Sé que cerraron el restaurante, cosa que solo hacen dos meses al año, en invierno, para poder venir a Barcelona y estar conmigo en ese momento. Es curioso el afecto que puedes llegar a coger a las personas. Solo los he tratado cuando vengo al restaurante, sin embargo, les tengo mucho cariño.

—*Tot anirà millor amb el temps* —asegura Dolors con una tierna mirada después de darme un fuerte abrazo que me trasmite todo el cariño que me tiene.

Hablamos unos minutos y les explico que he venido solo, para poder despejarme y desconectar. Ambos aseguran que me sentarán genial estos días, recomendándome que disfrute del submarinismo, ya que saben que es una de mis grandes pasiones. Enseguida vuelven al

trabajo, es hora punta y el restaurante está lleno siempre, en cualquier época del año. No pido, y dejo que, como de costumbre, llenen la mesa con los mejores platos del día.

A media tarde decido ir a dar un paseo. Menos mal que he tomado un chupito del fuerte orujo artesanal que prepara Josep. Se supone que es digestivo, pero en realidad lo que hace es calcinar. Es tan fuerte que quema todo a su paso y finalmente, el empacho por comer tanto se esfuma. Paseo por la orilla del mar bañando los pies hasta los tobillos. La camiseta hace un rato que me la he quitado y que cuelga de un lado del bañador rojo. Alex se ríe cada vez que me lo pongo porque dice que si me rapo el pelo sería igualito a *Dwayne Johnson* en la última entrega de *Vigilantes de la playa.* Será capullo. Aunque un poco de razón no le voy a restar. El verano pasado, mientras paseaba con él como hoy, por la orilla, una chica salió del agua enloquecida, agitando los brazos y gritando:

—¡Socorrista! ¡Socorrista!

Nos pareció curioso, porque normalmente pides más bien «socorro», ¿no? Pero lo entendí minutos después.

Cuando llegó a nuestra altura nos explicó que su amiga se ahogaba, así que sin pensarlo me lancé al agua. Al llegar a la supuesta chica en apuros, y sin remilgos, enredó sus piernas a mi cintura y con todo el descaro del mundo me dijo:

—Socorrista, necesito que me haga el boca a boca con urgencia, cuando le he visto vigilando la playa me he quedado sin aliento. —Todo esto mientras tocaba mi cuerpo de manera lasciva.

Solo le faltó eso al cabronazo de Alex, que aún se troncha de risa cada vez que recuerda que salí del agua con la supuesta ahogada agarrada como un pulpo a mi cuerpo. Parecía tener las extremidades llenas de tentáculos que se pegaban a mi piel. Para rematar, mi amigo del alma creyó que sería genial invitar a la mujer pulpo y a la actriz de su amiga a una cerveza. Durante todo el rato que pasamos en la mesa del chiringuito no dejó de mirarme dando suspiritos y mordiendo su labio cada vez que, de manera provocadora, rozaba mi pierna con su pie. La mirada canalla de Alex solo hacía dejarme claro que nunca dejaría de recordarme ese día. Lo pasé fatal, fue muy incómodo. Me sentí un objeto. Y aunque le dije varias veces que tenía pareja, no le importó lo más mínimo. Al final, no lo soporte más, y aunque no pretendía ser un maleducado, no me quedó más remedio que levantarme y despedirme de manera bastante osca. La sorpresa llegó cuando Alex se acercó a la oreja de la mujer pulpo, y tras susurrar vete tú a saber qué en su oreja, lamió su cuello. Ella jadeó levemente, y en ese instante supe que no hacía falta añadir nada más. Me di la vuelta y me largué. Horas más tarde, el señorito, apareció con un enorme chupetón en el cuello alegando que las amigas eran la

hostia chupando cuellos y muchas más cosas.

Hace bastante calor, así que saco el pareo que llevo en la pequeña mochila vieja y trotada que siempre me acompaña, y lo extiendo cerca de la orilla para sentarme y poder disfrutar de la suave brisa. Paso un buen rato leyendo en el Kindle, pero al final lo guardo y me relajo mirando el paisaje de mi infancia y juventud. Recordando momentos increíbles. Como Alex y yo corríamos por la adoquinada calle de la muralla cuesta arriba. Desde la Platja Gran de Tossa, la Vila Vella parece un pueblo medieval que ha quedado suspendido en el tiempo. En 1.931 se declaró Monumento Histórico Artístico Nacional. Se conserva casi la totalidad de su perímetro original con sus muros almenados. Las fuertes y robustas paredes de la muralla se alzan orgullosas sobre un peñón rocoso, con cuatro torreones y tres torres cilíndricas. Solíamos saltar la muralla y caminar por las rocas con las gafas de buceo alrededor de nuestras cabezas mientras el tubo, sujeto a estas, nos daba golpecitos en el moflete. Descendíamos saltando como pequeñas gacelas con una facilidad asombrosa y, al llegar al saliente de una de las rocas, saltábamos al mar. He pasado interminables horas buceando y descubriendo el fondo de este rincón del Mediterráneo que es propietario de un trocito de mi corazón.

La mirada ha quedado perdida en el horizonte y sigo sumido en el viaje a mi infancia y juventud. Cuando de golpe una cabeza emerge del agua. Me llama la atención, ya que hay poca gente bañándose a estas horas, ya rozan las siete de la tarde y aún no hace tanto calor como para que el agua esté a buena temperatura. Desaparece de nuevo y me inquieta un poco el rato que tarda en volver a la superficie. Cada vez está más cerca de la orilla. Desde aquí puedo ver el tubo de buceo que desaparece cada vez que se sumerge y como sale a propulsión, el agua de este cada vez que emerge para poder seguir respirando, en ningún momento retira la vista del fondo marino. Me da algo de envidia, así que decido que mañana vendré a hacer snorkel yo también por la mañana.

Sin darme cuenta el submarinista ya está a solo unos metros de mí, al acercarse a la orilla se quita las gafas de buceo.

El mundo se para.

Mi corazón se salta un par de latidos.

La cabeza empieza a darme vueltas.

Lo primero que me viene a la mente son las palabras de mi querida Dra. Blázquez justo antes de salir de casa el viernes: «Quien sabe lo que te depara el destino».

Como si de una sirena se tratara, la mujer que me visita cada noche en mis sueños comienza a emerger del agua. La garganta se seca cuando una de sus manos viaja a la cremallera de la camiseta de neopreno que protege su cuerpo de la temperatura del agua. Distraída,

la empuja hacia abajo. Creando un bloqueo en el tiempo. Todo pasa a cámara lenta. Su delicada y dorada piel es descubierta ante mis ojos algo glotones por seguir descubriendo qué oculta la prenda. Cuando la tengo a escasos cinco metros, un calambre se extiende entre mis dedos con una necesidad asombrosa de tocarla y abrazarla como hago cada noche. Un diminuto bikini verde cubre con dos triángulos sus erguidos pechos. Algo brilla y llama mi atención, veo el sexy piercing del ombligo que adorna su vientre plano. Imagino como sería pasar mi lengua y beber de él las gotitas saladas que resbalan descaradas hasta una braguita a juego con la parte de arriba del bikini, este también tiene un tamaño casi ridículo.

Camina directa hacia mí y siento miedo, pero también expectación. Ajusto un poco más la gorra para cubrirme, porque no sé si me siento preparado para que me reconozca. En realidad, eso es casi imposible. El día que la saqué de aquella azotea no llevaba esta espesa barba cubriendo mi rostro. De todos modos, dudo que recuerde algo de aquel día, estaba en shock, o eso me dijeron en el hospital. Lo que sí está claro es que yo lo recuerdo todo a la perfección.

En el último momento, hace un requiebro hacia la izquierda, parando a unos pocos pasos de distancia y lanzando las gafas sobre un pareo lleno de flores de colores. Inhalo fuerte y me doy cuenta de que hacía un rato que no respiraba.

No repara en mí en ningún momento. Yo no puedo dejar de mirarla. Saca el exceso de agua de su cabello apretándolo con las dos manos y cuando lo sacude, los rizos cobran vida y vuelven a aparecer. Distraída y ajena a mi mirada, busca algo en el bolso. Enseguida saca los cascos de música y comienza a tararear. Ya no queda casi nadie en la playa. Creo que he dejado de pestañear intentando no perderme nada de ella. Ella. Tan inexistente en mi vida y tan presente en mi mente. De golpe, la escucho soltar un pequeño gritito de júbilo y de un salto se pone en pie llegando a la orilla en dos zancadas. Cuando sus pies tocan el agua, extiende los brazos en cruz, sus dorados rizos caen despreocupados rozando su espalda, llegando a tocar el filo del bañador, uno que deja un perfecto trasero redondo al descubierto por completo. ¡Por el amor de Dios!

Sin ninguna vergüenza, se deja llevar por la música de la que disfrutan sus oídos. Enseguida descubro que escucha, *Libertad de Nil Moliner*. Río fuerte sin poder evitarlo, escuchando cómo canta la canción algo desentonada. Tan bonita, tan despreocupada y libre.

En mi mano voy a ver
Que algo hoy puede suceder
Y la euforia dejará
Un secreto al que gritar, un secreto al que cantar

Soy como el aire que va a toda velocidad
Solo estoy yo y mi caminar
Soy como el cielo que revienta de repente
Una explosión, una bomba nuclear
Soy como el aire que revienta contra el mar
Y va gritando contra el viento
Rompiendo todos los esquemas de mi piel
Una explosión de euforia y libertad
Me siento vivo y no me tiembla el pulso
Son mis latidos los que marcan el compás
La Tierra tiembla y estoy solo en este juego
Si pierdo, vuelvo a ganar

Danza de un lado al otro, dando giros sobre sí misma, riendo y como dice la canción, siendo como el aire, libre. Cuando termina la canción se gira y de repente, repara en mí. Parece algo avergonzada por su muestra de danza y canto al que para ella es un desconocido. Con las mejillas algo ruborizadas me regala la sonrisa más espectacular que jamás he visto y en un susurro dice:

—Hola.

Sin más, recoge sus cosas y se dispone a irse. No he sido capaz de articular ni una palabra, al menos, yo también le he regalado una sincera sonrisa.

Dejo que tome distancia y me dispongo a seguirla. Si Alex me viera… «Pero él no está aquí, y ella sí», me habla algo dentro de mí, empujando a mi cuerpo a continuar con la persecución. A seguirla hasta donde quiera que haga falta.

La veo entrar en uno de los edificios cercanos al apartamento de los padres de Alex. No aparto la mirada ni un instante de la fachada llena de balcones rocosos y adornados de flores. Pasados unos minutos aparece. Desde el tercer piso, veo como sonríe observando las vistas de la playa y la parte medieval al fondo. Estira sus brazos al cielo y da un gran bostezo. Sonrío embobado cuando la veo desaparecer dentro del apartamento. Es tarde, está oscureciendo y no creo que vuelva a salir hoy. Nada más puedo hacer aquí. Así que decido irme con la idea en mente de estar pronto mañana frente a este edificio. Solo queda confiar en el destino. Uno que parece que de momento se ha aliado con mi mayor deseo, ella.

Después de una larga ducha, me veo anclado frente al espejo, repasando con los dedos mi marcada mandíbula, una que parecía haber olvidado debido al tiempo que hacía que estaba cubierta por una espesa barba. He recuperado el peso y la forma física que había perdido. Las noches siguen siendo malas, aunque duermo algo más y eso ha ayudado a que mi apariencia sea la que siempre había sido. El

intenso deporte que practico a diario ha conseguido que mi cuerpo vuelva a estar en plenas facultades. Cualquiera que me mire creerá que vuelvo a ser el de siempre. Pero ahí donde nadie puede ver, donde nadie puede entrar, sigo roto, dolido, furioso y vacío. Pero eso es algo, que solo debo saber yo. Cuando observo los cortes que me hice en el pómulo y en el hombro la semana que me derrumbé, mi mente vuelve al día del accidente. Como siempre generando la misma horrible ansiedad que parece no querer largarse nunca. Respiración agitada, lágrimas, taquicardia. Todo se repite en bucle. Mientras camino con ligereza hasta la mesita de noche del dormitorio para coger la pastilla que me da Alex por las noches. Pero entonces, un recuerdo inesperado se cuela en los oscuros pensamientos y la veo a ella, y la increíble sonrisa que me ha regalado en la playa, una que era solo para mí. Su luz, su vitalidad, se filtra poco a poco en la penumbra de mis recuerdos. Removiendo algo dentro de mí. Coloco la pastilla bajo la lengua y voy recuperando la normalidad sin dejar de pensar en ella. Sin dejar de pensar en los caprichos del destino.

Capítulo 14



Anoche, tras la mágica pastillita, caí redondo en la cama. Aunque eso no ha impedido que las pesadillas se hayan sucedido como vienen haciendo hace semanas. Ella ya es una pieza más de los sueños que me perturban cada noche. Envolviendo con sus brazos mi cuerpo, me abraza. Hoy ha sido diferente, más cálido. Mucho más real de lo que había sido hasta ahora, porque cuando me ha pedido que despertara, era su voz, la de verdad, la que he escuchado hoy. Me sonreía igual que en la playa cuando me dijo un simple «hola», y aunque en ese momento lo hizo como podría haberlo hecho con cualquier otra persona, en mi sueño, lo hacía solo para mí. Tengo la cabeza repleta de imágenes de ella bailando en la orilla libre y despreocupada. No quiero analizarlo mucho, pero es cierto lo que dijo Alex, la obsesión no trae nada bueno, o al menos a mi vida solo ha traído tragedia. De un plumazo aparto ese pensamiento y me centro en cargar el cuerpo de hormonas de la felicidad, esas que dice la Dra. Blázquez que se generan con el deporte.

Emprendo la carrera en cuanto el olor a mar me golpea. Voy a

hacer un tramo del sendero del *Camí de Ronda*. Este resigue el abrupto litoral de la Costa Brava entre las localidades de Blanes y Portbou. Se trata de un camino histórico que fue creado con las funcionalidades básicas de comunicar las diferentes poblaciones, playas y calas del litoral. Se utilizó sobre todo para controlar el contrabando y el mercado negro marítimo. Adquirió el nombre de *Camí de Ronda* porque los carabineros y la Policía Nacional hacían la ronda para controlar las actividades ilegales. Me resulta apasionante toda la historia que hay detrás de este simple sendero. Ahora es solo regentado por los turistas y el lugar perfecto para descubrir la magia de la Costa Brava y sus contrastes.

Las zapatillas chocan fuerte con la tierra del estrecho camino de ronda que recorre el borde de los acantilados rocosos. Las gruesas raíces de los majestuosos pinos que gobiernan este espeso bosque se retuercen por el sendero, tengo que ir sorteándolas con cuidado de no resbalar con la gravilla y piedras. Sin duda, hacen que el camino sea mucho más entretenido y divertido. Acelero y siento cómo los pulmones me queman por el esfuerzo, el primer tramo es todo pendiente. El sonido del oleaje se mezcla con la agitada respiración. Las piernas cimbrean pidiendo que detenga la marcha, en cambio, yo acelero. Los pulmones arden y solo puedo pensar en seguir corriendo más rápido, sabiendo que mi cuerpo lo sufrirá aún más. Pero prefiero mil veces sentir esto que ansiedad.

Llevo corriendo alrededor de una hora y media, hace ya un rato, di la vuelta teniendo claro que quiero detenerme en Cala Bona. Antes de bajar el último tramo del sendero me acerco al borde y observo las vistas. Un par de pequeñas embarcaciones descansan en el canal que forma esta playa. El agua es de un turquesa que roza lo irreal, cristalino. En el acantilado de delante hay varias grutas que son perfectas para bucear. Aquí siempre hay un oleaje suave porque el estrecho paso no permite que las fuertes olas entren, sin duda es una zona perfecta para practicar snorkel tranquilo. Al llegar, me acerco a una roca donde siempre tomamos el sol con Alex. La playa es diminuta y a unos veinte pasos de la orilla, está este pequeño saliente rocoso donde te puedes sentar y disfrutar de las vistas. Todos los turistas siguen el sendero que te lleva al trocito de arena. Por eso siempre nos ponemos aquí, pocos son los que prefieren sentarse sobre la piedra.

La última vez que estuve estábamos los seis, Alex, sus padres, los míos y yo. Era el cumpleaños de mi madre y como sorpresa habíamos alquilado una pequeña embarcación. Tanto el padre de Alex como yo, tenemos el título de patrón de navegación básica, estamos habilitados para el gobierno de embarcaciones de recreo de hasta ocho metros de eslora. Más que suficiente para pasar el día cerca de la costa y

disfrutar de las mejores playas y vistas de la zona. Con la pequeña lancha fuimos hasta el chiringuito a por comida. Fue un día increíble, reímos muchísimo con las tonterías de Alex. Recuerdo que el agua tenía una temperatura perfecta y nos bañamos sin descanso. La paella y los mejillones de roca al vapor que comimos estaban deliciosos y aún más acompañados del helado cava que bebimos sin parar. Mi madre estaba pletórica y mi padre no apartaba sus manos de ella, prodigándole caricias y besos.

El amor por el mar y el buceo se lo debo a ella. Los recuerdos de mi infancia están abarrotados de playas, bancos de peces, cuerpos cubiertos de salitre y castillos de arena. Éramos unos enanos cuando mi madre empezó a enseñarnos la magia que se oculta bajo las olas. Sin darme cuenta, el recuerdo de ella ha provocado que las lágrimas rueden por mis mejillas. Como la echo de menos. La añoranza me atormenta a diario. Envuelvo mi desmadejado y sudoroso cuerpo con los brazos, atrayendo las rodillas al pecho y oculto el rostro en el hueco que queda libre. Es temprano y aún no me he cruzado con nadie por el camino, así que sintiéndome solo me dejo ir. Llorando e hipando con fuerza en el abrumador silencio que hay en este lugar. Uno que solo es acompañado por el susurro de las olas. Descanso los codos en mis rodillas flexionadas y mis manos enfurecidas apresan los mechones oscuros de pelo en los puños. Daría mi vida una y mil veces por volver a abrazarla. El paisaje juega al despiste emborronándose por culpa de mis acuosos ojos y, devolviéndome la preciosa imagen cada vez que pestañeo y las gotitas saladas resbalan por mi rostro.

—¿Estás bien? —La pregunta llega susurrante.

Mantengo la cara oculta con los mechones de pelo que caen delante y entre mis manos. Tan solo asiento con la cabeza a modo de respuesta. Volviendo a mis tristes pensamientos, dando por sentado que la voz ya se ha marchado. Pero nada de eso, cuando vuelvo a escucharla, me doy cuenta de que no tiene intención de irse. Y yo, no tengo paciencia para cotillas.

—¿Sabes? Está muy feo mentir.

El comentario me sorprende y ahora su voz está mucho más cerca. Empujado por la curiosidad, giro un poco el rostro y miro a mi derecha entre los dedos de la mano que mantengo cubriendo parte del rostro. Lo primero que encuentro es una delicada mano ofreciéndome un pañuelo y tras esta, esa increíble sonrisa. Que trae rápidamente a mi memoria otra vez las palabras que no dejan de taladrar mi cabeza desde ayer: «¿Crees en el destino?».

Absolutamente, sí.

Como si de una niña curiosa se tratara, está acuclillada a mi lado esperando paciente a que reaccione y coja el pañuelo que sigue manteniendo en alto. Los rizos le acarician las diminutas pequitas de

sus pómulos y le dan ese aspecto de hada de los bosques. Me quedo como un auténtico pasmarote sin dejar de mirarla oculto entre mis dedos y ella ríe. Un abismo se abre bajo mis pies, y aunque siento el vértigo vibrar en mi estómago, sé que no puedo caer, porque ahora mismo estoy flotando. No me puedo creer que esté aquí, hablando conmigo.

—Ya veo que no eres muy hablador. Lo cierto es que yo sí que lo soy. —Vuelve a reír, dejando caer su trasero a menos de medio metro de mí y doblando las rodillas en una postura similar a la mía—. ¿No te parecen unas vistas increíbles?

Claro que me lo parecen. Es la mejor vista de toda mi vida. Es la mujer más bella que he tenido el gusto de observar. Pero no suelto ni una palabra, ahora mismo me he quedado mudo.

—Bueno, yo no he visto mucho mundo, seguro que hay miles de lugares más bonitos que este. Pero creo que eso no le resta belleza alguna. ¡Mira! —pide extendiendo su brazo y recorriendo el paisaje con la mano—. El verde de la vegetación se fusiona con el llamado *leucogranito*, las rocas reciben este nombre porque casi carece de minerales oscuros, lo cual confiere a la roca un aspecto rosado y algo blanquecino. Las partes más oscuras son de unas rocas denominadas *Lamprófidos* que fue generada a partir de una masa magmática. Alucinante, ¿verdad? Y qué decir del color del mar, hoy que el cielo está tan despejado aún se ve más cristalina el agua. Cuando buceas por aquí parece que estás en una enorme piscina, la nitidez es alucinante.

Ella continúa con su monólogo. Con un gran entusiasmo, me explica qué especies marinas puedes ver por esta zona y lo que le encantaría bucear en otros lugares del mundo. Yo, absorto por su divertida voz, no hago otra cosa que escucharla embobado. Por un momento pienso que quizá si sea una muñeca, tiene el aspecto, y es probable que le hayan dado cuerda a la manivela de su espalda, para que hable y hable sin parar. Se nota que es un lugar que le apasiona, no deja de dar datos interesantes que solo puedes saber si te has empapado leyendo. Durante toda su incesante y fresca explicación va señalando los lugares y puedo ver el brillo en sus ojos, uno que solo se da en una persona que habla de algo que le encanta. No me ha mirado ni una sola vez desde que ha tomado asiento. Sin pensarlo le he cogido el pañuelo que seguía ofreciéndome, y he limpiado los restos de mis recuerdos tristes.

—Madre mía, perdona. Estarás pensando que soy una loca, bueno, un poco sí lo soy. —Suelta una gran carcajada que hace que su cuerpo se agite y no puedo evitar reír yo también—. Sufro un trastorno muy grave. —Arrugo los ojos, preocupado, por lo seria que se ha puesto y como ha cambiado de tercio—. Sufro de *inextinguibili loquacitatis.* —

Frunzo el ceño sin entender cuál es su trastorno.

Sus palabras me han sonado a latín, pero también puede ser una de esas raras enfermedades con nombres impronunciables, lo que me lleva a un estado de gran preocupación. ¿Está enferma? No lo parece, pero ha dicho que era grave. La rigidez es palpable en mi cuerpo, y no dejo de mirarla. Ella continúa con su solemne seriedad, cuando gira un poco el cuerpo para encararme y dice:

—Ya veo que no sabes latín —niego con lentitud—, eso me ha parecido. Verás, lo cierto es que es un trastorno bastante común, aunque el mío está en cotas muy altas. —Creo que me va a explotar la cabeza de lo agobiado que estoy ahora mismo—. Sufro de verborrea incontrolable —explica finalmente alzando sus labios en un gesto canalla.

No puedo controlar la gran carcajada que se me escapa, río a boca llena, fuerte, sin recordar cuanto tiempo hacía de la última vez que me carcajeé de esta manera. ¿Dónde se escondía esta fascinante mujer? Me pregunto, sin poder dejar de reír. Entre los entrecerrados ojos empujados por los labios que están en su máxima extensión, veo que me está observando.

—Estás mucho mejor cuando ríes —afirma anclándose en mi mirada.

Inhalo muy despacio intentando recuperar la respiración. Y la estudio, sin perder detalle de lo bonita que es. Su pequeña naricita y sus mejillas tienen un tono rosado, imagino que a causa del día soleado de ayer. Las espesas pestañas enmarcan una mirada felina del color de la miel a tras luz. Y solo puedo dejarme arrastrar hasta la profundidad de esa dulzura. El momento es llenado, únicamente, por la melodía de las olas y el susurro del viento que sigue agitando sus rizos, llevándolos de un lado a otro, como si fuera uno de sus pasatiempos preferidos.

Mi mano vuela atraída por su embrujo, hasta alcanzar uno de los rizos rebeldes que sigue danzando con el descarado viento que se niega a alejarse de él. Las hebras se deslizan por mis dedos y al soltar el mechón acaracolado, brinca como un muelle.

Cuando vuelvo a sus ojos, una extraña electricidad recorre todo mi cuerpo, erizando mi piel. Ella no se ha movido ni un solo centímetro, la tengo a escasos dos palmos, y puedo sentir como algo que escapa a mi raciocinio atrae nuestros cuerpos. Aproximándolos. Frunce el ceño, como si acabara de ver algo que le extraña y en ese instante la pierdo. Se aleja rápidamente de mí carraspeando, en un absurdo intento de disimular. Y, de un ágil movimiento, se pone en pie. Mientras sacude la tierra inexistente de la larga falda de su vestido azul turquesa, la acompaño imitando sus movimientos. Se agacha a recoger el bolso de mimbre del suelo. Soy consciente de que pretende irse. Pero bajo

ningún concepto voy a perder la increíble oportunidad que el destino me ha brindado. ¿Cuántas oportunidades más me va a conceder la casualidad? No lo tengo claro. Así que pienso aferrarme a esta con todas mis fuerzas.

—Soy Quim. Gracias por… por… en fin, gracias —hablo por primera vez.

Se queda un rato mirando mi mano extendida, parece algo confundida, pero aguanto estoico hasta que decide estrecharla.

—Chloe. Y no se merecen.

Vaya, su nombre es tan dulce como su apariencia. Me quedo embobado y soy consciente de que como siga mirándola así y sin decir nada, va a salir corriendo por miedo a que sea un psicópata que está pensando en cómo descuartizarla.

—Después de mi deprimente trance —sonrío y ella me corresponde —, tenía pensado ir a Cala Bona y desayunar en el chiringuito. ¿Qué te parece si te invito? Como agradecimiento.

—Quim, no tienes nada que agradecerme.

Es la primera vez que dice mi nombre y no puedo evitar imaginar cómo sería que lo repitiera entre jadeos.

«Vas muy fuerte, chaval, que solo llevas unos minutos hablando con ella y ya estás pensando en adentrarte en su gruta». La reprimenda de mi conciencia tiene mucho más que razón, eso no quita que me sea imposible controlar estos pensamientos. Tengo que centrarme, porque como siga así, no sé si seré capaz de no cometer alguna estupidez. Solo se trata de tomar un café y charlar un rato con… con la mujer que está en mi cabeza y mis sueños desde hace dos años. «Sí, solo se trata de eso, ya veo». Como siga escuchando a mi cabeza se va a pensar que soy medio tonto, así que busco alternativas para que quiera desayunar conmigo.

—Vale. Pues si prefieres… Mmm… —Pienso como convencerla—. ¡Ya lo tengo! Te invito a una cita. —Ella empieza a reír nerviosa.

—¿En serio? —No puede dejar de reír—. ¿Me puedes decir en qué momento creíste que, tras el primer rechazo, invitarme a una cita sería mucho mejor idea?

—Esto se me da fatal, ¿verdad? —Asiente confirmando—. Mi madre siempre decía —el simple hecho de hablar de ella en pasado me envía un pellizco al corazón— que la verdad siempre suele ser la mejor de las bazas.

—Sabio consejo.

—Sí. Así que sin rodeos. —La miro algo divertido por la expectación en su mirada—. Me encantaría invitarte a desayunar porque no recuerdo la última vez que reí de verdad como lo he hecho hoy. Porque estoy solo y seguro que, en tu compañía, el día va a ser mucho mejor. ¿Qué me dices? ¿Aceptas mi *agradecita*? —Compartimos

una sonrisa.

—*¿Agradecita?*

—Mitad agradecimiento y mitad cita. Ni es una cosa, ni la otra, pero a la vez son un poco de ambas. —Niega divertida con la cabeza.

—Has dicho que tu día —remarca la última palabra, una que he dicho con total intención —, va a ser mucho mejor. Pensaba que solo era un desayuno.

—Te he dicho que iba a ser sincero. Y la verdad es que no sé si podré conformarme solo con el rato del desayuno.

—Creo que esto no es buena idea.

—Tienes pinta de darle demasiadas vueltas a las cosas. ¿Qué te parece si hacemos un pacto? Vienes, pero solo si realmente es lo que te apetece, sin pensar en nada ni nadie más que en ti. Podemos hacer lo que tú quieras, no tiene por qué ser desayunar.

«Vaya sobrada te acabas de marcar, chaval». Cierto. Me lo he jugado todo a una carta. Pero estoy convencido de que ella también ha sentido esa corriente imantada que nos atraía el uno al otro. Aunque como no conteste rápido, creo que voy a acabar vomitando el corazón por la boca. «¿Y si dice que no?». Joder, joder y *requetejoder*.

—Chloe.

Vuelve del lugar en el que debe de estar debatiéndose entre si venir o no, y cuando me mira directamente a los ojos le hago una sencilla pregunta:

—¿Qué es lo que deseas?

Capítulo 15



Cuando me hace esa pregunta me quedo de piedra. Me ha preguntado qué es lo que deseo. Este desconocido, que ha conmovido mi corazón con su desgarrador llanto y que ahora me mira con la sonrisa más canalla y bonita que he visto nunca, me ha hecho la pregunta más particular de mi vida. Una que jamás nadie me ha cuestionado. Que en la mayoría de mi existencia, ni yo misma me he hecho. Y él la ha hecho con simplicidad, aunque para mí es muy significativa, sobre todo en este momento de mi vida.

«¿Qué es lo que deseas?».

Cuando salí ayer de Barcelona en mi coqueto Nissan Micra me prometí que iba a cambiar. Que dejaría de ser la mojigata tonta a la que todos manipulaban desde niña por su docilidad. Aunque eso no quiere decir que sea buena idea irme con un completo desconocido a desayunar. Bueno, ha dicho «el día», dando a entender que no tenía por qué ser solo un almuerzo. Eso me pone algo nerviosa.

Estaba tan destrozado hace solo unos minutos. Aún tiene los ojos algo irritados por el llanto, pero eso no los hace menos increíbles,

unas largas pestañas castañas aletean expectantes esperando mi respuesta. ¿Qué hay detrás de ese verde intenso que me hace sentir tan extrañamente… bien? ¿Protegida? No puedo evitar preguntarme, también, que es lo que puede tener a este hombre tan destrozado. Su aspecto es el de un superhéroe, inmune a todo mal. Aunque, supongo que todo superhéroe tiene su kryptonita. Al acercarme, sentado en esa postura encorvada, parecía mucho más pequeño de lo que es. Yo no soy una mujer precisamente bajita, con mi más de metro setenta, rebaso la media española. Pero a su lado se me ve diminuta. Estoy segura de que supera el metro noventa y cinco. Cuando ha dado un salto para ponerse de pie antes de que saliera huyendo de ese incómodo momento en el que ahora mismo no quiero pararme a pensar, me he quedado más atontada que si hubiera visto un unicornio con crines de purpurina volando sobre mi cabeza. Debajo de la camiseta de tirantes, bueno o por encima, porque no sé si primero estaba la prenda o el amasijo de músculos sudorosos, se observaba el cuerpo perfecto. Sabes cuándo sale ese anuncio de perfume que impide que cambies de canal, solo para poder ver el cuerpo de adonis del hombre perfecto que sale del mar, lleno de gotitas de agua repartidas estratégicamente por el cuerpo, solo para hacerlo aún más apetecible de lo que ya es. Lo tienes en mente, ¿verdad? Pues ha salido de la pantalla y se ha plantado ante mí. Y yo que siempre había pensado que en la televisión está todo trucado. Pues no. La camiseta se pegaba a su pectoral, dejando claro que necesitas libreta y boli para no perder la cuenta de la cantidad de músculos que hay debajo.

Cuando Juan viene a mi cabeza me siento incómoda por pensar de esta manera en otro chico. Si supiera que voy a aceptar desayunar con Quim… mi cuerpo se estremece y un pequeño temblor lo sacude solo de pensar las represalias que esto me causaría. Pero después recuerdo que él no está aquí, que está a unos cien kilómetros de distancia, seguramente tirado en el sofá durmiendo la mona de la noche anterior. «Te habías prometido hacer lo que realmente te apeteciera, y tomar algo no tiene nada de malo», me recuerdo. Aunque las miradas sostenidas de antes sí que parecían augurar algo que seguro no me traerá nada bueno.

—Deseo… un buen *pá amb tomàquet i fuet* —respondo después de un rato demasiado largo en el que él ha aguardado paciente.

—Para haber pensado tanto rato, tu deseo es uno bastante sencillo y fácil de cumplir. —Sonríe enseñando todos sus perlados dientes.

En un gesto de galantería exagerada hace una reverencia y extiende su mano para que pueda sujetarme a él y trepar por la zona pedregosa y llegar al *Camí de Ronda*. Río divertida y acepto su ayuda. Al contacto con su mano y sin previo aviso, la respiración se corta de golpe y mis ojos buscan desesperados los suyos, intentando entender

que es este calor vibrante que sale de su palma y como de ella sale una electricidad que me atraviesa todo el cuerpo como un rayo. Lo peor es cuando descubro que no soy la única que lo ha sentido. Veo la inquietud en su mirada verde del color de la kryptonita, destellante y algo irreal por su belleza. Como si ardiera, retiro rápido mi mano y de un fuerte impuso doy un par de saltos y emprendo la marcha por el estrecho camino de tierra arbolado. Doy una profunda respiración para intentar calmar y recuperar el aliento que se había ido a dar un paseo.

—Vamos, que me muero de hambre —le pido resuelta y restando toda la importancia posible a lo que acabo de sentir.

—Claro, vamos.

Su voz ha sonado una octava más grave, imagino que debido a la también palpable incomodidad.

Caminamos en un silencio agradable el poco trayecto que hay hasta la pequeña playa. Al llegar a la arena decide darse un baño para refrescarse y desprenderse del sudor, ya que ha estado haciendo *footing*. Extiendo el pareo playero de flores de colores y no le presto atención hasta que me avisa que no tardará, al girarme, para confirmarle que no me moveré del sitio, soy incapaz de articular palabra y boqueo como una atontada varias veces mientras él curva su labio hacia un lado de manera pícara. Solo y digo SOLO, lleva puesto un bañador de nadador negro que se pega descarado al enorme bulto de entre sus piernas. «Está claro que de tanto en tanto sale a flote la rubia que llevas dentro, claro que solo lleva un bañador, es así como uno se baña», me dice mi cabecita burlona.

Por el amor de Dios, desvío la vista rápido para no seguir mirándole el paquete. Seguro que lleva relleno, es imposible que eso sea natural, no le puede caber a ninguna mujer en la gruta. Imposible. Bueno, una con una amplia cueva quizá no tendría problema. «¿Pero qué narices dices, Chloe? Se te va la cabeza por peteneras». Subo la mirada, pero la cosa no mejora.

Unos vacilantes oblicuos son la antesala de lo que ya tenía claro que escondía esa camiseta de tirantes blanca. De manera autómata empiezo a contar, uno, dos, tres… ¿Cuántos músculos forman el abdomen? La mirada sigue ascendente, pero sin poder evitar tener fugaces desvíos a su abultada entrepierna, solo para ir verificando periódicamente que es real lo que hay ahí. Su pectoral luce depilado y no puedo evitar imaginar cómo sería besarlo, y sentir el calor de su cuerpo rozando mis labios. Está feo comparar, pero es inevitable que piense en Juan y en que siempre que le he sugerido que se afeitara el pecho zanjaba el tema alegando: «El hombre cuanto más oso más hermoso». ¡Por el amor de Dios! En qué siglo se inventó ese sinsentido de refranillo.

Un destello llama mi atención, y al fijarme descubro que sus pezones están decorados con dos pequeños aritos de plata. Sin ser muy consciente, avanzo con titubeantes pasos, atraída de manera irracional a su cuerpo.

—Chloe, ¿me has oído? —pregunta despertándome de mi ensoñación, bloqueando mi acercamiento y atrayendo mi mirada—. ¿Te bañas conmigo?

—¡No, no, no! Te espero aquí —respondo con demasiado nerviosismo.

—Entonces, me daré un chapuzón rápido.

Sí, mejor que lo haga solo y no es necesario que lo haga muy rápido. Creo que me va a llevar un rato recomponerme.

Lo veo lanzarse al agua sin pensar y da varias brazadas. El sol ya empieza a caldear, y cierro los ojos levantando mi rostro para recibir su calidez. Intentando bajar mis pulsaciones y ordenar los pensamientos. Unos que han provocado mucha inquietud al descubrir la ligera humedad que siento en la braguita del bañador.

—Para ser junio el agua está perfecta de temperatura, deberías haberte dado un baño.

Abro los ojos y ahí está, el del anuncio del perfume otra vez. Rápido cambio de canal levantando mi trasero y lanzando nerviosas miradas a todas partes menos en su dirección. Lo escucho reír y siento la sangre amontonarse en mis mejillas por la vergüenza, estoy segura de que es muy consciente de que evito mirarlo. Por el rabillo del ojo veo como de la mochila saca ropa y empieza vestirse, menos mal, eso me relaja un poco. Se ha puesto una camisa hawaiana ligera de manga corta blanca, con unas palmeras de color negro, pero solo se ha abrochado los dos botones del medio, dejando al descubierto su pecho. Puedo certificar que va a ser un almuerzo muy intenso.

Nos han servido unas grandes rebanadas de *pa de pages amb tomaquet i oli,* con algo de embutido y queso, que, según ha explicado el camarero, son artesanos y de esta zona de Girona. También un gran vaso de zumo de naranja natural que está bien fresquito.

—¿Qué tal el almuerzo? ¿Tomarán café? —pregunta el joven que sostiene los platos ya vacíos.

—Un café bombón, por favor. ¿Podría ser generoso con la leche condensada? —Le sonrío al camarero a modo de súplica.

Quim ríe, y pide un café solo que se toma sin azúcar. Siendo la antítesis del mío. El rato está siendo muy agradable, de fondo nos acompaña una suave música *bossa nova* que me chifla, y que ahora por suerte cada vez se escucha en más sitios. Él no sabía que esta música popular brasileña era derivada de la samba y con una fuerte influencia del jazz. Durante un rato compartimos opiniones y gustos musicales sorprendiéndome en los muchos que coincidimos.

—Mi amiga certifica que soy una melómana.

—¿Una qué?

—Melómana, lo que viene siendo una friki, una fanática de la música. Estos de aquí —señalo los auriculares colgados al cuello—, son mis incondicionales. La música es mi mundo particular al que puedo viajar para evadirme de todo. Donde me siento feliz, en paz. Con la que calmo mi alma. La canción que decido escuchar siempre describe a la perfección mi estado de ánimo. Habla del momento en el que estoy.

—Y, ¿qué canción escucharías ahora? —No tengo claro que sea buena idea contestar a esa pregunta—. Vamos, sorpréndeme. Por tu cara, estoy seguro de que ya tienes una en mente.

Lo suelto a bocajarro, porque si lo pienso no lo digo.

—*Voy a pasármelo bien* de *Hombres G.*

Se queda callado aferrando sus preciosos ojos verdes a los míos y me arrepiento al momento. Porque no siempre hay que ser tan sincera, y esta canción dice mucho más de lo que se le puede decir a una persona que solo conoces de unas horas.

—¿Te apetece pasar conmigo el resto del día?

La pregunta me deja asombrada por la intensidad con la que la ha hecho, como si más bien se tratará de una petición, de un ruego.

—Quim…

—Por favor, pasa el día conmigo. Pásalo bien conmigo. —Sonríe canalla—. Quiero enseñarte algo.

—No debo, verás, yo tengo pa…

—No importa —sentencia sin dejarme terminar—. Hoy, solo es hoy. Pasemos el día juntos, solo como dos personas que inician una amistad. Solo como dos personas que están solas en un lugar y deciden hacerse compañía.

—Deja que vaya al baño y lo piense, ¿vale? —Asiente con la cabeza.

En cuanto cierro la puerta, llamo a Neus. Descuelga y sin pararme a saludar siquiera, le relato atropelladamente lo que ha pasado desde que salí esta mañana a dar un simple paseo. No me interrumpe en ningún momento, aunque cierto es que hablo tan rápido que creo que no podría.

—Me ha pedido que pase con él el día, dice que quiere enseñarme algo.

—Y qué le has contestado.

—¡Nada! —le digo de los nervios y con el corazón martilleando mi pecho—. Le he pedido que me deje pensarlo y estoy encerrada en el baño hablando contigo.

—Buen sitio para esconderse. —Ríe a boca llena.

—Le voy a decir que no y volveré al apartamento.

Camino de un lado a otro del diminuto habitáculo como si fuera un hámster en una rueda.

—¡¿Por qué?!

—Pues porque no está bien. Porque tengo pareja. Porque no es correcto. Porque yo no hago estas cosas. Porque es una locura. Porque me agobio solo de pensarlo. Porque, porque…

—Porque, ¿qué? Acaba la frase, Chloe, aparta el miedo a un lado y afronta la situación. Deja de hacer de avestruz.

—Bufff… porque me atrae, mucho. Porque es el hombre más guapo que he visto en mi vida. Neus, de veras, creo que no es buena idea, hay algo… no sé cómo explicarlo. Como si algo me atrajera irremediablemente a él. Y cuando me mira, con esos ojos, es como si ya los hubiera mirado antes. Es un completo desconocido, sin embargo, mi cuerpo lo siente como un buen lugar donde quedarse, del que no quiere alejarse.

Doy un grandísimo suspiro al darme cuenta de lo que acabo de decir y dejo caer mi trasero sobre la tapa del inodoro. No quiero alejarme.

—Pues no lo hagas, cariño —dice con ese tono amoroso con el que siempre me habla—. Fluye, no pienses en nada y lo más importante en nadie. Hemos trabajado esto mil veces en terapia, estás preparada. Lo vi ayer en tu casa. Tus ojos reflejaban determinación, decisión.

Callo y pienso lo que me acaba de decir. En la verdad de sus palabras.

—Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti, Chloe. Vuela, pajarillo. —Río cuando la primera lágrima cae y cuelgo.

Intento recomponerme y salgo con valentía rascando dentro de mí toda la determinación que se supone que mi querida amiga ha visto. Voy a pasar el día con el chico de ojos verdes como la kryptonita. Sin pensar en nada más que en lo que deseo.

Al llegar a la terraza del chiringuito, veo que ya no está en la mesa y tampoco mi bolso. El porche repleto de mesas blancas y sillas de plástico del mismo color tiene algunos clientes, pero ni rastro de él. Me acerco a la baranda con gruesas cuerdas a modo de barrotes y recorrer con la mirada los escasos metros de longitud de la pequeña cala me lleva solo unos segundos. Se ha largado y encima me ha robado el bolso. Menuda gilipollas. Como me he dejado engatusar de esta manera. Parecía alguien diferente. De veras, le he creído. Siento como la garganta se va cerrando, avisando de que las lágrimas van a derramarse. La visión se emborrona y con el primer pestañeo dos gruesas gotas resbalan hasta mis labios. Se ha marchado. Dejo caer la cabeza para que los rizos cubran mi estado. Me sujeto fuerte la baranda intentando controlar la fragilidad de mis piernas. Como he

podido ser tan necia. En qué cabeza cabe que un hombre como ese querría pasar el día con una mujer como yo. Puede estar con las modelos más hermosas, qué narices va a hacer junto a una simple huérfana que encima tiene novio.

Juan. El fugaz recuerdo del día que llegó al internado y su mirada chocolate clavándose en mí, me azota. En ese momento lo fue todo para mí. No nos hemos vuelto a separar desde ese día. Hasta ahora. Y empiezo a cuestionarme si ha sido buena idea. Yo no valgo para estar sola. O, mejor dicho, no sé estar sola.

—Dime que es un sí.

La profunda y varonil voz de Quim genera un aleteo en mi estómago. Al levantar la cabeza de golpe, lo encuentro en la arena al lado de un kayak de dos plazas en tonos amarillo y naranja. Sujeta dos largos remos y de su otro antebrazo cuelgan los chalecos salvavidas rojos. Dentro de la embarcación, junto a las suyas, están mis cosas.

Una desbordante sonrisa desaparece cuando lo miro y amusga los ojos con un claro desconcierto. Deja caer sin más las cosas de sus manos y en dos grandes zancadas se acerca al filo del chiringuito.

—¿Estás llorando?

No me había dado cuenta, pero las gotitas saladas han seguido resbalando por la mejilla debido al cóctel de sentimientos que me está sacudiendo. Doy dos fuertes manotazos a mi rostro para limpiarlo negando rápidamente con la cabeza.

—Ven aquí —ordena autoritario.

Acostumbrada a obedecer órdenes y como una autómata camino y bajo los escalones de la terraza del chiringuito hasta la playa. Intentando ocultar mi rostro y rezando para que mis ojos no delaten la angustia que he sentido al pensar que se había ido sin mí.

—¿Por qué lloras? ¿Ha pasado algo mientras no estaba? —Levanta la mirada por encima de mi cabeza, buscando por la terraza quién es el culpable del estado en el que me acaba de encontrar. Su mandíbula está tensa y su apariencia ahora es severa. Igualmente, su belleza, aún con el rictus serio, es armoniosa. Una pequeña arruguita se ha formado entre sus cejas dejando evidencia de su preocupación. Y la mirada acecha el lugar sin encontrar nada fuera de lo normal. No me queda más remedio que explicarme para tranquilizarlo.

—Cuando no te vi pensé… que te habías ido y llevado mis cosas.

Sus ojos se abren desmesuradamente y, con un ágil movimiento, su mano se cuela desde mi cintura hasta la parte baja de la espalda, pegando mi cuerpo al suyo. Un casi inaudible gritito se me escapa por la impresión de sentirlo tan cerca. Mis manos descansan en su pectoral y al mover una de ellas, siento en la palma el bultito del piercing del pezón, la dejo quietecita al instante. Su otra mano rodea mi cuerpo descansando en la cabeza y obligando a mi rostro a cobijarse en su

desnudo pecho. El calor que este desprende abrasa mi mejilla y me debato entre quedarme aquí para siempre o separarme de este casi extraño, que en una mañana ha sacudido mi cabeza como una coctelera. Cuando me separa con suavidad siento la brisa marina colarse entre nosotros, enfriándome. Es cuando me doy cuenta de que tengo clara la respuesta a mi duda: quedarme para siempre.

Acuna mi rostro entre sus dos grandes y fuertes manos mientras su mirada decide traspasar la decencia anudándose a la mía. Y con una convicción aplastante, dejándome la duda de si se refiere a hoy o al resto de mi vida, susurra muy cerca de mi rostro:

—Nunca te dejaría sola.

Capítulo 16



La he hecho llorar. Y me maldigo una y mil veces por ello. Cuando me he dado cuenta ha sido como si me clavaran un puñal en la boca del estómago. Sus ojos enrojecidos y decaídos me gritaban la angustia que ha sentido cuando se ha visto sola y sin sus cosas.

Quería darle una sorpresa para así convencerla de que pase el día conmigo. Y la pobre se ha llevado una muy distinta.

Me mira entre confusa y asustada. Y lo cierto es que yo también estoy desconcertado por mis propias palabras. Unas que han cobrado vida propia y se han lanzado en picado. Quizá sea mejor no analizar demasiado que he querido decir con ese «nunca te dejaría sola». Ya que nunca es muchísimo tiempo. Además, Chloe no tiene ni idea de que, desde el día que la salvé, he pensado constantemente en ella y que la he buscado entre todas las rubias del mundo.

Sé lo irracional que es todo esto, pero lo cierto es que siempre estuvo en mi cabeza. Desde el día de la azotea. Y ahora que la tengo entre mis brazos, que el destino ha insistido en que nuestros caminos se encuentren, no estoy dispuesto a dejar que se me escape entre los

dedos. Pienso aferrarme fuerte a ella.

Todas las fibras de mi cuerpo vibran al tocarla. Desde el primer instante. Cuando con mis dedos han jugado con su rizo y mi mano picaba con ansias de más. Al intentar sujetar su mano para subir las rocas para volver al camino, he sentido el calambre que ha recorrido todo mi cuerpo, y sé con certeza que a ella le ha ocurrido lo mismo, lo he visto en la confusión de sus ojos.

Ahora, aquí, entre mis brazos, puedo sentir como el riego sanguíneo recorre mi cuerpo burbujeante. Al estrecharla contra mí se ha tensado, incluso he podido apreciar el ruidito que ha emitido debido a la sorpresa por mi arrebato cariñoso, pero cuando la he ajustado más, acercando su cabeza a mi pecho, se ha relajado. El contacto de su aterciopelada mejilla contra mi pecho ha provocado que me estremeciera. Joder, ha sido lo más real e intenso que he sentido en mucho tiempo. Un simple abrazo. Un contacto efímero que suelo compartir a diario con Alex e incluso con Neus, y que con Chloe rebasa los niveles de lo cotidiano y se convierte en algo excepcional.

En todos los años que he estado con Xenia, jamás, nunca, he sentido algo parecido. Es cierto que hacía mucho tiempo que lo nuestro se había convertido en una tediosa rutina, cenar, follar, comer, follar, ver la tele… eso mientras follábamos. Puede que pienses que es el sueño de cualquier hombre, pero todo aburre, incluso el sexo.

Después de recomponerme por el impacto de verla esta mañana sentada a mi lado. He tenido que espabilar, ya que con cada gesto o palabra volvía a entrar en ese estado de embobado. Está siendo un arduo trabajo, no parecer medio tonto.

Mis manos la acercan a mi rostro mientras me deleito con su belleza. No creo que sea ni medio consciente de lo hermosa que es. Me arrimo y deposito un suave e indecente largo beso en su mejilla. Sin despegarme del todo y provocando que mi grueso labio roce un poco el lóbulo de su oreja, le digo:

—Lo siento. —Escucho su exhalación.

No estoy preparado para soltarla y aprovechando su desconcierto vuelvo a bajar una de mis manos para llevarla a su espalda. Sintiendo la suave piel en las yemas. La arrastro despacio, disfrutando de su calidez hasta la parte baja, sorteando los dos finos tirantes que la cruzan, anudándose con un lazo justo en el punto más bajo, donde detengo mi expedición. En ese punto entre lo decente y lo indecente. Mi dedo meñique es consciente que es justo ahí donde comienza la curvatura de su trasero.

Un carraspeo rompe el momento y ella se separa con rapidez, dejando una sensación de vacío en mi cuerpo. Es el camarero que ha contratado este año Paquita, la encantadora dueña del chiringuito. El

joven me ha ayudado a coger el kayak de detrás del restaurante, Paquita siempre tiene un par ahí guardados y con confianza me los deja.

—Perdona, pero no me había acordado de darte la bolsa impermeable. En ella podéis poner vuestras pertenencias y así se mantendrán secas. Podéis atarlas al extremo de atrás, con estas cuerdas —dice señalando el lugar indicado para ello.

—Gracias —responde ella sonriente.

—¿Ya sabéis cómo funciona? ¿Si quieres te puedo enseñar a como virar con los remos?

¡Me cago en la madre que lo parió! Está coqueteando con Chloe delante de mis narices. ¿Virar? ¿En serio? Eso lo hacen los barcos, no una mierda de kayak. Será fanfarrón el tonto este. Me acerco a ella rodeando su cintura y acercándola de nuevo a mi cuerpo, sin despegar mis ojos del mendrugo este con pinta de surfero pordiosero.

—No hace falta, yo la enseñaré. Tengo años de experiencia con estas y otras embarcaciones.

Vale, el fanfarrón ahora soy yo. Pero estaba ligando con la chica de mis sueños delante de mis narices. Si se piensa que su mirada amenazante me impresiona, está bien equivocado. Decido ignorarlo y prestar atención a quien de verdad me interesa. Aunque Chloe no puede evitar ser amable.

—Muchas gracias de todos modos.

Me patea el culo que le regale una sonrisa y más aún que él la corresponda. «Pero ¿qué te pasa, ni que fuera de tu pertenencia?», me recuerda mi cabeza.

—¿Tienes bañador aquí? Así no irás cómoda.

Lleva un bonito y largo vestido veraniego verde turquesa con pequeñas estrellas doradas que acaricia sus curvas llegando hasta el suelo. Los golpes de aire lo hacen alzarse un poco y dejan al descubierto unas sandalias de cuerda que se anudan y cruzan sus pequeños pies.

—Aún no he aceptado pasar el día contigo. —Su expresión se torna algo seria.

—Vamos, Chloe, no te hagas la dura. Lo pasaremos genial. ¿Has ido alguna vez en kayak? —Veo el debate interno que tiene. Sus mejillas se han sonrosado un poco—. ¿Qué es lo que pasa?

—Es que yo nunca he ido en barca, bueno, ni en barco —sonríe algo tímida—, ni en nada que flote en el mar.

—Perfecto, a partir de hoy eso habrá cambiado. Vamos, quítate el vestido que te pongo el chaleco.

—Ahí tenemos otro problema —alzo las cejas interrogante—, llevo bañador, pero solo la parte de abajo.

Ciertamente, es un problema, pero para mi salud mental.

—Como iba a estar sola tenía intención de tomar el sol y… y… y hacer toples.

Está tan avergonzada que no puede despegar la mirada del suelo.

No he podido evitar que mis ojos fueran directos a sus pechos, descubriendo dos pequeños y erguidos pezones apuntándome. El vestido los cubre con unos triángulos sujetos por las tiritas que van hasta su espalda. Sin duda, durante el desayuno, mi mirada rebelde se ha escapado varias veces hacia ahí, pero no quería incomodarla, así que he evitado mirar más de lo apropiado y no me había dado cuenta de que no lleva sujetador. Siento el respingo que da mi entrepierna y aparto muy rápido la mirada para agacharme a la mochila ocultando mi hombría orgullosa, con este bañador no deja nada a la imaginación.

—Sí… a ver…

Parezco un quinceañero empalmado por mirar sus erguidos, prietos, redondeados y apetecibles pechos. ¡Joder! Genial. Ahora estoy como una roca. «Céntrate, chaval», me digo.

—Esto servirá. —Le tiendo una camiseta blanca de algodón que llevaba en la mochila—. Póntela, y después te ayudo con el chaleco.

—Está bien —responde con vergüenza sin levantar la mirada.

Se da la vuelta y veo como lleva su mano al lazo que descansa en su respingón trasero y tira de él para soltarlo. Provocando que las tiras se aflojen y de golpe el vestido caiga al suelo. ME-CA-GO-EN-TO-DO. Está desnuda. Bueno, con la diminuta braga del bañador que deja prácticamente al descubierto sus dos redondos y prietos cachetes. Una gruesa gota de sudor resbala por mi frente, si se gira va a ser consciente que la anaconda puja por salir y cobijarse en su cueva.

«¡Mierda! ¡Piensa rápido, Quim!».

—Te espero en la orilla —hablo atropelladamente arrastrando la embarcación.

Al llegar, meto el cuerpo hasta la cintura esperando que el calentón mengüe con el frescor el agua.

—Lista.

Esto es el puñetero infierno y voy a arder en él. La imagen más sexy del mundo está ante mis ojos. Como la camiseta le va grande, le cae con desfachatez de uno de sus hombros dejándolo al descubierto y la tela fina blanca es aún peor que el vestido que llevaba, porque es algo transparente. Ella seguro que no se ha dado cuenta de ese detalle. Hoy voy a morir por culpa del calentón. Le lanzo el chaleco que coge al vuelo y le digo que se lo vaya poniendo. Así cuando se acerca la tengo un poco más tapada. Ajusto las sujeciones del chaleco y hago lo propio yo también. Con los salvavidas puestos y medio cuerpo en el agua me calmo y le explico cómo funcionan los remos. Algo muy sencillo y que coge al instante. Sin prisa vamos deslizándonos por el

agua. Ella va sentada delante callada. Así que decido romper el silencio y aprovechar el momento para conocerla más.

—¿Aún no me has contado que te ha traído a Tossa?

—Este sitio me encanta, me recuerda a mi infancia. Una o dos veces al año el orfanato nos traía de excursión. Y sí, me crie en un orfanato.

—Vaya, eres una caja de sorpresas. ¿Conociste a tus padres?

—No. Solo sé que una vecina llamó a los servicios sociales avisando del mal estado de nutrición en el que estaba. Decidieron que una niña de dos años no debía vivir con dos cocainómanos alcohólicos y me llevaron al orfanato. Sé que murieron poco después asesinados, imagino que por un ajuste de cuentas. No los recuerdo. Así que para mí es como si no hubieran existido. Me criaron las trabajadoras del orfanato, que siempre fueron cariñosas y buenas conmigo.

—¿No tienes a nadie? —pregunto sin poder evitar sonar sorprendido.

Jamás hubiera imaginado que tras esa sonrisa inagotable pudiera esconderse una historia tan desgarradora.

—No quiero ser grosera, pero, preferiría hablar de otra cosa.

—Perdona, no pretendía incomodarte.

—Hay cosas que creo que es mejor que no sepas de mí.

El aura de buena energía que nos acompañaba acaba de desaparecer.

Su espalda está rígida como una vara. Deja de remar y gira un poco el cuerpo para poder encararme.

—Verás, hay cosas de mí que no quiero contarte. Cuando vuelva a casa tendré que seguir con mi vida y tú ya no estarás en ella.

Eso ha sido peor que una bofetada.

—¿Por qué? Creí que esto podía ser el inicio de una bonita amistad. —Niega con la cabeza.

—Nuestra amistad solo tendrá cabida en Tossa de Mar, Quim. Después cada uno continuará su camino y esto será como si no hubiera ocurrido. Como si no nos hubiéramos conocido.

—Jamás podría hacer como si no hubieras existido.

—Es todo lo que te puedo ofrecer. O lo tomas o lo dejas. Podemos disfrutar del día de hoy, pero después se acabó, no nos volveremos a ver.

—Pero podemos…

—No. Yo no puedo. Lo siento. Quizá en otro momento de nuestras vidas sería diferente, pero ahora es así.

Siento la respiración algo agitada. Y me doy cuenta de que realmente esto es un puñetero infierno, pero debido a algo muy distinto a lo que imaginé en primera instancia. ¿Cómo puede decirme que haga como si no nos hubiéramos conocido? Llevo dos largos años

pensando en ella, en qué habría sido de su vida, si estaría bien. Y ahora que la tengo me dice esto. ¿Qué es lo que me esconde? ¿Por qué no quiere verme cuando volvamos a Barcelona? Pensándolo bien, cuando le he preguntado donde vivía ha llegado el camarero y tras marcharse con rapidez ha cambiado de tema. No quiere que sepa dónde encontrarla. Pero lo que ella no sabe es que sé exactamente dónde hacerlo. Ahora mismo solo puedo aceptar su trato. Después ya veré como consigo mantenerla cerca.

—¿Cuántos días tienes pensado quedarte?

—He alquilado un apartamento hasta el próximo sábado.

—¿Cuántos días de vacaciones tienes?

—Una semana, el lunes tengo que volver a la oficina.

—Está bien, acepto tu trato con una condición. Pasaremos los días de tus vacaciones juntos. Hasta el domingo. Disfrutaremos del sol, la playa y los paseos. Sin barreras. Sin prejuicios, solo fluyendo. Nos divertiremos haciendo todo lo que nos plazca. Dejando que sea el destino el que decida por nosotros.

—No creo que pueda alargar el alquiler del apartamento.

—Es mi condición. La noche del sábado puedes pasarla sin problema en el apartamento que estoy. Es de un amigo y no tengo fecha límite para quedarme.

—No pienso dormir contigo.

Eso ya lo veremos, de aquí al domingo habré conseguido que cambie de opinión, aunque aún no sepa cómo.

—Yo no he dicho tal cosa. Hay dos camas más aparte de la mía, eso no será un problema. ¿Y bien...? ¿Aceptas?

Me da la espalda de nuevo. Sé que está valorando las opciones. Sus manos cubren su rostro y deja caer la cabeza sobre ellas. Hay algo que no la deja tomar la decisión. Me gustaría que lo habláramos, pero antes ha quedado claro que no va a soltar prenda. Al menos hoy. Pasan los minutos mientras el kayak se mece a la deriva. Empiezo a impacientarme cuando de golpe levanta la cabeza. Respira profundo un par de veces y al girarse me mira y veo la determinación en su rostro.

—¿Solo fluyendo? —Asiento con la cabeza—. ¿Podemos divertirnos haciendo lo que nos plazca? —Vuelvo a asentir—. ¿Estás seguro?

—Más que nunca.

—Tú lo has querido.

Su mirada se torna traviesa y su sonrisa se ladea hacia un lado, mueve rápido sus cejas arriba y abajo, y sin que me lo espere hace fuerza con su cuerpo hacia un lado. Eso provoca que el kayak voltee y ambos caigamos al agua. Cuando salgo a la superficie a coger aire no la veo. Doy una vuelta sobre mí y veo su chaleco flotando en el agua.

—¡Chloe! —grito nervioso.

De golpe algo tira fuerte de mi tobillo, arrastrando mi cuerpo bajo el agua solo unos instantes, porque el chaleco lo obliga a emerger.

—Pero ¿qué coñ…?

Una ahogadilla más. Pero esta vez decido soltar los agarres del chaleco salvavidas, es rápido, ya que ambos van con un solo clic. Abro los ojos bajo el mar y la busco. La veo bucear y salir a coger aire por el otro lado del kayak, para esconderse. Chica lista. Buceo dando dos fuertes brazadas y cuando estoy cerca le agarro su estrecha cintura con las manos y tiro de su cuerpo hacia el fondo, sumergiéndola conmigo bajo el agua. Escucho su risotada en el eco del mar. Entonces, agarra una de mis muñecas y bucea hacia la superficie. Al abrir los ojos estamos bajo el Kayak, que continúa del revés y que ahora parece una cabaña flotante. Los rayos de sol provocan que la luz sea anaranjada debido al color del plástico que nos cubre. Ambos respiramos agitados y estamos riendo a boca llena.

—Acepta el trato, Chloe.

Extiende su mano y la estrecho.

—Acepto.

Me regala la sonrisa más plena y sincera que he visto jamás. Sin pensarlo, como si fuera algo habitual entre nosotros, tiro de su mano y la beso. Pasa sin más. Al principio es como una caricia, tímida, pero en cuanto me doy cuenta de que me corresponde, profundizo el beso arrasando sus gruesos labios. Se acerca a mí enredando sus piernas a mi cintura y pierdo el control. Con una mano agarro los amarres de la embarcación para mantenernos a ambos a flote, la otra va directa a su nuca, pegando su boca más a la mía, haciendo la intrusión con la lengua. Cuando siento la suave humedad, gruño, desesperado. Asaltando su boca como un loco. Muerdo con intensidad su grueso y esponjoso labio inferior, tirando de él y arrancando un jadeo de su garganta. Con la mano contraria a la que nos mantengo a flote busco el bajo de la camiseta que le he dejado y tiro fuerte de ella. No puedo evitar deleitarme con la imagen. Deja sus manos descansar en mis hombros y no creo que sea consciente que con el pulgar me está acariciando la piel. Su pelo está peinado hacia atrás dejando su increíble rostro despejado, pequeñas gotitas hacen equilibrio en la punta de sus largas pestañas. Los labios inflamados y más rosados de lo habitual por mi exigente saqueo se mantienen abiertos debido a la excitación. Es guapa a rabiar. El agua es tan cristalina que puedo ver perfectamente los descarados pezones apuntándome. Coronando unas tetas perfectas a las que hincarle el diente.

—Eres una Diosa —certifico.

Expande su sonrisa y llevando sus manos a mi nuca, es ella la que pega nuestros cuerpos y me besa con ansia.

Capítulo 17



Está tan pegada a mí que siento el calor de su centro sobre el mío. No sé cuánto rato hace que nos besamos sin parar cuando siento como sus piernas se aferran con más fuerza a mi cuerpo y eso provoca que se roce con mi entrepierna. Estoy convencido de que podría correrme ahora mismo solo con el roce. Mi polla asoma por el borde del bañador, uno que ahora parece tres tallas más pequeño. La excitación ha saqueado nuestra cordura y cuando muevo mi cadera para rozarme, ella jadea suave. Eso provoca que nuestros cuerpos comiencen un rítmico baile sensual para acariciar nuestros sexos, el uno contra el otro. Ido en esta vorágine de deseo desenfrenado, bajo una mano y la introduzco en el bañador.

—¡Joder! Aun estando en el agua siento el calor de tu excitación —jadea con fuerza cuando mis dedos se deslizan por su resbaladiza rajita.

Los dedos acarician de arriba abajo, entre sus pliegues resbaladizos, sin apartar los ojos del mayor espectáculo erótico que he presenciado. Está totalmente perdida en su gozo, ha cerrado los ojos y

su cabeza cae hacia atrás, algo inclinada a un lado. Ya no controla los gemidos que escapan de sus labios entreabiertos. Cuando introduzco el dedo corazón en su cavidad, esta lo absorbe ansiosa, reclamando fricción, y se la doy.

—Mírame, Chloe. Quiero que veas quien te está llevando al orgasmo.

Levanta la cabeza y cuando me mira, siento el terror en sus ojos. Acaba de despertar de su sueño húmedo y la realidad la penetra con fuerza ahora ya con dos dedos. Intenta separarse de mí, pero eso no lo voy a permitir.

—Quieta. Te falta muy poco, Diosa.

Sus ojos se abren como platos, la vergüenza en sus mejillas es de un rojo intenso, pero no dejo de pujar dentro de ella, con un ritmo frenético.

—El trato era dejarse llevar. No le des tantas vueltas. —Gime fuerte de nuevo cuando con el pulgar rozo su clítoris.

Vuelvo a besarla para distraerla y que deje de pensar. No se separa. Cuando siento sus piernas estrangular mi cintura, sé que va a estallar, así que incremento la fricción en su inflamado botón y curvo mis dedos para golpear esa rugosa zona de placer que la llevará al cielo. Justo en el momento que estalla su orgasmo, la espalda se le curva alzando sus pechos y no puedo evitar saborear uno de sus pezones chupándolo frenético.

—¡Ahhh! —Grita sin parar de restregarse contra mi mano.

—Perfecta —jadeo entre los dientes apretados.

Es una imagen devastadora y tan fascinante que me excita a niveles inexplicables. No puedo controlar lo que provoca en mí y me dejo ir. Sin poder contenerlo me corro. Como si fuera un adolescente, mi simiente sale a chorro por encima del borde del bañador.

Un puto quinceañero. En eso me convierte esta mujer.

—¿Qué me haces? —pregunto jadeante y asombrado por la intensidad del momento.

Se sumerge rápido en el agua y la veo alejarse mientras bucea por el cristalino mar dando largas brazadas. No la sigo porque creo que ambos necesitamos nuestro espacio en este momento. ¿Qué es lo que acaba de pasar? ¿Cómo me he dejado ir de esta manera? Es que ni me he planteado lo que hacía. Ella me conoce solo de unas horas y yo, a la primera de cambio, no solo la beso, sino que me la follo con los dedos como un desquiciado. ¿Cómo se puede meter tanto la pata? ¿Cómo tengo tan poco tacto?

Ha sido superior a mis fuerzas. Cuando ha empezado a restregarse, debería haberla detenido, pero no, he tenido que masturbarla.

Solo hace un par de meses que murieron mis padres, el mismo tiempo que hace que Xenia desapareció de mi vida. En todo este

tiempo no he sentido la necesidad de tener sexo, ni siquiera de tocarme. El apetito sexual se había esfumado por completo. No he tenido ni una mísera *trempera matinera*, y el muy cabrón de mi libido vuelve como si fuera un león enjaulado al que han tenido sin comer. A la que le plantan el primer conejo indefenso delante, se lanza a devorarlo.

A unos metros la veo emerger y deja su cuerpo flotar. Me maldigo una y mil veces. Giro el kayak, meto dentro los chalecos salvavidas y los remos, y nado hasta ella tirando de la embarcación. Cuando la tengo al lado me siento fatal, pero no puedo evitar empalmarme otra vez. Esta mujer va a ser mi perdición. Sus tetas salen del agua descaradas con sus pezones aún duros por la excitación. He de hacer varias respiraciones profundas para concentrarme e ignoro la cabrona que vuelve a pujar entre mis piernas.

Mantiene los ojos cerrados, pero sé que sabe que estoy a su lado.

—Lo siento, de veras que lo siento. Pero es imposible resistirse a una Diosa. —La veo arrugar el entrecejo, y continúo con mi disculpa —. Perdóname. Debería haber parado, soy un bruto. Pero, ¿tú te has visto? No digo que sea tu culpa ser tan jodidamente irresistible. Pero, lo eres. Y eso es lo mejor, que no eres ni consciente. Si hasta me he corrido como un niñato y ni me has tocado. Joder. Te miro y ya estoy empalmado otra vez. Te veo ahí flotando y solo puedo pensar en lamer ese vientre plano y devorar esas tetas perfectas hasta que vuelvas a correrte. ¡Mierda! Lo ves, no razono. Lo siento, por favor, no te enfad…

—Deja de disculparte, Quim —dice cambiando de posición para poder encararme.

Su mirada no tiene nada que ver con la vergüenza. Ahora mismo me observa mientras agita sus brazos para mantenerse a flote. No tengo claro qué va a hacer y estoy acojonado. Me da pánico pensar que su decisión sea la de marcharse. No se lo pienso permitir aunque me cueste mil perdones.

—Nunca en toda mi aburrida vida había sentido nada tan intenso —suspira sonriendo—. Deja de decir que lo sientes, porque yo no lo hago. Casi muero de vergüenza cuando me he dado cuenta de lo que estábamos haciendo. —Vuelve a reír—. Pero eso no cambia que haya sido increíble, abrumador, loco, divertido y brutalmente erótico.

La palabra sorpresa no abarca todo lo que sus palabras acaban de provocar en mí. La beso, pero lento y sin prisa. Al separarme, dejo descansar mi frente sobre la suya abrumado, por lo que esta sencilla chica acaba de decirme y todo lo que ahora mismo revolotea dentro de mí.

—Te va a encantar la sorpresa —certifico cambiando de tercio e intentando recomponerme.

Como si lo que acaba de pasar fuera algo natural entre nosotros, coge el chaleco y se lo pone de nuevo para reanudar el paseo en kayak.

Hemos remado durante un par de horas y la he llevado a visitar varias cuevas de la zona. Por suerte ambos teníamos las gafas y el tubo, y nos ha permitido no solo entrar en ellas con la barca, sino también bucear. Cuando le he pedido que saltara al agua en una cueva muy oscura, la he visto dudar. Sin embargo, no ha dicho nada y tras unos segundos, se ha lanzado al mar casi negro. La gruta tiene un codo y es casi impenetrable la luz a esa zona. Al sacar la linterna sumergible, la he encendido bajo el agua y he visto el brillo de la ilusión en sus ojos cuando el mar se ha iluminado. Estaba loca de contenta, riendo y señalando todos los peces y animales marinos que hemos visto. Al salir, un banco de peces enorme nos ha rodeado. Se ha sumergido para poder nadar entre ellos extendiendo su mano como si pudiera tocarlos. No podía apartar mis ojos de ella ni un instante. En todo momento mi rostro ha mantenido una sonrisa enorme. He reído a carcajadas como nunca con sus bromas. Estoy un poco preocupado, porque creo que la falta de costumbre y hacerlo tanto en tan poco tiempo me ha provocado un tirón en algún músculo facial, ya que la expresión no cambia y los labios siguen con la curvatura ascendente, vamos que la sonrisa de bobalicón no me la quitan ni a hostias mientras ella esté a mi lado.

Al volver a Cala Bona, le he propuesto tomar el sol para secarnos y descansar un rato. Pero algo ha cambiado en su rostro. Resplandecía de felicidad y de golpe estaba dudosa.

—¿Qué ocurre? —Me he preocupado de inmediato sin entender el cambio tan brusco.

—Ya te he dicho antes que no tengo aquí la parte de arriba del bañador.

—¿Cuál es el problema?

—Pues que ahora no voy a tomar el sol sola, estarás tú.

—Valeee… y eso es un problema. ¿Por qué? Te recuerdo que hace un rato uno de tus pechos estaba dentro de mi boca. —Mira hacia otro lado y entonces lo entiendo, veo lo insegura que se siente—. Espera, ¿crees que a mí me molesta que enseñes tus preciosas tetas? —Sonríe negando con la cabeza y ocultando su rostro con sus manos. Me sorprende con la facilidad que es capaz de quebrarse y sentirse infravalorada.

La obligo con delicadeza a levantar su mirada del suelo y le dejo bien claro lo que pienso:

—Eres absolutamente perfecta —vuelve a negar con la cabeza—, pero, aunque no fuera así, nunca debes de esconder tu cuerpo porque creas que a otros no les vaya a gustar. Todos tenemos que ser siempre

libres de enseñar o tapar lo que nos plazca sin ser juzgados. Déjate de prejuicios autoimpuestos y luce ese cuerpo de diosa que tienes, si es lo que quieres, claro.

Después de mis palabras y sin apartar la mirada de la mía se ha quitado la camiseta. Como si yo fuera su fuerza para ser valiente. Cuando se ha quedado en toples, la he visto mirar a su alrededor buscando las miradas inquisidoras. Unas que no ha encontrado. Aquí en Cataluña es normal hacer toples. No hay un rango de edad para ello. Las playas están llenas de tetas que se bambolean libres. Cada una de su padre y de su madre. Pero parece que Chloe aún no sepa eso, porque se ha tumbado y ha estado incómoda un buen rato. No le he dicho nada y la he dejado tranquila para que se fuera relajando. No mentiré, he disfrutado de su desnudez todo el tiempo, es imposible dejar de mirarla. Aunque ella no se ha dado cuenta porque sigue con los ojos cerrados. No sé quién ha podido ser el imbécil que le ha metido ese miedo en el cuerpo en lo que a exponer su desnudez se refiere, pero juro que le daré la hostia de su vida cuando lo pille.

—Sabes que, aunque tú no veas nada, el resto sí que te vemos, ¿verdad?

Abre los ojos de golpe y me mira con espanto. Para tranquilizarla le hago un gesto con la cabeza, quiero que vea la realidad que nos rodea. Somos pocos en la playa, pero todas las mujeres están desnudas de cintura para arriba. Una abuela juega con su nieto en la orilla, lo coge en brazos y lo lanza con cuidado al agua. A su lado, dos chicas jóvenes se divierten con las palas sin importarles que sus tetas den saltos con cada golpe a la pelota, y justo a nuestro lado hay un grupo de mujeres que deben de rondar los cincuenta parloteando sin parar. Todas hacen toples. Las mira mientras poco a poco se va incorporando y se sienta.

—No me siento muy cómoda. Esta mañana estaba muy decidida y no he cogido la parte de arriba. Pero es la primera vez que lo hago.

—Tienes las mejores tetas de toda la playa —tiro de ella y la pongo de pie—, deja de taparte y vamos a darnos un baño antes de ir a comer.

—¿Comer?

—Sí, bueno, yo suelo hacerlo a diario.

—Muy gracioso.

—Podemos comer aquí mismo, donde hemos desayunado. Puede que hasta nos hagan precio especial por buenos clientes. —Ríe divertida—. Anda, vamos al agua. —Le doy una cachetada suave a ese perfecto trasero y me adelanto.

Capítulo 18



Tercera vez que le llamo, como no me coja el teléfono se va a enterar. Vuelvo a mirar el reloj y pasan diez minutos de las cinco. Había quedado con él que le llamaría todos los días a esta hora para hacer la sesión de terapia. No trabajo en fin de semana, pero lo cierto es que no estoy tranquila y tampoco muy segura de lo que he hecho. Enviarlo a Tossa solo se puede catalogar de locura, pero si sale como yo espero puedo hacer que mejore mucho. Ningún psicólogo en su sano juicio aprobaría esto, pero me he dejado llevar por la intuición.

Estoy a punto de colgar y contesta. Lo noto raro y la conversación se parece a la que tengo con mi vecina cada mañana en el ascensor. Siento que quiere acabarla cuanto antes y da rodeos a las preguntas que le hago para que me explique qué ha hecho para pasar el día y cómo lleva la ansiedad.

—Deja de explicarme la previsión del tiempo de mañana y ¿dime que es lo que está pasando?

—Al final Alex va a tener razón y eres un poco bruja.

—Venga, Quim, al grano que no tengo todo el día. Deja a Alex

para otro momento y dime qué está pasando en Tossa para que estés tan raro. Llevas intentando acabar esta llamada desde el segundo minuto, y la sesión dura mínimo una hora.

—Bufff… Dra. Blázquez, se me ha ido de las manos. Casi me follo a la chica de mis sueños.

—¡¿Cómo?! —Alzo la voz.

Escucho el sonido de otra llamada entrante y cuando miro el teléfono para ver quien narices me llama en un momento como este, el corazón se salta un latido. Chloe está al otro lado de la línea esperando que le conteste. Quim continúa con su explicación mientras yo intento atar cabos y entender algo de lo que me está diciendo.

—Ahora mismo está sentada en el chiringuito en el que hemos comido, con un mojito y con su precioso ceño fruncido mirando el móvil.

Vuelve a sonar el tono de llamada en espera. Chloe otra vez. Un momento, ¿ha dicho que…? ¡Dios mío! No puede ser.

—Quim, cuando hablas de la chica de tus sueños, te refieres a…

—Sí. Es ella. La chica de la azotea. —Se queda callado esperando una respuesta, pero no puedo articular palabra—. Doctora, sé que es muy importante que haga todas las sesiones de terapia, pero ahora mismo no puedo. Le prometo que se lo explicaré todo.

—Ni se te ocurra colgar, Quim. Desembucha.

Tras un largo bufido empieza a hablar. En pocas frases me explica lo que ha sido su día de hoy y sonrío complacida. Al final va a ser que el gigoló tiene razón y algo de bruja sí que tengo, porque está claro que mi intuición no está tan loca como decía Alex.

—Ese es el acuerdo, pasaremos juntos la semana. Sé que todo suena a locura absoluta, que en realidad no la conozco y ella aún menos a mí. Pero no dejo de recordar la pregunta que me hizo. Y la respuesta es sí, un rotundo y enorme SÍ.

No necesito que se explique, sé a qué pregunta me está dando la respuesta. Le concedo no hacer la hora de terapia, pero acordamos que igualmente le llamaré cada día para asegurarme de que todo va bien. Cuando cuelgo tengo cinco llamadas perdidas de Chloe y varios mensajes.

Chloe:
Necesito hablar contigo, Neus.

Chloe:
Por favor, coge el teléfono.

Chloe:
No sé qué estás haciendo un sábado a las cinco de la tarde que sea tan importante como para que no puedas contestar a mis llamadas.

Chloe:

Perdona. Es tu vida, puedes hacer lo que quieras. Pero llámame cuando puedas. Estoy desesperada, creo que he perdido la cabeza por completo. Y lo peor de todo es que no me importa. Tengo miedo de mí misma.

Sonrío al leer lo desesperada que está. Pero es tan buena, que incluso en un momento como este pide perdón. No me puedo creer que mi Chloe se haya dejado llevar de esta manera. Cuando Quim me ha explicado que casi se la folla bajo el kayak y que al final solo le ha robado un orgasmo, pensaba que me explotaba la cabeza. Mi querida amiga ha vivido más en una mañana con este Mosso de Escuadra que en toda su vida.

Sé que necesita de mis consejos. Pero ha llegado el momento que se enfrente a sus miedos sola. No me gusta mentir, aunque creo que, si la mentira es para hacer el bien, no es tan mentira.

Neus:

Lo siento. No te puedo llamar. He tenido una urgencia con un paciente. Cuando tenga un rato hablamos.

Dejo el móvil en el dormitorio y vuelvo al baño para acabar de maquillarme, cuando vuelve a sonar la melodía que indica una llamada entrante. Gruño al ser consciente de que debe de ser Chloe otra vez. Pero miro la pantalla y me sorprendo al leer el nombre de Alex.

—Te recojo para cenar a las nueve y seguimos con lo que nos quedó pendiente el último día, pero esta vez en mi casa y sin pacientes a punto de llegar —dice decidido y muy seguro de sí mismo nada más descolgar.

—Hola a ti también. Hoy no puedo, ya he quedado. Tengo que dejarte, que pasan a buscarme en media hora y aún no estoy lista. Nos vemos.

Cuando despego el teléfono de la oreja para colgar lo escucho replicar.

—Vaya, veo que hay tipos con más suerte que yo y que gozan de muchas horas de tu compañía.

No me puedo creer que haya dicho eso. Me he quedado más tiesa que el palo de una escoba. Le dejé bien claro que no le daría ningún tipo de explicación sobre mi vida y mucho menos la íntima.

—Mira, será mejor que lo dejemos como está. Está claro que no has entendido nada de lo que hablamos.

Silencio. Y más silencio. Miro la pantalla y veo que sigue en línea. Solo se escucha su fuerte respiración, parecida a la de un toro enjaulado. Está furioso. No es tonto y no hace falta que le diga para qué he quedado y aunque no fuera así, no voy a ser yo la que le saque

de dudas. ¿Cómo pude por un momento pensar que esto funcionaría? «Porque el sexo con él es alucinante, y aún más alucinante es él», recuerdo, y eso que no hemos tenido más que encuentros exprés. Pero es que, quién en su sano juicio rechazaría a Alex. Pues yo. Es un gigoló empedernido, nunca, ninguna mujer se resiste a sus encantos —yo tampoco lo he hecho— y mucho menos por irse con otro hombre. Pero tengo que mantener mi agenda, no pienso dejar de quedar con el resto de mis *follamigos* por él. Alex desaparecerá de mi vida tan rápido como entró y no voy a dejar tirados a los fijos por cuatro polvos con el Adonis este. Porque soy consciente de eso, es el top de los top, es tan guapo que me enerva. Con esa preciosa sonrisa pilla y esos mechones rubios, los aires de galán, y para rematar la palabrería en italiano. Todo él es SEXO. Y yo necesito follar casi tanto como respirar.

Lo escucho gruñir y susurrar algo que no alcanzo a entender, pero me da igual. No tengo tiempo de seguir con esta tontería. Simplemente cuelgo el teléfono.

Capítulo 19



—La mujer a la que iba a pedir matrimonio mató a mis padres.

Cuando le he preguntado a Quim qué es lo que le había traído a Tossa de Mar, no esperaba que su respuesta fuera esa. Ni en un millón de años hubiera podido imaginarlo. Es tan fuerte el impacto que me he quedado muda. Nos mantenemos la mirada y veo como sus ojos enrojecen. Los frota con ambas manos para que no pueda ver que está a punto de llorar.

—No te escondas, conmigo no —le pido mientras con mi mano levanto su precioso rostro—. Cuéntamelo solo si te apetece, no te sientas obligado.

—Quiero que lo sepas.

Su respuesta es determinante. Me da un beso en la sien y tira de mí para acomodarme entre sus piernas, rodeando mi cuerpo con sus brazos, dejo descansar la espalda en su pecho y con la vista en el horizonte espero paciente. Estamos en la playa, hemos cogido unas pizzas y un lambrusco bien frío y sobre el pareo hemos montado un pícnic improvisado. La cena ha sido sencilla, pero perfecta. Charlando

de todo un poco y manteniendo algunos silencios agradables que solo han necesitado ser llenados con las miradas que nos regalábamos.

He vivido el mejor día de mi vida. Todo en él ha sido perfecto. Este guapísimo hombre ha conseguido hacer que viviera experiencias que jamás imaginé, y de las que nunca me olvidaré. Es tan arrollador e intenso que me asusta.

Me siento muy mal por estar engañando a Juan, nada, absolutamente nada justifica mi traición hacia él. Nunca se lo he dicho a nadie, es más, cuando Neus lo ha insinuado, siempre he defendido a Juan, pero lo cierto es que sé que me engaña hace tiempo. Me hago la tonta, tanto que hasta yo misma me he llegado a creer mis propias excusas para justificarlo. De todos modos, eso no quiere decir que yo también pueda hacerlo. Estoy segura de las infidelidades de mi novio, porque yo lavo la ropa y sus restos de esperma en los calzoncillos y el carmín en los cuellos de las camisetas lo delatan. Sin contar que siempre lleva condones en el bolsillo del pantalón y yo tomo anticonceptivos. Es bastante evidente que me es infiel con una o varias. Prefiero no pensar mucho en eso. Por si quedaba alguna duda, he perdido la cuenta de los chupetones y arañazos que suelen marcar su cuerpo.

¿Que por qué lo aguanto? ¿Cómo es que nunca he dicho nada? Es evidente, me aterroriza estar sola. Ya no tengo a las cuidadoras del centro de acogida cada día para darme un abrazo si lo necesito.

«Como si Juan te abrazara alguna vez», me recuerda mi cabeza.

Las mujeres que me criaron puedo visitarlas cuando quiera y lo hago con asiduidad, pero no forman parte de mí día a día. Juan es ese día a día. Jamás le he explicado lo que sé a Neus, si se enterara creo que le cortaría la picha en rodajas como si fuera una longaniza. Lo cierto es que me avergüenzo de mi apatía en lo que refiere a este tema.

El día de hoy ha cambiado algo dentro de mí.

Sé que no está bien lo que hago, pero me importa una mierda bien grande. Juan se ha convertido en el ser más egoísta que conozco, parece que la única función de mi existencia es complacerlo, pero esta semana no está aquí, así que solo necesito complacerme a mí misma.

Estoy relajada, siento como si mis pies no tocaran el suelo y caminaran por nubes de algodón. El paseo en kayak ha sido una pasada. Cuando me ha pedido que me tirara al mar en esa cueva en la que casi no podía ni verle la cara, pensaba que me meaba encima del miedo. Sujetaba la barca con una mano y tenía extendida la otra para que entendiera que él me cogería al lanzarme. Estaba tranquilo con el cuerpo sumergido en la oscuridad y su mirada me ha trasmitido tanta seguridad que podría haberme lanzado por un precipicio si él fuera el que me lo hubiera pedido. En cuanto he saltado, ha abrazado mi

cuerpo borrando todo rastro de miedo. Casi me explota la cabeza cuando he visto la linterna iluminar el mar. Me ha dado un ataque de risilla nerviosa y me faltaban ojos y manos para mirar y señalar todo lo que nos rodeaba.

Aunque sin duda lo más intenso del día ha sido el orgasmo que ha venido de otra dimensión, golpeando con fuerza mi mundo. ¿Eso existía? ¿La gente solía sentir eso? Por un momento casi muero de la vergüenza cuando lo he mirado. Su cincelado rostro contraído por la excitación y mordiendo su labio inferior para contener los gemidos me han calentado aún más. Me miraba como si fuera la tarta de chocolate y leche condensada más grande del mundo y su única función en la vida fuera hincarle el diente. Sus ojos verdes estaban prácticamente oscurecidos y chispeantes. Me podría haber quedado en ese momento media vida. Es cierto que durante un instante el arrepentimiento ha asomado, pero cuando lo he escuchado disculparse porque según él «es imposible resistirse a una Diosa», todo signo de remordimiento ha desaparecido por completo. Que me vea de esa manera me desarma, y más cuando él es mucho más Dios de lo que yo jamás podría llegar a ser.

No quiero despertar nunca, que el hombre de mis sueños se quede a mi lado para siempre.

¡Dios mío! ¿Pero qué me pasa? Todos estos pensamientos me asustan. Mucho. Por suerte su profunda voz los detiene.

—Nunca hemos vivido realmente juntos, pero nuestros pisos están uno delante del otro, así la conocí hace siete años, cuando se mudó a mi mismo bloque. —Pongo toda mi atención en su historia—. Siempre ha sido una relación, como decirlo… la base de lo que teníamos consistía en complacerla, su apetito sexual era insaciable.

Al escuchar eso, me tenso y algo horrible pellizca mi corazón. Lo ha notado y me abraza con más fuerza. No quiero mirarlo y que pueda ver mi desconcierto, pero él me obliga a girar el rostro y me da un beso corto, pero muy tierno que consigue que vuelva a relajar todo el cuerpo. Vuelve a posar su mirada en el infinito y continúa.

—Ya hacía mucho tiempo que sentía que estábamos abocados al fracaso, pero creí que, si le pedía matrimonio y al fin nos íbamos a vivir juntos, mejoraría. Habíamos quedado con mis padres para comer y decidí que era el día perfecto para hacer la pedida —suspira—. Todo se fue a la mierda cuando antes de irnos me dijo que se había dejado el móvil y subí a su piso a buscarlo. No entraba prácticamente nunca, era ella la que venía a mi casa. Para mí era lo normal, yo estoy fuera por trabajo a menudo, así que cuando llegaba ya me estaba bien estar en mi casa y que fuera ella la que se moviera. Encontré el móvil enseguida, estaba encima de la mesa del salón. Al salir llamó mi atención que una de las habitaciones que tenía, siempre cerrada con

llave, tuviera la puerta entreabierta. Es artista, o eso decía ella, y siempre creí que esa habitación era su estudio. Tonto de mí, me acerqué a cerrarla, y entonces lo vi. Sin pretenderlo, lo vi.

Siento su cuerpo temblar, puedo incluso sentir el fuerte golpeteo de su corazón acelerado. Cuando su respiración se ha vuelto entrecortada me doy cuenta de lo que eso acontece. Está a punto de sufrir un ataque de ansiedad. He tenido tantos que he perdido la cuenta. Tengo claro cuáles son los síntomas. Me giro rápido y sin pararme a pensar me siento a horcajadas sobre él. Al mirarlo, me destroza ver lo roto que está. Acuno su rostro entre mis manos y comienzo a besarlo. Sus labios, su nariz, incluso sus acuosos ojos. Siento mis labios húmedos y salados.

—No te vayas. Mírame, vuelve aquí conmigo —suplico.

Soy consciente de que, si no lo consigo controlar en el inicio del ataque, no podré detenerlo y ya hace tiempo que no llevo la medicación para la ansiedad. No dejo de pedirle que vuelva de sus recuerdos sin dejar de besarlo mientras acaricio su rostro con los pulgares. Ya es casi noche cerrada y no queda nadie en la playa, más que un par de grupos de pescadores a lo lejos. Beso de nuevo sus labios y él se aferra a ellos como si fuera la única tabla flotando en el mar después de un naufragio. Sus manos enredan los dedos en mis rizos en un acto de desesperación. Mientras que su lengua saquea mi boca. Es tan intenso que me hormiguean los labios. Cuando muerde mi labio inferior, un pequeño calambre de dolor lo recorre. Continúo su beso casi sin poder respirar. Pero lo dejo, porque ahora mismo necesito que libere esa rabia para que después llegue la calma. Todo es tan brutalmente intenso que no podemos controlarnos. Las manos recorren nuestros cuerpos con avaricia y deseo. Su respiración sigue errática, pero ahora es por la excitación. Una enorme que siento presionar mi centro. Al final, acabamos estirados en el pareo, restregando nuestros cuerpos con lascivia. En un acto frenético y sin dejar de besarnos ni un instante.

—Ven a mi apartamento. —Lamo su cuello hasta el lóbulo de su oreja y lo muerdo fuerte, disfrutando del jadeo que se desliza entre sus dientes—. No vuelvas a hacer eso o no respondo y no quiero hacerlo aquí. Te deseo, Chloe. Te deseo tanto que me ahoga la desesperación. Pero quiero hacerlo bien, desnudarte y poseerte hasta desfallecer sin que nadie nos interrumpa.

¿Puede alguien resistirse a eso? Yo te aseguro que no. Como una autómata, asiento varias veces rápido con la cabeza sin despegar mis labios de su cálida piel. Se levanta del suelo conmigo en brazos e intento bajar para recoger todas nuestras cosas y los restos de la cena.

—Ni se te pase por la cabeza, separarte de mí. —Río como una tonta enamo…

«Pero a ti, qué narices te está pasando, frena el carro que lo acabas de conocer», me reprocha mi cabeza, la locura que me ha pasado un segundo por la mente.

Sin despegar una mano de mi trasero, carga todo mi peso en ella y recoge todo con la otra. Mete el pareo a porrazos en la mochila que yo le aguanto abierta y sale de la playa a largas y apresuradas zancadas. Parezco una niña pequeña con las piernas enroscadas en su cintura y los brazos alrededor del cuello. La gente se gira a mirarnos, pero me importa bien poco. Estoy entretenida con su cuello, lamiéndolo, besándolo y mordisqueándolo, sin dejar un rincón por recorrer. Cuando me doy cuenta ya estamos dentro de un ascensor.

—Casi muero en el camino. —Agarra mi melena y con delicadeza tira un poco para que lo mire—. Presta mucha atención. Voy a lamerte y follarte toda la noche sin parar hasta que grites mi nombre desquiciada y supliques que pare porque ya no puedes ni tenerte en pie.

Sus sucias palabras solo consiguen que me excite aún más y siento como el bañador ya empapado de hace rato, ahora chorrea, humedeciendo mis muslos y el pantalón de Quim. Mi centro palpita suplicante y solo puedo rendirme a este hombre que ha generado un *Big Bang* en mi mundo. Entrando en él como una explosión llena de luz y color imposible de contener.

Capítulo 20



Un alarido estrangulado sale de lo más íntimo y profundo de mi cuerpo, entre mis labios, ahora secos por la abrumadora excitación. Estoy en un éxtasis absoluto, pero, aun así, lo siento, a Él, detrás de mí, asaltando mi interior. En mitad del orgasmo más arrollador de mi vida.

Estoy de pie, contra la pared y clavo mis dedos en el embaldosado. Quim sostiene por detrás una de mis piernas en alto, con su mano bajo mi rodilla, y con la otra acaricia mi nudo de nervios, ungiendo mi humedad. Sus arremetidas son incesantes, con un ritmo constante.

Todo su cuerpo de Adonis está pegado a mi espalda, resbalando con cada embestida debido al sudor de ambos. Está caliente, y puedo sentir su fuerte musculatura rozar mi cuerpo. Llega a mí su aroma varonil, es un perfume sexy que me estremece, y hasta eso hace que me excite.

—Eres una Diosa, joder —dice en mi oído con voz ronca y sensual.

Tiene la barbilla apoyada en el arco de mi cuello, y su respiración agitada hace vibrar los bucles de mi cabello dorado. Todo el cuerpo

tiembla debido al orgasmo arrollador que acabo de sufrir, pero él no se detiene.
En el momento que mi cabeza cae hacia delante y empiezo a recobrar un poco la conciencia, él enreda su mano en mi larga melena y hace que todo mi cuerpo se arquee.

—De eso nada, esto solo es el principio.

Mientras me habla, siento sus labios sonreír en mi nuca. Se me forma una pequeña sonrisa y, sin poder evitarlo, un dulce gemido brota de mis labios. Mis caderas trazan un perfecto círculo para poder sentirlo aún más dentro de mí.

—No voy a parar hasta que no puedas borrar la sensación de mis manos por todo tu cuerpo. No pienso detenerme hasta que esté seguro de que sentirás que estoy dentro de ti hasta mañana, y entonces volveré a recordártelo —susurra.

La respiración de los dos es entrecortada, y crea una melodía excitante. Sé que no soy la única abrumada por el momento, él también está desbordado. Y me gusta pensar que es por mí, me gusta saber que provoco eso en él.

Su lengua caliente lame toda mi columna hasta mi nuca y justo ahí sopla con suavidad. Otro gemido. Pero qué me está pasando, estoy descontrolada, mi cuerpo responde a él de una manera desconocida para mí. ¿Cuándo he sido yo tan desinhibida? Nunca, jamás. La vergüenza y el pudor no me lo han permitido. Pero con él todo es diferente. Me mira y me toca con una devoción que me desarma. Sentirme tan deseada es una sensación indescriptible.

Vuelve a lamerme, esta vez desde mi hombro hasta el lóbulo de mi oreja y siento el frescor en la piel del rastro que deja su humedad.

Otro gemido.

Tira un poco más de mi cabello para poder besar mejor justo ahí, detrás de la oreja. Y un alarido, un grito, un sonido que supera a lo que es un gemido, brota de lo más profundo de mi ser, y no cesa hasta que ya no tengo aire. Se detiene y siento como de nuevo sonríe. Creo que podría tener un orgasmo ahora mismo.

—Cógete fuerte, Diosa. Ahora voy a follarte. Duro.

Grito con la primera arremetida. Mis caderas ya son independientes, no las puedo controlar, y no dejan de moverse buscando que él vuelva a penetrarme con fuerza y continúe con sus arremetidas. Estoy descontrolada... muy descontrolada.

Escucho como se le escapa una pequeña risita.

—No se te ocurra correrte hasta que yo te diga. ¿Me has oído, Chloe? —Otro gemido—. Me encantan esos soniditos, pero quiero oírte decir que lo has entendido, que estás preparada. Contesta. —Su rudeza solo consigue que me ponga más cachonda y me pregunto cuándo ha empezado a gustarme que me sometan. «Pues hoy».

—S,… sí,... Sííííí —respondo con un alarido.

Suelta una carcajada y la acompaña de tres embestidas muy fuertes.

La cabeza me da vueltas. Mi cuello y mi espalda siguen en un arco perfecto porque él sigue aferrado a mi cabello.

—Diosa, pienso torturarte hasta que contestes.

Cada vez que utiliza ese cursi apelativo, mi centro se contrae y lo envuelve con más fuerza, oprimiéndolo y succionando para que penetre más profundo. Él lo siente. Por eso no deja de repetirlo.

Arremete con tres embestidas más. Un fuerte grito se me escapa. Necesito correrme. No sé cómo lo consigue, pero hace nada he tenido el orgasmo más increíble de mi vida y mi cuerpo ahora mismo solo quiere liberarse otra vez.

Acaricia toda la espalda con su gran y fuerte mano, acariciando mi piel hasta rodear mi cuerpo y dejarla sobre mi vientre.

Otro gemido.

Sigue acariciándome y sube hasta llegar al pecho y pellizca el pezón, un calambre me atraviesa desde el pecho hasta mi centro.

—Ahhhhh...

—Vamos, Diosa, dame lo que quiero y te daré lo que nunca imaginaste que deseabas.

—Bufff… —resoplo, totalmente descontrolada—. ¡Vale! Joder. Pero hazlo de una puñetera vez. ¡Dios! Ahhhh… —Vuelve a pellizcar el pezón acompañado de otras tres arremetidas. Lo siento crecer dentro de mí, como mi centro lo aprieta varias veces debido a la excitación.

—Esto es como estar en un sueño. Dentro de ti. Estás tan apretada, siento como tu coño me reclama. Estaría así toda la noche.

—¡No!

—¿No? —Se queda bloqueado y suelta mi pezón.

—Nooo... —Suena lastimero, suplicante. Y su agarre al cabello se afloja.

—¿No? ¿No qué? ¿Joder te he hecho daño, o esto es demasiado intenso para ti?

Antes de que me suelte del todo, me libero de mis pensamientos, ya no aguanto más.

—¡Fóllame! —suplico casi gritando—. Por favor, fóllame duro y hasta que ya no me aguante de pie, lléname, márcame, haz lo que desees, pero por favor, hazlo ya.

Madre mía, le estoy suplicando. Estoy desatada. No era consciente de que esas palabras las tuviera integradas en mi vocabulario. Lo cierto es que tampoco era consciente de que el sexo pudiera ser así. Yo creía que era una frígida y una sosa en la cama. Ahora resulta que puedo ser excitante y desinhibida. Me encanta esta nueva yo, más

sexual y fogosa. Quiero mucho más de esta chica que estoy descubriendo. Y quiero que él me ayude a sacarla a flote.

«Pues me parece que esa chica se va a dar un buen morrazo», me dice mi cabeza y consigue que me centre en lo que está pasando. Quim no se mueve, está callado, y en este momento creo que voy a morir, pero no del gusto como pensaba hace un instante, sino debido al bochorno que estoy pasando. Ya está, mi bocaza una vez más la ha liado. Maltita sea. Ya lo dice siempre Neus, estoy más mona calladita.

«Haz algo, Chloe, ¡ehhh! ¡Ohhh! Por lo que más quieras, muévete y sal corriendo».

Me tiene sujeta igual, con mi larga melena enredada en su fuerte mano, pero ahora el agarre es más sutil. Mis pies se sostienen en las puntas de los dedos, ya que él es mucho más alto que yo. No sé por qué no sale de mí, pero eso no importa ahora, está claro que debo largarme y si es corriendo mejor. Por fin mi cabeza hueca reacciona y bajo mis talones para apoyarme bien en los pies. Entonces, sin previo aviso, como si algo volviera a conectarse en su cabeza, con su brazo libre, envuelve mi cintura, muy fuerte, en un abrazo que hace que los pies casi ni toquen el suelo y todo su cuerpo se pega a mi espalda. Tengo una cintura estrecha, así que su brazo la rodea por completo. Un sonido parecido a un rugido sale de él a la vez que de una fuerte embestida vuelve a llenarme por completo. ¿Qué ha sido eso? ¿Quiere o no quiere que me vaya? Como si él también fuera capaz de escuchar mis pensamientos, me susurra en el oído:

—Pensaba que nunca te encontraría, llevo toda mi vida esperándote. Siempre has sido la chica de mis sueños.

Sus palabras suenan a confesión, pero no sé si quiero saber qué hay tras ellas. Ha sonado tan profundo e intenso. Ahora mismo no tengo muy claro cómo reaccionar. Tampoco me da mucho tiempo a pensar. Sin previo aviso sale de mí, me da la vuelta entre sus brazos y en dos zancadas me sienta frente a él en la helada encimera de mármol que hay en su cocina.

—¡La leche, está helada! —La carcajada que se le escapa, nubla mi conciencia y me atrae como la miel al oso. Lo he visto reír así durante todo el día y confieso que ya soy adicta al sonido que emite y a sus alucinantes ojos llenos de arruguitas que se forman cuando su sonrisa se extiende por todo su rostro. Ahora mismo puedo asegurar que es el hombre más sexy que he visto en toda mi vida. Su pelo castaño y despeinado cae por su frente, al reír se le forman unos hoyuelos que hacen que su rostro varonil se aniñe y que parezca más joven, más relajado. Creo que podría pasar toda la vida viéndole así. Excitado y feliz.

Un destello llama mi atención, sus aritos del pecho brillan con la tenue luz. Ya no los recordaba. Sin poder resistir la tentación, saco la

lengua y doy un largo y húmedo lametazo en uno de ellos. Sin pensarlo meto el pezón en mi boca y succiono. Poco a poco, me retiro con el pendiente entre mis dientes tirando de él.

—¡¡Grrr!! —jadea.

Ver lo que provoco en él me anima a continuar. Acaricio todo su pecho, mis dedos recorren su abdomen y de tanto en tanto pellizco y tiro del aro de uno de los pezones mientras devoro el otro sin parar. Saco la punta de la lengua y busco su mirada que está muy pendiente de mis movimientos. Me acerco a su pecho y agito rápido mi lengua sobre el piercing, dando suaves tirones en el otro. Aunque intenta no gritar mordiendo su labio inferior, sus jadeos son fuertes y solo deseo hacerlo disfrutar tanto como él lo ha hecho conmigo. Sin detenerme y manteniendo la mirada en sus esferas verdes, acerco mi mano a su grueso falo envolviéndolo. El preservativo y mi humedad impregnada en él ayudan a mis movimientos. Subo y bajo despacio sintiendo su cuerpo temblar.

—Si no paras me correré. ¡Ahhh! —grita cuando muerdo fuerte su pezón y tiro enloquecida del aro de plata antes de detener mi saqueo.

Se hace de nuevo el silencio y me mira, me estudia, con sus ojos oscurecidos por la pasión y siento que me derrito. Retira un mechón de mi rostro y acaricia mi perfil, arrastrando la punta de sus dedos por la mandíbula hasta llegar a los labios y me besa, no, me devora. Es algo primitivo, algo que parece hasta necesario, como si en este instante besarme fuera lo único que le da la vida. La cabeza me da vueltas. Un gemido queda atrapado entre nuestros labios, y eso hace que todo explote, como si los sonidos de mi lujuria detonaran algo dentro de él.

Sus fuertes brazos me rodean levantándome de la encimera y me deja caer lentamente sobre él. Siento como me penetra con su grueso y largo pene, muy despacio, sin dejar de besarme con pasión. Cuando está dentro por completo, termina su beso mordiendo el labio inferior. La verdad me atraviesa como un rayo y en este mismo instante soy plenamente consciente de que estoy perdida. Haría cualquier cosa por este hombre, lo que fuera.

—Allá voy, nena —dice mientras me vuelve a sentar en el frío mármol, aunque ahora ya nada se siente, el frío ahora no me molesta, solo estamos él, yo y su mirada verde kryptonita clavada en la mía.

Las arremetidas empiezan suaves, como si me probara, pero yo necesito más. Así que flexiono mis rodillas apoyando los pies a los lados de mi cuerpo, para sentirlo más dentro. Un amago de sonrisa se dibuja en su perfecto rostro, una de medio lado, que lo hace parecer divertido y exageradamente sexy. Yo también le sonrío y su ritmo incrementa. Dejo caer mi cuerpo en el frío mármol, estirando los brazos por encima de mi cabeza para poder agarrarme al borde del

otro lado, y él sujeta muy fuerte mis caderas, para que mi cuerpo se mantenga ahí, recibiéndole.

El sonido del buen sexo es lo único que nos envuelve, los gemidos, la respiración agitada y el chocar de nuestros cuerpos.

—No puedo más —aviso entre gritos.

—Aguanta un poco más, mi Diosa, no te corras aún.

Las palabras salen siseadas entre sus dientes apretados.

—Si vuelves a llamarme así no aguantaré. Por favorrr… —ruego en medio de un alarido de placer.

—Aún no, solo cuando yo te diga.

Ya no puedo más, estoy sobrepasada y es tanta la excitación que no consigo contener una lágrima que resbala por mi rostro.

—Eres lo más erótico y perfecto que he visto nunca. Un poco más, nena, te prometo que valdrá la pena —dice mientras junta mis dos piernas en alto y las apoya en su pecho.

—Ahhh... Joder, joderrrr... te siento tan dentro de mí. —Un sollozo escapa entre mis labios.

—Lo sé, nena, lo siento, y es jodidamente perfecto.

Después de eso todo se convierte en un tsunami de sensaciones. Ahora literalmente estoy llorando debido al placer tan absoluto que estoy sintiendo. Una especie de sollozos y gemidos escapan de mí, creando una melodía que se mezcla con sus sonidos roncos y varoniles. Como una canción, mi canción preferida. Mi mirada está turbia por las lágrimas que van resbalando por las sienes, y aun así no puedo dejar de mirar sus ojos, y siento como algo nos une en este momento, algo hace que me dé cuenta de que después de esta noche, nada volverá a ser lo mismo. Mi vida nunca más será la misma.

Sigue abrazado a mis dos piernas en alto.

—¿Estás lista, Chloe?

—Sí, sí, sííí.

—Envuelve tus piernas en mi cintura, junta los pies detrás y no te sueltes —acato su orden. Me encanta lo autoritario que es en la cama y lo dulce que puede serlo fuera—. Solo cuando yo te lo diga. Lo haremos juntos —dice con la voz entrecortada.

Su respiración ahora, son gruñidos de placer.

Con una de sus manos empieza a frotar mi pequeño nudo de nervio que está inflamado e hipersensible. La cabeza me da vueltas. Un grito estrangulado de placer o de frustración, ya no lo sé, se me escapa. Las embestidas son brutales. Creo que me va a partir en dos. Sus dedos agitan mi centro rápido y en medio de esta bruma de placer desmedido, lo escucho.

—¡Ahora, mi Diosa! —El apelativo contrae de nuevo las paredes de mi vagina y lo estrangulo con una fuerza desmedida, mientras él con su mano libre retuerce uno de mis pezones.

Estallo. Mi cuerpo se arquea en la encimera en una postura casi antinatural y grito, grito tan fuerte que mi voz se rompe y el sonido queda estrangulado en mi garganta. Él no cesa, sigue estimulando todo mi cuerpo y yo creo que voy a desmayarme. Siento un fuerte gruñido salir de su pecho y cómo se derrama dentro de mí. Lleva preservativo, pero, aun así, siento el calor de su esencia.

Sigo convulsionando, las réplicas del orgasmo no paran y él sigue entrando y saliendo ahora abrazado a mí. Me ha levantado y nos está dejando caer al suelo, hasta que queda tumbado conmigo encima en mitad de la cocina.

La cocina, sí, aquí seguimos. Es lo único que he visto del piso. Al llegar, estábamos tan desesperados, que nos hemos quedado en la primera pared que había.

Pasado un rato, no sé cuánto, nuestras respiraciones empiezan a ser más relajadas y el corazón quiere volver a su ritmo habitual. Mi cabeza descansa en su pecho y él me acaricia todo el cuerpo. Como si leyera braille, recorre cada centímetro, buscando en esa lectura la resolución para el mapa de un tesoro.

—Jamás había vivido algo como lo de hoy —susurra.

No tengo claro si es a mí a quien habla o es consigo mismo.

—Ha sido, ha sido… no sé ni como describirlo. Después del primer orgasmo no creí posible lo que he sentido en el segundo. Y lo peor de todo es que si me pidieras más, me apuntaría a la fiesta sin dudarlo.

«Toma que toma, ole tú. Di que sí, Chloe. Tú y tu sinceridad. Déjale bien clarito que te pone más cachonda que una gata en celo», me grita mi cabeza.

Él empieza a reír, y todo su cuerpo se agita bajo el mío. Me arrebujo encima de él porque ahora me muero de la vergüenza.

—Shhh… De eso nada, conmigo, ni se te ocurra sentirte avergonzada por ser tú misma. Me encanta como eres. —Me besa con ternura, uno de esos besos que podrían hacer que me enamorara de él.

«Pero ¿qué dices, zumbada?». Intento borrar ese pensamiento, porque es cierto, no es ni medio normal que piense eso de un hombre que he conocido hace solo unas horas. Lo peor de todo es que durante el día de hoy ha pasado por mi cabeza en más de una ocasión. Algo me da un tirón desagradable en el pecho al ser consciente de la realidad, sin duda podría enamorarme de Quim. Nunca me había planteado si eso que llaman flechazo existía. Tampoco sé si se podría catalogar así. Todo es sumamente extraño. También inquietantemente natural. A su lado siento que estoy en el lugar, donde hace tiempo que debía estar. Desde el primer momento que le he mirado a los ojos no he podido dejar de sentir que estos ya me habían mirado. Como si ya fueran conocidos para mí.

Capítulo 21



Cuando vuelvo al aquí y ahora, dejo a un lado mis absurdos pensamientos. Quim carga conmigo en brazos por un estrecho pasillo. Estaba tan inmersa en mis tonterías que no me he dado cuenta de cómo o en qué momento nos ha levantado del suelo. Rodeo su cuello con mis brazos, pero los siento lánguidos, estoy agotada.

—¿Qué haces? —susurro con mi cabeza apoyada en el hueco de su hombro.

—Llevarte a dormir —explica tan tranquilo, y toda yo me tenso.

—¿Cómo? —Mi tono de voz ahora es más alto.

—Pues en brazos.

—Ya, muy gracioso. Venga, déjame bajar, me visto y me voy.

Para en seco. No estoy segura, pero juraría que lo he oído gruñir.

—¿A dónde quieres ir?

Ha sonado a... ¿enfado?

El pasillo está iluminado debido a la tenue claridad que entra por un gran ventanal, provocado por la luz de la luna llena, es la ventana de la habitación que ahora tenemos delante. Me mira. Nos quedamos

unos segundos así, anclados en los ojos del otro y plantados en el pasillo. Está sopesando la situación.

«Venga, Chloe, déjate de tonterías. Vístete y vete, antes de que te invite él a hacerlo».

Veo la duda en su rostro, y antes de que pueda herirme invitándome a que me vaya, intento zafarme de sus brazos. Pero él aprieta más mi cuerpo contra el suyo y ahora lo escucho gruñir con claridad.

—No.

El abrazo se ajusta más, como si para él fuera demasiada distancia la que hay entre nosotros. Estoy desconcertada, y como veo que no dice nada más, me envalentono, o como diría mi amiga Neus, me vengo arriba y lo suelto todo, así, con mi peculiar estilazo.

—Quim, creo que lo mejor será que me vaya a mi apartamento. Yo nunca he tenido esto, ya sabes… sexo loco de una noche, y qué sexo. —Sonrío evitando su mirada—. Han sido sin duda los mejores orgasmos de mi vida. Era como si tus manos estuvieran por todas las partes de mi cuerpo a la vez. Tan caliente, tan salvaje y tan sucio. Mucho mejor que ir a ningún gimnasio o salir a correr —río—, correr, eso sí que lo he hecho y mucho. —Vuelvo a reír—. Como no hacerlo sintiéndote dentro, grueso y duro —suspiro—. Te aseguro que no voy a poder borrar tu rastro en días, puedes estar tranquilo. Creo que cuando llegue a mi apartamento no me ducharé. Pensarás, que *marranota* —sigo con mi verborrea y riendo—, pero es que no quiero que se borre tu olor de mi cuerpo. Si haré eso, así las sábanas se quedarán marcadas con el olor del mejor sexo. Bueno, me voy a vestir. No te preocupes, sé cómo funcionan las cosas. Al acabar cada uno vuelve a su casa. No pasa nada, lo entiendo. No me hace falta ninguna excusa barata de esas que siempre se utilizan. Mañana podemos…

—Chloe —interrumpe en tono seco.

Pero yo ya estoy totalmente perdida en mi enajenación mental.

—No necesito disculpas, somos adultos. Es más, yo tampoco quiero...

—¡Basta, Chloe! Por el amor de Dios, ¡¡basta!! —Alza la voz.

Enmudezco de golpe.

—Pero a ti qué narices te pasa. Como puedes tener toda esa energía después del maratón de sexo que hemos tenido. —Abro la boca para interrumpirle, pero me corta—. Silencio, Chloe. Ahora me vas a escuchar tú a mí y ni se te ocurra interrumpirme.

Me he quedado noqueada. No pensaba que tuviera tanto carácter, se suponía que es dulce y risueño. Un poco melancólico, quizá, pero no imaginé que fuera tan autoritario fuera de la cama. Cada vez me sorprende más, y no tengo claro que esta faceta me guste. En el sexo me ha parecido excitante, pero fuera de la cama no me gusta que me

hable de este modo. Ya tengo en casa uno que me dice cuando puedo o no hablar, no pienso permitir que nadie más me trate así, y es algo que hay que zanjar desde el primer momento. Pero antes de que pueda replicar continúa hablando:

—Eres la mujer con más energía que conozco. Eso me encanta, pero hoy tu energía te ha sobrepasado. Te lo voy a explicar lo más sencillo que pueda, para que se te meta en esa cabeza loca que tienes. No vas a ir a ningún puto lugar del mundo. No vas a dormir en ningún puto lugar en el que yo no esté a tu lado, qué digo a tu lado, en el que no esté completamente pegado a ese cuerpo de Diosa que tienes. Chloe, no dudo de lo empoderada que te sientes después de tu discurso, pero no creo que realmente tengas ganas de irte. Hoy solo vamos a hacer lo que deseemos, y yo deseo dormir pegadito a este cuerpecito. Sentir tu calor toda la noche y desayunar entre tus piernas mañana por la mañana.

Y así, sin más, reanuda sus pasos firmes hasta la cama que tenemos en frente. No replico, como hacerlo tras esta declaración de intenciones, unas que, para ser sincera, me parecen perfectas. Con mucha ternura me estira y recorre todo el cuerpo con una mirada cargada de deseo. Repasando mi silueta desnuda como si de una escultura se tratara. Su grueso pene da un salto cuando llega a mi vientre y pasa por mis pechos. Vuelve a estar duro, no me lo puedo creer. La verdad, no me explico cómo. Aguanto estoica su mirada. Supongo que estar totalmente absorta en su torso musculado y en cómo sus abdominales acaban formando una perfecta «V» ayuda a mi traicionero celebro a apagarse y dejar de enviar señales a mi cuerpo. El cual se queda ahí quieto, mientras es estudiado a conciencia por este Adonis.

Sin decir nada más, rodea la cama, mientras lo observo fascinada. Parece un tigre con pasos ligeros y cuerpo fuerte. Su perfil perfecto de culo respingón, brazos musculados y hombros anchos hace que mis neuronas golpeen unas contra otras atontadas. Solo puedo pensar en lo increíble que se le ve.

Al estirarse en la cama de lado, acercando su cuerpo al mío y en su tono dulce habitual, me dice:

—Ponte de lado y levanta la cabeza un poco.

No me atrevo a preguntar, solo hago lo que me pide. Ya he hecho suficiente el ridículo con mi monólogo. Prefiero no repasar mentalmente la cantidad de cosas que he podido soltar por la boca casi sin respirar. Por si le había quedado alguna duda, ya me he encargado de verbalizar toda y cada una de las cosas que he disfrutado y lo mucho que me gusta su olor. ¿En qué estaba pensando cuando le he dicho que no me quería duchar? Siento la vergüenza encender mis mejillas y doy gracias a que está oscuro. Sin duda su

enfado me ha dejado sin palabras para varios días. «Ojalá eso fuera verdad, pero no existe persona o ser que te calle esa bocaza», pienso.

Pasa uno de sus brazos por debajo de mi cabeza y me abraza por detrás, envolviendo todo mi cuerpo y acoplando el suyo a mi espalda. Una de sus manos descansa encima de uno de los pechos, lo envuelve, y la otra en el vientre. Puedo sentir el frío del metal de los aros que decoran sus pezones en la espalda y la enorme dureza en mi trasero. Su cuerpo se siente cálido. Un suspiro susurrado escapa de mis labios, por la agradable sensación que me provoca este momento. Este simple sonido hace que sienta como se pone un poco más duro. La conexión sexual que hay entre nuestros cuerpos es algo con lo que no creo que pueda aprender a lidiar.

Con delicadeza, su mano tira de la barbilla para acercarme y me besa. Un beso tierno, lento, húmedo, que termina con un pequeño pico para sellarlo.

—Descansa, chica de mis sueños —susurra pegado a mis labios y me regala un último beso en la punta de mi pequeña nariz antes de volver a tumbarse y cerrar los ojos.

No hace falta cubrirse con las sábanas, la temperatura es agradable y el calor que desprende su cuerpo es más que suficiente para no sentir frío. La suave brisa de principios de verano entra por la ventana. Por un momento pienso en lo último que me ha dicho, pero estoy tan, pero tan cansada. Los músculos empiezan a destensarse y el cuerpo cada vez pesa más. Cierro los ojos sintiendo la respiración acompasada que tengo tras de mí. Me siento bien, extrañamente relajada. Contando que estoy en una cama ajena y con un hombre que prácticamente no conozco, todo se siente peculiarmente natural. Hacía mucho tiempo que Morfeo no venía a buscarme tan dulcemente.

Capítulo 22



No recuerdo la última vez que dormí así de bien. Estiro las piernas y los brazos haciendo que todo el cuerpo disfrute de este gesto, y de repente escucho un gruñido. Me quedo paralizada. Unos fuertes brazos me envuelven y aprisionan. Como una avalancha de recuerdos, él viene a mi mente de nuevo, la cueva, el kayak, la cena en la playa, sus lágrimas, la encimera, los jadeos, los orgasmos desmedidos… Recuerdo cómo cargó conmigo hasta la cama y me obligó a dormir con él. Aunque es cierto, he de decir que me obligó, suena rozando lo ridículo, ya que lo estaba deseando. Lo recuerdo todo y suspiro con una sonrisa en mi rostro. Sin duda anoche fue la mejor noche de mi vida junto a un hombre. Sus piernas están enredadas con las mías y sus brazos parece que dan dos vueltas a mi cuerpo. Debo haber dormido toda la noche en la misma posición porque tengo el brazo que toca el colchón algo entumecido y necesito cambiar la postura. Como puedo giro el cuerpo para tenerlo de frente. Debe de ser pronto porque entre las cortinas veo que el cielo empieza a aclararse. Lo miro embobada, es tan guapo. Sin poder evitarlo, estiro mi mano hasta su

rostro y acaricio con las yemas, sintiendo la ligera aspereza de la barba que empieza a asomar. Duerme plácidamente y no quiero despertarlo. Dejando mi mano descansar en su mejilla, hago un gran esfuerzo y cierro yo también los ojos justo después de darle un casto beso. No tardo mucho en quedarme dormida de nuevo.

El calor que calienta mi cuerpo nada tiene que ver con el que lo ha hecho toda la noche. Es el calor del astro sol la que baña todo el dormitorio. Puedo sentir la luz, rebasar la barrera de los párpados. Es de día y parece que bien entrada la mañana. Me pregunto cuanto rato más habré dormido. Usando una mano de visera intento enfocar y descubrir el lugar en el que me encuentro. Es una habitación bastante grande y al lado hay otra cama de matrimonio. Cosa curiosa y que me sorprende. Un armario de cuatro puertas abarca la pared del fondo. Todo el dormitorio está decorado con motivos marineros con tonos blancos y azules. Es muy masculino, pero estoy segura de que es el gusto de una mujer quién ha decidido cada detalle. Me siento en la cama y disfruto del sol que entra a raudales a través de la gran cristalera. Las cortinas blancas están retiradas por completo en un lateral, permitiendo ver las preciosas vistas de un mar ondulado y sereno. Atraída por la belleza camino hasta el filo de la ventana, sin salir, porque estoy desnuda y desde aquí veo que hay más balcones a los lados. Cierro los ojos.

—Maresía —digo inspirando profundo la suave brisa que se cuela en el dormitorio.

—¿También hablas sola?

Al girarme, Quim está de pie en medio de la habitación con el móvil en alto sonriendo divertido.

—¿Qué haces?

—Capturar esta imagen.

—Borra esa foto, por favor —ruego avergonzada.

—Ni loco. Después te enseñaré lo absolutamente abrumadora que se te ve ahí de pie, desnuda con esa luz y los rizos despeinados rozando tus pechos.

Mientras habla, escucho el clic del móvil cuando usas la cámara de fotos, hace varias a la vez que se acerca. No puedo evitar vibrar con cada una de sus palabras. Solo lleva puesta la ropa interior, es blanca lisa y se ciñe por completo a su cuerpo. Recibo un flash de anuncio de perfume y sonrío por el recuerdo. Me corresponde luciendo sus bonitos y perlados dientes. Lanza despreocupado y sin mirar donde cae, el móvil sobre la cama. A tan solo un par de palmos de mí, extiende sus manos y acarician mis pechos apartando los rizos. Sin previo aviso captura los pezones y los pellizca a la vez provocando que gima. Mi espalda se arquea. El delicado dolor envía un calambre hasta mi centro. Cuando repite, la cabeza cae hacia atrás ligeramente

a un lado y no puedo evitar cerrar los ojos absorta por el placer.

—Llevo un rato esperando que despiertes, quería que descansaras. Pero ya no aguantaba más. Estoy hambriento.

Se deja caer de rodillas con sus brazos extendidos a los lados, como si realmente rindiera pleitesía a una Diosa. Y quiero morir en este instante que me parece lo más erótico que he visto nunca. Tras unos segundos, idolatrándome y sin dejar de mirarme a los ojos, se acerca a mi vagina e inspira provocando que la respiración de ambos se agite casi jadeante. Arrastra la lengua por toda mi rajita hasta llegar al ombligo y tira del piercing, igual que hice yo ayer con sus aros de los pezones. Ríe canalla cuando gimo fuerte y es el pistoletazo de salida. Su lengua pasea ágil sobre mi inflamado botón. Succionando y mordisqueando los labios y el clítoris. Casi no me sostengo en pie, las piernas me cimbrean, pero Quim me sujeta con sus grandes manos en mis nalgas para que no caiga y sobre todo no pueda separar el cuerpo ni un milímetro de su boca. En un acto frenético mis manos se cierran en puños apretados en su cabello y me restriego ida contra su cara. Un fuerte orgasmo consigue que las extremidades queden lánguidas, sin fuerza. Cuando me doy cuenta, está cargando conmigo otra vez como si fuera una niña y nos lleva al baño. Hay una larga bañera que ya ha llenado de agua templada. Se sienta detrás de mí y un silencio perfecto nos rodea. Dejamos que nuestros músculos entumecidos se relajen sin descuidar el cuerpo del otro, al que llenamos de caricias. No es nada sexual, es cariño, uno sincero y abrumador. Podría vivir en este momento una eternidad.

Después del largo baño y enjabonarnos el uno al otro, me seca el cuerpo con la mullida toalla y callado me regala una sonrisa cada vez que nuestros ojos se miraban. Cuela por mi cabeza una camiseta de las suyas que me queda enorme, pero ya va bien para cubrir mis vergüenzas. No cuando estoy con él. Aunque creo que ya no me queda de eso. Rompe el largo silencio con el sonido de una ligera cachetada en mi desnudo trasero y añade:

—Después del desayuno necesito un café, vamos. —Río por su descaro.

Anoche, el pasillo me pareció largo, pero no lo es tanto. Supongo que la parrafada que solté alargó el tiempo en él. Es un piso muy luminoso y las vistas a la Platja Gran de Tossa de Mar son espectaculares. El salón y la cocina son la misma estancia. Están divididos por una larga barra americana que hace las funciones de mesa y en la que veo dos bolsas del supermercado. Quim empieza a sacar de todo de ellas. Pan recién hecho, cruasanes, cañas de chocolate, algo de embutido, queso…

—¿Va a venir alguien más a desayunar? —pregunto preocupada buscando por la estancia si estamos acompañados y no me he dado

cuenta.

—Como no sabía qué te apetecería, he traído de todo un poco, y si no te decides, pues te comes uno de cada.

Es imposible no reír a boca llena mientras tomo asiento en uno de los taburetes de aspecto rústico que rodean la isla.

—Si como todo eso pasaremos el resto del día limpiando el piso, porque voy a reventar.

Cabecea divertido y va poniendo todo en platos sobre el mármol blanco con vetas grises que tengo justo delante. La cocina es toda blanca y sencilla, pero elegante, me hacen gracia los tiradores, que son pequeños pececillos de acero. Cuando giro un poco el cuerpo, veo dos sofás de tres plazas a rayas blancas y azules, están puestos de manera que dividen la estancia y forman un rincón salón. Todo sigue la línea náutica que tenía el dormitorio. En la pared más larga hay un bonito montaje de fotografías y me acerco a mirarlas con curiosidad. La primera imagen que llama mi atención es la de dos niños alegres y risueños mirando a cámara. Tienen granitos de arena pegados por los redondos mofletes. Con sus brazos rodean a la antítesis que tienen justo al lado, son muy diferentes. Uno es rubio, con el pelo casi platino y los ojos azules más espectaculares que he visto jamás, tan claros que parecen de otro mundo. A su lado está, sin duda, Quim. Su cabello castaño y algo mojado cae como de costumbre por su frente y sus ojos verdes kryptonita chispean felices. Sujetan con la mano que cae en el hombro del otro unas gafas con tubo.

—El rubio es Alex, mi hermano, el otro soy yo.

—Vaya, no os parecéis nada. —Ríe divertido.

—Porque no compartimos sangre, pero sí lo es en todos los demás sentidos. Ahora mismo él y sus padres son la única familia que me queda.

—Se os ve felices. —Intento distraerlo, ya que su rostro ahora solo refleja tristeza.

—Fue el primer día que mi madre nos enseñó a bucear con el tubo. Ella hizo esta foto. Estábamos eufóricos porque habíamos visto un pulpo enorme. Mira, en esta estamos todos.

Es la más grande de todas, está en el centro rodeada por las demás con marcos más pequeños. En ella todos están riendo, divertidos, con los brazos extendidos hacia arriba. Parece que estén gritando «patataaa». Alex y Quim son adultos y no hace falta preguntar quiénes son los padres de cada uno, la genética da evidencia de ello. Están en un barco, todos en bañador y la mayoría mojados, supongo que por el baño previo a la fotografía. Se les ve desbordantes de felicidad.

—La playa del fondo parece Cala Bona.

—Porque lo es. Era el cumpleaños de mi madre y alquilamos una pequeña embarcación para pasar el día. Fue un día inmejorable.

Siento tanta pena cuando veo como su preciosa sonrisa se apaga. Me acerco y lo abrazo muy fuerte. Besa mi cabeza y me sorprende cuando me dice:

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El quince de septiembre, ¿por qué?

—Perfecto, para esa época del año aún hace buen tiempo. Te prometo que te llevaré a navegar para que podamos celebrarlo.

—Quim, ese no era el trato. Cuando acabe la seman…

—Te he comprado leche condensada para poder prepararte ese café bombón que te trae de cabeza. —Me interrumpe mientras se separa de mí y vuelve a la cocina a continuar preparando el desayuno.

Ni me mira, y empieza a explicarme qué planes tiene para hoy. No quiere hablar del tema, y yo tampoco. Pero tiene que ser consciente de que cuando acabe la semana me iré.

—Quim.

—¿Te tuesto el pan?

—Mírame, por favor. —Lo hace y veo la preocupación en sus ojos porque sabe lo que le voy a decir—. Cuando acabe la semana me tengo que ir. Es el trato que hicimos.

Con un solo movimiento asiente con la cabeza y se gira para trastear en la cafetera. Me vuelvo y sigo mirando las fotos un rato. Menos en la del centro, en las demás solo están Quim y su, como dice él, hermano. Río cuando los veo a los dos de bien pequeños, no creo que tengan más de dos años, con una tarta de chocolate delante y ambos con las manos dentro de esta. En otra, dan de comer a las palomas granitos de arroz y reconozco la rambla de Barcelona. En la de al lado, reconozco de nuevo la ciudad Condal, los dos están de espaldas, deben ser adolescentes, y están sentados mirando el paisaje.

—La foto de Barcelona desde este punto es increíble. ¿Desde dónde está tomada?

—Es el lugar favorito del mundo de mi madre. Está en un punto de la sierra de Collserola en la zona de la Rabassada. Conoces esa zona de Barcelona, ¿vedad? —Es una pregunta cargada de intención, casi parece que sabe la respuesta y solo espera verificarla.

Justo en ese momento suena en su móvil, una llamada. Me pide disculpas y desaparece por el pasillo para hablar con más intimidad. Cuando lo escucho descolgar y saludar casi me caigo de culo de la impresión:

—Buenos días, Dra. Blázquez. Estoy con ella ahora mismo, ¿podemos hablar en otro momento?

Después, un pequeño silencio. No puedo resistir la tentación y me acerco un poco al pasillo y presto más atención. Ya sé que no está bien que escuche conversaciones ajenas, pero ahora mismo mi cabeza va a mil por hora. Intento oír algo que certifique que lo que estoy pensando

es solo una locura imposible.

—Sí, ayer. Quise contarle lo que pasó y empezó el ataque de ansiedad, pero ella consiguió calmarlo. —Calla de nuevo—. Sé que es pronto. Dra. Blázquez, cuando crea que ella está preparada se lo contaré, de momento no creo que haga falta que sepa quién soy.

¿Están hablando de mí? No puede ser. No es posible. En muchas de las fotografías de la pared está en Barcelona. Si él también vive en Barcelona… es posible que…

—Hablamos de nuevo mañana. Sí. —Silencio—. Lo haré. Adiós.

Cuando aparece en el pasillo, disimulo y le digo que tengo que ir al baño. Paso primero por el dormitorio, cojo mi móvil y cierro con pestillo la puerta antes de sentarme en el inodoro. Menos mal que los móviles ahora son táctiles, si fuera con teclas como los antiguos ya hubiera hundido todos los botones aporreándolos desesperada.

Chloe:
Por favor, dime que la Dra. Blázquez que acaba de hablar con Quim no eres tú.

Veo que está en línea. Escribe. Borra. Vuelve a escribir. Borra de nuevo. Cuando llega la respuesta no puedo evitar soltar en voz en alta:

—¿En serio?

—Chloe, ¿me decías algo? —Escucho a Quim acercarse a la puerta del baño, algo preocupado.

—Mmm… No, no. Todo bien —respondo agobiada sin poder dejar de leer una y otra vez la respuesta de Neus.

Neus:
¿Sabes que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación?

Chloe:
¿Has sabido en todo momento quién era él? Cuando te llame el primer día a punto de que me diera un infarto, sabías que hablaba de él, ¿verdad?

Neus:
Sí.

Chloe:
¿Quién es él?

Neus:
Eso te lo contará él cuando sea el momento. Ahora deja de esconderte, me ha dicho Quim que estáis en el apartamento de Alex. Seguro que estás en el baño como una niña. Y ya es la segunda vez que hablas conmigo sentada en un inodoro.

Es cierto, ayer, cuando la llamé desde el chiringuito también estaba escondida en un lavabo. Como me molesta que sea medio adivina. Aunque me molesta mucho más que ambos me estén ocultando algo y no me lo cuenten. Que llame al amigo de Quim por su nombre, me deja claro que también sabe de quién habla.

Chloe:
Deja de ser tan bruja. ¿Qué está pasando?

Neus:
Por favor, no le digas nada a Quim. Eres lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo, no puedes llegar a imaginar lo mucho que te necesita y tú a él también. Déjate llevar. Te prometo que te lo explicaré cuando vuelvas. Confía en mí.

Por último, envía un emoji de una carita lanzando un beso con un corazón. Confío plenamente en ella, claro que lo hago. Siempre quiere lo mejor para mí. Pero todo esto es… no sé lo que es. No tengo claro qué pensar de todo esto.

—¿Estás bien, Chloe? —pregunta Quim.

—¡Sí! Ahora salgo.

Contesto a Neus con un «siempre confío en ti, y lo sabes» y salgo apresurada del baño.

Él ya está tomando el café y ha dejado una taza con el mío delante del taburete donde estaba sentada, el bote de leche condensada está justo al lado para que pueda servirme yo misma. Entre bocado y bocado no puedo dejar de darle vueltas. Lo miro y me pregunto una y otra vez: ¿Quién es este chico? Solo hace un día que llegó mi vida poniéndola patas arriba. En solo unas horas ha creado dentro de mí una necesidad de él que no alcanzo a entender. Todos mis sentidos lo perciben como si fuera un oasis en mitad del desierto y solo él pudiera salvar mi vida con su manantial. Sin olvidar lo que siento cada vez que lo miro a los ojos, esa intensa sensación de protección. Como si su mirada verde kryptonita tuviera el poder de protegerme de cualquier cosa. ¿Quién eres y qué me escondes?

Está todo riquísimo y al final acabo comiendo casi de todo sin darme cuenta, perdida en mis elucubraciones, y tengo que justificar mi glotonería con el alegato de que el sexo me deja hambrienta. Debería de añadir que es debido al sexo alucinante con hombres que parecen adonis y que me provocan multiorgasmos. Pero eso me lo reservo. Sin embargo, él sí que ha querido dejar claro que no tenía ganas de comer nada más porque ha quedado muy satisfecho con su desayuno, y no puedo controlar la rojez de mis mejillas al recordar que ha sido mi cuerpo el que ha saciado su hambre.

***

Quim me lleva a conocer a *la niña de sus ojos.* Es espectacular y más aún cuando él se ha montado en ella. Con ese aire de *dangerous man.* Tan sexy. Se ha puesto unos tejanos desgastados y algo rotos en las rodillas, una camiseta rosa palo que le queda de infarto y la chaqueta de motorista. Cuando he ido a cambiarme al apartamento me ha sugerido que llevara un pantalón que cubriera mis piernas para protegerlas y me he decantado por un *vaquero boyfriend*, que me resulta muy cómodo y un top blanco con lunares verdes. Muy flamenca yo.

—Ponte la chaqueta de Alex, te quedará grande, pero te protegerá si fuera necesario. No tengas miedo, solo tienes que abrazarte fuerte a mí y dejarte llevar en la misma dirección que mi cuerpo. —Asiento algo nerviosa y monto tras de él.

Jamás he ido en moto. Al principio, voy con mucho miedo, en cambio, unas cuantas curvas después, empiezo a disfrutarlo. No es que corra en exceso, pero la velocidad se nota mucho más que con el coche. La sensación de libertad que produce me gusta. Vamos de un lado a otro trazando las curvas y en cada una de ellas siento que la moto casi podría rozar el asfalto.

Quim me ha explicado que todas estas montañas son una zona estupenda para ir en moto y trazar las carreteras serpenteantes. El Macizo de Cadiretes forma parte de Tossa de Mar, pero también de algunos otros municipios cercanos, en entre ellos Sant Feliu de Guíxols, o la famosa ciudad turística Lloret de mar. La playa está aquí al lado, pero no lo parece, porque las vistas ahora mismo son las de un bosque que lo cubre todo con un espeso manto de árboles y maleza salvaje. Durante el camino, paramos varias veces a contemplar las espectaculares vistas. En los miradores nos hacemos algún divertido *selfie*. Aunque procuramos no estar mucho rato parados porque ya empieza a hacer calor y las chaquetas de moteros mientras circulamos no molestan, pero al parar es un poco asfixiante.

Me encanta el mar, pero también la montaña. Imagino que por eso Tossa de Mar siempre me ha atraído. Lo tienes todo. Por la mañana puedes recorrer el bosque y todos los senderos, y al volver darte un chapuzón en el Mediterráneo. Le he pedido a Juan muchas veces venir a vivir aquí. Total, lo único que nos ata a Barcelona es el trabajo y los amigos. El primero es claramente sustituible, y las amistades solo están a una hora en coche. Dice que estoy loca, que jamás dejará la capital, que todo el ocio que ofrece no lo tendría nunca en un pueblo que está muerto en invierno. Yo no creo que muera en invierno, más bien descansa después del intenso verano, son maneras muy distintas de verlo. A mí me gusta esa paz que tiene cuando no hay casi nadie. Él

prefiere las discotecas y bares a todas horas, abarrotados de gente bailando borracha y sudorosa. ¡Alto! Que no es que yo sea un muermo de tía. Que me gusta mucho salir a bailar y de marcha, pero no lo llevo al exceso como Juan. Siempre estamos en desigualdad de opiniones. Dicen que los polos opuestos se atraen, sin embargo, nosotros, parece que cada vez nos repelemos más. Siento un fuerte pinchazo en el corazón, algo se está apagando cuando pienso en Juan, y lo que más me asusta es que algo lo está remplazando con una luz cegadora.

Capítulo 23



Veo como las pequeñas partículas se arremolinan en el aire. Como el viento los lleva lejos de mí. Soy consciente de que ellos siempre estarán en el lugar más importante, clavados en mi alma. Pero dejar ir sus cenizas me destroza. Le grito al mundo desgarrado, una y otra vez lo enfadado que estoy conmigo mismo. ¿Cómo he podido permitir que esto sucediera? Todo ha sido culpa mía. Yo tenía que protegerlos. Por fin mi padre se había jubilado y ahora estaban viviendo la vida soñada y yo no evité que esa miserable acabara con sus vidas. Todo el cuerpo me cimbrea y sigo gritando, intentando liberar toda la rabia que tengo dentro.

—Quim. Quim —escucho una voz en la lejanía—, Quim, por favor, abre los ojos. Estoy aquí, vuelve conmigo.

En ese instante ella aparece ante mí, sujetando fuerte mi rostro, me suplica «vuelve conmigo» y estrella sus labios sobre los míos. El contacto es tan real. No dejan de derramarse las lágrimas y me falta el aire, pero no puedo dejar de besarla.

—Vamos, mi Dios, vuelve. —Oírla llamarme como tantas veces lo

he hecho yo con ella, me sacude y reacciono.

Con un fuerte grito despierto incorporándome de golpe en la cama.

»Ya está, estoy aquí contigo. Mírame. —Lo hago.

La imagen es un bálsamo de paz para mi perturbada alma. Mi Diosa, la chica de mis sueños. Mi sueño hecho realidad, sujeta mi rostro con sus manos. Estoy sufriendo otro ataque de ansiedad. Me duele el pecho y la respiración es errática, pero ser consciente de sus besos y su templado cuerpo desnudo sobre el mío consigue que me concentre en calmar la respiración intentando que sea más relajada. Acaricia mi rostro y regala dulces besos por él, recitando ese mantra que siempre consigue que llegue a calmarme.

He pasado la semana más increíble de mi vida. Puedo certificar que conozco hasta la última pequita de su rostro y cada curva de su cuerpo. Tengo grabado a fuego todos sus orgasmos y como jadea mi nombre extasiada. Los días se han sucedido entre sábanas enredadas, arena pegada a nuestra piel y baños en el mar.

Le encanta la moto, y eso me vuelve eufórico. Sin olvidarme del buceo, que es algo que también compartimos. Nos queda como cuenta pendiente hacer una inmersión con equipo, porque hemos disfrutado mucho del snorkel, aunque no es lo mismo. Tengo que llevarla un día a hacer una de verdad, sé que alucinará. Fui a preguntar a la escuela que tengo cerca del apartamento, pero tenían todas las salidas de bautismo completas. Es donde siempre voy, y no quiero probar en otro sitio, son muy profesionales y amigos de muchos años, no me sentiría bien buceando con otro instructor. Compartir mis dos pasiones con ella es alucinante. No había estado nunca con una mujer con la que compartiera tantas aficiones y con la que hablara de cosas tan dispares. Cada mañana hemos cogido la moto y la he llevado a una cala diferente. La Costa Brava está llena de rincones preciosos en los que ella nunca antes había estado. Es muy expresiva y todo le emociona. Por lo que me ha explicado, prácticamente nunca sale de su rutina. Casa, trabajo, el cual por cierto dice que odia, y alguna vez pasa el rato con su única amiga. Es como si alguien la retuviera y no la dejara vivir de verdad. No quiere hablar del motivo por el que no puede hacer muchas de las cosas que le gustan y eso me tiene preocupado. Sigue sin querer abrirse, y se niega a decirme qué es lo que me oculta, alegando que no quiere estropear estos días tan especiales que estamos disfrutando. Está convencida de que no sirve de nada que me lo cuente, porque se marchará y no tendrá importancia que lo sepa. Intento no pensar mucho en todo esto y disfrutar de lo que estamos viviendo juntos. Pero es difícil.

Las cosas más sencillas, ella las convierte en inolvidables. Me siento vivo. Hace que todo tenga luz. Aunque mis sombras me han visitado todas las noches y los sueños no han cesado, han sido tan

intensos como de costumbre. Pero Chloe calma la ansiedad sin necesidad de pastillas. Su voz me hace volver a la conciencia. Se lo he explicado a la Dra. Blázquez, que me ha llamado todos los días para verificar que estoy bien, y me ha dicho que, si sigo así, cuando vuelva me preparará el informe para que pueda volver a la unidad. Estoy deseando volver al trabajo y recuperar mi vida. Una en la que esté ella.

Al mirarla veo lo preocupada que está. El primer día que desperté así lo pasó fatal, la vi llorando y me puse aún más nervioso. Pensé que quizá le había hecho algo durmiendo. Con premura me explicó que lloraba porque se le rompía el alma viendo lo que sufría, me desarmó. ¿Cómo una persona podía tener tanta bondad en su interior?

La respiración empieza a normalizarse mientras limpio sus lágrimas con besos y caricias como hago cada noche. Sin más nos fundimos en un abrazo que está lleno de todo el amor que nos procesamos el uno al otro. El cariño que nos hemos cogido esta semana es desmesurado, arrollador y está acabando con toda mi cordura. Necesito tocarla y besarla a todas horas.

El otro día en un restaurante, el camarero, algo apurado, nos pidió con amabilidad que fuéramos un poco más comedidos con nuestro amor. No pude evitar sacarle aún más los colores a Chloe y sujetando su nuca para que no se me escapara, le di un morreo ruidoso y descarado delante del chico. Al acabar no sé quién tenía más vergüenza, si el camarero o ella. Con una sonrisa canalla y sin dejar de mirarla a esos ojos gatunos del color de la miel, le dije con mucho descaro: «Ya he saciado un poco mis ganas de ella, creo que podré aguantar hasta después del café». El pobre y bien mandado camarero asintió con la cabeza dándome las gracias y se escondió tras la barra un buen rato. Reí a carcajadas y al final Chloe me siguió alegando que estaba loco. Claro que lo estaba, estaba totalmente loco por ella.

Es sábado, se acaban las vacaciones y tengo claro que ella también siente todo esto tan intenso como yo. Pero hay algo que de tanto en tanto la desconecta de mí. Su rostro cambia a uno triste y preocupado, y eso me está consumiendo. Cuando le pregunto, evita el tema. No sé cuál es el motivo por el que sigue insistiendo que el domingo se irá. Me lo ha dicho varias veces esta semana, aunque puedo ver en sus ojos que lo dice sin desearlo. Aun así, está convencida, como si no hubiera otro remedio, como si fuera imposible cambiar esa decisión que tomó el primer día. Hay veces que siento que haga lo que haga para que se quede, nada va a impedir que desaparezca el domingo.

La luz cálida asoma entre las cortinas, no sé cuánto rato hemos dormido la siesta. Pero la necesitábamos. Paso todas las noches perdido en su cuerpo, sin dormir. Así que cada tarde venimos al apartamento y descansamos un rato.

Aún siento algo de dolor en el pecho, pero sé cuál es la mejor medicina para calmarlo. Ella. Entre sus piernas puedo sentir lo húmeda que está sobre mi miembro. La conexión que tenemos es tan abrumadora que nuestros cuerpos se unen sin ser muy conscientes de ello. Me atrapa en su interior y suspiro de placer mientras se va dejando caer despacio hasta el fondo. Pasa mucho rato en el que no nos movemos, dejándonos atrapar por esa necesidad de sentirnos unidos, enredados y aferrados al cuerpo del otro. No hay besos, solo caricias y miradas. Nuestros ojos están ávidos por grabar a fuego, el que sin duda es un momento perfecto.

Al principio, tenía la sensación de que no se sentía del todo cómoda con su desnudez, pero me he encargado de venerarla y decirle sin descanso lo hermosa que es. Puedo certificar que ahora mismo, la chica que tengo sentada sobre mi miembro no tiene ni un ápice de inseguridad ante mí. Sus locos rizos caen por encima del desnudo cuerpo y se muestra ante mi mirada libre y salvaje. Los pocos rayos de sol que se cuelan en la habitación ansían rozar su cuerpo y los tonos anaranjados del final de la tarde, convierten la escena en algo divino. Me muevo un poco y descanso la espalda en el cabezal de la cama invitando a mi Diosa a que haga conmigo todo lo que quiera. Sin necesidad de palabras, ella empieza a trazar círculos agónicamente lentos sobre mí.

—Eres lo más real que he sentido jamás.

No me contesta, pero no hace falta. Nuestros cuerpos se hablan y entienden sin necesidad de palabras. Solo sigue haciéndome el amor, pausada y lentamente. No he podido dejar de darle vueltas a lo mismo desde hace unos días. Ya no quiero ni puedo seguir ignorándolo. Estoy total, absoluta y perdidamente enamorado de ella. Es definitivo. Es la chica de mis sueños, pero no por aparecer en ellos, sino porque es todo con lo que siempre había soñado.

Mi Diosa.

Mi realidad.

***

Sus pequeños pies sujetos por las sandalias de cuerda danzan dando pequeños saltitos por los adoquines de la calle que sube a la Vila Vella. Le encanta pasear por aquí, y a mí verla feliz. Las estrechas calles están llenas de tiendecitas de *souvenirs* y productos artesanales. Tengo muy claras las dos paradas de hoy.

—Madre mía, es el mejor helado del mundo —explica lamiendo la bola de helado de chocolate cubierta por un montón de leche condensada.

Al mirarla, veo como una gota le resbala por la comisura de su boca y, sin pensarlo, lamo con mi gruesa lengua. Ese gesto me

devuelve el recuerdo de mi padre haciendo lo mismo con mi madre. Ahora, por primera vez en mi vida, soy consciente de qué es lo que sentía cada vez que la miraba. Con Xenia nunca, en todos los años que pasamos juntos, sentí algo así. Ni se acercaba. Chloe es lo que mi padre siempre me dijo que encontraría:

«Un día miraras a una mujer y dejaras de respirar solo para que ella pueda abarcar todo el oxígeno del lugar. Ese será el día que tu vida dejará de pertenecerte, porque sabrás que tiene una nueva dueña. Y ya nada más tendrá sentido si no es junto a ella».

Qué razón tenía, nada más tendrá si no es junto a Chloe.

Río cuando la veo detenerse otra vez en la misma joyería artesanal. Sus ojos brillan mirando todas las pulseras, anillos, pendientes… Está buscando una pieza en concreto. Cuando se da cuenta de que lo que busca ya no está expuesto en la vitrina de la diminuta tienda, se forma la decepción en sus ojos y solo puedo sonreír canalla.

—Hace un rato que paseamos, vamos a llegar tarde al restaurante.

Asiente algo apenada y entrelaza sus dedos con los míos. Pero no hace ningún comentario. Seguimos caminando como si fuéramos una pareja más y disfrutamos del lugar que tiene un aura mágica. Dentro de la zona amurallada hay unas ochenta casas con magníficos ventanales y cristaleras góticas, todas habitadas. Muchas de estas están construidas aprovechando la pared de la muralla. Las calles son estrechas, pedregosas y desorganizadas. Hay muchas flores y plantas por todos los ventanales. Algunas tiendas han puesto diminutas luces adornando las entradas. Es un paseo del que no te cansas nunca. Un hechizo ha detenido el tiempo y su aspecto medieval. Si un hada volara de una calle a otra, casi parecería normal.

Estaba seguro de que cuando Chloe viera el restaurante de Josep y Dolors se quedaría prendada del lugar. No puede dejar de recorrerlo todo con su mirada ilusionada y una enorme sonrisa. Tenía reservada «mi mesa», la que tiene las mejores vistas. Como la Vila Vella está construida sobre una pequeña montaña, se divisa todo desde aquí. A primera vista, las casas empedradas, seguidas de parte de la muralla que descansa en la Platja Gran y el bonito pueblo de Tossa de Mar, se ve iluminado con pequeñas luces que le dan un brillo nostálgico y romántico. La luna llena traza un reflejo plateado en el mar, lleno de destellos gracias a las farolas del paseo que rodean la bahía. En el interior de la terraza todo está decorado con decenas de velas tintineantes. Nos cubre un espeso manto de flores violetas que caen con gracia y son sacudidas con ligereza por la brisa que trae el mar.

—Este sitio es mágico, me encanta, Quim. Gracias por la sorpresa.

—Espera a probar la comida que hace Dolors, es aún mejor que el lugar.

Comemos y reímos divertidos recordando la cara que ha puesto

hoy cuando la he llevado a Cala Sa Boadella. Es una espectacular playa en el municipio de Lloret de Mar. Siempre hay muy poco turismo y en esta época del año suele estar muy tranquila. Cuando ha visto que la gente estaba desnuda se ha detenido de golpe, boqueando como un pez. Al principio se ha negado a hacer nudismo, pero la he convencido. La he llevado porque quiero que se sienta libre y deje de juzgarse a sí misma. Me he puesto muy pesado, pero al final he conseguido hasta que jugara conmigo a las palas en la orilla. Todos la miraban, a ella y sus perfectas y erguidas tetas danzando cuando saltaba para golpear la pelota. Pero eso solo consigue que el pecho se me hinche aún más, sabiendo que por mucho que la miren, el único que la va a disfrutar soy yo.

***

Cuando he llamado esta tarde para reservar la mesa, le he pedido a Josep que nos trajera una botella de cava bien fría con el postre.

—*Gracies,* Josep.

—¡*Tot per el nano dels Falcò, convida la casa!* —responde guiñando un ojo y se retira.

—Chloe. —La llamo, ya que está ensimismada con la vista fija en la playa—. Vi el brillo de tus ojos al verlo el primer día y supe que era perfecto para ti.

Extiendo la mano y dejo delante de ella una pequeña caja negra con un lazo blanco.

—Pero que…

—Vamos, ábrelo.

—Quim, no puedo aceptarlo.

—Pero si no sabes ni lo que es. Déjate de tonterías y abre el regalo.

Con las manos temblorosas deshace el lazo y abre la caja de terciopelo negro. Cuando lo ve, me mira y, sin más, una lágrima resbala hasta llegar a su preciosa sonrisa.

—Lo he hecho grabar en su interior.

Al sacarlo y sujetarlo en el aire, los pequeños auriculares de plata cuelgan de la cadena. Lee la inscripción.

—Mi Diosa.

—¿Te gusta?

—Es perfecto. —Llora emocionada mientras ríe abrumada—. Es la primera vez en mi vida que me regalan una joya.

—Chloe. —Deja de mirar un momento el collar con los pequeños auriculares que siguen basculando delante de ella para clavar sus ojos en los míos—. No te vayas mañana. Ya no me imagino vivir sin tenerte a mi lado. Ha sido la mejor semana de mi vida.

No contesta, solo cierra los ojos y al hacerlo dos nuevas lágrimas resbalan por su preciosa cara. Me levanto y con cuidado retiro el

cabello y le pongo el colgante.

—Así siempre me recordarás —digo mientras acaricio la cadena sobre su piel.

—No necesito una joya para recordarte. No hay nada en el mundo que pueda hacer que olvide esta semana. Gracias. Gracias por el regalo y gracias por la semana más maravillosa de mi vida.

Paso la noche haciéndole el amor muy lento. Abrazando fuerte su cuerpo y suplicándole con caricias que se quede conmigo. Siempre.

Capítulo 24



Silencio. «Pero ¿qué coño?», pienso agobiado.

—¡Chloe! —vuelvo a llamar a la puerta del baño.

Como sigue sin contestar, abro y lo que encuentro me destroza. No está. En ningún rincón. Ni ella ni sus cosas.

Esta semana no se ha levantado ningún día antes que yo. Aunque estuviera despierta, se ha quedado conmigo en la cama, acariciando mi rostro, y yo, haciéndome el dormido un rato más, lo he disfrutado. Pero hoy cuando he abierto los ojos no estaba. Solo quedaba el rastro de su olor a verano, de piel dorada al sol y salitre de mar. Como un loco, vuelvo a revisar las habitaciones, el salón, incluso salgo al balcón y miro a la playa un rato, con la esperanza de verla paseando. Se ha marchado. Dijo que lo haría y lo ha hecho. Sin más. Como si alguien tuviera mi corazón entre sus dedos, siento como lo retuerce con saña. Esto no es el dolor de pecho que produce la ansiedad, es mucho peor. ¿Cómo ha podido marcharse?

Dejo caer el cuerpo en uno de los taburetes de la isla de la cocina. Llevo una mano sobre mi pecho a la altura de mi roto corazón e

intento calmar con el calor de mi palma la angustia que me está desbordando. Es en ese momento, con la mirada perdida en ninguna parte, cuando algo llama mi atención. En la blanca nevera hay un imán en el que reza «*I love Tossa de Mar*» sobre un corazón rojo y este sujeta un folio. Casi salto por encima de la isla para llegar. La caligrafía es limpia y redondeada. Es de Chloe.

Hola, Quim.

Primero de todo decirte que siento irme así. Pero ese fue el trato desde el primer día. Acordamos que el domingo nos separaríamos y volveríamos a nuestras vidas.

Cada vez que me has pedido que me quedara contigo se instalaba un nudo en mi garganta que no era capaz de tragar. No hay nada que desee más que volver a la cama donde ahora mismo duermes. Pero tengo que ser consecuente y afrontar la realidad. Mirar de frente a mi verdadera vida. Porque la que he vivido esta semana ha sido un sueño, uno increíble del que me gustaría no haber tenido que despertar.

Junto a ti he descubierto lugares maravillosos, vivido momentos inolvidables e incluso, he aprendido a mirarme a mí misma con ojos menos acusadores. Gracias, gracias y mil veces gracias por hacer que mi vida vacía y sin sentido, se llenara de risas, charlas, lugares preciosos y caricias que dicen más que ninguna palabra. Nunca imaginé que la realidad pudiera superar a los sueños.

Necesito que sepas mi verdad. Quien soy en mi vida real. Porque nada tengo que ver con la mujer que has conocido estos días. Soy una mentirosa, que te ha ocultado la verdad por miedo a perderte antes de tiempo.

Quim, hace doce años que tengo pareja. Lo conocí en el internado cuando solo era una adolescente y él es la única familia que tengo. Hace más de dos años sucedió algo que lo cambió todo y desde entonces nuestra relación está totalmente rota. Nunca he tenido valor de decirle que no lo amo, hasta ahora. Hasta anoche. Las barreras no lo soportaron más y cayeron como un castillo de naipes, dejando al descubierto todo lo que trataba de ocultar. Mientras me hacías el amor lo deje libre. Dejé que eso que hace días intento ignorar, fluyera. Y así fue como tu luz lo iluminó todo, como cada una de tus caricias se marcó en mi piel y mi alma para siempre. Eres como una noche llena de fuegos artificiales. Con cada explosión iluminas aún más que con la anterior, llenando todo el oscuro cielo de brillo y miles de colores.

Quim, nunca imagine que pudiera pasar tan rápido, pero me he enamorado de ti. Ya no imagino mis días si no son a tu lado.

Vuelvo a Barcelona decidida a arreglar las cosas. Voy a dejarlo. Es algo que debo hacer bien. Hablaré con él y le contaré toda la verdad. Después dejaré el trabajo y buscaré otro piso. No sé cuánto tiempo me llevará, pero cuando haya arreglado mi vida, vendré a buscarte. Solo

espero que sigas queriendo compartir momentos conmigo, no hay nada que más desee. Quiero estar contigo, pero sin miedo, sin mentiras. Amarnos de noche y reír de día. Pero necesito hacerlo sabiendo que soy libre.

Sé dónde encontrarte. Neus, bueno, la Dra. Blázquez me ayudará cuando llegue el momento.

Espero que lo entiendas y me perdones por mentirte.

TE AMO, tu Diosa.

—¡¡Grrr!! ¡¡Joder!! —grito enfurecido.

¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Cómo me aparta de esta manera?

«Me ama», me repito en mi mente. No me importa una mierda que esté con alguien, lo que me preocupa es que ese imbécil sea el que hace dos años casi provoca que muera en el filo de una azotea. No tendrá mundo para huir de mí si descubro que fue él. Lo que más me preocupa es que sea capaz de volver a dañarla. Sentir que está lejos me está destrozando. Entiendo que quiere arreglar su vida, pero no lo va a hacer lejos de mí. Dice que ilumino su cielo, pero de lo que no es consciente es que eso solo sucede cuando estoy con ella. A su lado soy la mejor versión de mí.

Mientras volvía en la moto le he dado muchas vueltas. Cuando llegue a casa, llamaré a la Dra. Blázquez, necesito que me explique por qué sigue teniendo relación con Chloe y no me había dicho nada. Después iré a buscar a mi Diosa.

Capítulo 25



No puedo dejar de llorar. Sé que es lo correcto, pero estoy aterrada. Me da miedo lo que pueda pasar cuando le diga a Juan que le dejo. Me da miedo sacarlo de mi vida, porque tengo claro que cuando le cuente la verdad, no va a querer verme nunca más. Pero lo que más me aterra es que Quim se haya enfadado y no quiera saber nada más de mí. Estoy temblando como una hoja. Me repito una y otra vez que he de ser valiente. Que tengo que afrontar la realidad y arreglar lo que he hecho mal. Engañar a Juan ha estado muy mal. Da igual la cantidad de veces que él me haya sido infiel, nada justifica que yo lo haya hecho. Tampoco ha estado bien ocultarle a Quim que tenía pareja. No lo he podido hacer todo peor.

Ha sido todo tan intenso esta semana. Nada, absolutamente nada podría haber impedido que sucediera. Debería haber sido sincera. El primer día estaba tan convencida de que cuando acabara la semana tan solo habría sido una aventura. Yo volvería a mi aburrida vida y él a la suya, así sin más. Ilusa. Solo necesité veinticuatro horas para darme cuenta de que eso no sería tan sencillo. Lo que me une a Quim

es incontrolable e inevitable.

Juan no ha llamado en toda la semana, ni tan siquiera ha enviado un mensaje para saber cómo estaba. Nada de nada. Sé que está molesto porque me fuera, pero pensé que al menos se preocuparía por saber si había llegado bien. Bueno, para ser sincera, si me hubiera llamado estando con Quim habría sido horrible. Supongo que no decirnos nada en estos días ha sido lo mejor para los dos.

Es curioso que hace unas horas cuando me he despertado me sentía la persona más feliz del mundo y ahora mismo siento que soy una mierda que le va a hacer daño a todos. Qué rápido te golpea la realidad. Ver a Quim durmiendo tan tranquilo a mi lado y tan arrebatadoramente guapo como siempre, con ese aspecto plácido, ese que tiene alguien que está tranquilo porque todo va como desea en su vida, me ha consumido. Si me hubieran arrancado de cuajo el corazón y lo hubieran pisoteado, creo que habría sido menos doloroso. He perdido la cuenta, la de veces que me ha pedido que no me fuera.

Anoche, al abrir la caja, creí poder morir de tanto amor. El colgante es precioso. Lo vi en el escaparate el primer día que fuimos a pasear por la Vila Vella y también vi el precio. No es que fuera excesivamente caro, no es una joya ostentosa de oro y diamantes, es más bien sencilla y de plata. Pero las vacaciones tenían un presupuesto muy ajustado, que no quería gastar en caprichos para mí y que prefería disfrutar haciendo algo con Quim. No tengo muy claro cómo lo hace, pero sabe leer lo que siento con solo una mirada. Cuando vi la inscripción en el interior de los mini auriculares, mi corazón bombeó con tanta fuerza que creí que me saldría del pecho. Sin duda he pasado la semana con el chico de mis sueños.

Mi mano busca los auriculares que adornan mi cuello y que son idénticos a los que siempre llevo alrededor de mi cabeza, y los acaricio. Como si concedieran deseos, les pido que me ayuden, que me den fuerza para todo lo que me tiene preparado el destino.

—Llamar a Neus —le pido al manos libres del coche entre hipidos y sollozos.

Desde que salí de Tossa de Mar no he dejado de llamarla, pero no contesta. Es pronto, pero ella no tiene nunca el teléfono en silencio por si la llaman para una urgencia del hospital. Quizá sea por eso mismo que no me lo coge, estará trabajando. Cuando salta el contestador, decido que lo mejor será dejarle un mensaje:

—Neus, creo que no voy a poder soportar este dolor —explico llorando—, dejar a Quim, sin despedirme, me está matando. Voy de camino a casa. Lo voy a hacer, estoy decidida. Después de dos años de terapia luchando para encontrar el valor para dejar a un hombre, al final, lo que ha conseguido que coja las riendas de mi vida ha sido

otro hombre. Qué irónico. —Río entre sollozos y sigo hablando atropelladamente—. Me he enamorado. Lo sé, es una locura. Pero estoy perdidamente enamorada de Quim. Y voy a dejar a Juan. Le voy a contar la verdad. Tranquila, te llamaré en cuanto pueda.

Le pido tranquilidad a mi mejor amiga, ridículo. Sé que en cuanto escuche el mensaje se va a preocupar muchísimo. No sé muy bien por qué, pero necesitaba que alguien supiera lo que iba a hacer. Es como un mal presentimiento.

Cuando entro en mi precioso piso, la imagen es dantesca. Botellas de alcohol, vasos, cajas de pizzas y sobras de comida están por todas partes. Lo que un día pareció un cielo de verano, ahora es una cocina mugrienta y llena de platos sucios. Sobre la barra en la que suelo tomar café cada mañana hay una tarjeta de crédito, dos rulos hechos con billetes de veinte euros y restos de polvos blancos por todas partes. Es la evidencia de la fiesta que se ha pegado Juan. Sin querer tocar nada por el asco que me produce todo, me agacho un poco y veo el carmín rojo pegado en el borde de uno de los vasos.

Un ruido llama mi atención y al girarme, en mi sofá, ese que siempre utilizo para ver películas con un gran bol de palomitas, está ocupado por dos cuerpos desnudos. El chico, que reconozco enseguida como uno de los amigos de Juan, me está mirando sin saber qué hacer.

—Largo y llévatela a ella también —digo señalando a la chica que tiene encima como su madre la trajo al mundo.

Me siento en el taburete amarillo de la cocina y de brazos cruzados, espero a que cojan sus cosas y se larguen.

—Me debes ciento veinte euros por las mamadas y dejar que me follarais el culo —pide ella con la mano extendida al amigo de Juan.

Este, avergonzado, cubriendo con la mano su desnudo y arrugado pene, busca los pantalones y en cuanto se ha tapado le tiende el dinero. La prostituta no tarda nada en desaparecer de mi casa sin despedirse siquiera y con un vestido que da evidencia de su falta de ropa interior. Una que imagino que es la que estoy viendo colgando del televisor.

—Te lo puedo explicar —comienza a decir, y lo dejo para ver hasta dónde es capaz de llegar—. No tenía donde ir y Juan me dejó venir a vuestro piso.

—Mío. —Me mira asombrado—. Este piso es mío. Yo di la fianza y yo lo pago, porque Juan nunca tiene dinero para cubrir su parte del alquiler, ahora ya entiendo por qué.

No dice nada más. Mejor así. Solo asiente con la cabeza y hace lo mejor en un momento como este, tal y como ha hecho la prostituta, largarse sin decir ni adiós.

Me quedo un rato, no tengo claro cuánto, mirando todo a mi

alrededor y me pregunto a mí misma: «¿Cuál fue el momento en el que te dejaste tanto? ¿Cuándo permitiste que esto llegara tan lejos?».

Estoy tan enfadada que solo tengo ganas de gritar. Enfadada conmigo misma por valorarme tan poco, por saber lo que ocurría y no hacer nada.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Juan entrando en el comedor solo con la ropa interior puesta.

Sin importarle que esté delante de él, se pone en el lado contrario a la barra y esnifa una de las rayas que estaba, supongo, preparada de la noche anterior. Lo miro asombrada, porque él siempre se había escondido de mí. Es en ese momento cuando soy consciente de la gravedad. Sus ojos están tan irritados que la rojez casi abarca todo, excepto sus pupilas muy dilatadas. No deja de mirarme fijamente y sorbe un par de veces por la nariz, provocando que me estremezca porque eso hace que sea consciente de que la droga está dentro de su cuerpo, destruyéndolo. Está muy colocado.

—Te he hecho una puta pregunta. ¡¡¡Contesta!!! —grita fuera de sí.

—Vivo aquí, aunque parece que de eso te has olvidado.

Comienza a reír ido y camina hasta estar frente a mí. No podría ponerme en pie aunque quisiera, las piernas no me sostendrían debido al miedo que tengo. Pero me mantengo estoica con la barbilla alzada y sin retirar la mirada.

—Vaya, veo que vienes muy valiente de tus vacaciones. Eso me la ha puesto dura.

Comienza a frotarse la entrepierna con fuerza. Mordiendo su labio inferior con más fuerza de la que creo que es consciente.

—Basta, Juan, tenemos que hablar.

—Siempre tienes que estar hablando, creo que lo mejor será que te calle la boca como tanto te gusta que lo haga, ¿verdad, zorrita?

Otra vez ese apelativo que tanto odio. Me levanto e intento alejarme de él. Interponiendo la barra de la cocina entre nosotros. No voy a permitir que vuelva a vejarme como la última vez. No va a volver a ponerme una mano encima. Está decidido. Suelto lo que he venido a decirle y me voy.

—Juan, esto se acabó. —Ríe a carcajadas desquiciantes, pero lo ignoro y sigo hablando para soltarlo todo lo antes posible antes de coger la puerta y salir pitando—. Te dejo. Me voy a ir a casa de Neus hasta que encuentres otro lugar donde quedarte.

—¿Que me dejas? —pregunta, confuso con el ceño fruncido.

—Lo siento, pero he conocido a otro hombre. Lo nuestro ya hacía años que…

Antes casi de que sea consciente, ha saltado la encimera que lo mantenía distanciado de mí y me estampa contra la nevera sujetándome con fuerza del cuello. Mis pies solo tocan con la puntita

de las sandalias el suelo.

—¡¿Qué has dicho?! —vocea muy enfurecido.

—Pu… pue… puedo ex… explicarlo.

Con su mano me asfixia y me resulta casi imposible respirar, más aún hablar.

—No te vas a ir a ningún puto lugar. Eres mi zorrita y de nadie más —dice mientras me obliga a arrodillarme apretando aún más fuerte mi garganta.

Cuando me suelta, toso intentando recobrar el aliento y ordena autoritario:

—Chúpamela.

No doy crédito. ¿En serio que ha pedido eso en este momento? Niego rápido con la cabeza y es ahí cuando llega el primer golpe. El bofetón es tan fuerte que me lanza al suelo y caigo sobre los cristales rotos de los vasos que han estallado cuando él ha saltado la barra para atraparme.

—¡¡Si te digo chupa, chupas!! ¡¿Me oyes, puta?! —grita fuerte mientras se sacude su erección con fuerza acercándose de nuevo.

Como puedo, me arrastro por el suelo huyendo de él y alejándome lo máximo posible. Busco con la mirada la puerta de salida, no me separan de ella más de tres metros. Antes de que pueda ni plantearme llegar a ella, una patada en el estómago me dobla de dolor provocando que grite tan fuerte que las cuerdas vocales se resienten. Sujeta mi cabello y me levanta del suelo tirando de él.

—¡Ahhh! —vuelvo a gritar.

Siento como si todo el cabello se separara de mi cabeza. Es un dolor lacerante.

—Basta, Juan, para por favor —le suplico llorando e intentando sujetar su mano para que afloje el puño con el que sigue tirando con saña.

Busco su mirada, intentando encontrar al que ha sido mi novio tantos años y lo que veo me destroza y me duele casi más que los golpes que acabo de recibir. Ya no me escucha, está ido. Rebufa como un toro enfurecido gritando una y otra vez que soy suya, que soy su zorrita y que así será siempre. Mientras, varias bofetadas contundentes y dolorosas se repiten, enviando mi rostro de un lado a otro.

Con una mano sujeta mi desmadejado cuerpo aferrado a mi cabello y es la otra la que golpea con furia. Cuando se cansa, culmina con un fuerte puñetazo que me lanza de nuevo al suelo. No dejo de chillar, rogándole que pare. Hasta que ya no puedo suplicarle más, callo y solo puedo llorar agonizando de dolor. Me sujeto con fuerza las rodillas e intento esconder la cabeza entre ellas, haciéndome una bola en el suelo para protegerme lo que puedo de todas las patadas y puñetazos que sigo recibiendo.

No sé cuánto rato ha pasado. He intentado levantarme en una ocasión. Parecía que la tortura había terminado. Pero, no. Solo se ha detenido para volver a esnifar otra raya de cocaína y beber de la botella de ron que había abierta en la cocina. Al ver que me estaba incorporando, se ha enfurecido aún más. Y otra tanda de golpes ha sacudido mi cuerpo. Así que al final me he quedado en el suelo, en posición fetal, recibiendo sus insultos y golpes.

Tiemblo como una hoja. Jamás en mi vida he tenido tantísimo miedo. Temo por mi vida. Porque está tan drogado que ahora mismo no creo que sea realmente consciente de lo que está ocurriendo y eso lo puede llevar a un límite que no quiero ni imaginar. Grita una y otra vez que soy una puta y que me está dando lo que merezco. Que así entenderé quién es mi dueño y dónde está mi lugar.

Me aferro al colgante que me regaló Quim y una vez más, como si tuviera el poder de salvarme, le ruego que me ayude. Le suplico que me saque de esto. Le imploro que detenga la brutal paliza que estoy recibiendo, o que al menos me lleve a la inconsciencia para dejar de sentir tanto dolor. Un dolor que abarca todos los sentidos de la palabra. Porque no es solo el físico lo que está acabando conmigo hoy.

—Policía, abran la puerta.

He escuchado con claridad la voz autoritaria del agente repetirlo hasta en tres ocasiones. Pero Juan dudo que lo haya oído. Porque sigue con sus insultos y patadas.

Lo siguiente que se oye es un estruendo enorme y muchos gritos. La voz de Juan no deja de gritar que todo es mi culpa, que soy una puta que lo ha engañado con otro. No me importa lo que está sucediendo a mi alrededor, solo sé que ha dejado de golpearme. Me quedo quieta, no me muevo ni un milímetro por si vuelve a arremeter contra mí.

—Señorita, soy agente de policía. Hemos venido a ayudarla.

Al sentir el calor de una mano desconocida acariciar mi cabeza, rompo en un llanto desolador, agónico. Destrozada por el dolor de mi cuerpo y por el que siento en mi corazón hecho pedazos. Destruido por la única familia que siempre tuve y que acaba de acabar con todo lo que un día fuimos.

Ahora mismo mover cualquier parte de mi cuerpo es impensable. Cuando me han cogido para colocarme en la camilla he sentido como si todos los huesos de mi cuerpo estuvieran rotos, y es posible que sea así. Los sanitarios me están atendiendo cuando escucho la voz de mi ángel.

—Dios mío, Chloe, pero qué te ha hecho. —Miro hacia el lugar de donde viene su angustiada voz y la veo correr hasta mí.

Sus bonitos ojos verdes están aterrados. Y eso me deja claro la dantesca apariencia que debo de tener. Sujeta fuerte mi mano

mientras las lágrimas se derraman por sus mejillas. No me dice nada más, solo se aferra a mí y no me suelta ni cuando me suben a la ambulancia.

Una máscara cubre parte de mi rostro y ahí me dejo ir.

Capítulo 26



—Sus constantes están estables. Por favor, cambia los vendajes de las muñecas y le haces las curas. Mientras tanto, iré a hablar con los familiares.

Jimena asiente y se pone a trabajar. Lleva años como enfermera en mi unidad y me conoce muy bien. Sabe cómo quiero las cosas y las lleva a cabo con eficiencia. Salgo tranquila del box de urgencias, dejando a la paciente en las mejores manos. Hablo con la madre y el padre de la adolescente, están destrozados. Llevan mucho tiempo luchando con la depresión de su hija y no se habían dado cuenta de que se provocaba lesiones autolíticas. No hay intención de suicidio, pero sí de lesionarse para producirse dolor. Así que decido dejarla ingresada de momento para tenerla más controlada.

En cuanto acabamos la conversación y contesto todas sus dudas, voy directa a la cafetería, no he dormido nada en toda la noche. Me llamaron mientras cenaba con uno de mis *follamigos* para avisarme de que una de mis pacientes había llegado en ambulancia. No solo no he dormido nada, sino que tampoco me he desfogado. Hoy va a ser un

día de mierda.

—Hola, Pol. Por favor, un café bien largo —le pido al camarero del turno de las mañanas.

Una vez sentada, saco el móvil para revisar los emails. Siete llamadas pérdidas de Chloe. Eso no es normal. Llamo al buzón de voz cuando veo que tengo un mensaje. A medida que la voy escuchando, hablando tan atropellada como siempre, soy consciente de que está asustada. La conozco, y aunque no me pide ayuda en la llamada, es lo que es, una llamada de socorro.

Hace dos años, Juan la golpeó, y no llegó a grandes males porque salió corriendo del piso y se escondió en la azotea hasta que Quim la encontró. No sé qué hubiera pasado ese día, si nadie la baja de allí, el estado de hipotermia en el que llegó era muy grave y estaba bloqueada debido al shock. No ha vuelto a agredirla físicamente, o al menos no de manera visual. Eso es lo que ella me dice, pero sé que Chloe me oculta cosas. Ese Troll es un despojo humano que la tiene sometida por completo a su mandato.

Hemos trabajado mucho esto en terapia, ella es consciente que es una relación muy insana, pero cuando estás aferrado a alguien es muy difícil dejarlo ir. Sobre todo cuando le tienes miedo a él y a lo que pueda llegar a hacerte. Soy feliz de saber que por fin lo va a dejar. Y más feliz aún de saber que ha encontrado a alguien bueno. Pero ahora mismo tenemos un problemón. Juan es como el perro del hortelano, ni come ni deja comer. No está nunca con ella, pero nunca permitirá que le deje. Ese miserable la necesita para pagar sus drogas y putas. Chloe no me lo ha explicado, pero yo quise saber, así que en más de una ocasión lo he seguido. Pasa las noches en puticlubs cutres de carretera, ya que no creo que se pueda permitir nada mucho mejor. También frecuenta discotecas llenas de chicas jóvenes a las que intenta engatusar. Y todo eso acompañado de su séquito. Sus amigos. Unos parias de vida que le lamen el culo para que les invite a coca con el dinero de mi amiga.

Lo odio, mucho, ese Troll no se merece a mi preciosa y buena amiga. No le he contado lo que sé a Chloe porque creo que la verdad le dolería demasiado.

En cuanto Pol me sirve el café, lo bebo como si de un chupito se tratara y salgo a toda prisa del Hospital.

De camino al coche envío un mensaje a Quim.

Neus:

Ven a casa de Chloe cuanto antes. Hace dos años el culpable fue su novio.

Al girar para tomar la calle que me lleva a casa de Chloe contengo

la respiración. Delante del portal hay parados dos coches de los Mossos de Escuadra y una ambulancia. Dejo el coche en un lateral y salgo corriendo todo lo rápido que las piernas me lo permiten. Las lágrimas ya surcan mis mejillas.

Veo a uno de los sanitarios y lo reconozco al momento. No necesito explicarme demasiado, en cuanto le digo que Chloe es mi paciente, me deja pasar. Sin perder tiempo, subo los escalones de dos en dos o quizá de tres en tres. Al llegar al rellano, la imagen bloquea mis pasos.

Juan está esposado, semidesnudo, y un policía le mantiene la cara pegada a la pared con una mano, mientras que con la otra sujeta su brazo. A pesar de la distancia, veo lo colocado que está. De detrás del sofá asoma un pie descalzo y otro enfundado en una sandalia de cuerdas anudadas. Un policía me pide que me vaya, no puedo articular palabra, así que solo le enseño la acreditación del hospital y camino sin tener consciencia de ello hasta llegar a mi amiga.

Le ha dado tantos golpes en el rostro que uno de sus ojos no lo puede abrir. El labio lo tiene partido por tres sitios distintos y un profundo corte sangra en su mejilla. Uno de los sanitarios corta el vestido hippie que lleva para evaluar si hay más daños y la imagen es dantesca. Su plano y delgado vientre está adquiriendo tonos rojos, eso indica que acabara con hematomas por todas partes. La gira un poco y la cara que pone cuando mira su espalda me lo dice todo. No necesito que diga nada, sé que aún es peor que lo que acabo de ver. Me mantengo a distancia para dejarlos trabajar.

Chloe grita debido al dolor que siente cuando la mueven entre dos sanitarios con premura para pasarla a la camilla. Esos golpes podrían ser fatales si no llega a tiempo al hospital. Una vez la tienen estirada, corro hasta ella y me anclo a su mano, una que no pienso soltar hasta verificar que esté fuera de peligro. Lloramos juntas por su dolor, ese que sé que la está consumiendo por dentro, además de por fuera. Por suerte, en cuanto la suben a la ambulancia, la sedan. Eso hará desaparecer todo, al menos de momento.

El móvil empieza a sonar, es Quim.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Chloe? ¿Dónde está? Juro que como le haya tocado un puto pelo, lo mataré.

—Estoy con ella en la ambulancia. Vamos para el hospital Vall de Hebron.

—¡Grrr! Voy para allí. —Cuelga sin más.

Capítulo 27



Entro en casa y parece que haya pasado media vida desde la última vez que estuve aquí. Todo se ve vacío, aun estando repleto de muebles y cosas. «Es ella quien lo llena todo con solo sonreír sin importar el lugar», me recuerdo.

—¡Joder! Qué susto —recrimino a Alex llevando la mano al pecho cuando aparece de golpe en el salón.

—Perdona, tío. —Ríe mientras se acerca y me da un abrazo.

—No sabía que estarías en casa, creí que habías vuelto a tu piso.

—Y así es, pero he venido a buscar unas cosas que me dejé. Sí que tenías ganas de que me largara.

—No digas tonterías.

Charlamos un poco de mi semana fuera, aunque, hemos hablado a diario por mensajes y le he ido medio explicando. Le cuento lo feliz que vengo de las vacaciones y lo especiales que han sido. Que controlo mucho mejor los ataques de ansiedad y que no estoy tomando la medicación porque no la necesito.

—Cuando la veas alucinarás. Es perfecta.

—¿No crees que todo va un poco rápido? Quizá deberías tomarlo con más calma.

—Lo tengo claro. La quiero en mi vida.

—Vamos, no me jodas, Quim. ¿En una semana? ¿Tan bien te la chupa?

Su comentario me ofende desmesuradamente y en un gesto descontrolado, lo sujeto de la pechera.

—No hables así de ella. Nunca más.

—¿De veras? —pregunta con las cejas tan alzadas que casi desaparecen en su cabello y va retirando la mano que lo sujeta de la camisa—. ¿No lo ves? No es ni medio normal, hace solo una semana que la conoces.

—Dos años.

—¡No! No hace dos años, Quim. ¿Te has vuelto loco? La viste hace dos años, pero solo has pasado una semana con ella. Joder, solo me falta que me digas que te has enamorado.

—Estoy enamorado de ella.

Del impacto da un paso atrás y boquea como un pez intentando buscar las palabras. Me importa bien poco que crea que estoy loco. Sé lo que quiero y lo que siento. Se da la vuelta y camina a la cocina. Sin añadir nada más, empieza a preparar café. Le está dando vueltas a lo que le acabo de decir y dejo que lo vaya asimilando mientras espero que me sirva la taza.

—Me ha llamado Xenia.

El café se me va por otro lado de la impresión y empiezo a toser casi ahogado.

—Era un número que no tenía registrado, pero pensé que sería algo del trabajo. Lo primero que dijo cuándo descolgué fue: «si no vuelve conmigo, lo que pasó no será nada comparado a lo que le espera».

Me mantengo en silencio asimilando la amenaza directa que le ha lanzado Xenia a Alex. Está rematadamente loca. Aún no sé cómo no me di cuenta antes. Intento calmar la tensión del momento.

—No puede hacerme nada, está ingresada en un psiquiátrico de alta seguridad, Alex.

—Eso mismo le dije. Pero me recordó que su padre es un hombre muy poderoso y que el dinero y los contactos lo mueven todo. No sé, Quim. Quizá deberías informar en comisaría, al fin y al cabo, tiene impuesta una orden de alejamiento que ha incumplido. No puede acercarse ni a ti, ni a tu entorno y tampoco contactar con nosotros por ninguna vía. Así lo dictaminó el juez.

—Ya sabes que no quiero hablar de Xenia.

Un mensaje interrumpe la conversación y sin pretenderlo desvío la vista al móvil que tengo justo al lado. La pantalla se ilumina con el

nombre de «Dra. Blázquez» y enseguida pienso que podría ser Chloe. Cuando lo leo, rápido se me borra el inicio de sonrisa y la ilusión.

Dra. Blázquez:

Ven a casa de Chloe cuanto antes. Hace dos años el culpable fue su novio.

—Me voy —digo levantándome como un vendaval.

—¿Qué pasa?

—Es Chloe, está en peligro.

—Por el amor de Dios, estás obsesionado con esa mujer.

—¡No es eso, Alex! —grito ya cansado de sus comentarios.

—Sí, sí que lo es. Llevas dos putos años obsesionado con ella y ya estoy aburrido de tanta tont…

No le dejo terminar. Solo le enseño el mensaje. Cuando ha acabado de leerlo, su rostro refleja el impacto que le ha causado.

—Corre. Ve —dice apresurado.

No creo haber corrido tanto en mi vida con la moto. Zigzagueo entre los coches con destreza acelerando al máximo. Las palabras del mensaje se repiten una y otra vez en mi cabeza, «el culpable fue su novio». ¿Cómo he sido tan necio? Todo este tiempo fue él. Por eso ella tenía tanto miedo a contarme la verdad. Le tiene miedo a él. Le preocupaban las represalias. Sé que mi doctora no me hubiera enviado el mensaje si no fuera realmente necesario y eso solo hace que me preocupe aún más. Si le hace algo acabaré con ese imbécil. Lo destruiré.

Al llegar a la calle donde vive Chloe, me entra el agobio. Hay un par de coches patrulla y voy directo a hablar con los compañeros. Son de otra unidad, pero muchas veces voy a la comisaría en la que trabajan y han colaborado con nosotros en algunos casos.

—Es un 10-16 —contesta uno de los agentes cuando he preguntado qué ocurría.

La codificación me da la respuesta. *Perturba vida doméstica.*

—No hemos podido tomar declaración a la víctima. Han tenido que llevársela con urgencia. El cabrón casi la mata.

La peor parte de mí acaba de despertar. Siento el burbujeo de la rabia recorrer todo mi torrente sanguíneo.

—¿Dónde está el agresor? —pregunto intentando articular sin partirme ningún diente mientras mastico las palabras.

El agente hace un gesto con la cabeza para indicar que está ya dentro de uno de los vehículos. No lo dudo ni un instante. Con unas largas zancadas llego hasta la puerta trasera y al abrirla, descubro al despojo humano. Solo tengo que mirarlo un segundo para ver lo puesto que va de lo que imagino será cocaína. Ahora mismo está de bajón, como les pasa a todos estos mierdas que maltratan a las

mujeres. Las golpean creyéndose impunes, hasta que llegamos nosotros y sale a la luz de la calaña que están hechos realmente. Lloran como niñas suplicando perdón. El asqueroso está hasta moqueando. Cuando atina a verme, recula en el asiento trasero. No hay mundo suficiente para que huya de mí. Muy valiente hace un rato y ahora solo una mirada consigue que le tiemble todo el cuerpo.

—Acabaré contigo. Te destruiré. ¿Sabes lo que les pasa a los mierdas como tú? ¿Sabes qué les hacen en la cárcel a los que pegan a las mujeres?

—Yo no, ella… ella… me he metido mucho y cuando me dijo que se iba con otro… no quería hacerle daño…

No dejo que termine la frase, ya he escuchado lo que quería oír. Solo necesitaba confirmar el motivo por el que la había golpeado. Con velocidad lo agarro de los cojones y con la otra mano le tapo la boca para que no lo escuchen fuera del coche. Le aprieto tan fuerte los huevos que se le pone la cara morada, los retuerzo con todas mis fuerzas y veo en su mirada de pánico, la súplica para que lo suelte.

—Si te golpeo lo verán. Pero si te dejo los huevos morados creerán que ella te dio un rodillazo intentando escapar. —Aprieto mucho más, y llora como una nenaza, casi ahogado bajo mi mano—. No vas a poder andar en semanas y para cuando eso ocurra, ya te habrán reventado el culo en las duchas de prisión. Yo me ocuparé personalmente de que sea así. ¡Ah! Y tranquilo, yo sí cuidaré de ella en tu ausencia.

***

—Quiero verla.

—Quim. No creo que eso sea buena idea.

Tiene los ojos hinchados, y todo el rostro dulce y amable que siempre luce mi doctora, ahora denota mucha tristeza.

Eso solo hace que me inquiete más.

—Dra. Blázquez.

—Neus.

—Está bien, Neus, escúchame bien. Voy a entrar. Aunque tenga que pasar por encima de todo el hospital. Nadie va a impedir que esté con ella. Necesito verla.

La rotundidad de mis palabras le provoca un suspiro, agotada, se retira a un lado y me deja entrar en la habitación.

Nada más entrar, la atroz imagen me golpea. Aun a esta distancia soy consciente de la brutal paliza que ha recibido.

—Mi Diosa —susurro destrozado por la imagen.

Varios tubos salen de su cuerpo. Otras tantas máquinas la rodean y no soy capaz ni de acercarme a tocarla. Ahora mismo me parece de cristal, tengo la sensación de que si la rozo donde no debo, podría

romperla por completo.

—Tiene múltiples contusiones por todo el cuerpo —comienza a explicarme Neus—, además de las que ves en el rostro, tiene en la espalda y el abdomen. Le ha partido cinco costillas. Los puntos del labio y la mejilla se los ha dado el mejor cirujano plástico del hospital, bajo petición mía. Ahora mismo está sedada.

—¿Por qué está sedada? —pregunto apretando tan fuerte los puños que se clavan las uñas en las palmas de mis manos.

—Debido a la conmoción cerebral. Esperarán hasta que baje un poco la inflamación. Esta puede llegar a afectar a las funciones del cerebro y provocar dolores de cabeza agudos si la despiertan demasiado pronto. Cuando vuelva en sí puede tener algo de pérdida de memoria, falta de equilibrio y coordinación.

No he sido consciente de cómo he llegado hasta a ella, ha ocurrido mientras escuchaba la explicación de todo lo que ese malnacido le ha hecho. Al coger su mano y sentir su calidez, me rompo. Mi cuerpo cae con cuidado y escondo mi rostro en el hueco de su cuello, dejando caer lágrimas de rabia. Su aroma de verano es algo enturbiado por el olor aséptico del lugar, pero sigue ahí, débil, tanto como ella.

Con fuertes manotazos limpio mi cara incorporándome para poder verla bien. Para grabar a fuego esta imagen y poder recordarla el día que vuelva a ver a ese miserable. Dejo que el dedo índice recorra su pequeña naricita y trace el camino de las diminutas pequitas esparcidas por sus mejillas. Muchas de ellas ocultas bajo la piel enrojecida que pronto será morada. Es preciosa. Nada puede estropear la belleza de su rostro, ningún golpe puede enmascararla. Ni los morados, ni la inflamación, tampoco los puntos sobre sus heridas. Ella para mí siempre será la chica de mis sueños. Mis labios rozan suavemente los suyos y no puedo evitar sollozar. Cierro los ojos y descanso mi frente sobre la suya, recordando la sonrisa que la ha acompañado todos los días que hemos pasado juntos.

—Te amo. Te amo. Te amo —le repito varias veces deseando que me escuche.

—Volveré en un rato y te traeré algo de comer.

No era consciente de que Neus seguía en la habitación hasta que la he escuchado. Cuando cierra la puerta y nos deja solos, acerco una silla a la cama. Me siento todo lo cerca que puedo dejando descansar parte de mi cuerpo sobre el colchón para poder rodearla con el brazo. La cabeza la pongo apoyada en la almohada a su lado y sin poder evitarlo vuelvo a repetirle cerca de su oído:

—Te amo.

Capítulo 28



El corazón bombea con fuerza en mi pecho cada vez que lo miro. Se le ve agotado, pero tan atractivo como siempre. Hace un rato que desperté y estoy disfrutando de la última *playlist* que hice los días que estuvimos en Tossa de Mar, los dos juntos. Cuando escucho la voz de *Bombai y Bebé* en la preciosa versión de la canción *Solo si es contigo,* no puedo evitar pensar que está hecha para nosotros:

Contigo
Recorrería el mundo entero contigo
Me pasaría todo el tiempo mirando el firmamento y con
Tus dedos tapando el sol
Solo si es contigo
Me perdería en una isla contigo
Caminaría de tu mano y ahora que te tengo al lado
Me siento mucho mejor, solo si es contigo
Y ahora estoy debiéndote la vida
Pasando desapercibida
Mi manera de sufrir

Porque contigo soy feliz
Solo si es contigo
Solo si es contigo
Solo si es contigo

Mis auriculares me hacen viajar a otro lugar, donde solo si es con él soy feliz. Trato de no hacer ruido, así que no muevo ni un dedo, solo dejo que la música me relaje y me lleve a los preciosos recuerdos de los dos enredados en sábanas blancas. De los dos templando nuestros cuerpos salados por el mar al sol.

Está semitumbado en un sillón reclinable, sus largas piernas descansan en un reposapiés. Tiene pinta de ser uno de los sitios más incómodos para dormir que existen. Pero ahí ha pasado las últimas siete noches. Llevo aquí una semana y él no ha salido de esta habitación prácticamente para nada. Neus viene cada noche, no pregunto, pero creo que le está dando algún tipo de medicación a Quim, porque no ha tenido pesadillas, o si las ha tenido, no le han provocado ansiedad. Las enfermeras, qué decir de ellas. Están todas enamoradísimas de él, incluso creo que se pelean para ver quien viene a atenderme solo para disfrutar de la sonrisa que les regala a todas cada vez que entran en la habitación. Traen dos bandejas de la deprimente comida de hospital para que no tenga que bajar al bar. Estoy segura de que Neus ha tenido todo que ver con eso.

Sé que Alex viene todos los días. Le deja ropa limpia y se lleva la sucia. No ha entrado. Quim dice que me lo presentará cuando esté bien, lo agradezco, no necesito que más gente me vea así. Es el único momento que sale de la habitación en todo el día. Baja a tomar un café con su amigo y en media hora exacta, vuelve a estar aquí.

Al principio, después de despertar, no me dejaban levantarme, solo para ir al baño. Me han curado las heridas y aseado todos los días en la cama. Quim, el primer día, ya se lo dejó bien claro a las enfermeras, no saldría mientras me lavaban, alegando que conoce hasta el último lunar de mi cuerpo y que no se llevaría ninguna sorpresa. No dije nada. Sé lo mal que lo pasaron él y Neus. Cuando desperté, dos días después de estar ingresada, lo vi en los ojos de ambos. Estaban apagados, rodeados de unos surcos oscuros que denotaban lo poco que habían dormido y sobre todo muy, muy preocupados. Por suerte, la conmoción cerebral mejoró notablemente a los dos días, pero decidieron que me quedara ingresada para asegurarse de que todo estaba bien antes de volver a casa. Estoy esperando que me den el alta.

El estridente sonido de una llamada rompe este relajado momento y Quim de un salto se incorpora y contesta sin pensarlo.

—¿Sí?

La cara se le desencaja y una de sus manos se sujeta con tanta fuerza a los barrotes de los pies de la cama que los nudillos se le ponen blancos.

—¿Quim? ¿Quién es? ¿Estás bien? —pregunto preocupada.

Asiente con la cabeza y fija su mirada en la mía. Cuando comprendo con quién está hablando no puedo evitar llevar una mano sobre mi boca del impacto que me causa.

—¿Qué es lo que quieres, Xenia? —dice sin dejar de mirarme.

Como si en la conexión que se crea entre nosotros al mirarnos, hubiera la fuerza que necesita para seguir al teléfono.

—No es de tu incumbencia con quién estoy. —Hay un largo silencio—. ¡No! La que no lo entiende eres tú. Estás ingresada porque eres una asesina. Si vuelves a llamarme pondré una denuncia por incumplimiento de la orden de alejamiento.

En cuanto cuelga, extiendo mis brazos y, como un autómata, se acerca a mí, refugiando su enorme y musculado cuerpo en mi abrazo.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—Ya sabes quién es Xenia. —No lo pregunta—. ¿Recuerdas que te expliqué que al subir a su piso y entrar en la habitación aluciné? —Asiento con la cabeza—. Aquella habitación era para morirse del impacto. Chloe, está enferma. El médico del psiquiátrico le ha diagnosticado limerencia.

—¿Cómo has dicho?

—Limerencia. Es la obsesión de ser amado. Y se considera un trastorno porque la persona pasa del enamoramiento a la obsesión. Si lo hubieras visto, era estremecedor. Tenía toda la habitación llena de fotografías mías. Fotos de las que no era ni consciente que me había hecho. En la ducha, durmiendo, tomando algo con Alex… Me impactaron mucho las que había de misiones de mi trabajo. Pero lo entendí rápido cuando giré el cuerpo y en la otra pared vi informes, mapas y datos de muchas de las misiones que mi unidad había ejecutado y de otras que estábamos investigando. Por impulso, saqué mi teléfono e hice fotos a todo lo que pude. Estas fueron determinantes para que la encerraran.

»Cuando me preguntó por qué había tardado tanto, solo supe decirle que no encontraba su móvil. Le di vueltas todo el camino y al aparcar delante de casa de mis padres, la encaré y le pregunté qué era lo que acababa de ver en su casa. Ella bajó del coche, ofendida porque hubiera husmeado en sus cosas. Todo se fue de madre cuando le dije que estaba loca y que eso no era amor, sino obsesión. Empezó a chillar cosas sin sentido. Repetía una y otra vez qué era lo que debía hacer, pero que era verdad que me amaba.

Está sentado en el filo de la cama, a mi lado y puedo sentir como está temblando todo su cuerpo, tiene la mirada perdida en la blanca

pared que tiene delante. Como si en ella viera todos los recuerdos de ese día. No lo interrumpo, le doy su espacio. Solo entrelazo mis dedos con los suyos y espero.

—Mis padres, sorprendidos, salieron de casa al escuchar los exagerados gritos. No nos habían visto discutir nunca y estaban algo inquietos. Les pedí que subieran al coche y esperaran dentro. Íbamos a comer a su restaurante favorito y ya habíamos quedado en que nosotros pasaríamos a recogerlos para poder ir todos juntos.

»Tenía a Xenia sujeta de los brazos cuando le dije que lo mejor era que la llevara a casa y que nos diéramos un tiempo. Enloqueció. Desquiciada gritaba que no permitiría que la dejara mientras golpeaba mi pecho.

Las lágrimas comienzan a derramarse por su precioso rostro y no puedo evitar acompañarlo con las mías.

—No alcanzo a entender cómo sucedió.

Me acerco a él y lo rodeo con los brazos apoyando mi cabeza en su pecho, sigo en silencio.

—De un fuerte empujón me apartó. Amenazante e ida me dijo que, si no me tenía ella, nadie lo haría. Y subió al coche encerrándose dentro. Mis padres miraban la escena con espanto, sin entender nada. Golpeé el cristal con todas mis fuerzas pidiéndole que abriera. Cuando gritó que era solo suyo, supe que nada bueno vendría después. Vi en sus ojos la locura. Aceleró tan fuerte que las ruedas chirriaron en el asfalto. Oí a mi madre vocear mi nombre con las manos en el cristal trasero rogando ayuda con su mirada.

»Corrí tras el coche todo lo que pude. Gritando que parara. Pero ella, sin pensarlo, aceleró y aceleró. La vi mirar hacia atrás a mis padres, solo un instante, vi cómo les decía algo, y cuando volvió al frente, el gran árbol del final de la calle estaba solo a unos metros del coche. No llegó a alcanzar demasiada velocidad, pero la suficiente para que, cuando tuvo la horrible idea de tirar del freno de mano para intentar detener el coche a tiempo, este volcara y diera varias vueltas sobre sí mismo, chocando finalmente con el grueso tronco. Todo el golpe fue en la parte de los asientos traseros. Al llegar, supe que los había perdido.

No sé cuánto rato hemos llorado los dos abrazados en la cama hasta conseguir controlar la enorme pena, la que siente él sabiendo que no volverán y la que siento yo por verlo sufrir así. Cuando ha acabado su desgarradora historia, le he ayudado a tumbarse junto a mí intentando calmar su perturbado corazón con caricias y besos. Por un momento pensé que sufriría otro ataque de ansiedad, pero ha conseguido regular su respiración mientras me abrazaba con la fuerza del que tiene miedo de perder a alguien.

—Hay algo más —susurra con el rostro oculto en el hueco de mi

cuello—. Llevo años buscándote.

Mis ojos, que descansaban después de tanto llorar, se abren de golpe por la impresión de sus palabras.

»Chloe, llevo dos años buscándote. Intentando encontrarte en el rostro de todas las mujeres rubias con rizos que me cruzaba.

—¿Qué intentas decirme? ¿No fue una casualidad encontrarte en Tossa de Mar?

—Sí. Bueno, o quizá no.

Con cuidado me separo un poco de él para poder mirarlo a los ojos y ver si ellos me dicen algo más que sus palabras, porque no estoy entendiendo nada.

»Creo que Neus sabía que si nos enviaba a los dos a Tossa era muy probable que nos encontráramos. Pero, yo creo que solo el destino hizo que así fuera. Podrías haber pasado de largo, pero te detuviste a hablar conmigo. No te imaginas lo que fue para mí verte. Ahí, sonriendo, a mi lado. Tan cerca que podía sentir tu calor, tu respiración, tu olor.

—Pero…

—El día de la azotea, cuando te sujeté entre mis brazos, sentí lo fría que estabas. Me miraste y en ese instante todo en mi mundo cambio. Pensaba en ti a todas horas. Ya no tenía ganas de volver a casa con Xenia. Solo deseaba encontrarte. Y lo hice. Te encontré. Unas semanas después de la muerte de mis padres, te vi, y me salvaste.

Me besa suave, con una ternura que me desarma y continúa:

—Salí a correr y ahí estabas. Cantando como una loca en tu coche la canción *Happy* de *Pharrell Williams*. Cantabas tan fuerte que se te escuchaba por encima de la música.

Ambos reímos. Pero no puedo contener el flujo salado que resbala hasta mis labios.

—Chloe, encontrarte calmó mi alma. Desde ese día me visitas en todos mis sueños y me rescatas de mis pesadillas.

—Tus ojos. Siempre he sentido que eran hogar, que eran protección. —Me acerco y beso sus párpados—. Eres el Dios que bajó a la tierra a salvarme. —Ríe por mi comentario.

—¿Cómo dices?

—Así te bautizó Neus. Madre mía. ¿Sabes cuantas veces he llegado a hablar de ese día en terapia? ¿De ti? Porque, aunque no te recuerde, siempre has estado en mi mente. Si no hubiera sido por ti, ese día habría muerto.

—Chloe, si no fuera por ti —dice remarcando la última palabra— no creo que me hubiera recuperado como lo he hecho. Desde que estás en mi vida, no necesito la medicación. Nada. Solo sentirte cerca ya me calma.

Dice que lleva dos años buscándome. Yo siento que he estado toda

la vida esperándole. Es todo tan abrumador. Él es tan arrollador.

—Gracias, mi Dios.

—Gracias, mi Diosa.

Reímos divertidos por los cursis apelativos, aunque a mí me encanta que me llame así. Pero, sobre todo, porque ahora hay menos peso sobre nosotros y mucha más verdad. Saber quien es, aunque no tenga mucho sentido, hace que entienda más las cosas. Que comprenda por qué es inevitable que nos unamos. No puede ser de otra manera. Como siempre dice él, es el destino.

—Os recuerdo que esto es un hospital, no un picadero.

La voz de mi descarada y dulce amiga rompe el silencio. Obligándonos a dejar de darnos arrumacos. No hemos podido parar de besarnos y tocarnos. Era como si necesitáramos compensar todo ese tiempo que nos han robado y que ahora nos están regalando.

—Dra. Blázquez.

—Deja de llamarme así, no te lo repito más. —Quim ríe negando con la cabeza, porque Neus puede llegar a ser muy impetuosa cuando dice las cosas.

Intento sentarme en la cama, pero él me sujeta y me mantiene ajustada a su cuerpo.

—Venga, machote, que corra el aire, que no te la voy a quitar.

Escucho como gruñe, pero cede y me suelta para poder levantarse de la cama y yo me incorporo.

—Definitivamente, mucho más cómodo para mantener una conversación, tanto sobeteo pone tontorrona a cualquiera. —Río divertida. Es única.

—Venga, Neus —remarca su nombre—, al grano, ¿le vas a dar el alta?

—Cómo se tome tan poco tiempo para todo, amiga, vas a tener un serio problema. —No puedo contener la carcajada y la muy pilla me acompaña.

—Te aseguro que me tomo todo el tiempo del mundo cuando se trata de complacerla.

No me puedo creer que estén hablando de esto. Se me han subido hasta los colores. Pero no porque mantengan esta conversación. Si no porque recuerdo perfectamente todo el tiempo que dedica Quim en saciar y complacer mi cuerpo. Se nota que estoy mucho mejor, porque solo de pensarlo siento la humedad entre mis piernas.

—Cariño, ¿cómo te encuentras? —pregunta mi ángel con dulzura.

—Estoy bien. Necesito volver a casa.

—Yo la llevaré.

Neus y yo nos miramos intentando buscar la manera adecuada de encarar esto. Ayer, cuando Quim fue a tomar café con Alex, estuvimos hablando las dos solas.

—Verás, Chloe tiene que tomar las cosas con calma y…

—Deja que se lo explique yo —interrumpo a mi amiga—. Quim, he de volver a mi piso, y afrontar la realidad de lo que me encuentre al llegar allí. Y necesito hacerlo sola.

—¿Esta gilipollez es idea tuya? —pregunta, enfadado, atravesando con la mirada a Neus.

—No, soy yo quien lo ha decidido.

—Contesta, ¿eres tú que le ha metido eso en la cabeza?

—Ya te lo ha dicho, es ella quien lo ha decidido. Y para ser sincera, yo tampoco estoy nada de acuerdo.

—Deja que te lo explique —ruego.

—Sí, por favor, porque no estoy entendiendo nada.

—Necesito ir a mi casa y volver a hacerla mía de verdad. He de cerrar ese capítulo de mi vida que fue Juan, para poder seguir adelante.

—Yo te ayudaré. No me alejes. No lo hagas.

Un enorme nudo se forma en mi garganta cuando me habla así. Asustado. Como si me fuera a ir para no volver.

—Ven, siéntate. —Obedece cogiendo mi mano—. Tengo que hacer esto sin ayuda. A pesar de lo sola que me he sentido siempre, llevo toda la vida dependiendo de alguien. Y no quiero que siga siendo así. He de aprender a afrontar mi vida. He de aprender a estar cerca de alguien sin egoísmo. Amar ha de ser altruista, sin esperar nada a cambio. Tengo que saber vivir sola conmigo misma, para poder hacerlo de nuevo con alguien. Deseo con toda mi alma que esto funcione —digo señalándonos ambos.

Miro a mi Dios y mi ángel y les ruego:

—Dejar que aprenda a quererme a mí.

Capítulo 29



—¡Vamos, hombre, no me jodas!

—Haz el favor de sentarte y calmarte.

—¿Calmarme? —Río desquiciado—. La mujer que amo no quiere verme desde hace dos semanas. No coge las llamadas, solo dice que está bien por mensajes. ¡¡Mensajes de mierda!! —grito—. Para colmo, mi psiquiatra no tiene claro si estoy listo para volver al trabajo. Si sigo así, al final me tendrás que internar porque me habré vuelto loco de verdad.

—Siéntate, por favor. Hablemos.

—Te escucho perfectamente de pie. Solo tienes que contestar. ¿Vas a enviar el informe favorable a la unidad?

Veo la duda en sus bonitos ojos. Las pesadillas no han cesado, pero ya no me provocan ataques de ansiedad. Alguna noche, me despierto agitado y empapado en sudor, cuesta un poco, pero pensar en los días en Tossa consigue que caiga de nuevo en los brazos de Morfeo. Neus está contenta de que todo esté mejorando, pero sigue dudando si es buena idea que vuelva al trabajo. Se supone que para volver he de

estar en perfectas condiciones mentales y lo cierto es que estoy desquiciado. Puedo entender que se lo esté pensando, pero si no hago algo con mi vida, aparte de matarme en el gimnasio y enviar mensajes a Chloe, me va a acabar dando un telele. Han pasado quince días desde que dejé a mi chica, sí, es mi chica, en su casa. La sensación de dejarla y tener que marcharme fue como si me arrancaran un brazo, como si se desprendiera algo de mi cuerpo. Desde que murieron mis padres me he convertido en un flojo de mierda. No es que me avergüence de llorar, nada más lejos, mi madre siempre me enseñó que los sentimientos hay que expresarlos. Pero esto ya está rebasando los límites. Parezco una maldita fuente, cada vez que me acuerdo de ella en el hospital con todos esos golpes caen las lágrimas a su antojo y estoy harto. Tengo que hacer algo para tener la mente ocupada.

Chloe pide tiempo, uno que no quiero darle. Pero debo concedérselo. Entiendo su necesidad. Ha pasado por mucho con ese malnacido.

Le envío varios mensajes cada día, le cuento cosas tontas de mí día a día. Qué he comido, cuánto rato he estado corriendo… también le escribo recuerdos de nuestros días juntos, momentos que compartimos o le recuerdo ratos en los que reímos sin parar. Ella solo me envía los buenos días y hasta la noche no vuelve a decirme nada. Solo me dice que está bien y que me echa de menos, me da las buenas noches y así cada puñetero día desde hace quince.

Neus va a verla cada tres días, no deja que vaya más. Si va sin su consentimiento no le abre la puerta. Cuando sale de su casa, me llama y me explica cómo la ha visto y qué tal está. Al principio, aunque ella se hacía la fuerte, sabemos que estaba destrozada. Parece que esta semana está mejorando. En la última visita la vio mucho más animada y ha dado un paso importante. Habló con la empresa en la que trabajaba, les explicó un poco lo que había ocurrido y han llegado a un acuerdo para finiquitar el contrato, por lo que sé, la van a indemnizar económicamente como si fuera un despido y no una baja voluntaria. Eso le permitirá estar un tiempo sin trabajar si lo necesita.

—Sé lo difícil que está siendo esto para ti. Tienes que tener un poco más de paciencia.

—La tengo, Dios sabe que la tengo. Le voy a conceder todo el tiempo que haga falta y después me pegaré a ella como una garrapata y no pienso soltarla en toda mi vida. —Neus ríe y eso templa un poco mis nervios—. La echo mucho de menos.

—Yo también. Cuando voy a verla, me concede media hora si llega y me pide que me marche, tengo ganas de que vuelva mi amiga. Pero lo que está haciendo es algo muy importante. De este proceso saldrá una mujer fuerte y hecha a sí misma. Te quiere. Es casi lo poco que

me dice cuando le hago las visitas. Me repite una y otra vez que te quiere muchísimo y que te pida perdón por todo lo que está haciendo.

—Haría cualquier cosa por ella. Esperaría tres vidas si fuera necesario.

Me observa durante un rato.

—Ella te ha hecho volver —sentencia—. Tener alguien a quien amar te ha hecho volver.

Extiende su mano invitándome a que tome asiento y dejo caer el cuerpo desmadejado en el sillón, doblando una rodilla sobre este para poder girar el cuerpo y encararla.

—Voy a enviar el informe favorable a tu sargento.

Me lanzo sobre ella y le doy un enorme abrazo de oso. Le doy besos en las mejillas y le repito gracias mil veces, mientras ella se troncha con su risilla cantarina.

—Perooo… —alarga mucho la palabra y la libero de mi agradecimiento de oso amoroso—, continuamos con las sesiones hasta que esté convencida de que todo va bien.

—Acepto. —Ella me guiña un ojo, repitiendo una vez más ese gesto tan suyo.

En ese instante se abre la puerta de mi casa y Alex entra como un vendaval hablando por teléfono.

—Claro, preciosa. Estaré en tu casa a las siete, haré el aperitivo entre tus piernas y después vamos a cenar. —Ríe caminando hacia la cocina y levanta la mano que sujeta su cartera de piel para saludarme.

Solo me ha mirado a mí, lo ha hecho con intención. Le hace el vacío a Neus cada vez que la ve. Pensé que habían resuelto su tensión sexual, pero está claro que no. Cada vez es peor. Y esta llamada, está claro que es un grito de guerra. Alex siempre suele ser discreto con sus ligues, incluso cuando estamos solos los dos se retira para hablar con ellas. Tengo tanto en la cabeza que no puedo estar por las batallitas de estos dos, pero empiezan a preocuparme.

—¿No piensas saludarme? —recrimina ella cuando corta la llamada.

—¿Cómo le va bien hoy a la doctorcita? ¿Te estrecho la mano, u hoy somos amigos?

—Somos amigos, o eso creía yo.

—Por supuesto. —Le regala una sonrisa canalla y con dos zancadas largas se planta delante de ella y la abraza.

Ella lo corresponde y me sorprende, porque se tratan como el perro y el gato. Pero cada vez que se rozan no pueden evitar acercarse el uno al otro. El abrazo dura mucho más de lo que se espera de uno entre amigos. Para rematar, Alex le da un beso rozando la comisura de sus labios y se quedan anclados en los ojos del otro. La tensión entre ambos es tanta que me siento hasta incómodo y aparto la mirada. Para

darles algo de intimidad, me giro y me entretengo preparando café.

—Los amigos nunca se miran así —le susurra Alex, pero estoy tan cerca que lo escucho a la perfección.

Espero que follen pronto, porque esto ya es insoportable. Neus suspira y con un carraspeo recobra la cordura.

—Quim. —Me giro y veo cómo se está separando del cuerpo de Alex y este extiende sus brazos todo lo que puede hasta que la distancia entre los dos impide que pueda seguir tocándola—. Preparo el informe esta tarde y lo envío.

—Gracias, Neus.

Nos despedimos con un abrazo y un beso, que nada tiene que ver con el que se ha dado con mi amigo.

Cuando pasa por al lado de Alex, su mano va a la nuca de este para atraerlo y poniéndose de puntillas le da un beso en la *mejillalabio,* le guiña un ojo y le dice:

—Hasta pronto, amigo.

Tengo que presionar los labios para evitar que se me escape la carcajada que me provoca la situación. Esta mujer es un encanto, pero cuando quiere puede ser un demonio. Alex no le contesta, solo se recoloca el paquete con descaro para que ella sea testigo y le devuelve el guiño. Niego con la cabeza dándolos por perdidos y sigo con lo mío.

***

Me siento eufórico. El jefe de mi unidad me ha recibido con una gran sonrisa, y alegrándose por mi reincorporación. Por lo visto, mi psiquiatra, ha verificado mi total recuperación y absoluta capacitación para volver a la unidad.

La mañana ha sido densa. Ponerme al tanto de todos los casos me va a llevar un par de días más como mínimo. Pero a final de semana ya tenemos la intervención de un piso franco en la zona del Rabal de Barcelona. Es un caso que ya estábamos siguiendo muy de cerca antes de mi ausencia. He pasado toda la mañana revisando la documentación, fotografías y perfiles de los integrantes de la banda. La mayoría ya con antecedentes, pero casi todos menores. Menos uno, el cabecilla, José Miguel Hernández. Es colombiano, pero lleva en Barcelona más de diez años trapicheando con el tráfico de droga. Aunque él nunca se ensucia las manos, se encarga de reclutar chavales jóvenes a los que suministra droga a gusto y de este modo acatan sus órdenes como si de un rey se tratara. Sabemos que están preparando una gran entrega. Tenemos un topo y nos ha filtrado toda la información necesaria para pillarlo con las manos en la masa. Por fin vamos a atrapar a ese bicho de cloaca.

No es que no me haya acordado de Chloe, claro que lo hago, cada segundo del día, pero tener la mente ocupada es como un soplo de

aire fresco. Necesitaba esto. Sentirme útil. Saber que voy a hacer algo, por pequeño que sea, para mejorar el mundo, consigue que me sienta otra vez yo. Más equilibrado y templado. Cuando trabajas en el grupo especial de intervención, te conviertes en dos personas, y ambas se complementan. Aquí he de ser frío y calculador. Y eso ayuda al hombre emocional y tranquilo que soy fuera. Son dos personas muy distintas, pero que se equilibran.

***

He tirado de contactos y he conseguido una vista a solas con Juan, el exnovio de Chloe. La media hora de camino hasta el centro penitenciario de *Quatre Camins* solo hace acrecentar las ganas que le tengo a ese desgraciado. Ni el camino con *la niña de mis ojos* ha conseguido templar mi estado de ánimo. Cuando llego a la puerta y me quito el casco tengo que respirar un par de veces antes de entrar.

Verlo entrar andando a horcajadas consigue que me sienta algo mejor. Lo obligan a sentarse y anclan las cadenas que sujetan sus manos y pies a la robusta mesa que hay en medio de la sala. He untado a un funcionario de prisión que suele pasar información a la unidad y me ha explicado que ya llegó sin poder andar, pero que a los pocos días se agravó su estado cuando se corrió la voz de que estaba aquí por golpear a una mujer. Eso aquí se paga. Por irónico que parezca, la prisión está llena de justicieros. Y hay una especie de código, no está escrito, pero todos saben que la violencia de género se paga con condena, pero también con la justicia de la calle, o en este caso, la de aquí dentro. Una que los prisioneros imponen. Juan ya ha podido comprobarlo en sus propias carnes. Me han confirmado que lo han violado ya dos veces.

—Ya me han contado lo mucho que estás disfrutando de tu estancia en prisión.

—¡¡Maldito hijo de p…!!

—¡Cuidado! Se te está olvidando muy rápido de quien depende que sigas con vida aquí dentro —interrumpo.

Mi mirada es tan amenazante que no es capaz ni de sostenerla, es un gallina.

—¿Qué es lo que quieres?

—Solo he venido para comprobar con mis ojos que se están encargando de ti.

Da un fuerte tirón de las cadenas. Descansando las dos manos sobre la mesa, me levanto lentamente y camino hasta posicionarme a su lado. Por instinto, en mi último paso, él se cubre. Se protege del golpe que espera que le dé. Tan brabucón hace solo un momento y con solo acercarme veo como le tiembla el cuerpo. Soy paciente y cuando vuelve a bajar los brazos confiado, le doy un puñetazo con

todas mis fuerzas en la boca del estómago. Es tan fuerte el impacto que cae hacia atrás en la silla. No llega a tocar el suelo porque las cadenas siguen sujetas a la mesa, el tirón de las esposas en las muñecas ha tenido que doler casi tanto como el golpe.

—Tranquilo, ya no volveré a visitarte. He dejado todo arreglado para que no haga falta que me encargue yo de ti.

—¡Espera! ¡Espera! ¿Cómo está? Por favor, dime si Chloe está bien —balbucea debido al golpe.

No me puedo creer que me haya hecho esa pregunta. Ahora mismo solo deseo matarlo. Pero me contengo.

—¡Bien! —Grito y me acuclillo en el suelo para estar más cerca de su cara—. Le partiste cinco costillas, le dieron varios puntos en la cara y el labio, y pasó dos días sedada porque la conmoción celebrar era un riesgo para su vida. ¡¡Casi la matas!!

Abre los ojos y sus cejas casi tocan el techo de la impresión. Gruesas gotas salen una tras otra de sus ojos y su cuerpo tiembla como una hoja.

—No pued… no… no, no, no. No puede ser cierto. Yo no. Nunca quise… no quería… no, no, no. Yo la amo.

—¿Que la amas? Esto no es amor, escoria.

Saco el teléfono y le muestro las fotos que le hice a Chloe en el hospital. Son para el juicio, pero no puedo esperar a ese día. Si de veras algún día la ha querido, que no lo dudo, porque es imposible no quererla con locura, estas fotos serán aún peor que lo que le espera aquí dentro. Sale en ropa interior, esa sencilla que suele llevar ella de algodón blanco y sujetador deportivo. Las hicimos cuatro días después de la brutal paliza, todos los cardenales ya habían aparecido y los tonos morados cubrían prácticamente todo su cuerpo y cara. Cuando ve la imagen de su espalda comienza a hipar, llora casi ahogado. Está toda oscura, casi no hay piel sin golpe. Se derrumba cuando le enseño la de su precioso rostro y no puede controlar los sollozos. Ha tenido un ojo cerrado casi toda la semana, los puntos con hilo negro en el pómulo y el labio dan una imagen aún más macabra. Un lado de la mandíbula también tiene ese color característico y algo inflamado tras el golpe que le dio este maldito. No puedo evitar que una lágrima caiga por mi rostro, me pasa cada vez que veo la brutal paliza que recibió a manos de esta cosa, porque no se puede ni catalogar como persona. Lo observo y me doy cuenta de que da igual todos los golpes que le demos, o la cantidad de veces que le revienten el trasero aquí dentro, ver estas fotos ha sido sin duda su mayor castigo.

—¡¡Ahhhhhh!! —grita mientras se golpea una y otra vez con sus propias manos la cara—. Nunca quise, perdona, perdona, perdona, mi niña, perdona… —Entra en bucle pidiendo perdón como si ella estuviera aquí.

Durante un rato, lo observo, no me muevo y calmo un poco mi rabia sabiendo que las imágenes lo han dejado destrozado. Ser consciente de lo que le ha hecho, lo va a atormentar el resto de su vida. No siento ni un ápice de pena por él. Al contrario.

—Por favor, dile que lo siento y que la quiero, por favor, dile que nunca quise…

—Ni lo sueñes —sentencio, interrumpiendo sus súplicas.

Sin más que añadir, me doy la vuelta y me voy escuchando como golpea con fuerza su cabeza contra el suelo totalmente desquiciado.

En cuanto traspaso la última puerta de la prisión, respiro con fuerza llenando mis pulmones, tengo la sensación de que todo el tiempo que he pasado ahí dentro lo he hecho sin respirar. Camino hasta el parking para coger la moto y me siento algo más ligero. Nunca nada compensará lo que vivió Chloe ese día, ni lo que la acompañará el resto de su vida en sus recuerdos. Que tu única familia te haga algo así, es casi imposible de superar y jamás se olvida. Pero pienso pasar el resto de mis días llenando su vida de momentos extraordinarios que la hagan inmensamente feliz.

Avanzo despacio con la moto por el asfalto que lleva a la salida de la zona penitenciaria cuando una llamada resuena en el casco. Presiono el botón del intercomunicador que tengo en el exterior del casco y respondo.

—¿Sí?

Silencio.

—¿Hola?

—Cuánto tiempo, agente Puig.

Solo hay una persona que me llame así y tenga ese acento tan marcado. El padre de Xenia, ruso de nacimiento, mantiene su acento como si fuera ayer que llegó a España y lleva más de veinte años en Marbella. Detengo la moto en un lateral de la carretera antes de tener un accidente, porque solo escucharlo ha conseguido que la rabia cimbree todo mi cuerpo. Y hoy ya iba cargadito de ella, esto solo lo empeora.

—Leonid, ¿qué coño quieres?

—Así es como saludas a tu futuro suegro. Vaya, creí que a la familia se la trataba de otra manera.

—Y así es. Por eso te pregunto. ¿Qué coño quieres?

—Quiero que retires los cargos. —Río desquiciado.

—Eso no va a pasar.

—Verás, sí que pasará. Vas a retirar los cargos contra mi hija y vas a volver con ella. Tener a mi hija entretenida follando como una ninfómana contigo me ha tenido muy tranquilo todos estos años. No la he querido nunca de vuelta en Marbella, husmeando en mis negocios, pero mucho menos la quiero llamándome a todas horas llorando. Así

que arregla esto o me veré obligado a hacerlo a mi manera.

—Tu hija está donde debe estar, es una asesina y está enferma.

—Me importa una mierda que esté enferma o no, si mi hija te quiere a ti es lo que tendrá.

—Eso es algo que no vas a poder comprar ni con todo tu dinero. No lo puedes tener siempre todo.

—Te aseguro que sí. ¡Ah! Por cierto, casi me olvido. ¿Qué tal está, Chloe?

Cuando lo escucho pronunciar su nombre casi me caigo de la moto. He de poner el caballete y bajarme porque los nervios no me permiten estar quieto. Dudo con la respuesta.

—No sé de quién me hablas. —El cabronazo ríe a boca llena.

—Claro que sí lo sabe, agente Puig. Lo cierto es que entiendo tu nuevo capricho, es preciosa. Aunque ahora mismo está hecha un asco.

—No te acerques a ella, ¡¿me oyes?! —le advierto en tono amenazante.

—Voy a ser muy claro contigo, presta mucha atención. Me importa una mierda que te las folles a las dos, pero arregla lo de mi hija y vuelve con ella si no quieres que tu dulce y preciosa Chloe acabe aún peor de lo que está ahora.

Cuando cuelga, estoy furioso, cuento varias veces hasta diez y controlo la rabia que siento dentro. Intento calmarme racionalizando la situación. Sé que Leonid es un hombre de negocios poderoso y con recursos en Marbella, tiene varias empresas y clubs. Cada verano íbamos una semana y la pasábamos en su enorme mansión. Comía con nosotros un par de días y ya, esa era toda la atención que nos prestaba.

No entiendo esta llamada, siempre le ha importado muy poco la vida de su hija y aún menos la mía. Nunca se ha interesado en saber nada sobre mí, ni siquiera conocía a mis padres. Es un hombre extravagante con aspecto de chulo putas, pero con clase. Distante y bastante arrogante. Nunca me ha gustado, pero tampoco tenía que hacer el esfuerzo, ya que no lo veía más que tres o cuatro veces al año. Que me llame y me amenace, me descoloca. Ha dicho que no le gusta que husmeen en sus negocios. ¿Qué negocios son tan secretos que ni tu propia hija puede estar al tanto? Siempre he creído que era un simple ricachón putero, pero esta llamada y la seguridad con la que me ha amenazado me inquietan. Quizá detrás de esa apariencia de rico distinguido se esconda algo más. Hay algo que no me gusta en todo esto. Si algo he aprendido en el GEI es que nadie es quien parece ser. Que no hay que fiarse de las primeras impresiones.

Ahora mismo me preocupa que pueda llevar a cabo su amenaza contra Chloe. Pero no pienso retirar los cargos. Eso no va a ocurrir nunca. Lo que sí voy a hacer es tirar de contactos. No puedo hacer

mucho desde Barcelona, pero mi padre tenía amigos por todas partes. El comisario García es un alto cargo en la Policía Nacional. Viene cada año a veranear a la Costa Brava y siempre llamaba a mi padre para comer con él. Si alguien puede averiguar qué esconde Leonid, es él.

—Qué grata sorpresa, agente Puig. ¿A qué debo el placer de su llamada? —contesta.

—Comisario García.

Él también asistió al velatorio de mis padres y al entierro. Apreciaba mucho a mi padre.

—Ya veo que la llamada es profesional. Usted dirá.

Le explico brevemente lo ocurrido. Él ya está al tanto de cómo murieron mis padres. Le hago saber lo inquieto que estoy con esta llamada.

—Verá, no sé si usted podría averiguar algo. Leonid vive en Marbella y como sabe yo desde aquí no creo poder sacar tanta información como la que quizá encuentre el cuerpo de la Policía Nacional.

—No se preocupe, agente Puig. Ahora mismo hago unas llamadas y cuando sepa algo le informo.

—Muchas gracias.

—Aún no me las dé. Estamos en contacto.

Capítulo 30



Al dar el último brochazo me retiro de la pared y dejo caer el cuerpo hasta quedar sentada en medio del salón. Comienza a sonar en mis cascos la nueva canción de *Ana Mena y Belinda*, *Las 12,* y pienso en Quim con las primeras frases llevando la mano al colgante que me regaló.

Tú y yo frente al mar
¿Te acuerdas de mí?, ¿dónde estás?
Yo quisiera verte, convencerte
De que vuelvas otra vez a quererme
Fue tan mágico, melancólico
Tan nostálgico, tan ilógico
Volver a perderte, quisiera volverme
Y otra noche yo en tus brazos perderme
Bailando como tú y yo
Si nadie puede hacerlo como tú y yo
Y nadie como tú me conoce, yo no sé
A quién llamo cuando lleguen las 12

En cuanto sube el ritmo no puedo evitar dar un salto y dejarme llevar por esta canción que te pide bailar con cada nota. Levanto los brazos, doy pequeños saltitos y dejo mis caderas libres danzar de un lado para otro. Subo al máximo el volumen y canto la canción.

Solo duermo pa verte, pa soñarte un poquito
Cómo extraño tu boca y eso' ojo' bonito'
Fuimo' lo más lindo que hay
No me digas goodbye, no me digas goodbye
Si esto era guay (guay)
Fue una guerra de besos que a ti te ponía loquito
La camisa te dejaste, y yo esa no me la quito
Vuelve a darme un besito, babe, a quererme bonito
Yo quiero devolverme a ese veranito

Sonrío feliz, aunque agotada por el bailoteo y por la paliza que me he dado estos días para pintar todo el piso. Tengo un enorme dolor de cabeza. Los dolores cada vez son más espaciados, pero ya me avisaron que podrían durar un tiempo, aunque ahora mismo estoy tan contenta con el cambio de mi piso, que la cabeza es lo que menos me interesa. Las costillas fisuradas también han sido un gran estorbo, duelen con rabia, pero eso tampoco me ha detenido. He tomado una determinación y voy a llevarla a cabo hasta el final, aunque tenga que ir chutada todo el día de analgésicos. Recorro con la mirada toda la estancia, he cubierto de blanco todas las paredes que pintó Juan de ese horrible verde pistacho que me estresaba tanto. Recuerdo el día que llegué y lo vi, casi me caigo de culo, pero él estaba tan ilusionado con el color que había escogido que nunca fui capaz de decirle que lo odiaba. Acabábamos de venir a vivir al piso y solo teníamos un colchón en el suelo del salón donde dormíamos, mirábamos la televisión y hacíamos el amor. Teníamos dieciocho años recién cumplidos y nos acababan de echar, aunque con cariño, del internado. Con el tiempo hasta me acostumbré al color. Aunque sin duda prefiero el de ahora, todo luce un limpio y resplandeciente blanco, menos la pared donde colocaré el mueble con el televisor, esta la he pintado en amarillo mostaza, es vivo, pero sin ser estridente. La estancia parece el doble de grande y ahora hace juego con la cocina y sus muebles azul pastel y los taburetes amarillo canario.

Cuando volví a casa fue devastador, creí que moriría de la pena. Pasé los primeros tres días llorando sin parar y echando de menos a Quim tanto que pensé que no sería capaz de no llamarlo y pedirle que viniera. El día que me dejó en casa me abrazó tan fuerte que creí que volverían a fracturarse las costillas que empezaban a curar. Me miró a los ojos con esa devoción que siempre veo en ellos y con absoluto convencimiento me dijo: «esperaré mil vidas si es necesario». Casi le

suplico que se quede. Pero tenía que hacer esto por mí.

La primera visita de Neus fue clarificadora. Lo dejó muy claro, o espabilaba y hacía algo con mi vida, o vendría cada día y empezaría a medicarme de nuevo con antidepresivos. Me negué en rotundo, ya los había dejado hacía tiempo y no pensaba volver a tomar esas pastillas que me dejaban atontada. No me quedó más remedio que remangarme y empezar a tomar decisiones reales de mi vida. Lo primero fue sacar todo lo de Juan o lo que me recordaba a él. Lo vendí todo por una página de segunda mano, el sofá, la cama, todo. Compré unos juegos de sábanas nuevos, en los que él nunca hubiera dormido o follado con otras y pasé unas cuantas noches durmiendo en mitad del salón en un colchón hinchable que me trajo Neus. Ella insistió en que podía ir a su casa, pero me negué. Por raro que parezca me dio mucha paz ver mi piso vacío. Fue como si sacar todo lo que había, hiciera que los malos recuerdos vividos aquí también, se alejaran. No desaparecieron, eso no lo harán jamás, pero sí pasaron a otro plano. La ilusión por renovar todo, también me ayudó. Puse una gran cama con cabezal de forja en el centro del dormitorio. Encontré una mesita de noche de segunda mano rústica y restaurada con cajones en distintos colores pastel, para mí no necesitaba más. Pinté de blanco el gran armario empotrado de puertas de roble y las paredes del mismo color. Encima del cabezal y como único toque de decoración a la habitación, he puesto una foto muy grande que nos hicimos Quim y yo en Tossa de Mar. Acabábamos de salir del agua, sobre nuestras cabezas tenemos las gafas con el tubo de buceo y la cara llena de gotitas de agua. Ambos reímos a boca llena, porque justo en el momento que fui a hacer el *selfie* él me hizo cosquillas. Cada noche la miro un buen rato antes de ir a dormir, recordando los mejores días de mi vida y le envío las buenas noches por mensaje.

Hoy por fin he acabado de pintar la última pared del salón. Como el resto ya han secado, coloco el pequeño mueble para el televisor y el sofá de dos plazas que tiene el mismo color azul que los armarios de la cocina, los compré hace unos días y he cuadrado su llegada con el fin de mi reforma. Solo falta por llegar mañana, una gran alfombra del mismo color que la pared mostaza, que pondré entre el sofá y el televisor con una pequeña mesa encima. Y listo. Nuevo piso. Nueva vida.

Hace días, vino un amigo de Juan a llevarse sus cosas. Ropa y objetos personales. Los guardará hasta que salga de prisión, aunque espero que eso no ocurra nunca. Se quedó asombrado cuando me vio, habían pasado un par de semanas de la paliza y aún eran evidentes los golpes en mi rostro. Intentó darme un mensaje de Juan, alegando que estaba muy arrepentido, pero no le dejé continuar. Le pedí que cogiera todo y se fuera. Le dije que no quería saber nunca más nada de él.

Asintió y sin más cogió las cosas. Justo antes de salir por la puerta me miró y me dijo: «Eso que te ha hecho es horrible», señaló mi rostro y añadió: «espero que ahora por fin seas feliz».

Ese día lloré muchísimo. Es muy duro darse cuenta de que odias tanto a tu primer amor, a la persona que consideraba mi familia. Hemos compartido muchas cosas juntos, pero estoy tan dolida que solo consigo recordar malos momentos. Por un lado, siento pena por él, porque en parte todo lo que pasó lo provocó la droga. Pero es injustificable. Nadie, sin excusas, debería pegar a su pareja.

Estas semanas le he dado muchas vueltas, ahora soy más consciente que nunca de que he vivido con un maltratador. Porque no solo es maltrato dar un bofetón, lo es también denigrar, vejar y desvalorar a la persona que tienes al lado. Hacerla sentir inferior, y que no vale nada, es tanto o más doloroso que un golpe. Te consume y te arrebata tu esencia, calcinando todo lo que un día fuiste. Ahora solo me quedan las brasas de la chica que fui hace años, pero Quim ha conseguido que la llama prenda de nuevo dentro de mí. Él es el que me da la fuerza para superar esto y volver a ser yo misma. Sentir su amor llena mi alma. Por él, por nosotros, estoy haciendo todo esto. Para entregarme por completo a esta nueva vida.

También he dejado el trabajo. La empresa sabía lo que había ocurrido, poco tuve que explicarles. La noticia de lo que pasó salió en algunos medios de comunicación comarcales y por supuesto, fueron avisados de que Juan entraba en prisión provisional hasta que hubiera la vista del juicio. Todo fueron facilidades por parte de ellos y me finiquitaron agradeciendo los años que había trabajado en la empresa. Incluso, me dijeron que el puesto siempre estaría disponible para mí. No fui a la oficina, lo tramitamos todo por mensajero. Entendieron que no quería que me vieran en este estado. No quería verme ni yo. Pasé muchos días con los espejos tapados. El primer día que llegué del hospital pasé horas delante del que tenía en el dormitorio, mirando todo mi cuerpo. Necesitaba ser consciente de quien me había hecho eso, porque aún había una parte de mí que quería perdonarlo, y seguir teniéndolo en mi vida. Así que me fustigué delante de mi reflejo recordando cada golpe. Me desnudé y me observé con detenimiento, haciéndome entender a mí misma que eso no lo hacía alguien que te quería. Esa visión me ayudó a romper del todo los lazos con Juan. Pero después, cubrí con sábanas los espejos, hasta hoy, que he necesitado maquillarme y para eso necesito verme, más que nada para no parecer un monstruo o al menos no parecerlo más de lo que ya lo soy.

Hoy va a ser un gran día, esta tarde tengo una entrevista de trabajo. Y no me importa si no me cogen, bueno, eso no es cierto, me haría mucha ilusión que me contrataran, la empresa encaja conmigo y

lo que deseo para mi futuro. Además, está a veinte minutos caminando de casa o dos paradas de metro, según prefiera. Pero claro, eso no quiere decir que me contraten. Igualmente, que me hayan llamado para entrevistarme ya es un logro. Es la primera entrevista que hago por mí misma, en el otro trabajo Juan lo medio arregló para que me contrataran.

Cuando acabo de recoger todo el desastre de la pintura y ya está todo limpio, me ducho. Descanso un rato y salgo con tiempo de sobra para las oficinas de Genesis Marketing. Voy dando un paseo y disfrutando del día soleado. Julio en la capital es muy caloroso y aunque es media tarde intento buscar la sombra de los balcones o árboles que hay por el camino. El edificio está en pleno centro de Barcelona, a una calle de la famosa Plaza Cataluña y es espectacular. Tiene esa apariencia modernista, elegante y refinada del siglo XIX. Parece un edificio de viviendas por sus balcones tallados y las rejas con decoraciones florales, pero dentro alberga una de las empresas más punteras en el sector del marketing y la publicidad. Es un sueño trabajar aquí.

—Buenos días, soy Chloe Soler. Tengo una entrevista de trabajo.

La espectacular sonrisa de la sofisticada recepcionista se borra cuando me mira a la cara. Sé que es por los colores verdosos que aún tengo en el rostro. He intentado taparlos un poco con maquillaje, pero el desastre es imposible disimularlo. No iba a renunciar a esta oportunidad ni loca, me da igual como tenga la cara, me han de contratar por mi aptitud y no por el físico.

—Mmm… sí. Un momento, por favor.

Hace una llamada y me indica que puedo subir a la cuarta planta, que es donde se ubica recursos humanos. Me explica que en el mostrador me acompañarán a la sala donde me harán la entrevista.

Voy caminando hasta el ascensor mirando al techo como una pava, pero es que el edificio por dentro es precioso. Los techos son altos con vuelta catalana de obra vista, forman pequeños arcos a lo largo de todo el vestíbulo. El suelo sigue siendo el original, pero podría pasar por la tan de moda baldosa hidráulica. Miro en el espejo si tengo bien abotonada la camisa blanca de manga corta con dibujos de caramelos de colores y compruebo que la cremallera del tejano negro sigue subida. Ignoro por completo mi rostro, para qué repasarlo, tengo claro que está hecho un asco. No sé si voy vestida correctamente para este lugar, pero si desentono, mejor que no me contraten. La chica de recepción llevaba lo que parecía un uniforme, traje chaqueta negro con camisa blanca. Cuando se ha levantado para indicarme la dirección, he visto su falda y altísimos tacones. Quizá es que ella viste habitualmente así. Es imposible que yo me enfunde un traje chaqueta o en una falda de tubo y tacones como los suyos. Se trata de

encontrarme a mí misma, no de pasar el día disfrazada.

Una mujer de unos cincuenta años entra en la sala en la que hace un rato estoy esperando y su sonrisa me transmite tranquilidad al momento. Toda la entrevista fluye con normalidad hasta que hace la pregunta que creí que ya no haría.

—Chloe, todo es fantástico. Encajas a la perfección con el perfil laboral que estamos buscando. Pero, no quiero ser descortés, aun así, necesito saber que estás bien, y que lo que te ha pasado en el rostro no supone un problema para tu salud. —Abro la boca para soltar la excusa que traigo preparada de casa y me interrumpe levantando un dedo—. Antes de que me mientas, quiero que sepas que estuve casada veintiún años con un maltratador. Estoy en una asociación que ayuda a mujeres en situaciones similares y si es tu caso, o crees que podría serlo, podemos ayudarte.

Qué bonito es descubrir que existe gente buena en el mundo. Gente que te tiende una mano sin conocerte. Solo porque creen que puedes necesitarla. No puedo evitar que una lágrima rebelde se escape, la retiro rápido de un manotazo y hago una inhalación fuerte.

—Fue mi pareja el que me golpeó. —Es la primera vez que lo digo a alguien que no es la policía, Quim o Neus—. Pero lo he denunciado, está en prisión preventiva y yo solo intento rehacer mi vida. Entiendo que no sea adecuado contratarme, pero muchas gracias por la oportunidad.

Recojo el bolso y me dispongo a levantarme cuando su mano se posa sobre la mía y al mirarla, veo que vuelve a sonreírme con esa expresión tan dulce.

—Primero decirte que me siento orgullosa de ti por ser tan valiente de denunciarlo, y sobre todo por querer rehacer tu vida. Y volviendo a lo que nos ha traído a ambas aquí. Esto es una entrevista donde se valora tus competencias laborales, nada tiene que ver con tu vida personal. Así que, si tú quieres, el puesto es tuyo.

No puedo evitar lanzarme a darle un abrazo.

—Perdona, sé que no es muy profesional esto de abrazar a tu nueva jefa. Pero para mí es muy importante, es la oportunidad de empezar de nuevo. Gracias, te aseguro que no te decepcionaré.

Durante un rato hablamos de los horarios, condiciones de contrato y aclaramos algunos puntos importantes para poder empezar. Cuando alguien llama a la puerta e interrumpe nuestra conversación. Al abrirse, me quedo embobada con el espécimen que entra. Alto y con mucha seguridad, se acerca a la mesa regalando una gran sonrisa a Merçe, la que ya considero mi jefa.

—Buenos días, Sr. Falcò.

—Hola, Merçe. ¿Qué tal está su nieto?

—Mejor, ya le bajó la fiebre, gracias por preguntar. —Se gira y al

mirarme me presenta señalándome con la mano extendida—. Ella es Chloe, la nueva incorporación.

Es entonces cuando sus ojos se clavan en los míos y me doy cuenta de quién es.

—Un placer, Chloe. —Extiende la mano para que se la estreche—. Soy Alex Falcò, director general de Genesis Marketing. Bienvenida al equipo.

—El placer es mío, se lo aseguro.

Lo de ser mística no va nada conmigo, pero al final voy a tener que creer que hay algo que me empuja irrevocablemente a estar en la vida de Quim. Acaban de cogerme para trabajar en la empresa en la que su amigo es el director, esto ya parece hasta de risa. Es aún más guapo que en las fotografías de Tossa. Lleva un corte similar al de mi chico, y los mechones rubios rozan su frente desordenados. Tiene un perfil marcado y masculino, que cambia cada vez que sonríe a uno alegre que ilumina todo su rostro. Cuando me ha mirado directamente no he podido evitar quedarme atrapada en su mirada del color del cielo y ahí sigo cuando lo escucho decir:

—Merçe, por favor, me deja un momento con Chloe.

—Esperaré en la sala de al lado.

Antes de cerrar la puerta me mira por última vez y veo como me dice con la mirada que esté tranquila, pero eso es imposible. Alex sigue ahí, con su aspecto de modelo de anuncio de *Emilio Tucci*, estudiándome, más rato del que puedo soportar. Así que decido romper el silencio.

—Usted dirá, Sr. Falcò.

De golpe empieza a reírse a boca llena, como si hubiera contado el chiste más gracioso de la historia. Siento como me voy poniendo cada vez más roja y no sé si sentarme de nuevo o salir corriendo.

—El mamonazo de Quim tenía razón, eres preciosa. Ahora que te he visto puedo hasta justificar su obsesión. —Sin previo aviso, da dos grandes zancadas y con sus largos y fuertes brazos encierra mi cuerpo en un abrazo incomodísimo, al menos para mí, porque él está tan normal—. Siento lo que pasó, Chloe —dice besando mi mejilla y separándose. «Gracias al cielo», me grita mi cabeza.

Vuelve a estudiarme detenidamente con su mirada unos segundos. Puedo ver su disconformidad mientras repasa los golpes aún presentes en mi rostro.

—Me va a estar martilleando la cabeza con la mierda del destino el resto de su vida. —Ríe refiriéndose a Quim—. Tenemos que dejar un par de puntos claros. Aquí dentro soy el Sr. Falcò, y tú una empleada, nuestra relación ha de ser estrictamente profesional. Fuera —sonríe de medio lado y eso le da un aspecto de canalla seductor que me distrae pensando en lo guapo que es—, vas a ser mi cuñada, bienvenida a la

familia, preciosa. —Sonrío.

Hablamos un poco y decido que de momento no le diremos nada a Quim. No es que quiera ocultarlo, pero ahora mismo las cosas están como están. Que Alex me vaya a ver a diario y él no, dudo que sea algo que vaya a llevar bien. Tengo un periodo previo de prueba de una semana. Dejaré pasar esos primeros días y si los supero, yo misma se lo contaré. Mi jefe está de acuerdo y no dirá nada hasta que yo crea que es el momento.

En cuanto salgo, no puedo resistirlo y aunque dije que no lo llamaría para no hacer más difícil su ausencia, estoy tan emocionada que solo puedo pensar en compartirlo con él.

—Chloe —dice mi nombre en una exhalación en cuanto descuelga y al oírlo no puedo contener el sollozo—. ¿Estás bien, cariño? —Se preocupa.

—Sí, es solo que te echo tanto de menos que… que… —No puedo hablar porque la angustia y las lágrimas me lo impiden.

—Yo también te echo muchísimo de menos. Pero estoy muy orgulloso de ti. Lo estás haciendo muy bien. Neus me ha contado todo lo que has hecho en el piso. Eres una guerrera.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, mi Diosa. —Río por el apelativo cursi que me encanta.

—¿Sabes? Acabo de salir de una entrevista de trabajo.

—¡Vaya! Eso es genial. ¿Cómo ha ido?

—¡Me han cogido! —digo riendo alegre y alzando la voz.

Durante todo el camino de vuelta a casa voy hablando con él. Le cuento lo bien que ha ido la entrevista y que incluso me he interesado por la asociación en la que está Merçe, la que será mi jefa. No puedo parar de hablar con mi habitual verborrea, una que pensaba que había perdido después de tantos días sola. Él me escucha muy atento y me felicita varias veces.

—Ya estoy en casa.

—Chloe. No quiero presionarte, perooo… ¿crees que podemos hablar un rato cada día? —No se puede ser más dulce y bueno.

—Sí. Yo también necesitaba esto.

—Pues te llamo mañana. Te quiero, mi Diosa.

—Te quiero, mi Dios. —Reímos divertidos los dos.

En cuanto cuelgo, llamo a Neus y le explico todo a ella también.

—Es genial que estés tan animada. Este viernes es mi cumpleaños. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Ya tengo tu regalo comprado si es lo que quieres saber.

—Así me gusta. —Río, no se puede ser más descarada—. Te espero a las ocho en mi casa, y lo celebramos.

—No sé yo si…

—Llevas un mes casi sin salir, al final creeré que te has vuelto vampira y tienes alergia al sol. Deja las tonterías aparte. Te espero a las ocho. Hasta el viernes.

Y sin más, como siempre hace, después de dar la orden, cuelga. Mira que es mandona.

Capítulo 31



Cada día tomo peores decisiones. Oculto cosas a mi amigo y acepto invitaciones que no debería.

Siempre que puedo me paso a conocer a las personas que están entrevistando. No te puedes quedar con la primera impresión de una persona, pero te dice mucho de ella. Merçe es de las veteranas en la empresa y sabe a la perfección el perfil que necesitamos, confío plenamente en ella. Aun así, tengo la necesidad de corroborarlo. Mi problema en el trabajo siempre es ese, querer controlar todo. Entré en la sala y la reconocí al instante. Sus golpes en la cara acompañados del cabello rizado y esas pequitas en el rostro la delataron. He oído a mi amigo hablar hasta el agotamiento de ella, no tuve duda. He de admitir que pensaba que Quim exageraba, pero el muy cabrón tenía más razón que un santo. Es preciosa hasta decir basta. Y valiente. Porque su cara todavía deja muy claro por lo que ha tenido que pasar, para qué engañarnos, parece medio marciana con tanto verde por todas partes. Pese a ello, se ha presentado a la entrevista. Eso me ha gustado, no se acobarda.

Hemos acordado que no le cuente nada aún a Quim, ella lo hará en cuanto esté preparada para volver a sus brazos. No soy muy creyente, más bien nada, pero le estoy rezando a Dios constantemente para que, por favor, arregle este desaguisado de una vez. A ver si él es capaz de que estos dos me dejen vivir en paz. Si vuelven a estar juntos, tengo la esperanza de poder descansar de las inagotables conversaciones con Quim sobre ella. Mi amigo está irreconocible. Cuando llegó de Tossa y le vi la cara, supe que estaba prácticamente recuperado. No sé qué le ha hecho esta preciosidad, aunque alguna cosa me imagino, pero ha conseguido que remonte. Vuelve a ser él, por fin.

El otro día, al llegar del primer día en comisaría, estaba pletórico. Fuimos a tomar unas cervezas y no dejaba de hablar con entusiasmo de Chloe, como siempre, pero, también del buen recibimiento de su sargento y de las ganas que tenía de ir ya de misión. Sentí mucha paz por fin. Recuperarlo ha sido un bálsamo para mí.

Vuelvo a mirarme al espejo y me sorprendo a mí mismo, es la quinta camisa que me pruebo. ¿Desde cuándo me preocupo tanto de mi aspecto? «Desde que la doctorcita ocupa la mitad de tus pensamientos del día», me recuerda mi cabeza y eso me molesta. La odio tanto como la deseo. Ese aspecto de princesa Disney, con la piel nívea, los labios sonrosados y sus ojos verdes, solo es un engaño. Porque de Blancanieves desvalida no tiene nada. Es una jodida guerrera que se ha empeñado en volverme loco. Fui a su consulta alguna vez más para hablar de Quim y como evolucionaba, pero tuve que dejar de hacerlo. Sus constantes insinuaciones casi acaban con mi cordura. Solo pensaba en cogerla de los largos mechones castaños y follármela como una bestia contra la pared.

Lo dejó clarísimo, ella es libre como un pajarillo. Y, ¡alto!, me parece perfecto, yo también lo soy, eso no cambiará nunca. Lo de la no monogamia me pareció la entrada al Edén. Al menos, al principio. Porque el día que la llamé para que dar y me dijo que ya tenía planes, una rabia insana y desconocida para mí, me burbujeó en el estómago. No quiero saber qué significa eso. Demasiado intenso para gestionarlo. Así que lo mejor ha sido cerrar capítulo. Hay más peces en el mar y a mí me encanta pescar. Por eso he dejado de ir a su consulta. No pienso volver a ponerle un dedo encima, y solo hay una manera de evitarlo, eludir todo lo posible los encuentros a solas con ella. Si tenemos que hablar, lo hacemos por teléfono, le he dicho que tengo más trabajo que nunca y que prefiero no tener que salir de la oficina. No tiene ni un pelo de tonta, y ya dejó caer que, si no quería verla, podía decirlo. Como dice Quim, es como una bruja, lo adivina todo. Me excusé de nuevo en el volumen de trabajo y lo dejo pasar. Aunque no duró mucho tiempo.

Hoy es su cumpleaños y me ha invitado a una pequeña fiesta que

ha montado en su casa. Según ella, es un plan maestro. El cumpleaños es solo una excusa para que Chloe y Quim se vuelvan a ver. Está convencida de que cuando lo hagan no podrán volver a separarse. ¡Diosito que estás en los cielos, por favor, que tenga razón Neus! Le rezo a quien narices me escuche y cumpla mi deseo.

El ramo de flores silvestres que llevo en la mano, huele igual que ella. No es pretencioso. Más bien, sencillo. Las distintas flores salvajes mezcladas con ramitas verdes y frescas me recuerdan a la mujer para la que lo he comprado. Dudo si lo que he escrito en la tarjeta y el regalo, que me ha costado tres horas de ausencia en el trabajo esta mañana porque no me decidía, sean buena idea.

—Hola, ¿vas a llamar de una vez o prefieres que lo haga yo?

Del susto doy un pequeño paso atrás, separándome de la puerta y el tío de casi dos metros que no he visto ni llegar, estira el largo brazo y presiona el botón del timbre. Neus no tarda nada en abrir y el gilipollas es más rápido que yo. Se planta delante obligándome a retroceder un poco más y la saluda con tanto afecto que el burbujeo de mi estómago puja por subir por la garganta.

—Hola, cielo. Tan espectacular como siempre. —Va y le planta un beso en todos los morros.

¡Mala idea! No. Malísima. ¡Joder! No debería haber venido y eso lo sabía desde el primer momento. Me largo, es lo mejor para mi juicio y salud mental. Estoy seguro de que se ha escuchado claramente el sonido de mis dientes rechinando entre sí. Estoy confuso y me molesta enormemente esta actitud mía que no puedo controlar. No sé de qué hablan y me importa poco, no, nada. Doy media vuelta y me dirijo con decisión a las escaleras. Alargo un pie para empezar a bajar y siento como una mano sujeta mi brazo impidiendo que pueda iniciar el descenso que me llevaría a la paz mental que necesito ahora mismo.

—Anda, ven aquí, tonto —dice tirando un poco más del brazo.

Cuando la miro solo empeora la cosa. Esa sonrisa dulce hace que me sienta tan irremediablemente atraído hacia ella que mis pies, sin permiso, dan el último paso que falta para poder tenerla pegada al cuerpo. Rendido ante su belleza y embrujo, dejo caer las manos a los lados de mi cuerpo, una con el ramo y la otra con el regalo. Y quedo atrapado en los prados de su mirada. Sus manos se posan en mi pecho y suben despacio hasta la nuca. Con esa habilidad que solo tiene ella, vuelve a sorprenderme y sin esperármelo, pega sus labios a los míos. En cuanto el calor de su beso templa mi boca, pierdo los estribos, sin soltar lo que llevo en las manos, rodeo su cuerpo en un vano intento de fundir su figura delgada con la mía y con desespero busco su lengua. Siento un tirón en los mechones de pelo de mi nuca y gimo de gusto. Con rapidez, aparece un gigantesco bulto de entre mis piernas pujando por salir del pantalón y ella solo empeora la cosa

restregándose cómo una gata en celo. Me la follo. Ahora mismo. Aquí mismo.

—Así que eso es lo que os pasa todo el rato. Sois dos jodidos animales en celo y encima sin decencia. —Escucho la carcajada ronca de Quim justo a nuestro lado—. Si pensáis seguir, sería mejor que os metáis en una habitación. Acabáis de dar el espectáculo, no solo para mí, sino, para las tres chicas que subían conmigo en el ascensor.

—Verás, Quim, esto…

—Ni lo intentes, Neus. A mí no me des explicaciones. Solo os pido a los dos que, si eso es lo que os pasa, por favor, ¡follar! Mucho, y de una vez por todas. Porque os quiero a los dos, pero sois peor que una muela picada.

Dicho eso se da la vuelta y entra en el piso, que tiene la puerta abierta de par en par. Por ella puedo ver al mastodonte de dos metros de antes con su mandíbula tan apretada que le va a saltar un diente y una gruesa vena atravesando su cabeza brillante y rapada. «Chúpate esa, imbécil», pienso con más ego del que debería.

—Será mejor que entremos. —Me pide ella cuando ve que su amiguito, al que seguro se tira, nos observa rabioso.

—Sí. Pero antes, ten, esto es para ti.

Lo mira y me mira varias veces. Mis manos, mis ojos. Cabeceo dándole a entender que tiene que abrirlo. Cuando me sonríe, veo su nerviosismo en las manos ligeramente temblorosas. Acerca su nariz al ramo e inspira con los ojos cerrados. Al sacar la tarjeta, la lee en voz alta:

Su preciosa apariencia y salvaje olor me recuerda a ti.
Feliz cumpleaños, Blancanieves.

Boquea intentando decir algo, pero es incapaz. Así que me adelanto yo:

—Venga, abre el regalo.

La ayudo sujetando el ramo. Y ríe divertida en cuanto lee la portada del libro. Es una nueva edición, ilustrada por François Roca y narrada por Charlotte Moundlic del clásico cuento de *Blancanieves*. Nunca imaginé que habría tantas versiones y ediciones. Me volví loco y también a la amable chica de la librería. Cuando creí que no encontraría lo que buscaba, se acordó y sacó esta edición del cuento. La vi a ella. La cubierta del libro es toda negra, solo está iluminada por el rostro de una chica de piel nívea y ojos verdes, en su mano sujeta la peligrosa manzana roja. El cabello es tan negro que se pierde en la profundidad del fondo. La miré un buen rato pensando en que se la veía delicada, pero a la vez oscura, fuerte y desconocida. Las maravillosas ilustraciones nada tienen que ver con la imagen de cuento de princesa al que estamos acostumbrados. Simplemente

perfecto. Igualito a Neus.

—Es precioso. No sé qué decir.

—Un simple gracias es suficiente.

Sin dejarla hablar, le devuelvo el ramo y beso la punta de su naricilla. Le guiño un ojo como ella siempre suele hacer y cruzo el umbral entrando en el piso. Dejándola ahí plantada y con la boca abierta mirando como desaparezco en busca de mi amigo. Necesito charlar con él y ver si así consigo calmar el fuego que ahora mismo recorre todo mi cuerpo.

En cuanto me acerco, el muy cabrón empieza a reír a boca llena y señala un par de veces mi entrepierna.

—Deberías sentarte y dejar de apuntar a todo el mundo con la escopeta cargada.

—Vete a la mierda, Quim.

—¡Eh! No lo pagues conmigo. —Ríe aún más fuerte, tanto que no puede evitar doblarse hacia delante sujetando con una mano su vientre.

—¿Sabe ella que estás aquí?

Sin entender la pregunta levanta un poco la vista y en cuanto la ve, se le corta la risa de golpe, casi podría decir, que hasta la respiración. No es para menos. Chloe está de espaldas a la puerta ya cerrada de la vivienda, con cara de asombro, buscando, imagino, a Neus. Supongo que pensó en una cena las dos amigas solas y no en esta fiesta en la que debemos ser unas quince personas. Nosotros estamos en una esquina de la sala, justo en la entrada del pasillo. Algo escondidos, porque no puedo pasearme con esto entre las piernas.

Viene guapísima. Lleva uno de esos vestidos largos, algo hippies, que me comentó Quim que suele ponerse. Pero es estrecho, se pega a todo su cuerpo, dejando evidencia del tipazo que tiene. Es de un color crema y de encaje. Estoy seguro de que, si lo llevara otra, parecería una mesa camilla cubierta por un tapete hecho a ganchillo. Sin embargo, ella parece salida del Olimpo. Entre sus largos rizos rubios, me hace gracia ver que lleva unos cascos de música. Se ha pintado los gruesos y perfilados labios de un rojo intenso. Su mirada gatuna ya está fijada en un sitio que claramente la hace feliz, porque sus ojos chispean. Al trazar el recorrido de estos, veo a mi hermano con una sonrisa de bobalicón enamorado que resulta hasta molesta. En todos los años que pasó con Xenia, Barbie, como la llamo yo, nunca, jamás, lo vi mirarla así. Esa chica tiene algo especial. Sus ojos son bondad.

Aparece la morena de mis pesadillas de la nada y se lanza a los brazos de la rubia de los sueños de mi amigo. Se quita los cascos para poder saludarla y los deja colgando de su cuello. Mientras las veo hablar, la realidad me da un bofetón tan enorme que casi me caigo de culo ahí mismo. Esas dos mujeres van a ser nuestra total y absoluta

perdición. Acabarán con nuestra cordura y removerán todo nuestro mundo, aún más de lo que ya lo han hecho. Se giran y nos miran, parecen Zipi y Zape. Neus dice algo y Chloe ríe por el comentario que seguro va dirigido a nosotros a la vez que niega con la cabeza. Deja descansar la sien sobre el hombro de la doctora sin dejar de mirar al embobado que tengo al lado y leo en sus labios un claro «gracias». Va dirigido a la morena que la rodea con los brazos.

Verlas caminar directas hacia nosotros consigue que me ponga nervioso. Las mujeres no provocan nunca eso en mí, más bien yo en ellas. Son mi hábitat natural, donde me desenvuelvo con soltura. «Estas no son mujeres normales», me digo a mí mismo mientras recorro el vestido vaporoso del color del fuego que lleva puesto la morena de salvaje mirada. Unas largas y níveas piernas quedan al descubierto hasta medio muslo. El vestido va sujeto al cuello, cerrando su escote, y he podido observar, mientras abrazaba a Chloe, que la espalda está descubierta por completo y desnuda hasta casi la cintura. Su torneada cadera se bambolea y al caminar agita el bajo de la tela, y doy gracias a los altos tacones de las sandalias, que la obligan a mover el cuerpo de esa manera tan sensual. Hoy ha maquillado sus ojos con una gruesa y larga raya negra que hace que destaque aún más el verde del prado de su mirada. Los labios del mismo rojo que el vestido se ven mucho más apetecibles que de costumbre, pero eso soy yo, que ya todo lo veo desde la visión de mi entrepierna.

—Hola —saluda Chloe, imagino que a ambos, aunque a mí ni me mira.

Se supone que no nos conocemos, nos hemos visto en la entrevista hace unos días, pero Quim eso aún no lo sabe. Me incomoda ocultarle cosas. Antes de que pueda soltar alguna de las mías, mi hermano se lanza como un león sobre ella, acunando su rostro con sus dos grandes manos y la besa.

—No creerás que tú puedes fastidiarme el momento y yo voy a dejarte a ti toda la *gozadera* —le suelta Blancanieves dando con un dedo con fuerza sobre el hombro de Quim.

—Dra. Blázquez, mejor será que me des algo de tregua, porque ahora mismo solo deseo cargarla a mi hombro y llevármela lejos de los ojos de todos para poder disfrutarla de verdad —dice sin separar la frente de la de Chloe.

Neus ríe fuerte. Sin filtros y como suelo hacer siempre, suelto lo que llevo días guardando y que me está quemando en la garganta.

—He contratado a Chloe en Genesis Marketing.

Todos se giran a mirarme de golpe. Veo la molestia en la expresión de Chloe y la sorpresa de Quim y Neus.

—No eres muy bueno guardando secretos, ¿no? —pregunta la chica de mi amigo.

Me da dos besos como saludo y empieza a explicar cómo nos hemos conocido y que ambos nos reconocimos al instante. Quim certifica que solo el destino puede crear esas casualidades y yo pongo los ojos en blanco por lo pesado que está con el tema.

Seguimos con una charla relajada cuando Neus nos deja para poder atender el resto de invitados, todos hombres, menos las tres chicas que subieron con Quim, que son enfermeras y trabajan en su unidad.

La cena está riquísima. Ha preparado varias fuentes con comida en la mesa del amplio salón. Y en un mueble ha puesto copas y bebidas. El espacio es bonito. Tiene ese toque algo hippie chic como el que siempre luce ella, sencillo, pero con clase. Todo en colores crema y tierra. Una gran alfombra de yute redonda decora el centro de la estancia y separa el sofá del televisor. Tiene plantas por todas partes y no puedo dejar de preguntarme como consigue que vivan, a mí se me mueren hasta los cactus.

La tercera cerveza entra aún más ligera que las anteriores. No es que vaya borracho, ni mucho menos, pero el alcohol ayuda a mi bravuconería y me lanzo a hablar con una de las compañeras de Neus del hospital. Me ha ido presentando a todos como el amigo de Quim. Dejando claro que nosotros no somos nada. Creí que éramos amigos. Me crispa los nervios su dualidad. Primero el beso del rellano, y ahora soy el amigo de su amigo. Aunque no deja de lanzarme miraditas, estoy cansado de ver las zalamerías que todos le regalan y del desinterés de volver a acercarse a mí. Coqueteo con la chica, es mona y tiene unas tetas enormes con las que hace rato fantaseo. Parece que a ella también le agrada lo que ve y enseguida se deja llevar.

—¿Te apetece que nos vayamos?

Justo cuando va a responder, desvía la mirada y escucho:

—¿Podemos hablar? ¡Ahora! —exige Neus autoritaria.

—Verás, ahora no puedo, nos íbamos —digo girándome para mirar a Blancanieves a los ojos.

—¡¡Ahora!! —repite alzando un poco la voz sobre la música y señalando el pasillo que lleva al fondo de la vivienda.

No sé por qué, pero obedezco. Ni siquiera miro a la chica con la que hablaba, solo pongo un pie delante del otro. En la oscuridad del pasillo intento hablar con ella.

—Me tengo que ir rápi…

Empuja mi espalda con las dos manos desde detrás sin dejar que termine la frase. Lo hace varias veces obligándome a avanzar, le pido que se detenga, pero ella sigue hasta que en el último empujón entro en un baño. Enciende la luz y con un regulador baja la intensidad de esta, dejando un ambiente algo misterioso. Está de espaldas cerrando la puerta. Da la vuelta muy despacio al pestillo, y se gira con la barbilla alzada y los ojos enfurecidos.

—De rodillas.

—¿Perdona? —pregunto alucinado sin creer lo que acaba de decir.

—No tengo toda la noche. He dicho de rodillas. Ahora.

—Pero, a ti… tú… —Suelto una gran carcajada, pero ella está muy seria. Eso hace que deje de reír y la mire expectante.

—Como veo que no lo estás entendiendo, te lo voy a dejar más claro. Quiero volver a verte de rodillas consumido por el deseo.

Lleva una de sus manos al cuello, detrás del cabello y con un simple tirón suelta el lazo y el vestido cae al suelo. Sus redondas tetas me miran orgullosas coronadas por dos guijarros duros y excitados. Un diminuto tanga de encaje rojo hace que me explote la cabeza cuando lo veo salir volando por encima de mí.

—De rodillas, Alex. Ahora —repite la orden.

Sus brazos caen relajados a los lados de su torneado cuerpo, en una postura que denota lo segura de sí misma que se siente. Absorto en sus curvas, un embrujo me posee. Siento como todo a mi alrededor se desconecta. La música que martilleaba mis oídos ha desaparecido y la peculiar estancia es solo un borrón a nuestro alrededor. Ahora mismo solo existe ella. Tetas llenas, cinturilla de avispa, cadera curvilínea y para rematar, las sandalias de tacón, son la guinda del pastel, dándole un aspecto arrebatadoramente sexy. Mantiene la barbilla alzada en un gesto altivo que solo consigue que se me ponga aún más dura. Puedo asegurar que en este instante no existe ser en la tierra que no deseara rendirle pleitesía. Como un autómata, me dejo caer y clavo mis rodillas al suelo.

—Hoy ya no beberás nada más que no provenga de mi excitación.

Tira un poco de mi cabello para que alce la mirada y la ajuste a la suya. Gimo tan fuerte que me sorprendo a mí mismo.

—¿Lo has entendido ahora?

Asiento con la cabeza y con la respiración jadeante. Su dominación me lleva a un nivel de excitación desconocido para mí. En este mismo instante, acataría cualquier orden si saliera de la boca de esta mujer. Su puño se aferra firme a mis mechones y vuelve a tirar con saña, pero esta vez para acercar mi boca a su coño ya chorreante. Saber que está tan cachonda como yo, con toda esta situación, me desquicia. Saco la lengua y lamo su rajita, la chupo y muerdo con glotonería. En mitad del primer orgasmo, que llega rápido, introduzco tres dedos con fuerza dentro de ella deslizándolos con facilidad, y la follo fuerte, curvándolos en su interior y presionando ese punto de máximo placer. Sin dejar de frotar su clítoris con mi lengua. Fustigándola enfadado por todo lo que me hace sentir. Rabioso porque sea tan desquiciantemente perfecta.

Alzo los ojos y veo como me está mirando. Ha subido una de sus piernas y la ha colocado sobre mi hombro para poder darme mayor

acceso a su centro. Se sujeta con fuerza al mármol del lavabo y su otra mano sigue aferrada a mi pelo, al cual castiga tirando con rabia. Presiona con fuerza los dientes en un vano intento de contener los sonidos de su lujuria, de su orgasmo. El flequillo, algo húmedo por el sudor, se pega a su rostro junto a algunos mechones rebeldes y sus mejillas ahora lucen un tono rosado. Su habitual aspecto dulce ha cambiado a uno salvaje. La imagen es absolutamente erótica. Se quedará grabada en mi mente para toda la vida. No había visto nunca algo tan sexy y sensual. Estoy perdido y lo sé. Ella va a ser mi mayor pesadilla.

Capítulo 32



Menuda encerrona que me ha preparado Neus. Como la quiero. He sido una amiga horrible todo este mes. Aunque con zalamería, la he echado de mi casa casi todas las veces que ha venido. Es tan buena que no me lo ha tenido en cuenta y encima ha preparado esta fiesta. Se supone que es la fiesta de su cumpleaños, pero ella nunca hace estas cosas. Venía pensando en que saldríamos a cenar e iríamos a tomar unas copas. Pero la sorpresa me la he llevado yo en vez de ella, que es como debería ser el día de su cumpleaños. Cuando he llegado, la casa estaba llena de gente. No sé cómo no se violenta con todos sus *follamigos* aquí juntos. Los conozco a casi todos en persona, la mayoría hace años que comparten, lo que sea que compartan, con Neus. Tiene un par nuevos con los que aún no he coincidido, a uno lo vi por foto y lo reconozco al fondo del salón. El otro dice que aún no está segura si encajará con su loca filosofía, así que prefiere que de momento no sepa quién es. Me encanta que sea tan ella, libre y sin prejuicios. La adoro aún más por eso.

Ha venido el cirujano del hospital, es con el que más años lleva. A

su lado está el bombero que tiene tanto músculo que parece que la camiseta le va a estallar en cualquier momento, su cabeza rapada y su altura me inquietan, intento evitar mirarlo. Los que más gracia me hacen son los gemelos, dice que es el mejor sándwich que ha probado nunca. No dejo que me explique demasiado, prefiero vivir en la ignorancia, aunque si por ella fuera sabría todos los detalles.

Su visión del sexo es abierta y libre. Es como evade su mente de la carga emocional que soporta tratando las penas y problemas de sus pacientes. Según dice, cada uno de estos chicos la ayuda con sus distintas necesidades dependiendo del día. Entre ellos también se conocen y todos comparten una bonita relación. El único compromiso es el del respeto y el de entregar cariño cuando están juntos. Pueden acostarse con quien quieran, cuando quieran, la única norma es disfrutar cuando se ven. Su amistad está fuera y dentro de la cama. Para Neus es muy importante que se lleven bien los chicos, porque han de compartirla muchas veces todos a la vez. No puedo imaginar como lo hace para tener sexo con tanto hombretón al mismo tiempo, y prefiero que siga siendo así, porque todo lo que me viene a la mente me resulta brutalmente tórrido.

La mejor sorpresa del día no se ha separado de mí ni un instante. No nos quitamos las manos de encima, las caricias son incansables. Vuelvo a mirarlo y está arrebatador. Parece imposible, pero hoy está más guapo que nunca. Lleva una camisa de manga corta blanca que destaca su moreno y la cual ha dejado desabotonada más de lo que mi cordura puede soportar. En un par de ocasiones, al moverse se ha abierto un poco de más y he podido ver el arito que lleva en el pezón. Dios mío, qué calor hace. El tejano está roto en ambas rodillas y le da un toque desenfadado. Tiene el pelo un poco más largo, y las puntitas de los mechones le caen sobre sus pestañas, cuando eso ocurre, retira el cabello con la mano hacia atrás despejando su rostro, es un acto reflejo, que hace sin darse cuenta y que a mí me resulta sofocante. Calor. Mucho calor.

El primer beso, después de un mes sin verlo, ha sido como si todo ese tiempo hubiera estado a falta de agua y de repente me zambullera en un enorme manantial. Si Neus no nos hubiera interrumpido, no sé cómo habría acabado la cosa. Porque yo ya no recordaba que estamos rodeados de gente. Entre ellos, Alex. Menudo boca chancla. Casi lo mato cuando lo ha soltado de golpe como si tal cosa. Se lo iba a decir a Quim, no pensaba hacer como si no lo conociera. Pero ha soltado la bomba sin miramientos. El pequeño enfado poco me ha durado cuando después de explicarlo todo bien y con calma, Quim estaba pletórico porque la casualidad nos volviera a llevar a los mismos caminos.

—¿Qué pasa? —me pregunta mi moreno favorito.

—Es Neus, mira —señalo en su dirección con la cabeza—, parece enfadada.

La veo avanzar con los puños apretados a los lados de su espigado cuerpo y no entiendo nada. Se pone a hablar con Alex y cuando la escucho alzar la voz con un autoritario «¡¡ahora!!» doy incluso un respingo. Estoy ojiplática. Caminan los dos hacia el interior del piso y puedo distinguir la furia en los ojos de ella cuando pasa por nuestro lado. Sin entender lo que ocurre, me sorprendo aún más cuando Quim empieza a reír fuerte.

—Espero que en vez de matarse, follen y arreglen ya esa tensión sexual, es insoportable.

—¿Alex y Neus?

—Eso parece.

—No entiendo lo que acaba de ocurrir.

—Fácil. Se llaman celos, unos bien grandes.

—Eso es imposible, ella no…

—Nos vamos —me interrumpe una de las enfermeras.

Miro a mi lado y están las tres con los bolsos colgados del brazo. Una de ellas se mantiene un paso más atrás, es la que hablaba con Alex hace un momento. Parece avergonzada, pero, ¿por qué?

—Espera, voy a avisar a Neus.

—Mejor que no. Seguro que está muy ocupada ahora mismo. —Sonríe y mira con algo parecido a la pena a la chica de detrás que mantiene la mirada clavada en el suelo—. Dale un fuerte beso de nuestra parte y dile que la vemos en el hospital.

—Está bien, gracias por venir.

En cuanto salen por la puerta, alguien para la música que había de fondo. Llevo mis dos manos a la boca debido a la sorpresa que me causa oír con tanta claridad los gemidos que vienen del fondo del pasillo. Doy una rápida vuelta y no sé qué decirles a todos los chicos que miran hacia el fondo de la vivienda y que se mantienen en completo silencio escuchando. Siento la mano de Quim sujetarme de la cintura y doy gracias al cielo porque ahora mismo las piernas no me sostienen. El momento es terriblemente incómodo.

—Chicos, hoy no estamos invitados al fin de fiesta —dice Esteva.

Es con el que más tiempo lleva Neus, un cirujano plástico, guapísimo y con mucha clase. El bombero, que no recuerdo como se llama, sale como un vendaval del piso abriendo con tanta energía la puerta que creo que casi la convierte en giratoria. El resto me dan dos besos y estrechan la mano de Quim mientras la sinfonía erótica nos sigue acompañando. Detrás de ellos, evidentemente, salimos nosotros. Al parecer a Alex le va a llevar un largo rato darle el regalo de cumpleaños a mi pasional amiga.

Un enorme ataque de risa me viene cuando pierdo de vista al

último de los invitados a la fiesta.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —pregunta risueño Quim.

—No alcanzo a entender como una mujer tan loca es psiquiatra. —Reímos juntos.

Falta poco para entrar en agosto y hace un calor sofocante en Barcelona. La brisa que golpea mi cuerpo es caliente. Debería ir más protegida, pero agradezco no llevar la chaqueta gruesa de moto que usaba en Tossa. Para poder subirme he tenido que remangar el vestido y llevo todas las piernas al aire. Quim acaricia mi muslo y solo se separa de él cuando ha de apretar el embrague para cambiar de marcha. Conduce despacio y tranquilo, sé que lo hace porque no le hace gracia que no vaya bien protegida. No sé dónde me lleva, pero él asegura que me va a encantar. El pequeño micra se ha quedado aparcado frente a la casa de mi lujuriosa amiga.

Nada más entrar en el abarrotado local y escuchar la canción de fondo empiezo a dar saltitos como a si fuera una niña pequeña que acaba de entrar al zoo. Bueno, un poco se le parece, porque fauna hay mucha, no encajo mucho en este lugar. El lujoso y sofisticado Hotel W Barcelona, es conocido coloquialmente como Hotel Vela, ya que la silueta del edificio simula la vela de un barco. Está situado en el barrio de la Cuitat Vella y desde su espectacular terraza con piscina *infinity* se aprecia toda la gran playa de la Barceloneta. Hay un escenario en la terraza donde un DJ pone la mejor música del momento. No puedo dejar de mirar a todos lados como la pueblerina que soy. El lujo está por todas partes. Todo está alumbrado con luces lilas. Las barras y el mobiliario son blancos y con acabados en cristal y metal, es minimalista y sofisticado. La gran cantidad de plantas crean una apariencia tropical. Del escenario se proyectan flashes blancos creando el efecto de que todos nos movemos como robots, a trompicones. He vivido siempre en la capital, pero nada he tenido que ver con este ambiente de gente adinerada, estar aquí es alucinante. No sabía que podías entrar pagando simplemente la entrada. Una que no sé lo que cuesta, porque Quim no me ha dejado ni hacer el amago de sacar la cartera, pero que estoy segura, que debe de ser absurdamente cara.

—Es una pasada —alzo la voz sobre la música.

—Sabía que te encantaría. Alex me ha comentado antes que tenía intención de venir más tarde porque hacían fiesta en la terraza. Aunque no creo que al final le dé tiempo. —Ríe canalla.

—¡Wuo! Me encanta esta canción —canto dando pequeñas pataditas y alzando mis brazos al aire, como en la famosa escena del baile de la película *FlashDance.*

Me vuelvo loca bailando *I'm Good (Blue), de Bebe Rexha y David Guetta*. La sorpresa llega cuando el tío más guapo de todo el local se pone a contonear su cuerpo frente a mí.

—¿Por qué me has ocultado que eres un experto bailarín?

—Si prometes quedarte a mi lado, te enseño los pasos. —Guiña un ojo y extiende un dedo con el que me llama flexionándolo hacia él varias veces.

Me lanzo a sus brazos y seguimos el ritmo de la música fluyendo como si lleváramos más de una vida haciéndolo juntos. Bailamos tanto que tengo los rizos pegados a la espalda debido al sudor. Entre baile y baile he tomado algunas cervezas. Lo justo para no pasarme de la raya, aun así, no puedo parar de reír y lo peor de todo es que he olvidado por qué. Él no ha tomado ni una gota de alcohol, ya que debe de coger la moto para volver. «Igualito a Juan y sus constantes borracheras», pienso. Pero hoy no está aquí. Solo estamos Quim y yo. Y eso es todo lo que necesito para estar bien.

Vamos de camino a la moto, la fiesta sigue, pero nosotros ya hemos tenido suficiente por hoy. Hace un rato que Quim restriega su gran pene por mi culo y nuestros besos han pasado a un nivel en el que podrían catalogarse de escándalo público. Detengo la marcha para que me mire y sin pensarlo se lo pido:

—Quiero que vengas a mi piso. Antes de que digas nada, déjame terminar. Necesito que vengas a mi casa y que la llenes de preciosos recuerdos. Yo me he encargado de que parezca otra, lo he cambiado todo. Pero necesito que las ganas que nos tenemos se impregnen en todos los muebles y rincones.

Sin previo aviso, me rodea con un brazo por debajo de mi trasero y me cuelga de su hombro como a un saco de patatas.

—¡¡Quim!! ¿Qué haces? —berreo divertida.

—Nena, si quieres que te folle por todos los muebles y rincones tenemos mucho trabajo por delante hay que darse prisa.

Sale corriendo conmigo encima y muero de risa. Mi cabeza va de un lado a otro y veo mis rizos, que caen hacia abajo, saltar como muelles. Antes de bajarme del todo, cuando llegamos a la moto, me sostiene recta, con sus brazos debajo de mis nalgas. Mis pechos quedan delante de su cara y sin pensarlo atrapa un pezón entre sus dientes. Sin poder evitarlo se me escapa un gritito.

—Como te escuche otro sonidito de esos, la moto va a ser el primer rincón en el que me hunda en ti.

—Anda, sube y llévame a casa. —Bajo la cabeza y le doy un beso en la punta de la nariz, porque como toque sus gruesos y perfilados labios voy a estar de acuerdo con empezar en la moto.

Estamos cerca de mi casa parados en el semáforo y su cálida mano ha decidido rebasar el límite de lo permitido. Gira un poco su cuerpo para poder llegar bien y lleva la punta de los dedos hasta el tanga de encaje. Sentir que en cualquier momento un coche podía parar detrás de nosotros o incluso pasar alguien caminando y vernos, hace que

sienta como la humedad empapa la ropa interior. No puedo evitar cerrar los ojos y el jadeo se oye amortiguado dentro del casco. Quim también lo escucha, ya que los cascos están conectados con un intercomunicador.

—Es un poco *voyeur,* mi Diosa. Mmm… me gusta.

Pellizca el encaje y tira fuerte, dejándolo ir como si fuera un tirachinas. El tanga golpea en mi centro inflamado y las gomitas de los costados chasquean a los lados de los labios. El escozor provoca un cosquilleo que hace crecer el placer. Gimo con fuerza cerrando los puños en sus hombros. Puedo escuchar su risa llegar por el altavoz de dentro del casco. Sin más, da un acelerón y tengo que centrarme en cogerme a su cintura para no caer.

En cuanto aparca, se baja de la moto y se agacha para poner el candado antirrobo. Todo lo hace con premura, casi parece que se trata de una carrera a contrarreloj. Entramos en el portal a trompicones. Cada uno llevamos un casco en la mano, estos van golpeando por todas partes acompañando a nuestros locos cuerpos de una pared a otra. Antes de entrar en el ascensor, Quim me pide que sujete los dos cascos y vuelve a atacar mi boca con tanta brusquedad y desespero que los labios me hormiguean. En cuanto se oye el sonido de aviso de llegada del ascensor, agarra el bajo del vestido, lo sube de un tirón y me alza, sujetándome de las nalgas. Por instinto, mis piernas envuelven su cintura. Un golpe seco contra el cristal del estrecho espacio provoca que suelte un pequeño alarido por la impresión, pero queda ahogado en nuestras bocas. Presiono el botón y las puertas se cierran. Siento su mano apartar a un lado la ropa interior y de una fuerte estocada con su gruesa polla, ya está dentro de mí.

—¡¡Ahhh!! —jadeo tan alto que seguro he despertado a todos los vecinos.

Toda mi espalda se arquea debido al placer de la segunda estocada.

—¡Jo-der! —Le sale entrecortado y rotundo cuando da una tercera embestida tan brusca que creo que me va a partir en dos.

Cuando empieza a caminar hacia la puerta, ajusto mucho más mis piernas a su cintura para que no salga ni un centímetro de mí.

—Las llaves.

Los cascos son un incordio que sujeto con una mano y con la otra busco las llaves y se las tiendo.

Beso su cuello mientras él abre la puerta. Cuando escucho que da la primera vuelta en la cerradura levanto un poco mi trasero y me dejo caer sobre su gruesa verga con brusquedad. Rebufa como un toro. De una patada cierra y yo suelto los cascos que caen al suelo creando un fuerte estruendo. Los vecinos deben estar asustados. Otro golpe contra la pared hace que quede pegada a ella y mi Dios se separa de mí para puntualizar:

—Primer rincón.

Lame con lascivia todo mi cuello con su húmeda lengua, hasta llegar a mis labios y asaltarlos embravecido. En ese instante lleva las dos manos a mis nalgas, las abre y puedo sentir como su falo me penetra más en profundidad. Se vuelve loco. Golpea, una y otra vez sin parar con tanta fuerza y tan profundo que creo que voy a desfallecer del gusto.

—¡Más! ¡Mááás! —grito ida.

Obedece al instante. Aumenta la fuerza y la velocidad. Los jadeos de ambos se convierten en gritos contrastados, los suyos graves y los míos agudos. Siento como mis paredes se contraen, y en ese instante lleva una mano a mi clítoris, pellizcándolo con fuerza. Provocando un alarido gutural y el mayor orgasmo de mi vida. Sus dientes se clavan en mi hombro y el calor de su simiente me llena.

—Inmejorable —consigo decir tras recobrar un poco el aliento.

—Eso está por ver. —Reímos los dos mientras Quim no deja de darme castos besos por toda la cara.

Se deja caer al suelo conmigo encima.

—¿Te apetece tomar algo?

—Nos vendrá bien para volver a coger fuerzas. Pero con una condición.

—Ya estás otra vez con tus tratos.

—Este te gustará. Bueno, seguro que a mí me gusta más. —Levanta sus labios de medio lado en una expresión pilla.

—Sorpréndeme.

—Esos siempre, nena. —Guiña un ojo—. A partir de este momento y hasta que volvamos a salir de esta casa, estaremos desnudos.

—Quim, no creo que sea buena idea. Aún se aprecian un poco los morados y creo que mejor…

—No existe ningún cuerpo en el mundo que me parezca más hermoso que el tuyo.

Lleva la mano a mi cintura y coge el arremolinado vestido tirando de él para sacarlo por mi cabeza. Chupa cada uno de los pezones y esto se tersan aún más. Cuando eso sucede, su polla da una sacudida dentro de mí, aun así, con un gruñido que denota su desacuerdo, sale de mi cavidad. Siento su falta al instante. Al ponerme de pie, me quita el tanga y su semen junto con mis fluidos resbalan por los muslos. Sin pensarlo, sus manos limpian y recogen nuestro placer y lo llevan a mis tetas. Masajea los pezones con la humedad de ambos. Es un acto terriblemente obsceno que hace que la cabeza me caiga hacia atrás, abducida por el placer.

—Diosa.

—¿Mmm? —Sigo con los ojos cerrados ida.

—Creí que tomaríamos algo. —Retira las manos de mis pechos y a

la velocidad del rayo se quita la ropa.

Yo sigo jadeante por el excitante masaje, expectante de más. Sopla sobre los pechos y la humedad sobre ellos se enfría. Eso hace que los pezones se yergan y un fuerte calambre recorra mi cuerpo. Gimo de placer, pero una intensa cachetada en mi nalga me despierta del trance:

—Bebamos, y que sea rápido. Porque no voy a poder soportarlo mucho más tiempo si sigues retorciéndote de placer solo con el roce de mi aliento.

Capítulo 33



Su redondo y perfecto trasero se bambolea hacia la pequeña cocina. Tengo la polla como si no hubiera follado en años. Y lo cierto es que acabo de echar uno de los mejores polvos de mi vida. Un mes. Un puto mes. Larguísimo. Cuatro semanas lejos de ella. Eso no volverá a ocurrir jamás. Me importa bien poco cómo se ponga, no pienso dejar que se vuelva a alejar de mí. La conexión que tenemos es increíble. Dudo que mucha gente tenga la suerte de encontrar algo así. Me voy a aferrar a ella y no la pienso soltar.

Desde que he puesto la mirada sobre ella, en el piso de Neus, creo que no he sido capaz de dar una bocanada de aire completa. ¿Cuánto tiempo puede pasar una persona en apnea? Yo creo que he batido el récord. Cada vez que la miro se me corta la respiración. No soporto reconocerlo, pero Alex está en lo cierto, estoy absolutamente obsesionado. Para no estarlo. Solo hay que verla. Miro por encima de la barra que divide el salón de la cocina para observarla. Sacudo mi polla con la mano intentando calmar un poco el ansia. Está inclinada en la nevera buscando algo. La perfecta panorámica de su culo y su

coño húmedo van a conseguir que me dé un paro cardiaco.

—¡La tengo! —dice alegre y girándose de golpe.

Me pilla masturbándome y se queda fija mirando el movimiento de mi mano. No dejo de sacudírmela. Cuando lleva su mano a la boca y se chupa un dedo con lascivia, siento lo duro que me pongo. Me encanta esa dualidad que tiene. Es tímida y siente vergüenza en algunos momentos, sobre todo al principio de conocerme. Pero ahora que ya se siente cómoda cuando se desnuda delante de mí, su fogosidad le juega malas pasadas, no puede controlarla y la convierte en una descarada. Es excitante e increíblemente ardiente y lo mejor de todo, es que no es ni consciente de ello.

—Me gusta que hagas eso mientras me miras —dice susurrante.

—Dilo. Quiero oírte decir lo que te gusta.

Se queda pensativa, con una mano sobre la botella de vino blanco frío que descansa en la barra americana que nos divide. Esperar no supone ningún problema, me entretengo en observar su cuerpo. Sus pechos llenos y erguidos, su abdomen plano.

—Me gust…

—Tienes que decirlo mirándome. Conmigo no vuelvas a bajar la cabeza avergonzada nunca más.

Se yergue, alzando su barbilla, algo retadora, y su mirada gatuna se clava en la mía. Veo como toma la determinación y las riendas de sí misma.

—Me encanta que te toques la polla mientras me miras. Me hace sentir sexy y deseada. Y, sobre todo, me pone muy cachonda.

¡¡Zas!! Como si fuera una gran bofetada. «No querías sopa, pues toma dos tazas, listo», me digo a mí mismo. La he retado y ella me ha más que complacido, sorprendiéndome. La veo cambiada. Está más empoderada y segura de sí misma. Sigue siendo ella, pero más fuerte y valiente. Creía que no podía mejorar lo que ya conocía, pero está claro que con ella no puedo dar nada por sentado. Cuando menos me lo espero me sorprende.

—Eres absolutamente sexy. Te deseo más que a nada en el mundo.

Me sonríe y se gira en busca de un par de copas para servir el vino. Yo sigo como un puto enfermo machacándomela. No lo puedo controlar. Con la mano libre choco mi copa con la suya y bebemos. No deja de mirar como mi piel sube y baja, cubriendo y descubriendo el brillante capullo. Se acabó, dejo con fuerza la copa y de un rápido movimiento rodeo el mueble que se interpone entre nuestros cuerpos, voy directo a ella. Y a tan solo un paso de distancia me detiene.

—¡Alto! —Paro en seco debido al impacto de su determinación.

De repente, la sonrisa que la ha acompañado toda la noche se ha esfumado. Todo parece que fluye y es fácil. Pero no nos engañemos, este lugar y este momento son un punto de inflexión en su vida. Ha

tenido todas estas semanas para cambiar el piso. Lo poco que me he entretenido a mirar grita bien alto quién vive aquí. Pero, eso no borra lo que ocurrió. La pintura y los muebles nuevos nunca eliminarán de su recuerdo que casi muere a golpes en esta estancia. Y lo peor de todo, nunca borrarán que fue su única familia la que casi la mata. No pienso volver a sacar el tema, voy a dejar que sea ella quien decida cómo vamos a gestionar esto. Si fuera por mí, me la llevaría lejos de aquí hoy mismo. Pero he de respetar sus tiempos y necesidades. Escucho su voz y eso me saca de mis turbios pensamientos.

—Coge tu copa y siéntate en el taburete. Al otro lado. —Señala con la mano que sujeta el vino.

Por un momento la veo dudar, pero de repente una sonrisa traviesa decora su precioso rostro achinando sus ojos.

—¿Ahora además de jodidamente sexy también eres mandona?

—Siempre he sido muchas cosas que no me han dejado ser. La culpa es tuya, haces que sienta que puedo ser yo misma, me haces sentir libre.

Mi pecho se hincha de tanto orgullo que no cabe en mí. Sus palabras me hacen absolutamente feliz y me dejan tan alucinado que solo puedo regalarle la sonrisa más sincera del mundo. Se gira y camina salvajemente desnuda hasta el centro del salón. Obedezco su orden y ya estoy sentado mirándola ahí de pie. Expectante. Se ha colocado en medio del salón. Sus ojos buscan los míos por el borde de la copa mientras bebe un largo trago. Quedo aferrado a esa mirada del color de ámbar.

—Alexa, pon la canción *Calma* de *Nil Moliner*. —El dispositivo obedece al instante y suena los primeros acordes.

¡Uh! ¡uh! ¡uhhh! Mmm…
¡eh!
Shalala

Sin soltar la copa, sube los dos brazos extendidos y contonean sus caderas al son de la música sonriendo de medio lado. Sabiendo lo que yo aún no entiendo. Hasta que empieza a sonar la letra.

Saliendo un ratito
Buscando la vida que quiero un sorbito
Estoy con los míos
Voy a pedir y me cruzo contigo

Quiero olvidar lo que haces
Yo te pregunto y contestas
Que no puedes aguantarte
Me invitas a ver las estrellas

Quiero aguantar un poco este momento
Tú me desnudas con tan solo un movimiento
Pero tú quieres más
Pero tú quieres más

Calma
Solo te pido un poco de calma
Vamos un ratito a la cama
Hasta que no puedas aguantar, eh

La gran carcajada que suelto se oye por encima de la música y ella ríe. Sigue bailando. Parece la danza ancestral de un embrujo. Gira sobre sí misma dando vueltas. Su culo va de un lado a otro y cuando zarandea los hombros sus pechos se agitan. Los rizos rubios y despeinados caen por su cuerpo rozando su piel y sus senos, generándome una gran envidia. Siento cómo la magia de su hechizo me atrae y me lleva a un lugar de ensueño. No puedo parar de reír entendiendo lo que me pide con esta canción. Aunque no estoy seguro de poder conservar la calma si sigo viéndola tan desinhibida y preciosa.

Calma
Solo te pido un poco de calma
Trae ese vinito a la cama
Vamos a sentirnos respirar

Sin dejar de moverse de esa manera que me vuelve majareta, viene hacia mí. Llena las dos copas de vino mucho más de lo que el protocolo permite y me coge de la otra mano para que me levante del taburete. Canta la letra junto a *Nil Moliner* caminando de espaldas sin dejar de serpentear al ritmo, dejo que me guie sin poder parar de reír.

Y cuando todo representa que pasó
Apareces reventando el corazón
Tenía claro que no te iba a pensar
Te has pasado, no me dejes escapar no
Y cuando representa que era diversión
Y resulta que ahora solo siento amor
¿Qué me has dado?, ¿Qué me has hecho?
Devuélveme todo este tiempo

Calma
Solo te pido un poco de calma
Vamos un ratito a la cama
Hasta que no puedas aguantar

Al entrar en el dormitorio, me suelta y se separa para encender una pequeña lámpara que hay en la mesita de noche. Cuando la tenue luz ilumina la oscura habitación, vuelvo a la apnea, seguro que batiré récords históricos hasta para mí. Somos nosotros. En tamaño extra grande.

—Fue lo primero que puse en el piso después de vaciarlo.

No sé qué decir. Es una fotografía que nos hicimos en Tossa y aunque en el instante que la hizo, solo era eso, un instante, ahora se ve ahí plasmada como un momento increíblemente feliz que llenó mi mundo de ella. Reímos mientras yo desde detrás rodeo su cintura y le hago cosquillas.

—Ven.

Me lleva hasta la cama despacio y cuando se sienta intento lanzarme sobre ella, pero me lo impide.

—Calma. Solo te pido un poco de calma.

En ese momento me doy cuenta de que ya solo nos acompaña el silencio de la noche. Siguiendo sus indicaciones silenciosas, nos sentamos uno frente al otro, ella pone sus piernas sobre las mías estiradas, está de espaldas a la fotografía. Quedando yo de frente a la imagen que no puedo dejar de mirar y brindamos. El dulce y afrutado vino blanco es fresco, me ayuda a calmar la sed, pero no consigue apagar ni una pizca del fuego que recorre mi torrente sanguíneo. Coge las dos copas y las deja sobre la mesa. Sus ojos cálidos como la miel me desarman diciendo miles de cosas que no se pueden decir con palabras. Lleva las manos a mi rostro y dibuja todos mis rasgos con las yemas de sus dedos.

—Cuando pensaba que el dolor en el pecho por tener el corazón completamente roto ya no me dejaría vivir, venía y me sentaba delante de la foto. Nos miraba y me decía a mí misma que sí existe el chico de mis sueños. Me recordaba que se puede llegar a ser abrumadoramente feliz en instantes sumamente sencillos. Me recordaba por qué estaba sola en este lugar librando una guerra con mis horribles recuerdos. Por ti, Quim. —En algún momento mi vista se ha perdido en la imagen que gobierna la habitación. Cuando escucho mi nombre vuelvo a la cálida miel que me mira con amor, con necesidad—. Porque quiero amarte con bondad, con desinterés y sin límites. Dejando atrás todas nuestras sombras para que lo que tengamos esté lleno de luz.

—Tú ya eres mi luz. Te amo, Chloe.

—Te amo.

Llevo las manos a las suyas que aún acarician mi rostro, beso sus palmas y vuelvo a ponerlas sobre mi cara. Deslizo las yemas por sus brazos hasta los hombros y trazo su cuello para llegar a su rostro. Retiro los rizos y beso uno de sus párpados, después el otro. Cumplo

su deseo y con calma voy dando suaves besos en cada rincón de su delicado rostro. Sobre cada pequita de su nariz. Amándola. Sintiendo la suavidad de su piel y cómo esta se eriza con el contacto de mis manos sobre ella. Así pasamos un largo rato, entre caricias y castos besos. Embebiéndome de su olor, de su tacto. Diciendo sin palabras lo mucho que la he echado de menos. Lo mucho que la necesito. Poco a poco, la temperatura va subiendo y mis caricias se vuelven más osadas. Resbalo los dedos por los pezones y dibujo el contorno de sus pechos, deslizando las manos por el canal que hay entre ellos, hasta llegar al ombligo donde trazo círculos a su alrededor. Como si se tratara de un espejo, ella copia todos mis pasos en mi cuerpo. Pinza su labio con los dientes y es la señal para aventurarme, llevando el dedo índice hasta su centro. Sus flujos cálidos empapan mi apéndice y no puedo evitar llevarlo a la boca para saborear su dulce y picante ambrosía. Como ha estado haciendo todo el tiempo, copia los movimientos. Frota mi glande y reparte la gotita de deseo de la punta por él con su pulgar, para después llevarlo a la boca y chuparlo varias veces.

La calma tiene un límite. Tal como dice la canción, «hasta que no puedas aguantar». Y eso es justo este instante. Ya no puedo más. Empujo con mucha delicadeza su cuerpo para estirarme sobre ella. No creo que sea bueno estar tanto rato empalmado y conteniendo el placer. Muevo las caderas y sabiéndose el camino del Edén, mi polla se desliza por su obertura colándose dentro de su cavidad caliente y chorreante.

—Mmm… —gime con suavidad.

Todos los movimientos son decadentes, pero eso lo único que consigue es que sean aún más intensos. Salgo muy despacio y al volver dentro con lentitud lo siento todo. Prolongarlo hace que los sentidos se agudicen. La rugosidad de sus paredes acariciando mi pene. La humedad de sus fluidos deslizándose por mis testículos. Su aliento cálido rozando mis labios. Sus muslos apretando mis caderas. Las cortas uñas arañando con suavidad toda mi espalda. El olor del sexo llenando la estancia.

Al penetrarla hasta el fondo, se oye el suave chasquido de nuestros cuerpos al chocar. Es una explosión de sentidos, olores y sensaciones.

He oído hablar mucho de lo que es hacer el amor, pero esto que ahora mismo estamos viviendo los dos, enredados en nuestros cuerpos, es algo que escapa a lo que nunca pude imaginar. No dejamos de mirarnos ni un solo instante. Sus pupilas están tan dilatadas por la excitación que casi se ha perdido la miel de sus ojos. Tiene la mirada cristalina y unas diminutas gotitas de sudor dan brillo a su rostro. Pasa la lengua por los gruesos labios y los pinza de nuevo. Es un acto de contención y lujuria. Me sonríe y yo a ella.

Sus piernas empiezan a temblar avisando del orgasmo. Llevo mis manos a los lados de su cara porque necesito sujetarme a algún sitio y la beso lento. Enredando nuestras lenguas. Nuestros cuerpos resbalan uno sobre el otro, cada vez que entro y salgo siento su suave piel rozar mi abdomen y sus pezones duros arañar mi pecho. Los jadeantes sonidos de ambos se acompasan y avivan. Ralentizo aún más el ritmo y cuando entro dentro de ella, empujo mucho más profundo. En ese punto me quedo quieto y roto mis caderas para rozar su clítoris. Salgo casi del todo y vuelvo a repetir la profundidad y los círculos.

—Te, tee ¡ahh! Te amooo… —dice a trompicones cuando se corre.

Justo en el momento que siento que sus paredes aprisionan mi polla, paso las manos por debajo de su culo, pegando su clítoris mucho más a mí y empujo con fuerza dentro de ella a mucha velocidad. Frotando todo su inflamado y sensible botón con mi abdomen y llevando mi falo hasta el fondo con fuerza. Prolongando su orgasmo hasta enloquecerla. Sus manos tiran con saña de mis mechones en un acto desesperado por intentar gestionar todo este placer que cimbrea su cuerpo.

—¡¡Grrr…!! —gruño, desquiciado, llenándola con toda mi simiente y deseando quedarme en este momento el resto de mis días.

Me he corrido y no puedo dejar de moverme porque siento las réplicas de su orgasmo y el mío, me generan tanto placer.

—Ya no voy a dejar que te alejes de mí —certifico.

Capítulo 34



Cinco años. Esa es la pena que el juez ha establecido para Juan. Verlo ahí, frente a mí, esposado, ha sido como si me rajaran el alma. ¿Cuándo paso? ¿En qué momento de nuestras vidas nos perdimos tanto?

Todo ha sido muy acelerado, y yo lo agradezco. El mal trago del juicio era el último que me quedaba para cerrar este capítulo.

Cuando el acusado, es decir Juan, ha entrado en la sala, ya estábamos todos esperando su llegada. Ha sido verme y empezar a decir mi nombre una y otra vez pidiéndome que lo mirara. No lo he hecho. Ya no pienso acatar ninguna orden más que provenga de él. He mantenido la mirada fija al frente mientras los lagrimones resbalaban por mi cara. La garganta me ardía por la contención de los sollozos que pujaban por ser liberados. Pero no he emitido ni un sonido. Cuando me ha tocado testificar, eso ya ha sido otra historia. Tener que relatar lo que ocurrió, ha sido demoledor. Solo lo expliqué en mi declaración a la policía. Quim y Neus están en la sala. A ellos no he llegado nunca a explicarles cómo fue todo. Al mirarlos en mitad de mi

relato, veo a Quim rodeando el cuerpo de mi amiga que llora desconsolada y como él contiene las lágrimas con una mirada severa y rabiosa. Como colofón final, han enseñado las fotografías que me hizo mi chico en el hospital. Cuando ha salido la primera imagen solo se ha escuchado el grito ahogado de Juan y su llanto desconsolado ha ido aumentando con cada imagen.

Ya estoy recuperada físicamente, solo me ha quedado una ligera marca en el pómulo y otra en el borde del labio de arriba. Pero el cirujano y *follamigo* de Neus hizo un trabajo excelente. Además, me va a hacer un tratamiento láser para minimizar al máximo las cicatrices. Tampoco me importa que estén ahí, me recuerdan cada día que he de quererme a mí misma y valorarme.

—Lo has hecho muy bien, nena —dice Quim abrazándome y besando mi cabeza.

Neus sujeta mi mano. Cuando he salido de la sala se ha aferrado a ella con fuerza y no la suelta ni cuando mi chico me rodea con los brazos. Yo también necesito sentir que está bien, y que está aquí, agradezco el calor de su amistad.

No soy capaz de articular palabra. Una y otra vez se repite en mi cabeza «cinco años», solo cinco. Y después… ¿Qué? Una orden de alejamiento, sí, pero eso no es suficiente. La justicia en este país necesita un ajuste. Nadie es consciente de la gravedad de este asunto hasta que no le toca de cerca.

—¡¡Chloe!! ¡Mírame! ¡Por favor! ¡Mírame!

En un acto reflejo, sin ser del todo consciente, me giro. Juan lleva su mirada de mí a Quim varias veces y poco a poco veo cómo se va oscureciendo y ennegreciendo.

—¡¡Aparta tus sucias manos de mi mujer!! —chilla, encolerizado—. ¡¡Eres mía, me oyes!! ¡¡Míaaa!! ¡¡Mí-a!! ¡¡Míaaa!!

Sigue gritando mientras se lo llevan a rastras por el pasillo. Lo miro con algo más de detenimiento y es justo en este instante cuando me doy cuenta de lo muy delgado y desmejorado que está, no parece ni él. Al sentir la mano de Quim rodear mi cintura atrayéndome a su cuerpo, alzo la mirada buscando la suya. Pero esta se centra en la de la persona que rompió mi alma. Con una sonrisa en el rostro que hace que me tiemble todo el cuerpo le dice:

—Suerte en prisión. Yo cuidaré de ella, tranquilo.

***

Creí que era imposible, pero hoy estoy llorando más que en toda mi vida. El dolor de haber perdido a mi única familia es lacerante. Neus nos ha traído a casa. En el coche, Quim se ha sentado detrás, junto a mí, sin dejar de acariciarme los rizos mientras descansaba la cabeza sobre su hombro. Han respetado mi absoluto silencio. Al llegar,

mi amiga se ha quedado en la cocina preparando la comida mientras Quim me llevaba al dormitorio. Con cariño me ha quitado la camisa negra y el pantalón del mismo color que me había puesto hoy, para después colar por mi cabeza un vestido amarillo con margaritas blancas. Es uno que me encanta y que siempre me pongo cuando estoy muy contenta. Lo ha hecho con toda la intención. Cuando me he mirado, no he podido más que regalarle una sonrisa que él me ha devuelto sin decir nada. Me ha cogido en brazos como a una niña y llevado a la cama, donde ha sentado mi cuerpo sobre el suyo de frente a la preciosa fotografía que tanto ha calmado mi alma estos dos últimos meses. Ha ajustado los cascos de música a mi cabeza y ha puesto la *playlist* que hice cuando estábamos en Tossa de Mar. En algún momento, el llanto se ha detenido y me he ido relajando envuelta en los brazos de Quim. Un lugar donde siempre siento paz. Pero sobre todo amor.

—Ya están listos los macarrones más exquisitos que podáis imaginar. —Escucho a Neus por encima de la música, giro un poco el rostro y la veo entrando en el dormitorio con su habitual energía y su actitud alegre.

Sin pensarlo, sube a la cama y se acerca a nosotros. Me quito los cascos esperando que diga algo más, pero solo se sienta junto a Quim y deja descansar la cabeza en mi hombro a la vez que entrelaza los dedos con la mano que tengo libre. La otra la tengo unida a la de él.

—Nosotros somos tu familia.

Cuando Quim habla, me giro a mirarlo y Neus también alza la mirada. Parece como si hubiera podido escuchar mis pensamientos.

—Tú eres mi familia —eso me hace recordar que sus padres ya no están, que los dos hemos perdido mucho—, ahora crees que has perdido algo, puede que así sea. Pero también creo que lo has ganado. —No retira la vista de la fotografía—. Has ganado la libertad de amar y ser amada sin imposiciones, sin miedos.

Las lágrimas que habían cesado ahora vuelven con más intensidad.

—Amén, grandullón —dice solemne Neus haciéndonos sonreír ligeramente.

No pasa mucho tiempo cuando vuelve a hablar.

—¿Sabéis? —La miramos—. Cuando miro esta foto solo puedo pensar en lo asquerosamente guapos que sois los dos, es hasta molesto.

Su absurda salida de tono hace que sin poder evitarlo soltemos una gran carcajada.

—No riais, va muy en serio, tanta guapura me irrita y más si tengo el estómago vacío. —Da un saltito para bajar de la cama y con dos palmadas fuertes al aire exige—: Levantaros. El tiempo de pena y llanto ha llegado a su fin. Ahora comeremos, os contaré algún chiste

de los míos que son buenísimos —pongo los ojos en blanco porque es malísima contando chistes—, y después me marcharé para que podáis follar como marranos toda la tarde.

Sin dejar de reír por lo loca que está, nos levantamos y obedecemos. Quim la atrapa antes de salir de la habitación y le da un abrazo con un beso final en la mejilla.

—Gracias por todo, doctorcita loca. —Ella le guiña un ojo y se vuelve reemprendiendo el camino a la cocina.

Sé que se refiere a este momento, pero también a todo lo que ha hecho por él y todo lo que hace por mí siempre. Me encanta esta relación que tienen entre los dos. Se quieren, y lo de médico paciente hace mucho tiempo que pasó a ser una bonita amistad. La bruja que lleva dentro siempre supo que acabaríamos juntos, estoy segura. Cuando Quim llegó al hospital no se separó ni un instante de él, para ayudarlo, pero también para que nuestros caminos se encontraran. Eso nunca podremos agradecérselo suficiente.

Después de la noche de la fiesta de cumpleaños, la que organizó solo para que volviéramos a estar juntos, Quim y yo hablamos. Él tenía clarísimo que quería que fuéramos a vivir juntos, pero para dar ese paso necesito algo más de tiempo. Le hice entender que necesitaba ir un poco más despacio y al final claudicó, pero solo con la condición de que durmiéramos juntos todas las noches que no tenía que ir a trabajar. A quien queremos engañar, es como si viviéramos juntos, pero en dos pisos. Tengo la mitad de mis cosas en su casa y la otra mitad en la mía. Ambos tenemos un espacio en el armario del otro, el cual hemos llenado de nuestras cosas y todo es un lío mucho mayor que si de verdad viviéramos en la misma casa. De todos modos, prefiero que siga así.

Cuando él trabaja me gusta estar en mi «nuevo piso» y disfrutar de mí misma. Estos dos meses han sido un sueño. Lo único que me preocupa es su trabajo. Le quita muchas horas de vida, lo absorbe muchísimo. El nivel de exigencia es muy elevado. En alguna ocasión ha llegado con golpes y magulladuras, eso también me inquieta. Intento que no se me note, porque sé que a él le encanta lo que hace.

El día que me dijo que era un GEI, que pertenecía al Grupo Especial de Intervención de los Mossos de Escuadra, entendí muchas cosas. No le gusta mucho que se lo diga, pero su trabajo es parecido al de un superhéroe. Dice que él es solo un hombre que intenta mejorar una pequeña parte del mundo y ayudar a la gente. ¿Y qué es eso? Pues lo dicho, un superhéroe. Con todos sus esculpidos músculos y su traje especial, bueno, él lo llama uniforme. Cuando el turno se lo permite o no tiene misión, viene a buscarme a mi fabuloso trabajo y ya no nos separamos.

Estoy genial en la oficina. Merçe es una jefa paciente y

encantadora. Me ha enseñado todo con calma y ahora ya puedo decir que vuelo libre como un pajarillo. El director de la empresa y amigo de mi chico, es sin duda un crack. Lo controla todo y a todos con su habitual carácter distendido. También sabe ser autoritario y me gusta que dentro del trabajo me trate como lo que soy, una empleada más. Todas están loquitas con él, es arrebatadoramente guapo y para rematar encantador, un gigoló nato como dice Quim.

El Sr. Miguel Santos vino a conocerme en persona a la semana de estar allí. Es el gerente de la empresa. Está medio jubilado y ha volcado toda la responsabilidad en Alex, al que le tiene en alta estima y con el que se lleva fenomenal. Cosa que a su hijo Enrique le molesta demasiado. Creo que es el único al que no le gusta Alex. No hay nadie que hable mal del rubio de ojazos azules, tiene enamorado incluso al personal masculino. Sin olvidarnos de Neus, que se niega a reconocer que el rubio remueve algo dentro de ella, e insiste en que solo es un *follamigo* más. La conozco muy bien y veo cómo lo mira. Nada tiene que ver a como lo hace con el resto. No voy a entrometerme, ellos solos se darán cuenta. Estoy deseando descubrir cómo estos dos titanes dejan a un lado los prejuicios y se rinden al amor.

—Creo que voy a reventar. Dra. Blázquez, debería replantearse su profesión, la cocina se le da genial.

—Deja de ser condescendiente conmigo. —Quim ríe.

Ha sido un rato relajado que hemos hablado de cosas sencillas. Evitando en todo momento lo que ha acontecido la mañana. Neus, cada cierto tiempo, se acordaba de algún chiste y lo contaba. Son tan malos que en muchas ocasiones solo ríe ella. Estar con ellos compartiendo este momento banal solo hace que sea aún más consciente de lo que me ha dicho Quim en la habitación, los tengo a ellos, aunque solo sea para hacerme distraer la mente cuando el día ha sido devastador.

—¿Tienes planes para hoy?

—Vaya, grandullón, ¿me estás echando?

—Pues sí.

—¡Quim! —lo increpo y le doy un ligero codazo.

—¿Qué? Estoy deseando hacerte olvidar esta mierda de mañana que hemos tenido. Lleva con nosotros todo el día, ahora te quiero para mí solo.

Riendo a boca llena se levanta y me da un fuerte beso y otro a Quim para despedirse.

—Me voy, pero como me has echado descaradamente, tú friegas todo el desaguisado.

Al mirar a la cocina, me llevo una mano a la boca para esconder la risa.

—Tú tienes que ser un huracán hasta para cocinar, ¿no? —

pregunta y ella asiente con la cabeza y se despide agitando su mano.

Cuando cierra la puerta, Quim se vuelve de nuevo para la cocina y bufa agobiado. Para hacer unos macarrones ha usado todos los cacharros del mundo. Estoy segura de que yo no tengo todo eso metido en los armarios de mi cocina.

—Hemos tardado más en limpiar que lo que ha tardado ella en ensuciar. Este rato que me ha robado de estar contigo me lo va a hacer pagar.

—Pero si lo hemos hecho juntos.

—Nena, estar en la misma habitación no quiere decir que estemos juntos.

Su comentario me da que pensar. ¿Cuánto tiempo llegué a pasar en la misma casa con Juan sin que estuviéramos juntos?

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Darle vueltas a todo.

—No están fácil.

—Sí que lo es. Ahora lo verás.

Con una velocidad pasmosa mi vestido sale volando. Lleva las dos manos a un lado de mi braguita de algodón y cruje la costura.

—¡Quim!

Hace lo mismo con el otro lado y se lleva el desmadejado trozo de tela a la nariz, inspirando con fuerza y cierra los ojos en un gesto de placer. Cuando se pone así, me excita muchísimo. Aun con el día que he tenido, la quemazón en los ojos por haber llorado y el leve dolor de cabeza que me ha acompañado todo el día, me excito. Él es mi afrodisiaco más intenso. Sujeta mi cintura y me sienta en la impecable encimera que ha limpiado a conciencia.

—¡Ah! —Se me escapa un gritito al sentir el frío en las nalgas.

—Muy atenta, no quiero que dejes de mirar ni un instante. Quiero que veas como te arreglo el día a lametazos.

Con sus grandes manos separa mis rodillas al máximo y hunde su cara en mi centro cumpliendo con su promesa.

Capítulo 35



Siempre me ha encantado mi trabajo, he luchado mucho para ser uno de los mejores en mi especialidad, pero cada vez me lo replanteo más. Solo puedo pensar en mi Diosa. Imagino lo que estará haciendo, y solo deseo estar con ella y no aquí, apuntando a un proxeneta y los cuatro tíos que tiene contratados como escolta. La trata de blanca es algo que por desgracia está a la orden del día, mucho más de lo que nadie se imagina.

—Yo me quedo. Ve a ayudar al resto, hay chicas por todas partes. Todas están muy drogadas y golpeadas, alguna no puede ni caminar. —Asiento a mi compañero de unidad y me dirijo escaleras arriba a las habitaciones.

Hacía mucho tiempo que no dábamos un golpe como este. Cada vez que localizábamos la casa o piso franco donde tenían a las chicas, estas desaparecían. Tanto era así, que en la unidad se abrió una investigación porque el sargento creía que había un soplón entre las filas. La redada ha sido brutal. Alrededor de cuarenta chicas viven en esta casa, rodeadas de escolta y custodiadas. Las obligan a drogarse

para que hagan todo lo que se les pide. Las más dóciles son llevadas a la calle para que ejerzan la prostitución. El resto trabajan en clubs. Todo está organizado al milímetro, la mitad trabaja y las otras descansan. Hay dos cambios de turno al día, es en el único momento que están todas a la vez en la casa, aproximadamente una hora. Así solo necesitan la mitad de las camas. Las traen y llevan en varios coches que suelen cambiar con asiduidad para que los modelos y matrículas pasen más inadvertidos. Toda una estructura totalmente organizada en la que llevamos detrás meses.

Cuando entro en una habitación veo tres chicas, dos de ellas desnudas y la tercera lleva un corto vestido, están estiradas en una cama, una de ellas tiene una jeringuilla clavada en el brazo y otra está sangrando por la vagina. Los golpes son incontables en todas. Barro la estancia con la mirada, apuntando con el arma en la misma dirección que se mueven mis ojos, para cerciorarme de que no hay ninguna rata inmunda con ellas. Cuando compruebo que está despejado, me acerco para verificar si están vivas y si pueden moverse. Sin previo aviso, una se yergue e intenta aferrarse al chaleco antibalas que llevo. Con un movimiento ágil la inmovilizo, dándole rápido la vuelta a su cuerpo demasiado delgado. Sujeto sus dos manos huesudas en el bajo de su espalda y la apunto con el arma. Todo sucede como un acto reflejo. Estamos entrenados para actuar y después preguntar. Lo más probable es que no sea la manera correcta de gestionar esta situación. Pero yo no estoy aquí para ser diplomático. Mi labor es atrapar a los malos y salvar a los buenos. Y no siempre los que crees que necesitan ser rescatados están en apuros. No es la primera vez que me llevo una sorpresa y el bueno es el más villano de todos. Las otras dos están tan drogadas que no se enteran de nada.

—Por favor, no me llevéis. Si el León se entera de que nos ha cogido la policía, mi hija morirá. Por favor, dejarme aquí. —Está fuera de sí.

Es rusa, tiene un acento muy marcado. Grita con absoluto pánico. Uno que se han encargado de infundirle a golpes y amenazas. Por suerte, un compañero pasa por el pasillo y alertado por el revuelo avisa a los sanitarios. Estos le administran un sedante que consigue rebajar su ansiedad y al final cede para que nos la llevemos.

Al llegar a comisaría pasan a todas las chicas a protección de testigos. Me ha comentado la agente que las ha interrogado que la rusa sigue muy alterada. Solo decía que si el León se enteraba de que las habían cogido sus familias lo pagarían y rogaba con desespero que la soltaran. Ninguna ha querido abrir la boca, todas declaran que están ahí porque ellas quieren y que nadie las obliga. Es increíble lo que estas mafias consiguen con el miedo. Las amenazan con arrebatarles lo que más quieren y ellas obedecen a todas sus

exigencias. Sin ser conscientes de que lo más probable, es que jamás puedan saldar la deuda que les han impuesto y nunca volverán a ver a sus seres queridos.

***

—Tienes cara de agotado. —Alex siempre sabe leerme.

—La semana ha sido muy intensa, mucho trabajo.

—Eso es lo que querías, ¿no? Volver a la unidad. Siempre te ha encantado tu trabajo, pero últimamente no hablas de él con el mismo entusiasmo. ¿Qué pasa?

—Entre tú y Neus no sé quién es peor, no se os puede ocultar nada. —Río de medio lado cabeceando.

Cuando lo miro, veo que todo su cuerpo está tenso y soy consciente que se debe a la morena de sonriente rostro que he nombrado.

—Me vas a contar qué pasó el día de cumpleaños.

—Todos pudisteis oír lo que pasó —dice restándole importancia—. Y no cambies de tema, ¿qué ha pasado en el trabajo?

—Algún día tendrás que contarme que os pasa a vosotros dos, pero te voy a dar algo más de tiempo. —Le guiño un ojo con complicidad y veo cómo se relaja todo su cuerpo, agradeciendo que deje a un lado el tema de la doctora que lo trae de cabeza—. Creo que el problema es precisamente ese. Sigue todo como antes en la unidad, pero no en mi vida.

Me observa, su mirada baila entre la pena por lo que sabemos que ha cambiado de mi vida, y con la duda por saber que hay algo más que no alcanza a comprender.

—No es solo lo de mis padres, es por ella.

—¿Quién? —pregunta más alarmado de lo normal.

—Quién va a ser tío. Chloe.

—¿Qué pasa con ella?

—No llevo bien el tiempo que me exige el trabajo. Cada vez son más horas. Ha sido volver y las misiones amontonarse, es como si todos los casos hubieran esperado a que yo llegue para resolverse. Nunca habíamos tenido tanto trabajo, ni pasado tanto tiempo fuera de casa. Y yo ahora mismo lo único que deseo es estar con Chloe.

—Te estás cuestionando seguir en el cuerpo. —No lo pregunta, lo dice en alto como si así fuera capaz de comprenderlo mejor.

—Sí.

—¿Por una tía?

—Cuidado. No me gusta que hables de ella en ese tono.

—Por el amor de todos los dioses. ¿Tú te estás escuchando? ¡Quieres dejar el trabajo con el que siempre has soñado por una tía! —repite remarcando mucho la última palabra y dejando claro que no se

amedrenta con mi actitud de macho protector.

—No es una tía —zanjo—. Es la mujer de mi vida, y cada segundo del día me pregunto por qué estoy ahí empuñando un arma sobre la cabeza de algún desalmado en vez de estar a su lado. —Abre tanto los ojos que creo que caerán de sus cuencas—. No me mires así. Este trabajo me ha robado cientos de horas de disfrutar con mis padres, de estar con ellos y ahora ya no puedo hacerlo. No quiero que me pase lo mismo con Chloe. Además, sé que ella sufre cuando no estoy, y lo peor de todo es que no puedo prometerle que volveré sano y salvo.

Durante un largo rato me mira y temo que le explote la cabeza intentando digerir lo que le acabo de decir. Yo mismo aún estoy atónito. Nunca creí que me plantearía dejar mi trabajo. Mi gran meta en la vida siempre fue ser un agente de alto rango. Las pruebas de acceso a los Mossos de Escuadra son duras, tanto las físicas como las psicológicas. Fui la mejor nota en mi promoción y en pocos años dejé de patrullar calles para poder especializarme en lo que de verdad me apasionaba. La adrenalina y el riesgo eran parte de mi sustento de vida. Ahora puedo alimentarme solo de Chloe y por raro que parezca, me siento bien con esa sensación. La vida es así, llena de reveses y sorpresas. Te da una de cal y otra de arena. Muchas veces te fuerza a hacer cosas que no deseas. Por eso, cuando te da la opción de decidir el camino, solo podemos intentar escoger el que creemos que nos hará más felices, sin saber si es el correcto. Hay que jugársela, arriesgar siguiendo el instinto. Hay que vivir, todo se reduce a eso.

—Solo te pido que lo medites bien antes de hacer una locura.

—La decisión está tomada —certifico convencido—. Pero tenemos un caso muy importante que nos llevará aún unos meses, ese será el último. Después me la quiero llevar a Tossa de Mar. Venderé todo, la casa de mis padres y el piso de Barcelona. Y compraré una bonita casa con vistas al mar.

—¡Joder! Que lo dices en serio. —Las carcajadas de Alex llenan la habitación—. Lo tienes todo pensado, solo te falta una cosa. —Cabeceo para indicarle que continúe—. Que ella quiera ir contigo.

—Cambiaré el sentido de la rotación de la tierra si es necesario, pero conseguiré que ella lo desee tanto como yo.

Seguimos charlando un rato más en su despacho mientras tomamos un café y esperamos a que Chloe acabe una reunión que tiene de última hora.

El Sr. Santos, el dueño y propietario de Genesis Marketing, ha pasado a recordar a Alex la reunión que tiene mañana para acabar de decidir las inversiones del próximo mes. Al verme, ha disfrutado de una copa de su whisky preferido mientras charlábamos animadamente de todo y de nada. Me cae muy bien este hombre. Antes de dejarnos de nuevo solos, me ha estrechado la mano y con convencimiento ha

dicho:

—Esa muchacha es una de las joyas que más he visto brillar en mi vida. No la dejes escapar.

Solo he podido garantizarle que no lo haría.

—Quim, no sé cómo hablar de esto contigo —dice mi hermano en cuanto su jefe sale del despacho.

Me giro y lo veo frente a la ventana, con las manos en los bolsillos. Está meditando como soltarlo. Su postura regia no me pasa inadvertida. Lo he notado algo inquieto durante todo el rato, pero he dado por sentado que se debía al hecho de haber nombrado a Neus y haber preguntado por la lujuriosa noche que pasaron en el baño. Me equivocaba, hay algo más. No me mira y eso solo consigue inquietarme. Sé leerlo tanto como él a mí, que oculte su rostro y no me encare, solo puede traer malas noticias.

—Verás, me han llamado del psiquiátrico —me pongo tan tenso que tengo que levantarme para gestionar lo que sé que viene ahora, va a decirme algo de ella y eso me incomoda—, al parecer Xenia…

—Ya estoy lista. —La alegre voz de mi chica interrumpe la conversación.

El ambiente está enrarecido. Solo nombrar a la que ha sido la asesina de mis padres ha conseguido tensar todo mi cuerpo y ponerme de mal humor. Sabe de sobra que detesto sobremanera que la nombre. Chloe se da cuenta enseguida de que algo ocurre.

—Vaya, veo que interrumpo, perdonar, estaba la puerta abierta y pensé… Os espero fuera.

Antes de que pueda darse la vuelta y marcharse, doy dos grandes zancadas y la cojo de la muñeca, tirando de ella con suavidad, pero con firmeza, para pegar su cuerpo al mío. Me importa veinte mierdas que esté Alex delante y que nos haya interrumpido. Llevo toda la maldita semana sin verla por culpa del trabajo. Lo que tenga que contarme puede esperar y más si es sobre Xenia. Podría decir que la beso, pero sería un eufemismo. Me la como. Hundo mi lengua en su boca y disfruto de su dulce y cálido sabor. Ella se pierde en el momento y atrapa los mechones de mi cabello algo más largos que de costumbre. Lo están con intención, sé que a ella le encanta aferrarse a él cuándo el placer del orgasmo la desarma y a mí me vuelve majareta que lo haga.

—Señorita Soler, creo que ha olvidado que está en su puesto de trabajo.

En cuanto el recordatorio se hace con su cordura, se separa de mí con brusquedad, limpiando con rapidez todos los rastros de mis lametazos en sus labios.

—Disculpe, Sr. Falcò, no volverá a suceder —responde con rapidez y sus mejillas se sonrosan.

Miro a Alex y creo que mi furia podría hasta golpearlo en la distancia. Pero a él le importa bien poco. Una grotesca carcajada brota de su boca y muerto de risa se retuerce sujetando su estómago doblado hacia delante. Chloe lo mira y después a mí, alternando de uno a otro, ojiplática y muy agobiada.

—Vete a la mierda —escupo enfadado y el muy descarado ríe aún más—. ¡Alex! —grito.

—Va… va… valeee… —Intenta calmar la risa y ponerse serio—. Perdona, cuñadita, no he podido evitarlo.

Chloe me mira aún más alucinada si cabe y veo como la verdad llega a sus ojos. Camina con decisión hasta Alex y cuando está frente a él le dice:

—Vaya, Sr. Falcò, veo que le resulto muy divertida. Pero cuidado, puedo asegurarle que no le haría tanta gracia descubrir que lo que ocurrió en ese baño no solo quedó ahí dentro.

Se le corta la risa de golpe. Ver como lo encara vacilante solo consigue que me ponga aún más duro de lo que estaba con el húmedo beso de hace unos momentos.

—No es verdad —dice mi amigo algo dudoso, casi parece una pregunta.

Ella se sujeta a su brazo para poder ponerse de puntillas y acercarse a su oído, aun así, Alex baja un poco la cabeza. No sé qué es lo que le susurra, pero la cara pálida que se le queda al listillo, no tiene precio.

—Si no hay nada más que hacer hoy, Sr. Falcó, me gustaría poder irme, me espera un gran fin de semana por delante y estoy ansiosa por descubrirlo.

Aguanto la risa que puja por salir cuando él solo asiente con la cabeza, sin capacidad de argumentar nada más. Después de lo que sea que le ha dicho, se ha quedado sin ganas de hablar, ni siquiera insiste en decirme por qué le han llamado del psiquiátrico.

Dejamos como contacto importante a Alex, fue algo que decidió él alegando que así yo no tendría que lidiar con nada que tuviera que ver con Xenia. Cosa que agradecí. Sea lo que sea, ahora mismo no necesito saberlo. Así que aprovecho su desconcierto, rodeo a mi chica por el hombro y nos marchamos con un simple «ciao, bello», al que Alex ni contesta y eso que le encanta lucir su italiano.

En cuanto cruzamos las puertas de las oficinas, la alzo por las nalgas y ella, como si fuera algo natural, enrosca sus piernas a mi cintura peleando con mi lengua y mis labios con ansia.

—Te he echado tanto de menos —dice antes de volver a besarme.

—¿Me vas a contar qué le has dicho?

—Secreto de sumario. —Ríe canalla.

Tengo tantas ganas de ella que me olvido rápido del tema.

Cuando estoy a punto de ponerme el casco, algo llama mi atención y ajusto la mirada al otro lado de la calle. Miro fijamente el coche negro que hay aparcado. No puedo ser… Me ha parecido…

—¿Qué pasa?

—No te muevas.

Con decisión cruzo a la otra acera, dejándola ahí plantada junto a la moto. Al llegar al coche, miro tras él y también en su interior. Juraría que la he visto, su cabello largo y rubio. Giro haciendo un barrido. Incluso camino unos metros de un lado al otro, sin dejar de vigilar a Chloe. Está claro que oír hablar de esa loca del demonio me perturba. Ahora no solo tengo a Xenia en mis pesadillas chocando el coche en el que van mis padres, sino que me parece verla por la calle. Desde la llamada de Leonid, el padre de Xenia, algo me remueve las tripas. No estoy del todo tranquilo y el comisario García aún no me ha llamado. Eso solo puede significar dos cosas, que no hay nada tras ese hombre y no es relevante darme la información, o que está tirando del hilo y hasta que no lo tenga todo atado no quiere llamarme. Sé de buena mano que por muy alto cargo que sea, hay veces que no es sencillo conseguir la información. Siempre puedo llamarlo de nuevo, pero no quiero tensar la cuerda y abusar de la confianza.

Vuelvo inquieto hasta la moto y veo que Chloe está preocupada esperándome. En cuanto llego, la rodeo con los brazos y vuelvo a besarla, calmando mi desasosiego de hace un momento y aliviando su preocupación. Nuestros cuerpos al unirse consiguen que todo se destense y nada más importe, salvo nosotros y lo que sentimos al tocarnos.

De camino a casa de Chloe, no puedo dejar de pensar en la llamada de Leonid. Algo se me remueve en el pecho, una inquietud extraña. Una necesidad inusual me lleva a hacer un cambio de rumbo y me dirijo a la Rabassada. Ese lugar que siempre me llena de preciosos recuerdos familiares. Además, tengo muchas ganas de enseñarle a Chloe ese precioso rincón, que ella también tenga cabida en los recuerdos que tengo allí. A través del intercomunicador del casco, la aviso de que antes de ir a casa pasaremos por otro sitio y ella solo se aferra a mi cintura un poco más cuando empezamos las curvas.

—Reconozco este lugar. Una de las fotografías del apartamento con Alex fue tomada aquí. Las vistas son espectaculares.

—Era el lugar preferido de mis padres. Mi madre amaba este sitio y nos traía siempre que podía para ver salir el sol por el Mediterráneo. Aquí lancé sus cenizas. Aquí les dije adiós.

Me abraza y durante un largo tiempo permanecemos tranquilos, obnubilados por las increíbles vistas de Barcelona y el mar. Todas las veces que vine después del entierro, fueron muy dolorosas. Hoy duele, claro que lo hace, pero diferente. La calidez del cuerpo de Chloe

ayuda a compensar parte del vacío que dejaron ellos. El amor que siento por esta mujer hace que quiera ahora más que nunca vivir. Disfrutar de todos los instantes que me regala la vida a su lado. La estrecho con más fuerza entre mis brazos. Levanta la cabeza de mi pecho y me sonríe.

—Gracias por traerme.

Capítulo 36



Hoy vuelve Alex de un viaje de negocios que lo ha tenido fuera toda la semana. Me ha enviado un mensaje recordándome que tenemos una conversación pendiente. Sigue insistiendo, dice que es muy importante que hablemos de Xenia.

Quim:
No quiero saber nada de ella.

Alex:
Esto sí. Nos vemos hoy a las ocho en el Amore Mio.

Quim:
Aunque me encantaría cenar un rico plato de pasta con Flavio, hoy será imposible.

Alex:

Que se venga también Chloe, mejor que lo sepáis los dos.

Quim:
Creo que trabajaré toda la noche. Y por favor, mañana no saques el tema. Es el día de Chloe.

Alex:
Es importante.

Quim:
Es su puto cumpleaños, mañana no hay nada más importante.

Alex:
Está bien. Si me prometes que el lunes cenamos y lo hablamos.

Quim:
Ok. Nos vemos mañana y ni una palabra delante de Chloe.

Alex:
Créeme cuando te digo que el día que te lo explique te arrepentirás de haberlo pospuesto tantos días. Hasta mañana.

Estoy de los nervios. Quiero sorprenderla y que su primer cumpleaños juntos sea algo que no olvide nunca.

Ha sido una odisea prepararlo todo porque llevo toda la semana fuera. Después del asalto a la casa, todo se ha desencadenado. Encontramos muchos más pasaportes que chicas había. Eso amplió la investigación, haciéndola aún más exhaustiva. Hemos empezado a tirar del hilo y parece ser infinito. De las cuarenta chicas, tres ya estaban muertas cuando nosotros llegamos. Otras cinco no superaron la semana en el hospital. El resto siguen en protección de testigos. Muchas de ellas están intentando desintoxicarse y los psicólogos trabajan con ellas a diario. Entre estos está Neus. Esta mujer es inagotable en lo que a trabajo se refiere. Evidentemente, todas llegaron con un severo trastorno de estrés postraumático y por eso sugerí a la unidad que la llamaran, es su especialidad. No dudó ni un segundo en colaborar. Está haciendo una cantidad de horas inhumanas, hay días que duerme en la casa donde las tenemos a todas, después va al hospital y cubre sus turnos. Se ha habilitado estancias necesarias para todas las necesidades de las chicas. Cosa de la que también se ha encargado Neus. Llegó, y sin más, tomó el mando. Es como un sargento. Exigió, que no es lo mismo que sugerir o pedir, todo lo que creía que necesitaban las chicas y, sin más, todos acataron su ley. El primer día puso en su lugar a un par de médicos y se ganó a mi jefe, está encantado con ella. Incluso le preguntó si había

estado en el ejército. Casi me muero intentando contener la risa. Ella, muy resuelta, le contestó que su mundo y el del ejército no distaban mucho en lo que a la valoración de la mujer se trataba, y que solo podías comer o ser comido. Está claro que ella ha escogido comer, y si no que se lo cuenten a Alex.

En solo unos días ha conseguido ganarse la confianza de varias de las chicas. Algunas más que otras. Pero lo importante es que ha conseguido que una de ellas quiera testificar. La información nos la ofrece a cuenta gotas, pero con lo poco que nos ha contado, hemos podido avanzar con la investigación y varios nombres han salido a la palestra. La más difícil es Irisha, la rusa. La han tenido que meter en una habitación aislada. Solo grita que quiere volver a la casa antes de que el León descubra que no está trabajando. Neus pasa con ella cada día más rato que con todas las demás. Nos ha dicho que no contemos para que testifique, al menos de momento. Es de las más veteranas, todas son muy jóvenes, incluso había tres menores de edad, pero Irisha es una mujer madura, debe de pasar de los cuarenta y cinco. Su pasaporte es el único que no ha aparecido y se niega en rotundo a colaborar, solo sabemos su nombre porque las demás nos lo han dicho.

—¿Cómo está hoy Irisha?

—No sé qué decirte, Quim. Sigue muerta de miedo. Hoy me ha suplicado de rodillas y agarrada a mis piernas que la deje volver.

Veo el agotamiento reflejado en el bonito rostro de Neus.

—Si sigues así más días caerás enferma.

—Yo estoy bien, ahora mismo hay cosas mucho más importantes que mis horas de sueño. Mientras sigas trayéndome estos deliciosos y largos cafés, todo irá bien.

—¿Cuántas horas has dormido hoy?

—No soy de mentir, ya lo sabes. Dos. Una cuando he llegado del turno de noche del hospital y otra mientras las chicas comían. Pero eso ahora no es relevante. Cuenta, ¿lo tienes todo preparado para el cumpleaños de Chloe?

La doy por imposible, sé de sobra que no parará porque yo se lo diga, así que me centro en contarle todo lo que he preparado.

—Lo tengo todo listo, mañana por la mañana pasaré a buscarla por casa a primera hora. El velero lo tendré preparado en el puerto de Blanes a las diez de la mañana y de allí navegaremos hasta Tossa de Mar. Os recogeremos a ti y a Alex al mediodía en Cala Bona donde atracaremos. También he hablado con Paquita, la dueña del chiringuito de la cala y nos preparará un buen menú de marisco y paella que disfrutaremos en el barco. Cuando os marchéis la llevaré a otra cala que solo tiene acceso en embarcación y allí pasaremos la noche. El domingo por la mañana, un instructor de submarinismo vendrá para que Chloe pueda hacer el bautismo.

—¡Vaya! Eso sí que es una buena fiesta de cumpleaños.

—No te quejarás de la tuya.

—Todos pudisteis oír lo mucho que me gustó mi regalo. —Reímos.

Es una loca descarada. Ella lleva mucho mejor que Alex el tema. Siempre y cuando él no esté delante, eso ya es otra historia.

—Sobre todo no quiero que le cuentes nada a Chloe. He hablado con ella hace un rato y ya le he dado las instrucciones. No podré volver a estar pendiente del móvil hasta mañana, tenemos reunión en comisaría en un rato para repasar las declaraciones de las chicas y toda la información recaudada. He prometido al sargento que doblaré turno si es necesario para dejarlo todo listo antes de ausentarme el fin de semana. Aún no sé cómo he conseguido convencerle.

—Quim, llevas sin descanso toda la semana. Te mereces esos dos días.

—Lo sé. Pero la cosa no está como para ausentarse. Últimamente, parece que los casos se amontonan.

—Anda, superhéroe, acaba lo que tengas que hacer y desconecta el fin de semana. Seguro que el mundo puede sobrevivir sin ti dos días.

La miro de manera reprobatoria, sabe que no me gusta que me llamen así. Desde que Chloe le contó que ella me veía como un superhéroe y descubrió que me irrita, no deja de usar el seudónimo.

***

El verano en Barcelona es asfixiante, el calor te deshace y la humedad te atonta. Aunque eso no nos ha parado ni un solo día. No ha importado la cantidad de horas de trabajo, el agotamiento y el estrés que eso ha supuesto. He pasado un verano increíble. Cada día estoy más enamorado de Chloe, de su fuerza y valentía. De cómo afronta lo malo que te da la vida y de cómo se aferra a las pequeñas cosas que la hacen feliz. Acaba de despertar de un largo letargo y las veinticuatro horas del día no le parecen suficientes para la cantidad de cosas que le han quedado pendientes de hacer en su vida. Todos los días que he podido ir a buscarla al trabajo, me ha sorprendido con una nueva idea. Hemos ido al teatro muchas más veces de las que había ido en años. La oferta de obras, monólogos, conciertos... es infinita y por poco dinero, puedes disfrutar de un rato entretenido o una hora tronchándote de risa. Ha salido de cada uno de ellos como si fuera el primero que ve en su vida, con su habitual verborrea, explicándome todo lo que más le ha fascinado o con lo que más se ha reído, como si yo no hubiera estado sentado a su lado todo el tiempo mirándola. Sí, a ella, porque para mí el verdadero espectáculo es ella feliz. Aprovechando que los días son largos y calurosos, hemos ido muchas tardes a la Playa Mar Bella, una cercana a la Playa de la Barceloneta. Aunque no en su totalidad, en esta, está permitido el nudismo. La

llevé para que se sintiera más cómoda con el toples, aunque en Barcelona lo que menos se ven son bikinis completos, creí que el ver a todos despojados de bañador, la relajaría. Cuando llegamos, vi en sus ojos y sus pasos cortos la duda. Pero una vez más, me sorprendió. Dio una fuerte respiración y, sin que me lo esperara, bajó su corto pantalón junto al bikini. Dejando a la vista de todos, su rajita sin vello. Mala idea. Eso pensé en cuanto se sacó la camiseta y dejó sus pechos al aire. Tenía que desnudarme yo con la polla más tiesa que una vara. Rio divertida al ver la enorme tienda de campaña en la que se había convertido mi bañador y salió corriendo al agua. La seguí, claro que la seguí, importándome una mierda que vieran lo que me enloquecía esa mujer. En el agua, calmé mi ansia con movimientos lentos, aunque dudo que lo suficiente discretos, como para que no se diera cuenta media playa de lo que hacíamos. Eso también me importó una mierda. Salí del agua como si fuera el ganador del gordo de Navidad, con el mentón alto y de la mano de mi Diosa, diciéndole a todos con la mirada, lo siento, pero es mía.

He estado semanas buscando la embarcación perfecta para pasar el fin de semana. Esta tiene un pequeño, pero coqueto camarote donde podremos pasar la noche. La proa está revestida de unos mullidos cojines para tumbarse a tomar el sol con nuestros amigos, y donde pienso besarla, lamerla, comerla y hacerle el amor una y otra vez hasta que caiga desfallecida. Después seguiremos, pero en el dormitorio.

No he vuelto a navegar desde el cumpleaños de mi madre el año pasado. El trabajo y las circunstancias lo han impedido. Así que, aunque es un regalo para ella, también lo será para mí. Siempre he soñado con tener un pequeño barquito velero con el que poder navegar los días soleados. Nada ostentoso, solo algo con lo que desconectar.

Chloe lleva toda la semana intentando persuadirme para que le cuente donde vamos. No nos hemos visto desde el fin de semana, pero cada día me bombardea a mensajes para que le dé pistas. No he contestado a ninguna de sus preguntas y eso, aunque dice que quiere saberlo, sé que la tiene aún más ilusionada. La imagino poniendo morritos cada vez que ve mis evasivas y…

—Agente Puig, usted qué opina.

Todos se me quedan mirando callados, esperando que diga algo. Llevamos ya más de cinco horas de reunión. Revisando documentos, buscando antecedentes, analizando posibles localizaciones. Tengo la cabeza totalmente embotada, y para un segundo de descanso que me permito para pensar en mi Diosa, me pregunta el sargento.

—Estoy seguro de que la red es aún mayor. Muchas de las chicas eran de origen ruso y otras tantas de Bielorrusia, Ucrania y Rumanía.

El tal Julio Encantos tiene un expediente de tres al cuarto. Algún cargo por abusos sexuales y otros pocos por manejo de cantidades generosas de droga, pero nada lo suficientemente gordo como para que me crea que ese don nadie es capaz de organizar una red de trata de blancas. Detrás de él hay algo, o, mejor dicho, alguien mucho más poderoso.

—Estoy de acuerdo. Hemos de seguir buscando y averiguar de quien se trata cuanto antes —responde mi jefe.

—Sabemos de quién se trata.

Todos en la sala me miran expectantes, como si fuera a decir algo grandioso. Como si ellos no hubieran estado estas eternas horas aquí encerrados conmigo. Somos ocho agentes adiestrados para ver cosas donde nadie las ve, entre ellos cuatro expertos en investigación. Estos salen poco de la oficina, su trabajo es encontrar lo que nadie puede en los documentos, pero parece que se han quedado ciegos.

—En esto —señalo levantando la carpeta con las pocas declaraciones de las chicas—, hay muchas cosas en común, pero una que destaca por encima de todas. Han mantenido silencio ante la misma pregunta. Solo una de ellas, Irisha, ha osado a pronunciar su nombre. Todas las demás han mantenido un absoluto mutismo cuando le han preguntado si lo conocían. Sin duda es a quien tenemos que encontrar. Él es el que mueve los hilos. Tenemos que averiguar el paradero del que apodan como el León.

Capítulo 37



Miro el reloj y veo que otra vez me he quedado en la oficina más de lo que pretendía. Estoy tan contenta con el trabajo que pierdo la noción del tiempo. También influye que Quim no viene hoy tampoco a buscarme. Este caso lo tiene absorbido. No nos hemos visto en toda la semana. Solo un par de noches por videollamada. A las que le he intentado sacar el máximo partido.

Me puse un camisón cortito y transparente. Cuando llamo, ya hacía un rato que lo había preparado todo. Coloqué el móvil con un trípode frente a la cama y en cuanto sonó el primer tono descolgué con la función del reloj digital. Lo primero que vio fue a mí frente a él masturbándome. Lo único que fue capaz de soltar fue un improperio. Oí como cerraba con llave una puerta y fui consciente de que había apoyado el móvil en algún sitio cuando sus dos manos aflojaron el cinturón del traje de superhéroe. Verlo vestido así, con su enorme y grueso falo entre sus dedos me volvió loca. Tiré con fuerza del camisón para dejar los pechos al descubierto y apoyé el trasero en el filo de la cama. Abrí todo lo que pude mis piernas y me di suaves

palmaditas sobre el clítoris para que pudiera escuchar el chapoteo de mi humedad, mientras pellizcaba uno de mis pezones con fuerza. Sus gruñidos llegaban aún más roncos a través del teléfono. Y eso me envalentonó. Con rapidez, cogí el vibrador que tenía preparado en la cama y me ensarté en él. Dentro, fuera, dentro, fuera. Grité su nombre sin cesar, pidiéndole más, como si fuera él al que cabalgaba en ese instante. Cuando creía que moriría, me dio la orden para correrme y ambos explotamos en un fabuloso orgasmo.

Nada que ver con tenerlo a él pegado a mi cuerpo, pero sí muy excitante. Nunca antes había hecho cosas así. Pero la nueva Chloe es una mujer tremendamente sexual. Quim saca de mí una parte que creí que solo existía en mis novelas eróticas, una que cada vez me gusta más. Me mira con tanta devoción que ha conseguido que me sienta completamente segura de mí misma cuando estoy con él. Ahora soy una mujer empoderada que acepta su cuerpo con toda su belleza y, en especial, con todos sus defectos, unos que para Quim no existen. Para él solo existe la perfección en mí, ¿quién podría resistirse a enamorarse perdidamente de un hombre como él?

Desperté al día siguiente con el móvil frente a mí y medio desnuda en la cama, eso sí, sola. Cada vez llevo peor lo de dormir sin él. Lo echo mucho de menos. No quería volver a tener esa necesidad por nadie, pero es irremediable. Lo deseo y lo amo a unos niveles que escapan del entendimiento. Al principio me daba hasta miedo. No él. Eso nunca. Me asustaba de mí misma, de lo intenso que lo sentía todo. Pero ya nada puede estropear esto tan increíble que hemos creado juntos.

***

Estoy emocionada, y por partida doble. Para empezar, mañana es mi cumpleaños y no tengo ni idea de adónde voy. Solo sé que he de preparar una bolsa con una chaqueta, un vestido, el bañador, las gafas y el tubo. Según Quim, no hace falta ni que coja ropa interior porque no la voy a necesitar. Como si fuera a ir por el mundo con mi almejita libre al viento. Sin duda, él estaría encantado de que fuera siempre así.

Me gusta eso de él. Sentirlo cerca me da una seguridad abrumadora, junto a él no puede pasarme nada. También está esa sensación que tengo, esa de que soy suya, aun cuando paseo por la orilla de la playa desnuda ante la mirada de desconocidos. Sus ojos se clavan en mí y después en los que osan alargar la mirada sobre mi cuerpo más de lo correcto, y les sonríe. Veo en ese gesto su claro mensaje. Uno que me llena el corazón. Esa sonrisa de medio lado que tiene el que se siente sobradamente feliz con lo que tiene y quiere que todos sean conscientes de su fortuna. Esa dualidad entre la posesión

de lo que claramente es suyo, mi corazón, y la absoluta libertad de lo que siempre será mío, mi cuerpo.

Esta mañana hemos hablado un poco, en mi descanso para el almuerzo, y ya no tendremos contacto hasta mañana. No puedo dejar de darle vueltas a lo que me ha dicho.

—Qué larga está siendo la semana. Te echo de menos.

—Yo a ti también, nena. Cada vez llevo peor lo de trabajar tantos días fuera de casa.

Jamás le pediría que dejara su trabajo. Soy consciente de lo mucho que ha luchado para superar la ansiedad y poder volver a la unidad. Pero estas últimas semanas, no lo veo igual de entusiasmado y eso me preocupa.

—¿Ocurre algo, Quim? ¿Va todo bien en el cuerpo?

—Sí y no.

—Definitivamente, ahora me quedo mucho más tranquila —digo con ironía.

—Voy a dejar la unidad.

Muda. No sé qué decir.

—No quería decírtelo hasta mañana, pero sé que estás preocupada y también sé lo duro que es para ti mi trabajo.

—No quiero que lo dejes por mí.

—Y no lo hago. Lo dejo por mí, para cubrir mi necesidad de estar más contigo. Pero para poder abandonar la unidad he de dejar al menos este caso cerrado y eso me llevará aún unos meses.

Sin duda, el notición se ha convertido en la segunda emoción del día. Hemos hablado un rato sobre el tema, pero poco, ya que debía volver al trabajo. Tampoco era el momento, pero es algo que tenemos que hablar con más detenimiento. No me perdonaría que un día esto no funcionara y él hubiera renunciado a tanto por nosotros.

El muy gañán no quiere darme ni una sola pista sobre lo que tiene preparado para mañana. Eso hace que aún me haga más ilusión, es como si hoy fuera Nochebuena y mañana, al despertar, Papá Noel hubiera dejado miles de regalos bajo el árbol. Nada de lo que haga podría decepcionarme. Con pasar el día con él, ya soy feliz. Hace muchos años que no celebro mi cumpleaños más que con Neus. Juan siempre se olvidaba. Los primeros años era como cualquier novio, me traía un regalo y me llevaba a cenar fuera. Nada lujoso, solo un detallito y una cena sencilla. Pero con el tiempo, sus salidas y fiestas ocupaban toda su capacidad y las fechas importantes desaparecieron de su cabeza. El primer año se lo reproché y aún fue peor. Me echó un mal polvo contra el sofá en el que fingí llegar al orgasmo para que dejara de sudar como un cerdo sobre mi espalda, y que su aliento alcoholizado no siguiera azotándome en la mejilla. Tras una excesivamente fuerte palmada en el trasero, llamó a la pizzería para

que trajeran, lo que él llamaba, una cena especial.

—Cuñadita, ¿qué haces aún por aquí? —La voz de Alex me trae del recuerdo.

Al girarme, lo veo con su frecuente postura de hombre que se come el mundo, y a las mujeres. Con una de sus manos en el bolsillo, la otra sujetando su cartera de piel y las piernas ligeramente abiertas.

—Hola, Sr. Falcò. Ya me iba.

—Chloe, no hay nadie en la oficina. Podemos hablar con libertad.

Se acerca hasta mí y me da un abrazo y un beso en la mejilla. Me encanta que haga eso. Hace que de verdad sienta que me aprecia, que soy su familia. Que me llame cuñada, siempre me saca una sonrisa.

—¿Qué tal el viaje?

—Agotador y por qué no decirlo, verdaderamente excitante.

No necesito que me diga a qué se refiere. Él tiene amigas por todas partes. No se esconde de ello.

—Menudo don Juan estás hecho. Ya me iba, ¿necesitas algo?

—No. Solo he pasado para recoger unos informes que tengo que revisar el fin de semana y me iré. Si te esperas cinco minutos te acerco a casa.

—Gracias, pero no será necesario. Llevo todo el día aquí dentro, me apetece volver dando un paseo.

Vuelve a darme ese abrazo cariñoso que siempre compartimos cuando no estamos trabajando, y yo acabo de cerrar el ordenador para marcharme.

Ajusto bien los cascos y subo el volumen de la canción *Mon Amor* de *Aitana y Zoilo*. En el ascensor, me permito un par de giros contoneando mis caderas. En cuanto abro la puerta al exterior, la brisa de septiembre sacude mis rizos. El verano está llegando a su fin, y aunque seguro que en octubre aún tendremos algún fin de semana de calor, se nota que la temperatura ya es más suave. Amo el verano, el sol, incluso el calor asfixiante. Mucho más después de este año. Estos meses han estado llenos de todo eso. De mucho sol, y, sobre todo, mucho calor. ¿De cuántas maneras puedes sentir el calor? He pensado mucho en ello y he descubierto que de decenas. Cálido, intenso, ardiente… Puede también provocarte taquicardias, falta de aire, sin olvidarnos de excitación. Porque no solo es una sensación térmica, es mucho más. Es amistad y familia. Es AMOR. En toda su máxima expresión. El que te dan, el que entregas e incluso, el que te quitan. Todo eso, de diferentes formas, te puede provocar calor.

Mañana cumpliré treinta. Y es curioso que las experiencias más bellas y emocionantes de mi vida hayan trascurrido en este verano. Uno de cambios y de absoluta evolución personal.

Para esta década se suele preparar una gran fiesta multitudinaria. Yo no necesito eso. Seré feliz con estar con Quim. Sin duda sería de

ensueño poder compartirlo también con mi ángel y Alex. Pero Neus está desbordada con el trabajo. Está colaborando con el caso de Quim y no podrá ausentarse. Hemos decidido que cenaremos un día de esta semana las dos solas y haremos rato de chicas. Alex se ha negado en rotundo a venir él solo con nosotros, ha dejado claro que no vendrá a aguantarnos la vela. Así que intentaremos reunirnos todos para cenar en el *Amore Mio* algún día de la próxima semana y así también disfrutamos de la compañía de Flavio. Hemos ido mucho por allí últimamente y el italiano amigo de Alex se ha hecho un poco de sitio en mi corazón con su zalamero acento y divertidas historias.

Una pelota golpea en mis pies y veo a un chaval venir corriendo hacia ella. Paseando, he llegado sin darme cuenta a la *Plaça Catalunya*. Está abarrotada de gente, como es habitual, y me sigue pareciendo igual de impresionante que el primer día, llena de diversidad cultural y contrastes arquitectónicos. Nunca me cansaré de observar esta ciudad. Porque Barcelona es para eso, no se la puede solo mirar, se ha de observar con calma. Sus detalles en las fachadas antiguas mezclado con el vanguardismo de los escaparates de las distintas tiendas.

La gente va y viene sin reparar en todo lo que les rodea y lo que se pierden. De lejos, una chica de cabello rosa ha cubierto su cuello, pecho y brazos con tatuajes llenos de color, y está embobada mirando con mucho amor al bebé al que le da el pecho, sentada en un banco. Justo a su lado, un señor de cabello veteado de blanco y que debe hacer tiempo que se jubiló lanza arroz a las palomas. En mitad de la plaza, cinco adolescentes bailan delante del móvil, imagino que grabando algún vídeo para sus redes sociales. A tan solo un par de metros, un hombre trajeado con una grasienta hamburguesa come sobre su maletín de piel marrón. Justo tras él, un indigente lo mira con hambre y un brik de vino tinto en la mano. Todos creen que no comparten nada, pero lo cierto es que si, por un segundo, miraran a su alrededor, descubrirían que habitan en la misma ciudad y caminan por los mismos lugares. Cohabitan en el mismo espacio. Y que, pese a su dispar aspecto y posición social, todos somos personas. Durante unos minutos me quedo ahí quieta fijando mi atención en todo lo que puedo y embebiéndome de la energía que desprende la ciudad condal. Al poco, retomo mi marcha y me adentro en las calles secundarias que llevan a mi casa.

Volviendo a mis pensamientos, me doy cuenta de lo rápido que han pasado estos treinta años y en todas las cosas que me he perdido por el camino. Eso ya no volverá a ocurrir, voy a vivir de verdad y me comeré el mundo a grandes bocados. Lo tengo decidido. No le voy a tener miedo a las oportunidades y mucho menos a las cosas bonitas que seguro me tiene el destino preparadas. Mañana voy a pedirle a Quim que vivamos juntos. Le he dado muchas vueltas y es absurda

esta situación a caballo entre su casa y la mía. Quiero vender el piso y me gustaría que compráramos algo juntos, un lugar al que llamar nuestro hogar. Donde no hayamos compartido nada con nadie más que no seamos nosotros. Porque pintar y cambiar los muebles, no nos engañemos, es como cerrar los ojos en esos túneles del terror de las ferias. No ves lo que ocurre, pero eso no impide que sientas en tu pecho la turbación por el desasosiego.

«¡Piii!, ¡Piii!».

El sonido de un estridente claxon se cuela dentro de mi canción y giro para ver qué ocurre. Una mujer rubia me hace aspavientos con las manos. Es a mí, porque no hay nadie más cerca en este momento. Me quito los cascos y los dejo descansar en el cuello.

—Hola. ¿Podrías ayudarme?

—Mmm… sí, dime.

—Mira, busco este sitio, pero al parecer el GPS se ha vuelto loco, porque es la cuarta vez que paso por esta calle y no lo encuentro.

Me muestra en su móvil la ubicación, así que me aproximo para poder verla bien. Madre mía, cuando la tengo más cerca su exuberante y exótica apariencia, me resulta apabullante. Un larguísimo cabello platino cae por uno de sus hombros descansando en unas explosivas tetas, que hasta a mí me cuesta dejar de mirar.

—Es un centro estético. Pero soy incapaz de encontrarlo —dice girando el móvil de nuevo para que pueda verlo.

Pongo las manos sobre la puerta e introduzco un poco el cuerpo en el coche. Una larga uña roja señala el nombre del establecimiento.

—Tengo hora con el cirujano y ya voy tarde.

Le miro y no puedo evitar preguntarme qué le va a hacer el cirujano, es una mujer muy hermosa, pero también muy operada. Labios gruesos, pómulos alzados, pestañas postizas, creo que me atrevería a decir que la nariz también está retocada. Al mirarla, no me queda muy claro quien llego antes, si Barbie o ella.

—No lo encuentras porque está en una segunda planta. Solo tienes que avanzar una calle más y giras a la derecha —le señalo con el dedo en el GPS—, está aquí, justo encima de la tienda de… ¡¡Ay!! —Aúllo con dolor llevando mi mano al cuello—. ¿Pero qué…? ¿De dónde has salido tú?

Siento quemazón, he sentido un fuerte pinchazo y la picazón en la piel. Miro al hombre que está sentado detrás y en el que en ningún momento había reparado. Ha salido como de la nada. Su cara empieza a cubrirse de unas pequeñas luces que van enturbiando mi visión. Me ha inyectado algo. Intento hablar, pero balbuceo y empiezo a tambalearme.

—Rápido, sal y sujétala. Si se cae al suelo montaremos un espectáculo.

Miro asombrada a la rubia sin entender nada. No soy consciente de cómo ha pasado, pero estoy sentada en la parte trasera del vehículo. Casi no puedo moverme y mucho menos escapar. Con la poca fuerza que me queda, llevo mi mano al colgante con los pequeños auriculares mientras voy dándome cuenta de lo que está pasando. Estoy perdiendo la conciencia en un coche con dos absolutos desconocidos. Los párpados pesan y el miedo me azota con brusquedad, me aferro aún más al colgante, como si este pudiera invocar al Dios que bajó a la tierra a salvarme. Escucho el motor del coche arrancar y, entonces, la rubia se gira con una cara de odio absoluto y prácticamente me escupe las palabras:

—Di adiós a todo, zorra.

Lo último que veo son unos ojos del color de la kryptonita, los del chico de mis sueños.

Capítulo 38



Estoy eufórico. Cuando he llegado a la floristería y he visto sacar mi encargo de la trastienda, creo que la sonrisa me ha dado la vuelta a la cabeza de tan extendida que estaba en mi rostro. He pedido treinta rosas rojas adornadas con pequeñas margaritas blancas, el rojo pasión está rodeado de las dulces florecillas que crecen libres en el campo. No podría definir mejor a mi chica. Chloe, sin duda, ahora más que nunca, es una mujer fuerte, bella e increíblemente sensual, pero sigue conservando esa alegría y dulzura del principio que la hace parecer capaz de volar libre junto al viento.

Menos mal que Alex me ha dejado su coche para poder llevar el ramo y las maletas de ambos. No quería que Chloe tuviera que conducir, así disfrutará de las vistas del Macizo de Cadiretes que lleva hasta Tossa de Mar. Alex vendrá después con Neus. Sé que la idea le ha parecido horrible. Cuando se lo dije, creí que perdía los ojos por abrirlos tanto. Pero aceptó sin más.

No me molesto ni en aparcar, lo dejo en doble fila delante del portal y saco con cuidado y cómo puedo el enorme ramo.

Chloe siempre es muy puntual, pero quizá está en el baño acabando de arreglarse, en la ducha o con el secador, será por eso que no oye el timbre. Es la tercera vez que llamo cuando sale un vecino y aprovecho para entrar.

Me estoy poniendo nervioso y ya estoy aporreando la puerta. Ahora el precioso ramo solo me parece un incordio y soy consciente de que debe de pesar varios kilos, así que lo dejo con cuidado en el suelo, y vuelvo a llamar a Chloe al móvil. Esto no es normal, empiezo a pensar que puede haberse caído en la ducha y puede estar inconsciente en el baño. Pero antes de tirar la puerta abajo de un empujón, llamo a Neus.

—¿Has hablado con Chloe esta mañana?

—Buenos días a usted también, agente Puig —responde soñolienta.

—No estoy para saludos, ¿has hablado con ella esta mañana, sí o no?

—Quería llamarla a primera hora, antes de que fueras a buscarla y ser la primera en felicitarla, pero viendo la hora ya voy tarde. No pienses que me había olvidado. Anda pásamela, por favor.

—No estoy con ella. Estoy en su puerta, pero nadie contesta, al principio he creído que estaría en la ducha, sin embargo, llevo veinte minutos aquí quemando el timbre.

—Pero si pasan quince minutos de las nueve. Eso es imposible. Chloe debe de estar lista y esperándote en la calle desde las ocho de la mañana.

—Ha salido un vecino y he subido arriba. Quizá cuando he llegado no la he visto, voy a volver a bajar, no cuelgues.

Bajo las escaleras a toda velocidad, algo ansioso.

—Debe de haber ido a comprar unos cruasanes de chocolate en la panadería de al lado, ya sabes lo que le gustan. Bueno, te dejo. Voy a intentar dormir un poco más, nos vemos al mediodía.

—No está.

—¿Cómo que no está?

—Neus, esto no me gusta. No me coge el teléfono y te aseguro que en veinte minutos la he acribillado a llamadas, tampoco abre la puerta.

—Está bien, no te pongas nervioso. Tengo llaves de su casa, voy enseguida. —Su voz denota que también está algo turbada porque Chloe no responda.

***

Entro en el piso como un vendaval y voy directo al baño. Cuando empujo la puerta, mi mundo se viene abajo. Una enorme grieta se abre ante mis pies y siento que caigo al vacío. No está. Pero eso no es lo peor. No hay signos de que haya dormido aquí esta noche. La cama

podría haberla hecho después de despertar, eso no llama mi atención. Lo que si lo hace es que el baño no muestra signos de que se haya duchado esta mañana y lo que más me inquieta, no huele a café. Chloe es como yo para eso, no sale nunca de casa sin una ducha mañanera y un café bombón.

El GEI que llevo dentro empieza a barrer la estancia y llama mi atención una carta curvada por el doblez de haber estado dentro de un sobre, está encima de la mesita de noche. Justo en ese momento, Neus llega a mi lado. Cuando la tengo en las manos me doy cuenta de que hay tres papeles. En el primero reza:

ALEJATE DE ÉL.
PRIMER AVISO.

En los dos siguientes pone:

SEGUNDO AVISO.

TERCER AVISO Y ÚLTIMO.
TÚ LO HAS QUERIDO.

Neus y yo nos miramos con el espanto en los ojos y tengo claro de quien son.

—Voy contigo —asevera.

No hablamos en todo el camino. Neus ni me ha preguntado donde voy, lo tiene tan claro como yo.

Al llegar, me cuesta un poco que la dejen pasar conmigo, pero con descaro saca su credencial del hospital y exige que le permitan el paso. ¿Quién podría negarse ante tan decidida mujer? Pues nadie. Ha sido tan severa que el funcionario ha hecho lo que hacemos todos, acatar sus órdenes.

En cuanto Juan cruza el umbral, arremeto contra él y lo agarro del cuello.

—¿Dónde está? Como le hayan hecho algo… —No continúo porque estoy en prisión y si lo amenazo de muerte podría ser un problema para mí más adelante—. ¡¡¡Responde malnacido!!! —grito colérico.

Lo avasallo a preguntas y le muestro las cartas. Está calmado y repite una y otra vez muy convencido que él no tiene nada que ver.

—Creo que dice la verdad —susurra Neus con cautela.

Por extraño que parezca, yo también creo que no está mintiendo.

—Sé que no me crees cuando te digo que quiero mucho a Chloe, pero eso ya no importa. Si le ha pasado algo, me preocupo y sé que yo no tengo nada que ver —vuelve a repetir Juan—. Lo que me lleva a una única conclusión. Tiene que ver contigo —dice señalándome.

Sus palabras me llegan como si fueran un puñetazo en el pecho y hasta doy un par de pasos hacia atrás.

—Hay alguien que te odia aún más que yo. Porque estoy absolutamente convencido que no hay nadie en el mundo que odie a Chloe, y eso solo me lleva a certificar que quien quiera hacerte daño, sin duda sabe que, haciéndoselo a ella, te lo hace a ti.

No doy tiempo ni a atravesar la puerta de prisión que ya estoy llamando.

—¿Qué es eso tan importante que tenías que contarme de Xenia?

—Quim, ¿qué ocurre? —pregunta Alex en tono preocupado.

—No encuentro a Chloe.

—¿Qué quieres decir?

—¡¡Pues eso, joder!! —Alzo la voz—. No sé dónde está. Y he encontrado unas cartas de amenaza en su casa. ¿Tú sabías algo de esto?

—¿Yo? Claro que no, te lo hubiera contado. ¿Le has preguntado a Neus?

—Es a la primera que he llamado, está aquí conmigo. Hemos entrado en casa de Chloe con sus llaves y no hay rastro de ella.

—¡Dios mío!

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Te dije que te arrepentirías de no querer saberlo antes, solo espero que no tenga nada que ver con ella.

—¿Con quién? —hago la pregunta, desesperado, pero sé la respuesta.

Por un momento intento pensar cualquier otra opción, pero en mi cabeza las piezas empiezan a encajar.

—Me llamó una enfermera del psiquiátrico para preguntarme si teníamos constancia de que hubieran trasladado a Xenia a otro centro. La chica estaba sorprendida porque los traslados generan mucho papeleo y además se hacen de día con unidades de policía custodiando al paciente. Me explicó que cuando preguntó al director del centro, este le dijo que la habían trasladado la noche anterior, ahí fue cuando ella sospechó que algo no iba bien. Revisó el expediente de Xenia y adivina…

—No había nada que indicara que se había tramitado dicho traslado.

—Así es.

—Espera un momento —interrumpe Neus la conversación que hemos tenido con el manos libres para que ella también pudiera escucharla—, ¿y si está en tu casa esperándote? También podría haber ido a la oficina a buscar su móvil, quizá se lo dejó ayer allí y estamos sacando todo de contexto.

—Lo del móvil es imposible —dice Alex—. Yo la vi salir ayer de

Genesis. Fui a buscar unos informes y ella aún estaba allí. Le sugerí de llevarla en coche a casa, pero me dijo que prefería volver dando un paseo. Recuerdo perfectamente ver cómo se ponía los cascos y toqueteaba el móvil para poner la música como siempre. Hasta la oí canturrear cuando subía al ascensor.

—Igualmente, yo antes de alarmarnos más iría a tu casa, Quim.

Todo es... cómo decirlo… desquiciante. Voy todo el camino suplicando a quien quiera que me escuche que, por favor, esté Chloe en mi casa, implorando que cuando llegue, esté con su preciosa sonrisa esperando en la puerta y una absurda justificación para todo esto. Pero eso no ocurre. Y para remate, cuando llego al rellano, alucino con la imagen que me encuentro.

El Sr. Claudio, mi adorado y anciano vecino, está con un vaso escuchando en la puerta de Xenia. ¿Pero qué coño?

—No creas que me avergüenzo de lo que estoy haciendo, joven.

Y que me diga eso aún me inquieta más. Es un hombre respetuoso, y aunque sé que siempre se entera de todo, jamás pensé que era porque escuchaba con vasos en las paredes y puertas.

—¿Tu novia no estaba en la cárcel? —pregunta mirándome con sus dos cejas ahora unidas por la turbación.

—No es mi novia.

No me salen más palabras que esas. Mi cabeza está trabajando a una velocidad de vértigo, intentando atar cabos y comprender todo lo que se acontece.

—Bueno, lo que sea, estuvo anoche aquí. Y si no fue ella, alguien ha entrado.

Es ahí cuando me doy cuenta de que la cinta policial que cubría la puerta desde hacía meses no está. Miro a Neus y está más pálida que de costumbre, pero eso no es lo que más me preocupa, lo peor es que no ha dicho nada. Ella siempre tiene algo que aportar, lo que sea.

No voy a seguir perdiendo el tiempo. De una fuerte patada, intento tirar la puerta abajo. Necesito tres más para conseguirlo.

Todo está revuelto, hay un par de maletas pequeñas tiradas en la cama, las reconozco. Xenia las usaba cuando viajábamos, falta la más grande. Al girarme, en el gigantesco armario hay varias perchas vacías y algunas prendas medio colgando de estas. Los cajones de ropa interior también están revueltos y soy consciente de lo que falta. Xenia pasaba gran parte del tiempo conmigo en ropa interior. Como un autómata camino hasta la habitación de al lado. Está cerrada, como siempre. De nuevo hago uso de la fuerza bruta y la abro con otra patada. A Neus se le escapa un grito de la impresión cuando entra detrás de mí.

Barro toda la habitación y poco a poco me voy dando cuenta de lo imbécil y confiado que he sido todo este tiempo. Como he podido

estar tan ciego. Que tenga decenas o quizá cientos de fotos mías no es lo más turbador. Lo peor está en la otra pared, es ahí donde el puzle empieza a encajar. Toda la información de las misiones va en una única dirección, tráfico de mujeres. Hay varios mails de la unidad de investigación, mapas y ubicaciones. Todo eso ha debido de salir de la base de datos de los Mossos de Escuadra. Hay un panel con mis jornadas laborales y horarios en los que salgo y entro. Esto no lo pudo recaudar sola. Alguien tiene que estar detrás de todo esto, alguien a quien tenerla cerca de mí le interese más que a cualquier cosa. Alguien que necesita saber cuándo tengo una misión para anticiparse a las acciones de los asaltos.

A Xenia no le explicaba gran cosa, pero sí cuando tenía asaltos. Porque sabía a qué hora empezaba la jornada, pero nunca cuando acababa. La avisaba más que nada, para que no se quedara desnuda varias horas. Ya había pasado alguna vez al principio.

Pero nada más lejos de lo que yo creía, ella necesitaba precisamente eso, saber dónde estaba en cada momento y cuando la unidad iba a actuar.

—¡¡Ahhhh!! —grito enfurecido—. ¡¿Cómo he podido estar tan ciego?!

Cojo el móvil y empiezo a buscar el número.

—¿Qué ocurre, Quim? —Ya ni me acordaba que Neus seguía aquí.

Al mirarla veo el espanto en los ojos llenos de lágrimas. Se ha dado cuenta de que no vamos a encontrar a Chloe, así como así.

—Sé quién la tiene.

Al segundo tono, su acento ruso llega desde el otro lado de la línea.

—Vaya, agente Puig, ha tardado menos de lo que imaginé en llamar.

—¿Dónde la tienes? —pregunto conteniendo la furia que me está recorriendo todo el cuerpo.

Ni ansiedad ni mierdas, ahora mismo solo siento una rabia tan grande que creo que puede acabar por consumirme.

—No te preocupes, estamos cuidando bien de ella. De momento.

—Será mejor que no le toques ni un pelo, si no quieres que acabe contigo de la forma más dolorosa imaginable.

—Qué sorpresa, agente, al parecer le he subestimado. Siempre le he tenido como un ñoño sentimental que se regía por las emociones. Nunca entendí como podía estar en un cuerpo de elite como los GEI, y menos cuando murieron sus padres y se convirtió en una nenaza llorona.

—Déjate de hostias, Leonid, y dime donde está Chloe.

La mano de Neus se aferra a mi brazo cuando escucha el nombre de la persona con la que hablo. La miro y ya está llorando desolada.

—Esto no va así, ya te dije qué es lo que debías hacer. Retiras los

cargos, te casas con Xenia y la haces feliz. Después, dejaré libre a Chloe.

—¡¡No pienso casarme con esa loca del demonio!! —berreo.

—Ahora que la he visto en persona entiendo tu obsesión, es extremadamente hermosa —dice calmado y eso me enfurece aún más —. Estoy seguro de que a mis clientes les va a encantar, parece una Diosa del Olimpo. Vuelve con Xenia y…

—Retiraré los cargos.

—Y te casas con ella.

—¡¡JAMÁS!! —grito colérico.

—Estoy seguro de que cambiarás de opinión. —Escucho su carcajada antes de que me cuelgue.

Capítulo 39



Estoy intentando salir de este duermevela desde hace un rato. La droga que me pincharon en el cuello debía ser fuerte, porque quiero abrir los ojos, pero soy incapaz. Hace frío y escucho el goteo constante de agua contra el acero. Cada vez que inspiro, el olor a humedad me golpea. No es como la que se siente cuando ha llovido en un bosque, más bien es la que hay dentro de un sótano, desagradable.

Por fin me voy desvelando y puedo ver donde me encuentro. Tardo un poco en enfocar la vista y cuando lo hago creo que preferiría volver a dormir. Al sentarme, me viene una arcada al ver lo sucio que está el colchón en el que me han dejado tirada en el suelo. Parece que estoy en una especie de almacén. Desde la puerta de la habitación, o casi se podría llamar armario, por lo pequeño que es el espacio en el que me han dejado, puedo ver parte del lugar, está lleno de cajas de botellines de refrescos y al lado, unos bidones de cerveza se apilan hasta el techo. El sonido del agua es de una tubería, de las varias que recorren el techo, y gotea sobre uno de estos bidones. Asomo un poco la cabeza por el umbral de la puerta, hay un par de bombillas colgadas

del techo, pero dejan ver lo suficiente. Las paredes son de ladrillo rojizo y el suelo es cemento liso, también hay, al fondo, unas escaleras, aunque desde aquí no se alcanza a ver el final.

Me pongo en pie sujetándome a la pared, decidida a ir hacia las escaleras, pero mis manos y pies están atados muy juntos con bridas y me resulta imposible caminar. Es doloroso, cada movimiento que hago roza contra mi piel y cada vez molesta más porque está muy irritada. Poco a poco, mi celebro va conectando con el lugar y con lo que me está pasando. Por fin parece que mis facultades van mejorando e intento gritar. Es ahí cuando me doy cuenta de que tengo la boca tapada con una tira de cinta que va de lado a lado de mi rostro. Doy un tirón rápido y siento como si mi piel fuera arrancada por el adhesivo. Sin pararme a pensar en el dolor extremo que me causa, grito:

—¡¡¡Socorro!! ¡¡Ayuda!! ¡¡Estoy aquí!!

Creo que la música del piso de arriba ahoga mis gritos de auxilio. Me derrumbo. Muerta de miedo. Empiezo a llorar y a maldecirme una y mil veces. Grito rabiosa porque sé que todo esto, en parte, es mi culpa. Llevo toda la semana dudando si contarle o no a Quim que había recibido esas amenazas. Estoy segura de que son de Juan. Y eso me llevó a una duda existencial, que resolví rápido llamando a mi abogada para confirmar si Juan seguía en la cárcel. Ella, extrañada por mi pregunta, contestó: «Pues claro. Chloe, debes estar tranquila en casa y en la calle, Juan es imposible que salga en unos años. No puede hacerte nada desde allí». Pero está claro que se equivoca.

Como no pensé en que Juan podría haber hecho amigos horribles en prisión. La cárcel está llena de asesinos, narcos, y seguro que, de secuestradores, o aún peor, de amigos de secuestradores, que están en la calle, a los que por un módico precio pueden llevarse a tu ex a un sótano mugriento. ¿Cómo iba a imaginar que Juan pudiera llegar tan lejos? Y menos aún que pretenda hacerme aún más daño del que ya me ha hecho.

No le dije nada a Quim porque creí que, si lo hacía estando en medio de una misión, le preocuparía y supuse que no pasaba nada si se lo explicaba este fin de semana.

La música suena aún más fuerte, soy consciente de que es debido a que alguien ha abierto una puerta por donde se cuela el sonido con mayor intensidad.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños felizzz… —la canción, que ahora mismo me parece la más siniestra que he escuchado que nunca, es acompañada del repiqueteo de unos tacones contra el cementado suelo y vienen en mi dirección— te deseamos todos cumpleaños fe-liz.

Acaba de cantar justo cuando se detiene delante de mí. Es la rubia del coche. Ahora que la tengo de pie a un par de metros me

impresiona aún más. Lleva unos tacones de aguja rojos tan altos que creo que debe de andar solo con la puntita de los pies. A juego y del mismo color, un vestido muy corto y aún más escotado, que poco tapa de su exuberante cuerpo. Los labios exageradamente gruesos completan el conjunto en rojo pasión. No sé qué pensará el resto del mundo cuando la mira, pero a mí, vestida así, me parece el demonio personificado. Estoy temblando y no me atrevo casi ni a respirar. Intento no emitir ningún sollozo o sonido que pueda ser ofensivo para ella y sus dos secuaces. No sé quién de los tres me aterra más.

—¿Qué te parece la fiestecita de cumpleaños que te hemos preparado? Esto sí que es una gran sorpresa, ¿verdad? Cierto es que nada tiene que ver con lo que Quim te había preparado. En realidad, esto es mucho mejor, es lo que te mereces por intentar quitarme a mi hombre.

Sus palabras estallan en mi cabeza como si fuera una granada llena de metralla. Ha dicho «mi hombre». Y eso solo puede significar…

—¿No os da vergüenza tener a nuestra invitada, como a un perro, tirada en el suelo?

Irrumpe un hombre con traje negro y camisa rosa pastel. Su cabello veteado de canas está engominado hacia atrás y su rostro muestra lo que debió de ser un chico guapo. Anda despacio con las manos en los bolsillos con mucha seguridad y no necesito que nadie lo diga, es el que manda aquí.

—*Папа,* las perras se merecen que las trates como tal.

—Silencio, Xenia, tu inagotable verborrea me consume.

Me causa tal impresión oír su nombre que tengo que llevar mis dos manos atadas a la boca para intentar ahogar la sorpresa.

—Vaya, ¿aún no tenías ni idea de quien era mi hija? —Ríe con ironía—. Imagino que Quim tampoco te ha explicado que está prometido con Xenia.

—Eso nunca llegó a pasar —digo algo susurrante y temerosa.

Sin pensarlo y mucho menos sin que lo vea llegar, Xenia cruza mi cara con una bofetada.

—¡¡Basta!! —ordena con un marcado acento ruso el padre de Xenia —. Nunca más vuelvas a ponerle las manos encima a mi mercancía. ¡¡Me oyes!! —vuelve a gritar muy cerca del rostro de la rubia que no solo ha destrozado la vida de mi chico, sino que quiere también destrozar la mía.

—Pero, *Папа…*

—Deja de llamarme así, ya eres adulta, no una niñita, para estar todo el día con «papá» en la boca. Lo primero, ¿quién la ha atado con eso? —pregunta señalando las bridas.

—Yo, señor.

Se acerca al hombre al que he reconocido como el calvo que me

inyectó la droga. Tiene un aspecto que genera verdadero pánico en mí. Su cabeza rapada es más grande de lo normal y la expresión de su rostro es violenta, con la mandíbula cuadrada y unos labios finos que no cubren bien sus desordenados dientes. Cuando el padre de Xenia se le aproxima, sus ojos ya saltones lo son aún más, pero al propinarle un fuerte rodillazo en sus partes nobles los cierra de golpe debido al enorme dolor que siente.

Es ahí cuando me doy cuenta de que voy a morir. No es que no lo creyera antes, simplemente estaba en un punto de absoluto desconcierto. Pero la agresión que acaba de infundir a uno de los hombres de Xenia me hace darme cuenta de que yo soy aún menos relevante.

Voy a morir.

Por instinto, no siendo consciente de ello, comienzo a arrastrar mi cuerpo hasta llegar al rincón más alejado. Ahora ya no me importa que el colchón esté asqueroso. Solo quiero que la pared me engulla, aunque sea para llevarme a otra dimensión. Una lejos de aquí. Las lágrimas riegan mi rostro, incansables, y tiemblo, tanto que incluso se oye a mis dientes castañear entre ellos.

—Si vuelves a estropear mi mercancía te mataré —certifica severo el padre de Xenia.

La última palabra da el pistoletazo de salida. La respiración se ve interrumpida por completo, siento como mi corazón ha dejado de bombear, ahora galopa provocando un fuerte dolor en el pecho. Sé lo que me pasa y es imposible detenerlo. De fondo, como si ahora estuvieran lejos de mí, escucho hablar a Xenia de nuevo.

—Si no fuera por él y por mí no habrías conseguido toda la información necesaria para cubrirte las espaldas en tus trapicheos —le escupe Xenia acercándose al dolorido tipo y ayudándole a levantarse.

Los músculos se empiezan a engarrotar y todo el cuerpo tiembla con más intensidad. Cada vez que intento coger aire es más angustioso, es una sensación terrible. Las lágrimas caen descontroladas debido a la impotencia, el miedo y el dolor que estoy sintiendo ahora mismo. Agarro con fuerza los pequeños cascos que cuelgan de mi cuello y los aprieto con mucha fuerza. Es en ese instante que unas manos sujetan mis hombros y me zarandean.

—Está sufriendo un ataque de ansiedad y de los fuertes —certifica el chico con aspecto de militar que ha estado todo el tiempo en un segundo plano.

Sin pensarlo, saca una navaja del bolsillo. Cuando la veo, el pánico aumenta y empiezo a gritar sacudiendo las piernas y los brazos atados, intentando apartarlo de mí. Si va a matarme no será porque no he luchado para evitarlo. Pero la resistencia me dura muy poco, con una fuerza inquietante me tumba y sujeta mi cuerpo.

De fondo, se oye a Xenia gritar como la loca que es, pero no sé qué dice, ahora mismo solo sé que voy a morir en manos de este desconocido. Se acerca mucho más y susurrando me dice al oído.

—Confía en mí.

Detengo mi lucha contra él y giro el rostro para mirarlo a los ojos, intentando entender que ha querido decir eso. Corta las bridas de las manos y los pies con la navaja y me carga sobre su hombro. Cubro con mis manos la garganta como si con ese gesto fuera a conseguir que el oxígeno entrara a través de ella.

—Llévala arriba y cura las heridas causadas por las sujeciones.

Emprende de nuevo el camino a las escaleras, pero la voz de acento ruso lo detiene de nuevo.

—¡Ah! Henchman.

—Sí, señor.

—No quiero que nadie más que tú se le acerque. Hasta que no consiga lo que quiero, pienso aprovecharme de su belleza y para eso la necesito en perfectas condiciones.

—Por supuesto, señor.

Sube las escaleras sin importarle que, en esta posición, con la cabeza para abajo y mi vientre aplastado contra su hombro, el poco aire que conseguía coger ya no pasa hasta mis pulmones. Camina un largo pasillo oscuro y entra en una habitación. Al cerrar la puerta de esta, la música desaparece casi por completo. Me coloca en la cama y desaparece por otra puerta que hay cerca. Al salir, se me acerca y sin pensarlo mete dentro de mi boca una pastilla que deposita bajo mi lengua. Intento escupirla, pero me detiene cubriendo mi boca con la mano.

—Es para el ataque de ansiedad que estás sufriendo.

Lo miro a los ojos y por algún extraño motivo estos consiguen que me tranquilice un poco. No me fío de él, pero reconozco el sabor de la pastilla, he tomado *diazepam* más de una vez. En un acto de caballerosidad, cubre mi cuerpo con una manta gruesa y aunque me descoloca su actitud, no digo nada. Dejo que la pastilla me calme, pero intento no cerrar los ojos para no perderlo de vista. La habitación es grande y al fondo hay un sofá de dos plazas en el que se sienta y ojea el móvil.

Cuando abro los ojos, justo en ese instante me doy cuenta de que me he quedado dormida, cosa que no pretendía. Me incorporo de golpe y mi mirada impacta contra la de uno de mis secuestradores.

—Deberías descansar un poco más.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué queréis de mí? ¿Cuánto tiempo me vais a tener encerrada?

—Haces demasiadas preguntas —contesta sin levantar la cabeza del móvil.

Lo sigo mirando, pero ha decidido ignorarme. Lleva el pelo muy corto, como un militar, y su aspecto en general también da la impresión de que lo sea. Mandíbula cuadrada y rostro severo cubierto por una barba de un par de días. Antes, más de cerca, me he fijado en sus penetrantes ojos, son tan oscuros que casi parecen negros. Tiene una expresión algo huraña, parece enfadado todo el tiempo.

—¿Vas a pasar mucho rato mirándome?

—No… no pretendía, lo… lo sien…

—Vale —dice poniendo en pie su alto y fibroso cuerpo—. Vamos a dejar las cosas claras. La única manera de sobrevivir aquí es callando, agachando la cabeza y acatando las normas. Si me haces caso, no te pasará nada.

Agito rápido la cabeza de manera afirmativa. No mirar, no hablar y obedecer. Puedo hacerlo. Lo pongo en práctica en cuanto se sienta junto a mí en la cama. Mantengo la mirada baja todo el tiempo mientras con un botiquín cura y venda mis muñecas y tobillos. Cuando acaba, me ordena que vuelva a dormirme, así que acato la orden. Sale del dormitorio y oigo como cierra con llave la puerta. Cuando me quedo sola, me dejo ir, lloro desconsolada, hecha un ovillo en la cama sin poder dejar de pensar en unos ojos verdes kryptonita y en que vuelvan una vez más a salvarme.

Capítulo 40



Siento el calor de sus manos, acariciar y venerar todo mi cuerpo. Un cálido sol se cuela por el gran ventanal y puedo sentir su calor en mi piel. De fondo, nos acompaña la canción *Calma de Nil Moliner.* Quim me mira a los ojos y me dice:

—Aguanta, Diosa.

Es justo en ese instante que unas rugosas y fuertes manos tapan mi boca y encierran mi cintura atrayéndome a un cuerpo desconocido. Le grito desesperada a Quim que me ayude, pero soy engullida por la absoluta oscuridad.

—¡¡Ahhhhh!! —El alarido me despierta y me empuja como un resorte haciendo que salte de la cama.

—¡¡Ahhh!!

Vuelvo a gritar una vez de pie. Temblando de rabia y de impotencia. Desolada, caigo de rodillas llorando sin control. Deseando que mi sueño fuera real y que la realidad solo fuera una horrible pesadilla. No sé cuánto rato paso llorando, abrazando mi cuerpo, cuando la puerta se abre. Entra Henchman. Sin decir nada, me coge en

brazos y me lleva al baño. Sienta mi cuerpo en el inodoro y me mira. Me importa menos que nada que lo haga. Llevo tres días aquí y mi estado de ansiedad cada vez va a peor. Él de un modo extraño cuida de mí. No me habla, pero sus gestos son más de una persona que protege, que de alguien que quiere matarte. Aun así, me mantengo alerta.

Enciende la ducha para que el agua vaya calentándose y desaparece. Al volver, trae con él una toalla y ropa en la otra mano.

—Date una ducha y vístete. Lo he dilatado todo lo que he podido, pero Leonid ya se está impacientando. En quince minutos vendrán a recogerte y te prepararán para esta noche.

—¿Para ir a dónde?

En cuanto acabo de hablar me doy cuenta de que la he cagado, una de las normas era no hacer preguntas. Me mira con severidad y yo solo puedo bajar la cabeza.

—Pase lo que pase, no hables, ¿lo has entendido? —Asiento—. No se te ocurra hacer ninguna tontería, voy a dejar la puerta entreabierta y esperaré justo detrás.

Cuando salgo del baño, abrazo mi cuerpo en un vano intento por cubrirme. Lo que me ha traído no se puede catalogar de ropa. He tenido que mirármelo varias veces para averiguar cómo iba. Es una especie de vestido de purpurina dorada que cubre mi pecho con triángulos y lleva una falda extremadamente corta. Para unir la parte de arriba y abajo, unas tiras rodean mi vientre y espalda desnudos. Como ropa interior solo me han dejado un *culotte* de encaje del mismo dorado que se entrevé por el bajo del vestido. Toda la confianza que tenía hace unos días con mi desnudez ha desaparecido, pero eso es porque no está junto a mí, Quim. Henchman me repasa de arriba abajo y aún me siento más incómoda. Con un carraspeo se vuelve a centrar en su móvil.

—Voy a avisar que ya estás lista.

En ese instante, llaman a la puerta.

—Vengo a buscarla —advierte Xenia.

No la veo desde donde estoy, pero la reconozco al instante.

—Yo la llevo.

—Mira, Henchman. No te olvides que yo también soy tu jefa. Me la llevo y punto.

El que es mi carcelero, le abre paso y, en cuanto entra en la habitación, el terror me invade. Lleva un espectacular vestido de lentejuelas negras hasta los pies con una sensual abertura hasta la cintura. Ella parece que va a una cena de gala y yo parezco una prostituta.

—Leonid me ha dicho que no me separe de ella y a él sí que he de obedecerlo a rajatabla —le dice Henchman con algo de inquina.

—Seguirme —ordena Xenia dándose la vuelta y caminando altanera.

Él obedece rodeando mi brazo con su gran mano y tirando de mí para que emprenda el camino.

Me han sentado en una silla y, aunque Henchman no estaba nada de acuerdo, me han atado manos y pies a esta. El calvo de ojos saltones ha alegado que con los pañuelos no me quedarían marcas y mi carcelero al final ha asentido y callado.

Tengo delante una enorme televisión y detrás a una mujer que intenta mantener la misma actitud que yo. Está en absoluto mutismo y obedece todas las órdenes de Xenia. Me va a peinar y maquillar, y creo que prefiero no saber para qué es todo esto, está claro que no me va a gustar nada de lo que ocurra a partir de ahora.

—Todo hubiera sido más fácil si mis suegros no hubieran decidido morir ese día. —La miro espantada—. Ahora mismo estaría planeando mi boda. Amo a Quim, pero siempre ha sido un sensiblero. Tan apegado a ellos. Aunque eso ya no importa, cuando venga, continuaremos donde lo dejamos y todo volverá a ser perfecto.

«Está rematadamente loca», me digo a mí misma.

—El amor que nos tenemos puede con todo, y voy a pasar por alto el burdo escarceo que ha tenido contigo. A mí también me gusta de tanto en tanto variar, le da vidilla a la pareja, ¿no crees? —dice mirando a Henchman.

Él ni la mira, se mantiene con la mirada fija en mí, controlando lo que me hace la encargada de arreglarme.

Xenia camina sugerente hasta él y lame su cuello hasta morder su oreja mientras emite un pequeño jadeo. Estoico aguanta las manos de esta loca que, con avaricia, acarician su pecho musculado. No puedo evitar mirarlo apenada. Ahora mismo, él también es preso más que carcelero.

—Algún día caerás. Puede que te guste más la idea cuando conozcas a Quim. Pensar en lo que sería teneros a los dos dentro de mí hace que me empape —jadea en su oreja.

Sin más, se separa de Henchman y enciende la televisión.

Estoy intentando asumir lo que acaba de decir. Me tienen aquí, secuestrada, como moneda de cambio para que Quim vuelva con ella mientras se insinúa a otro hombre.

—Verás, zorra, voy a mostrarte qué es el amor verdadero. Y lo mucho que me ama Quim.

—Quim me ama a mí, en realidad dudo que algún día te haya querido de verdad. No lo hizo ni lo hará nunca.

«La has cagado», me recrimino. Los ojos de Henchman me atraviesan con severidad con un claro: «te lo advertí».

Xenia se acerca a gran velocidad y yo cierro fuerte los ojos

esperando el revés en el rostro. Pero no llega. Los abro despacio y veo la mano del moreno que me vigila sujetando con fuerza el brazo de Xenia, esta me mira con un odio estremecedor.

—Leonid quiere la mercancía impecable. Esta noche la va a presentar en el club.

Ella se zafa de él con un brusco movimiento y sin más, conecta la televisión.

—No se moverá de esa silla hasta que sea la hora —dice mirando a Henchman—. Y tú, que no cierre los ojos ni una sola vez. Si hace falta la sujetas, pero que no aparte la mirada ni una vez de la pantalla.

Cuando oyes hablar de tortura, te imaginas dolor físico. Pues estamos muy equivocados. Las hay de muchos tipos y la que Xenia ha decidido infringirme es la más dolorosa y horrible que mi corazón haya podido soportar.

No sé cuánto rato llevo aquí sentada. La chica que me arreglaba hace mucho que se fue. Cuando empezó el vídeo aligeró las manos y estoy segura de que ha acabado mucho más rápido que nunca.

He intentado en un par de ocasiones apartar la vista y eso ha provocado que el calvo de dientes desordenados decidiera sujetar mi cabeza a la fuerza. Pero Henchman lo ha detenido con un «yo me encargo». Se ha colocado a mi lado y ha descansado su mano en mi hombro. De tanto en tanto me da un apretón que yo interpreto como un «aguanta un poco más», y así llevamos no sé cuánto rato.

Es tan violento y desgarrador ver a Quim follando una y otra vez con Xenia que he vomitado en dos ocasiones. Los he visto en todas las posturas y en todos los rincones de la casa de Quim. Estoy segura de que él no sabe que existen esas cámaras. Lo único que me da algo de consuelo es saber que en ningún momento mi chico la ha mirado como lo hace conmigo. En la mayoría de las imágenes cierra los ojos y en las que se miran solo veo sexo, guarro y desenfrenado. Lo siento como un acto carnal, incluso diría que animal, pero en él no hay ni una pizca de amor y cariño. El hombre del que estoy enamorada nada tiene que ver con el que hay en la pantalla. Es su cuerpo y su rostro, pero no su alma. Esta solo me pertenece a mí, como la mía a él.

La llamada entrante al móvil de Henchman consigue que esta tortura acabe. El esbirro de Xenia sale avisando que no nos retrasemos.

—Es el momento —dice mirándome muy serio—. Recuerda lo que te dije, no mires, no hables y lo más importante de todo, obedece.

Como una autómata camino sujeta por su brazo mientras la canción *Erotica de Madonna* aumenta de volumen a medida que nos acercamos a una doble puerta púrpura. Antes de girar el pomo dorado, vuelve a mirarme.

—No me separaré de ti. Haz lo que yo te diga y todo irá bien.

Esa puerta abre camino al inframundo. La música estalla en mis oídos y la depravación, el sexo y las drogas bailan libres a su son. Sin duda, y a pesar de que esta canción es de 1992, no puede ser una mejor banda sonora para este lugar. El salón denota poder y elegancia. El techo está cubierto de una red de sedosas telas marfil. Hay diminutas luces por todas partes creando un ambiente sensual. El suelo y paredes son del color de la noche, dejando que destaquen los sillones púrpuras repartidos por la sala. Hay algunas mesas negras delante de estos para dejar las copas. La barra larga del fondo es toda de espejo y refleja en ella las luces del lugar. Hay mucha gente y todos van muy elegantes. Ahora entiendo por qué Henchman ha reservado su habitual camiseta básica y tejano y lo ha sustituido por un traje chaqueta negro con camisa blanca que le queda como un guante.

Todo está alrededor de un enorme escenario circular donde seis personas con sus cuerpos pintados por completo en dorado, jadean debido a la excitación que se provocan los unos a los otros. Hay dos chicas que gritan enloquecidas. Cada una de ellas cabalga a un fornido hombre y los otros dos las penetran por detrás. La gente de la sala bebe y ríe, algunos como si allí no estuviera sucediéndose una orgía. Cerca del escenario hay un hombre de unos sesenta años al que una chica que podría ser su hija le está haciendo una felación mientras mira la escena. Al otro lado de la sala, una chica mira la imagen mientras es masturbada sobre un hombre que también está pendiente de los jadeos del escenario.

—Esto es lo mejor que te he podido conseguir.

Cuando miro de nuevo a Henchman sostiene en la mano unos cascos de música y no puedo evitar que una lágrima resbale por mi mejilla, a la vez que llevo la mano al colgante que me regaló Quim.

—Escúchame bien. No puedes dejar de bailar. Le he prometido a Leonid que lo harías. Él quería atarte en la cruz de San Andrés.

Giro el rostro y me quedo espantada. Hay una chica desnuda atada de pies y manos a una cruz, mientras dos personas lamen y tocan su cuerpo. Lo vuelvo a mirar a él horrorizada.

—Si no quieres acabar como ella y ser tocada por todo el que pase, baila.

Sin más, me empuja dentro de una urna de cristal y cierra la puerta. Pego mis dos manos en el cristal y le digo que no con la cabeza sin parar. Su única respuesta la leo en sus labios: «Baila». La música cambia de golpe y veo que es Henchman que desde su móvil la conecta a los cascos inalámbricos. La canción con la que he soñado hace un rato, *Calma de Nil Moliner,* ahora mismo me parece que roza lo irónico.

Lo que parece una jaula de cristal comienza a elevarse y quedo suspendida a unos dos metros del suelo, a un lado del escenario.

Todos los presentes me miran expectantes y yo no sé qué hacer. En cuanto mis ojos chocan con los de Leonid, que me observa expectante y con los brazos cruzados sobre el pecho con actitud de poca paciencia, decido dejarme llevar. Cierro los ojos e imagino a Quim, sentado en el taburete de la barra de mi cocina, riendo divertido mientras le bailo para él en el salón de mi casa. Me centro en recordar cómo hicimos el amor ese día y todo lo que nos hablamos con nuestros cuerpos.

Capítulo 41



Salimos del piso de Xenia y vamos directos a la casa donde están las chicas. He llamado a mi sargento y me ha comunicado que me esperaba allí.

Cruzo la puerta casi galopando y Neus corre detrás de mí.

—Sargento.

—Sin formalismos, ¿qué ha pasado, Puig?

—Mi mujer ha desaparecido.

—No sabía que estuviera ya casado.

—No lo estoy, pero es mi mujer.

—Entiendo. Empecemos desde el principio, ¿quién fue la última persona que la vio?

Le relato todo y Neus me ayuda con algún apunte. Mi sargento se mantiene atento y en silencio durante todo el relato. He podido comprobar la sorpresa en su rostro cuando le he explicado que es mi exsuegro el que tiene a Chloe.

—Disculpad.

La voz de acento ruso de Irisha interrumpe la conversación. Es la

primera vez que habla delante de alguien más que no sea Neus. Su cuerpo está asomando por la abertura de la puerta.

—No he podido evitar escuchar. Puedo ayudarles si ustedes me ayudan a mí.

Sin pensarlo, nos encerramos todos en la habitación de Irisha y empieza a relatar su historia.

—Quiero que me prometan, que pase lo que pase, mi hija no morirá.

—Haremos absolutamente todo lo que esté en nuestras manos para que eso no ocurra.

Parece que eso le es suficiente, porque empieza a hablar.

—Hace treinta años que me quedé embarazada del que creí el amor de mi vida. Sin pensarlo, hice las maletas y cogí un avión con él en dirección a España. Nunca fue un hombre cariñoso, pero el día que di a luz y descubrió que no era un niño, todo cambió. El poco cariño que me daba, desapareció. Me odió por no darle un varón y solo me quedo una opción para estar cerca de mi hija, acatar sus órdenes. Durante mucho tiempo he sido su… esclava. Como me he hecho mayor, ha decidido relegarme a institutriz, por llamarlo de alguna manera, me encargo de enseñar a las chicas cuando llegan.

»El día del asalto a la casa. Entré en la habitación de las chicas en cuanto los tres hombres que habían pagado por su compañía salieron. Siempre lo hago para asegurarme de que están bien y justo en ese momento, oí el revuelo. Decidí estirarme en la cama y esperar que todo pasara. Pero entró usted.

Me mira y se acerca con pasos cortos y cautelosos hasta alcanzar una de mis manos y cubrirla con las dos suyas.

—Le reconocí al momento. Mi hija me ha enseñado miles de fotos suyas.

—¿Su hija? —pregunta sorprendida Neus.

—Xenia siempre ha estado locamente enamorada de ti, Quim.

Nadie en el mundo me podría haber preparado para lo que esta mujer acaba de soltar como si fuera una bomba nuclear capaz de devastar el mundo entero. Es tan fuerte el impacto que he de retroceder y sentarme.

La cabeza me da vueltas. ¿Xenia es su hija? Pero si ella siempre me dijo que no conoció a su madre.

Para rematar la sorpresa, ha dicho que lleva treinta años siendo esclava de Leonid solo para poder estar cerca de su hija, cerca de Xenia. Es una locura.

—Cuando Leonid decidió abrir mercado en Barcelona, envío a Xenia. Ella debía acercarse a ti y averiguar todo lo que pudiera sobre las intervenciones de los GEI. Envió con ella a Dimitri, es un hacker excepcional.

Todo encaja. Con premura saco el móvil del bolsillo y busco rápido.

—¿Este es el trabajo de Dimitri?

Cuando ve las fotos de la habitación de casa de Xenia, asiente.

—Era más fácil que él viviera también allí.

—¡¡Espera!! ¡¿QUÉ?! ¡¡¿Me estás diciendo que un hombre ha vivido en el piso de Xenia siete años y yo no lo he visto nunca?!!

—Solo vivía allí cuando había que recaudar información. Después volvía a Marbella.

—Disculpad, tengo que hacer una llamada.

Me miran atónitos debido a mi actitud. Se quedan ahí plantados intentando asumir toda la información y salgo de esa habitación tan conmocionado que reboto un par de veces por el pasillo de una pared a otra. Al segundo tono, descuelga.

—Agente Puig.

—La última vez que hablamos me dijiste que no tardarías en enviarme información, de eso hace ya muchos días. —Le recrimino algo furioso.

—Lo sé. Pero no va a ser tan fácil —dice algo sorprendido por mi actitud exigente—. Pero te daré la información que tengo hasta ahora.

—Gracias, coronel García.

—Leonid está siendo investigado hace meses. No sé cómo decirte esto.

—Sin rodeos, por favor. Necesito la verdad y con urgencia.

—Tu exsuegro es toda una caja de sorpresas. Tráfico de drogas, blanqueo de capital e incluso trata de blancas. —Se hace un largo silencio, y al final dice—: Lo siento, Quim.

¿Pero en qué mundo he estado viviendo? He pasado siete años engañado y para rematar he sido usado por mi información y mi cuerpo. Xenia ha hecho conmigo todo lo que ha querido y yo pensando en pedirle matrimonio para arreglar lo que en realidad nunca existió.

—Sigues ahí.

—Sí, perdona. Leonid tiene a mi mujer —suelto sin rodeos.

—¿Qué quieres decir con que la tiene?

—La ha secuestrado para chantajearme. Quiere que vuelva con Xenia.

Hay un larguísimo silencio hasta que, imagino, reacciona a lo que acabo de decirle.

—Agente Puig, le espero en Marbella cuanto antes.

—Perfecto. Le informo de mi hora de llegada en cuanto la sepa.

Vuelvo a entrar en la habitación donde todos ahora están sentados en absoluto silencio esperando mi regreso.

—He sido ninguneado, pero eso hoy ha llegado a su fin.

Mi sargento asiente y Neus, sin decir nada, coge a Irisha de la mano y se la lleva. Antes de salir se detiene y me mira.

—Lo siento, Quim. Por ti y por tus padres. Sin duda eres un buen hombre —dice la madre de Xenia—. Si Leonid quiere a alguien cerca de él, lo lleva al Purple Club.

Me despido de ella con un simple «gracias». No puedo evitar pensar en que Irisha solo ha pedido que su hija viva, pero en ningún momento ha pedido nada para ella misma. Se ha sacrificado hasta el último momento por el amor a su hija. ¿Será consciente Xenia de lo mucho que ha hecho su madre para estar a su lado?

—Hay que conseguir toda la información que podáis de un local en Marbella llamado Purple Club. Yo salgo hoy mismo para allí. Cuando me reúna con mi contacto en la Policía Nacional os informo.

Dejo todas las fotografías que hice en casa de Xenia y los informes en manos de los mejores hombres del departamento de investigación de los Mossos de Escuadra. Cuando llegue a Marbella y sepa algo más, volveré a contactar con ellos.

Creemos que Chloe fue secuestrada la tarde del viernes al salir del trabajo. Así que ahora hace unas veinticuatro horas que se la han llevado. Solo le suplico a quien sea que me escuche, que la proteja.

He llamado a Alex para explicarle la situación. Ha entrado en bucle repitiendo una y otra vez: «¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!». No ha parado de pedirme perdón. Sintiéndose culpable por no haberme explicado antes la llamada del psiquiátrico. Le he cortado y el que se ha disculpado he sido yo. Estaba tan feliz y sumergido en mi nuevo mundo junto a Chloe que no le he dado valor a lo que Alex tenía que contarme. Eso no me lo perdonaré en la vida. Primero, porque no hubiera ocurrido nada de esto, si desde el principio, hubiera escuchado dos minutos lo que llevaba días intentando decirme. Y segundo, porque me he antepuesto a todo y todos, con la arrogancia del que se cree invencible por amor.

Tras llenar mi mochila con cuatro mudas, me he subido a la *niña de mis ojos* y no he dejado de dar gas hasta Marbella. Desde Barcelona hay diez largas horas. Alex ha querido venir conmigo y que fuéramos en su coche. Pero me he negado en rotundo. Con la moto he tardado menos de ocho horas y media. Sí, he excedido la velocidad, y mucho. Ahora mismo que me retiren el carnet es lo que menos me importa. Solo puedo pensar en sacar a Chloe de donde quiera que esté. Debe de estar aterrada.

Al llegar, el comisario García está ya en la puerta esperándome con su pulcro uniforme. Junto a él, otro hombre de aspecto regio con rostro enfadado.

—Agente Puig. —Tira de mi mano y me da un abrazo de hombre con palmaditas en la espalda.

—Comisario.

—Le presento al Sr. Custodio Rodríguez.

Tras las presentaciones, entramos. Me han citado en un polígono que en su mayoría se ve abandonado. La nave por la que nos adentramos tiene el techo en algunas zonas derruido. Al final de esta hay una puerta de acero. Cuando la cruzamos, una sala con varios hombres alrededor de una mesa me espera. En ella hay algunas mesas al fondo con ordenadores y una de las paredes está cubierta por completo de fotografías, planos y notas. De lejos reconozco a Leonid y veo que sobre su fotografía reza «El León». Cerca está Xenia y el mayor impacto llega, cuando a su lado, me veo a mí en una foto junto a Chloe.

—¿Qué coño…?

—Tome asiento por favor, agente Puig —pide el hombre que me ha recibido al llegar aquí.

El comisario García se mantiene en un segundo plano algo apartado de la mesa.

—¿Por qué hay una fotografía mía con mi mujer en ese panel de investigación? ¿Dónde está Chloe? Y no me digan que no lo saben, no soy imbécil.

—Chloe está bien.

—Y Sr. Rodríguez lo sabe… ¿Por qué?

—Porque yo soy su protector y, por favor, llámeme Henchman.

Miro con espanto al coronel García sin dar crédito. ¿El tío de aspecto militar acaba de decir que es el protector de mi mujer? Camino hasta el respaldo de una silla y me aferro a ella con toda mi fuerza, intentando calmar mi ansiedad.

—Si usted es el encargado de proteger a Chloe… —Callo en un vano intento por contener la rabia que me está quemando la garganta, pero el silencio y la contención me duran muy poco—. ¡¡¿Me puede decir qué coño hace aquí y no con ella?!! —grito fuera de mí.

—Agente Puig, cálmese.

—¡¿Qué me calme?! —vuelvo a gritar enfurecido—. Un tío con nombre de cómic es el responsable de cuidar de mi mujer. Si no es que tienen a Chloe en alguna habitación aquí mismo, deberíamos plantearnos seriamente como pretende el señor Henchman asegurar el bien estar de ella si no está a su lado.

El coronel García avanza hasta colocarse a mi lado y extendiendo la mano, me invita a tomar asiento. Parezco un ratón enjaulado que da vueltas de un lado a otro. Estoy empezando a entender qué es lo que ocurre aquí, y sé que nada de lo que me digan a partir de ahora me va a gustar. Con suma paciencia, el coronel se mantiene en la misma postura hasta que no me queda más remedio que tomar asiento.

—Agente Puig, el señor Henchman, pertenece…

—¿Alguien aquí es consciente de que su nombre significa «secuaz»? ¿O solo me preocupa a mí que el que debe de proteger a Chloe se haga llamar así? ¿Alguien tiene claro que secuaz, es alguien cuyo valor radica principalmente en su lealtad incondicional a un líder de una organización criminal?

—Verá…

Intenta hablar el coronel, pero antes de que pueda decir nada más, el tal Henchman lo interrumpe.

—Está bien, cálmese, por favor. Para empezar, Chloe está protegida. No está aquí, pero le aseguro que ahora mismo está durmiendo en una habitación cerrada con llave en la que nadie entra más que yo. —Siento algo de alivio en el pecho, pero no el suficiente —. Con respecto a mi nombre, no me gusta tener que dar explicaciones, pero en este caso y para su tranquilidad lo haré. Mi nombre real es Custodio Rodríguez Jiménez —abro los ojos demasiado —, sí, horrible. Para mi trabajo necesitaba un seudónimo, Henchman es lo que soy. Me infiltro en mafias durante meses hasta que consigo ser secuaz del alto cargo y de este modo paso información. Colaboro desde hace varios años con el Grupo Especial de Operaciones (GEO), también la Brigada Central de Estupefacientes y la Unidad Central de Atención a la Familia y Mujer de la Policía Nacional.

»Llevamos mucho tiempo tras la pista del León. Hace unos meses, el rastro nos llevó hasta usted. La muerte de sus padres con el consecuente encierro de Xenia creó mucho revuelo en la organización. Leonid lleva siete años abriendo mercado en Barcelona. Es por ahí por donde entran las chicas que después explota en locales de la misma Barcelona y de Marbella. Las traen con visados de turistas, cuando llegan a los pisos donde se suponen que van a pasar sus vacaciones, les quitan los pasaportes y las coaccionan. Tener a Xenia pasando información de sus horarios y al tal Dimitri hurgando en los archivos de su unidad, lo ha mantenido tranquilo todo este tiempo. Pero todo cambió, cuando usted dejó el cuerpo por un tiempo indefinido.

Mis pensamientos van atando cabos a una velocidad de vértigo. Todas las misiones canceladas en el último momento. Intervenciones sin buenos resultados. Asaltos a pisos francos donde, al llegar, todo estaba vacío y no había nadie. En los últimos años, solo hemos conseguido atrapar a mindundis. Proxenetas y traficantes de tres al cuarto que entran y salen de la cárcel porque sus delitos no tienen el suficiente peso para que se queden encerrados. Nos investigaban, y yo tenía el soplón entre mis piernas gimiendo. Es posible que la combustión que se está formando en mi estómago estalle en cualquier momento.

—No se ofenda, pero no me importa una mierda la investigación.

Díganme dónde está Chloe, iré a por ella y nos largaremos. Después, pueden seguir haciendo todo lo que quieran.

—Eso no va a ocurrir —decreta el Henchman de las narices.

—Verá, agente Puig —habla uno de los silenciosos hombres que siguen sentados alrededor de la mesa—. Estamos muy cerca de atrapar al León. En unos días van a organizar una gran fiesta para subastar a las mujeres más atractivas que ha conseguido este año. Es ahí cuando lo cazaremos con las manos en la masa.

La cabeza me da tantas vueltas que creo que no podré volver a sentirme estable jamás. Cuando he visto el panel de investigación sabía que nada iba a salir como yo esperaba. No soy tonto. Mi trabajo es el mismo que el de ellos y sé de sobra que nada puede interrumpir una investigación de tantos meses. Mucho menos un novio desquiciado que solo quiere recuperar a su Diosa. Me han confirmado que está bien, pero estar bien es relativo. Que esté viva no quiere decir que no esté pasando por un calvario. Y aunque este tal Henchman diga que la está protegiendo, sé que puede pasar cualquier cosa. Su trabajo es acatar órdenes, ante la decisión del capo, él no puede hacer nada. Solo intentar manipularlo para hacerlo cambiar de opinión, cosa complicada. Y Leonid es un hombre obstinado.

Lo único que puedo hacer ahora mismo es colaborar para asegurarme de que a Chloe no le ocurrirá nada. Así que me centro y me pongo a trabajar. Necesito tener toda la información de la investigación en un tiempo récord. Saber cuándo pretenden hacer el asalto y cómo van a proceder. Por suerte, el coronel García deja claro desde el principio que he de formar parte de todo, alegando mis cualidades como agente y explicando mi trayectoria profesional. Nadie ha puesto ninguna pega. Al contrario. Han empezado a sacar documentación e informes y, sin piedad, me han avasallado a información.

—Agente Puig, antes de que amanezca he de volver. Podemos hablar un momento a solas —sugiere Henchman.

Me levanto y lo sigo en completo silencio hasta la calle.

—Usted dirá.

—Yo no voy a mentirle. Su mujer está bien físicamente, pero la han secuestrado.

Mis puños están tan apretados que la sangre ya no circula por los dedos. Estoy intentando ser el profesional que se espera de mí ante una situación límite como esta, pero es lo más complicado que he hecho en toda mi vida. No he dejado de pensar en lo que acaba de verbalizar desde ayer por la mañana cuando descubrí lo que ocurría. Y me está matando, lenta y dolorosamente.

—He conseguido mantenerla al margen de momento. Pero Xenia es muy obstinada.

—¿Xenia está en Marbella? ¿Con Chloe?

Si ahora mismo me asestarán varias puñaladas en el corazón, no sentiría nada.

—Sí. Ella fue la que la trajo con ayuda de Dimitri. —Antes de que le diga nada más, continúa hablando—: No le va a hacer nada.

—¿Eso como lo sabes?

—Porque Leonid es aún más obsesivo que Xenia, y se ha quedado prendado de su belleza.

Mi gesto se endurece y mi mirada lanza un claro mensaje de advertencia en el que grita «si la toca, él, tú o quien sea, lo mataré».

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunto rechinando los dientes.

—Ahora mismo es su objeto más bello y nunca estropea la mercancía de valor y menos si es tan hermosa. La quiere intacta porque la va a exhibir hoy en el Purple Club. —Calla un par de segundos y sé que está pensando en cómo continuar con la explicación —. Lo mejor es decirlo sin rodeos. Es un club de sexo.

En menos de medio segundo lo tengo sujeto por el cuello contra la pared. Mi respiración es la de un toro embravecido y estoy a punto de que el infarto que me está dando acabe con mi vida.

—No voy a permitir que nadie le ponga la mano encima —certifica como puede por la falta de aire.

—Si la tocan quemaré Marbella entero.

Él solo asiente con la cabeza, como si entendiera perfectamente lo que estoy sintiendo. Con tranquilidad, sujeta mis muñecas y yo aflojo el agarre.

—Si le ocurre algo, no podré soportarlo —le digo mirándole a los ojos, con la súplica de que cuide de Chloe en ellos.

Puede sonar débil y desesperado, en realidad lo es. Y me importa mucho menos que nada.

—Dile que…

—No puedo decirle quién soy y lo sabes. Podría irse toda la misión a la mierda.

¡JODER! Sé que podría incluso ponerla en riesgo. Si alguien descubre que Henchman está infiltrado y protegiendo a Chloe, no solo se iría todo el trabajo de meses al garete, sino que podrían acabar con ambos. Lo único que me queda es confiar en este tío y esperar que sea el mejor en su trabajo. La impotencia que siento es devastadora. Mi cabeza va a mil por hora intentando encontrar una manera para que esté mejor Chloe.

—Música —digo sin pensar.

—¿Cómo?

—Chloe necesita música para aislarse y evadirse de la realidad. ¿Le habéis dejado los auriculares?

—No, Xenia se los quitó cuando llegamos.

—Tienes que devolvérselos. Puedo pasarte una *playlist* que hizo ella con sus canciones favoritas.

Intercambiamos los números y le envío el enlace a la lista preferida de Chloe, la que hizo cuando estuvimos en Tossa de Mar. No voy a poder contactar con él bajo ningún concepto en ese número. Pero en un gesto de compasión, me ha prometido enviarme algún mensaje, cuando pueda, para informarme de cómo está mi chica.

De camino al interior, inspiro con fuerza llenando mis pulmones de empuje. Maldigo al destino un millar de veces por tenerme en la cuerda floja constantemente. Solo deseo vivir tranquilo y amar sin censura a la chica de mis sueños. Pero para eso, primero, tengo que dar el doscientos por cien de mí. Tenemos que conseguir sacar a Chloe de ahí lo antes posible. Así que todos los sentimientos han de quedar aparcados hasta que la misión termine. Ahora solo soy el templado y preparado agente Puig.

Capítulo 42



Por fin es lunes. No es que no esté aterrada por seguir aquí después de tres días, pero me alegra que hoy el club esté cerrado. Me han tenido todo el fin de semana en la jaula de cristal, medio desnuda y bailando. No dejé ni un momento de contonearme. Estaba advertida, y por nada del mundo quería que me esposaran a esa horrible cruz. Si lo peor que me exigían era que bailara enseñando medio culo por debajo de la corta falda, sin duda lo haría. Hasta el agotamiento.

Leonid me miraba constantemente y satisfecho, sonreía y afirmaba en señal de agrado hacia mi actitud colaborativa. Hablaba con los hombres del club y me señalaba para que todos se fijaran en mí. Me sentí más vulnerable y expuesta que nunca. Ese hombre era el demonio y su hija una bestia del inframundo.

Henchman ha sido… como explicarlo… bueno conmigo, o, mejor dicho, demasiado bueno para ser el villano. Cada hora, más o menos, mandaba bajar la jaula y me llevaba a su habitación para que pudiera ir al baño y descansara. A la media hora, aproximadamente, volvíamos a la sala y me encerraba de nuevo en el cubículo de cristal.

Cuando me bajó la primera vez, me sujetó de la cintura y me arrastró por el pasillo. Al entrar en su dormitorio y cerrar la puerta, paró la música de los auriculares y me dijo:

—Lo estás haciendo bien. Solo puedo dejarte media hora de descanso, después deberás volver.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté con valentía.

—Venga siéntate y descansa —contestó cambiando de tema y sentándose en el sofá para mirar su móvil como suele hacer.

No pude evitar sollozar desconsolada. Su falta de respuesta fue la contestación a la pregunta. El silencio confirmó lo que creía. Reconocería esa *playlist* aunque me pusieran solo los dos primeros acordes de cada canción. Y solo había una persona en el mundo, aparte de mí, que tuviera acceso a ella. Quim.

Henchman me miró preocupado y en dos zancadas me alcanzó sujetando mi desconsolado cuerpo. Sin pensar en lo que hacía, lo abracé susurrando un «gracias» que quedó algo ahogado en su pecho. Sentí como me envolvía con sus brazos y su calor calmó un poco mi miedo. Esperó paciente a que yo fuera la que decidiera separarme de él. Lo miré a los ojos y busqué explicaciones. Pero no llegaron y no lo harían nunca. Le sonreí débilmente y él me devolvió el gesto. Fue como si, sin palabras, le preguntara «¿cuidarás de mí?» y él respondiera «sin duda». Desde ese momento se ha creado un peculiar vínculo entre mi carcelero y yo. Ahora, por algún extraño motivo que escapa a mi raciocinio, me siento protegida cuando él está cerca. Eso es prácticamente todo el tiempo, no se separa de mí más que por la noche. Cuando todo está en silencio y cree que yo ya duermo. Sale de la habitación y vuelve más o menos al cabo de una hora o dos. No sé a dónde va, y tampoco me atrevo a preguntar.

Creo, o más bien estoy convencida, que tengo síndrome de Estocolmo. Pero algo dentro de mí me dice que Quim está más cerca de lo que imagino y que Henchman va a ser el hilo conductor que me llevará a él.

Después de ese extraño pacto silencioso en el que nos prometimos que él me cuidaría y que yo, haría lo que hiciera falta para que nadie supiera de donde había salido la *playlist*, todo está algo mejor. Ahora no estoy tan aterrada.

Dios mío, creo que me estoy volviendo loca, pero confío en Henchman.

—¡¡Han pasado tres puñeteros días y no ha venido a buscarme!! —grita con histeria Xenia entrando en el salón.

Creía que hoy tendría un descanso, pero nada más lejos de eso. Al parecer, aprovechando que el Purple Club cierra los lunes, han montado una fiesta en otro lugar.

Después de comer, Henchman me ha traído a un gran salón, y yo y

varias chicas más, estamos siendo sometidas a todo tipo de atenciones para que estemos lo más guapas posible. He contado que somos ocho. Todas son increíblemente hermosas, y también jóvenes.

Nada más llegar, nos han obligado a ponernos ropa interior de encaje negra y un liguero sujeto las medias finas a juego. Por suerte, dejan que tapemos nuestros cuerpos con unas delicadas batas de raso doradas. Para completar el atuendo nos han dado unos altísimos zapatos con tacón de aguja negros y nos han pedido que camináramos delante de Leonid con la bata abierta. He mirado a Henchman con pánico y él me ha susurrado que solo debía caminar y que no pasaría nada. Así que, una vez más, he acatado la orden. Llevo toda la vida haciéndolo y, si mi integridad depende de ello, no voy a dejar de obedecer ahora.

Los tacones son tan altos que me obligan a caminar contoneando todo el cuerpo y me hace sentir aún más incómoda. No quiero parecer sensual y mucho menos apetecible. Solo debíamos ir y venir de una punta a otra de la sala. A los lados, en dos filas pegadas a la pared, hay varios tocadores iguales a los de las películas, con el espejo rodeado por unas grandes bombillas. El pasillo para caminar queda libre en medio y está definido por una larga alfombra árabe en tonos lilas y dorados. Está claro que Leonid lleva la obsesión incluso a la gama cromática.

Hemos ido pasando todas mientras Leonid evaluaba el resultado. Ha dado varias órdenes para que retocaran el cabello y el maquillaje de algunas chicas. Ninguna hemos osado a mirarlo. Todas estamos aterradas y lo que es peor, resignadas a acatar las órdenes. Cuando me ha tocado a mí, enfadado, ha exigido:

—Soltar su cabello y que sus rizos caigan por su rostro, y marcarle más el maquillaje de los ojos. Quiero que parezca una leona.

Ha sido mientras nos acababan de retocar, cuando Xenia ha entrado como un vendaval.

—Lárgate, estoy trabajando —le ha escupido su padre sin girarse a mirarla.

—Me dijiste que tendría lo que quería y quiero a Quim. ¡¡Ahora!!

Patea un pie contra el suelo cuando lo dice, en un gesto muy infantil y Leonid pierde los papeles.

—Escucha bien lo que te voy a decir, niña consentida. Esto es una fuente de ingresos —dice señalándome—, me va a dar más dinero que ninguna antes. Por tu culpa el negocio de Barcelona se ha ido al traste, así que voy a cubrir la falta subastándola esta noche.

Mis manos cubren con velocidad mi boca para que no se oiga el sonido de espanto que acabo de emitir. ¿Acaba de decir que va a venderme? Busco horrorizada la mirada de Henchman, pero él no me corresponde y mantiene su habitual postura de hombre serio y

disciplinado delante de su jefe.

—Me dijiste que…

—¡Cállate de una puta vez! Eres igual que la zorra de tu madre. Siempre con la boca llena de palabras y exigiendo atenciones.

—Mamá nunca te ha exigido nada, solo te pedía que la amaras. Y tú lo único que sabías hacer era follártela y cuando te cansabas compartirla con tus amiguitos. Es una puta porque tú la has obligado a serlo. Ella solo quería estar conmigo.

—La dejé en paz porque pactamos que tú trabajarías en Barcelona, y te abrirías de piernas para enviarme toda la información posible del idiota de Quim. Pero no has sabido mantenerlo a tu lado. Tuviste que matar a sus padres y eso me está costando un dinero que quizá me plantee recuperar usando a tu madre de nuevo.

—No los maté —dice, y puedo oír perfectamente el rechinar de sus dientes—. Y pienso recuperarlo, dame tiempo, pero mientras deja a mamá en paz.

—No hay quien te soporte, ni tu prometido se ha molestado en preguntar por ti. Por quien sí ha preguntado es por ella. —Me señala y no puedo contener las lágrimas al saber que Quim está intentando averiguar cómo estoy y dónde—. Deberías borrar esa cara de ilusión, no te rescatará, te lo puedo asegurar. Esto no es una película de Disney y dudo que tenga final feliz. Tengo a todo Marbella comprado, todos trabajan bajo mi yugo. No es tonto, lo han visto merodear el club intentando ver las posibles entradas, pero sabe que, si lo intenta, antes de que pueda poner un pie en la puerta, lo liquidarán.

»Le he ofrecido un pacto, pero no llegamos a un acuerdo. Quiere que te libere a cambio de retirar los cargos contra Xenia. Pero la única manera de que mi hija desaparezca de mi vida y yo vuelva a tener paz, es que el agente Puig acepte casarse con ella. Estimada hija —dice cargado de ironía—, siento decirte que sus palabras textuales han sido: «No pienso casarme con esa loca del demonio».

Xenia está conteniendo tanta ira que creo que podría estallarle la vena que atraviesa su frente y que ahora palpita con velocidad. Con un grito de guerra se abalanza contra mí. Viene a matarme. Está claro que toda la rabia que siente ahora mismo la quiere descargar con la única persona que puede. Yo. Con un movimiento veloz, Henchman la retiene entre sus brazos. Intenta zafarse de él y grita encolerizada que yo soy la culpable de todo.

Leonid con un claro gesto de agotamiento, le ordena a su hombre que haga lo que tenga que hacer, pero que la calme o si no, tomará medidas. Después se da la vuelta y se va, no sin antes avisar a todos, con absoluta calma y como si su hija no estuviera perdiendo la voz entre gritos, que hay que estar listos en media hora.

—Si te portas bien, te daré lo que quieres —le dice Henchman a

Xenia.

Ella, de golpe, cambia el gesto y le da un lametazo a sus labios.

Me quedo en shock. Está completamente loca y da mucho miedo. Es una psicópata. Hay algo dentro de su cabeza que tiene una mala conexión. Hace un segundo gritaba que quería estar con Quim y ahora acaba de lanzarse a besar a Henchman. Cuando empieza a lamer su cuello, él me mira y soy consciente de que no desea esto. No puedo evitar que las gotas saladas resbalen por mi cara, sabiendo que este hombre, serio y reservado, está haciendo esto para protegerme.

Xenia lo empuja hasta una puerta que hay en la sala y cierra. La situación en cuestión de cinco minutos se vuelve de lo más incómoda y surrealista. Se oye a Xenia gritar jadeante y exageradamente alto. La puerta golpetea con lo que seguro son las embestidas de Henchman. Nadie emite ni un sonido en los escasos minutos que dura el asalto.

Tras el silencio, sale primero Xenia tirando del bajo de su vestido con una sonrisa triunfal y se va sin añadir nada más. Detrás, mi protector, con la expresión impasible, se me acerca. Como si no acabara de tirarse a Xenia contra la puerta, sujeta mi brazo y me ayuda a ponerme en pie. Eso me rompe el corazón.

—Debemos irnos.

Busco su mano con la mía y entrelazo mis dedos a los suyos. Impactado por el gesto me mira.

—Gracias —le susurro para que nadie más lo escuche.

Asiente y tira con suavidad de nuestras manos unidas para que lo siga.

Las ocho chicas, Xenia, Henchman y Dimitri vamos en una limusina de cristales tintados. He visto que Leonid subía en un todoterreno delante, otros dos coches iguales llenos de hombres encabezan la marcha y detrás otros dos más. Muchas de las chicas lloran en silencio y una de ellas no puede controlar sus agudos sollozos. Al final, Dimitri, cansado de oírla, la ha amordazado. El terror es palpable en el rostro de todas nosotras.

Cuando nos acercamos a la zona más urbanizada, Dimitri nos advierte de que si intentamos algo nuestras familias lo pagarán. Todas se encogen aún más en sus asientos agachando la cabeza. Coacción y miedo, solo necesitan eso para que seamos marionetas.

Henchman no habla, nunca lo hace. Se mantiene sentado mirando el móvil. Está a mi lado y eso me tranquiliza un poco.

Desde que Leonid ha dicho que pretendía venderme, estoy aterrada. No puedo preguntar a mi protector qué va a ocurrir conmigo cuando lleguemos. Todo el cuerpo me tiembla y los dientes me castañean, pero no es de frío, es de pánico. Sujeto mi colgante y leo la inscripción de su interior: «Mi Diosa». Lo encierro en mi puño con fuerza y cierro los ojos recordando la sonrisa más bonita del mundo, la

de Quim. De veras que intento no hundirme por completo en la desolación de la incertidumbre. Lucho contra el miedo e intento buscar lo poco de bueno que tiene esta situación. Neus me dice que siempre, detrás de todo gran mal, hay un bien. Esto está todo mal. Pero pienso en las sesiones con mi amiga y en cómo me ha enseñado a sacar lo mejor de lo peor. En terapia he hecho innumerables veces listas de pros y contras, siempre ayudan a relativizar. Es algo ridículo pensar que también me pueda servir en este momento, pero lo intento para tener la mente ocupada.

Estoy secuestrada. Mal.

Pero este hombre me protege. Bien.

Si le ocurre algo a Henchman, puedo morir. Mal.

Pero estoy segura de que hay alguna conexión entre mi protector y Quim. Bien.

No sé si saldré de esta. Mal.

En los últimos meses, he vivido el amor más intenso e increíble que se puede imaginar. Bien.

No es que esto último calme el temor que constriñe mi estómago, pero calienta mi corazón.

Interrumpo mi lista cuando la limusina se detiene. Veo a Leonid salir de su coche y saludar al que parece el capitán del gran yate que tenemos delante.

Dimitri ayuda a Xenia a salir del vehículo. En el camino la he visto pensativa todo el tiempo, mirando por la ventana. He dejado de observarla cuando Henchman me ha dado un codazo suave como aviso. «No mirar», me he recordado.

Las demás chicas salen detrás de ella. Cuando la última pone un pie fuera escucho:

—Ya sabes, no hables, no mires y obedece. Todo saldrá bien. Confía en mí.

Agito mi cabeza afirmando con nerviosismo y cojo la mano de mi protector al salir para que me ayude a no caer con los tacones.

En cuanto estamos fuera, se zafa de mi mano y sujeta mi brazo. Sé que lo hace para que nadie pueda ver que él no me aterra como debería.

Cuando la limusina se va, queda ante mí un enorme yate gris oscuro y resplandeciente. Flota majestuoso en un rincón de Puerto Banús. Desde aquí no se ve ningún barco tan bonito y lujoso como este. Parece una nave futurista. En el lateral en letras púrpuras y subrayado en dorado reza: «El León». El nivel de amor propio de este hombre excede lo considerado excesivo.

La tripulación nos recibe con sonrisas amables, como si fuera lo más normal del mundo, ir en ropa interior, a medio tapar con una bata dorada, mientras todas lloramos a mares. Es imposible no

hacerlo, las lágrimas caen solas. Todas caminamos como en una procesión de camino al fin de nuestras vidas. El contraste de las sonrisas amables y las caras de pánico son surrealistas, y también muy espeluznante.

Al subir a bordo, el lujo es desmedido. Hay sillones blancos repartidos y algunas mesas altas llenas de canapés. Al fondo veo una barra elegante en tonos grises y taburetes de piel blanca con acabados cromados. Todos los trabajadores del barco van uniformados con traje chaqueta y camisa blanca, solo llevan la pajarita negra.

—Rápido, llevarlas a sus camarotes y que retoquen esas lacrimógenas caras antes de que lleguen los invitados —exige autoritaria Xenia.

Es bipolar. Tanto quiere matar a alguien, como follarse a otro. Odia a su padre y al instante, ordena como si el imperio fuera suyo. En estos días he llegado a la conclusión de que sí que ama a Quim, mucho, pero de una manera escalofriante. Ciertamente necesita ayuda psiquiátrica. Quim me dijo que le habían diagnosticado limerencia, obsesión por ser amado. No soy una experta, pero creo que deberían de volver a evaluarla, dudo que solo sea eso. No sé qué ha pasado con su madre, pero está claro que Leonid no la ha tratado bien y Xenia tiene conciencia de ello. He creído entender que conquistó a Quim para salvar a su madre. Si es así, seguro que arrastra muchos traumas. Dudo que la vida, al lado de este ser despreciable, haya sido saludable para la cabeza de nadie.

Al pasar por al lado de Leonid, este le exige a Henchman que debo de estar perfecta para cuando sea mi momento. Él, como buen secuaz, asiente y tira de mí con algo más de brusquedad de lo normal. No me molesta, ni asusta, sé que lo hace porque estamos delante de Leonid.

—Chloe.

Me llama por mi nombre al entrar en el camarote y me impacta muchísimo porque no lo había usado aún. Como no dice nada más me preocupo y me acerco un poco. Ajusto la mirada intentando entender que me dicen sus ojos y, en ese momento, me sujeta de los hombros y desconcertándome por completo, me abraza.

—Eres una superviviente y lo vas a seguir siendo, ¿de acuerdo? —Afirmo con la cabeza contra su pecho—. Pase lo que pase esta noche, debes de hacer lo que te diga, ¿entiendes? —Vuelvo a decirle que sí—. Si te digo corre, corres. Si te digo salta, saltas. Si te…

—Lo he entendido, no hablar, no mirar y lo más importante, obedecer.

Por primera vez, me regala una gran sonrisa que calienta mi corazón. Porque en estos tres días, este hombre ha conseguido que le entregue un pedacito de él. Es una locura, lo sé. Pero, así soy yo, una loca que siempre se deja llevar por su corazón. Y este me dice que este

robusto y huraño chico acabará siendo alguien especial en mi vida.

Capítulo 43



Estoy tan agobiado y nervioso que después del primer tono, ya maldigo que no descuelgue. No soy mucho de videollamadas, pero hoy más que nunca necesito ver un rostro amigo.

—¡Quim! Por favor, dime que está bien y la tienes a tu lado.

La preocupada voz de Alex va llegando a medida que su rostro deja de estar pixelado y se va viendo nítido. Me sorprendo cuando pegadita a su cara está Neus.

—¿Dónde está Chloe? —pregunta con histeria la que ahora no solo es amiga de mi chica, sino también mía.

No sé por qué están juntos, en lo que parece el piso de Neus. Pero ahora mismo nada que tenga que ver con los desvaríos de estos dos me preocupa. Más bien me alegra que estén ahora mismo juntos al otro lado de la pantalla. Su apoyo es imprescindible para mí.

—Hoy voy a buscarla.

—¡¿Cómo?! Dios mío, han pasado tres días. ¿Cómo puede ser que aún no la hayas sacado de allí? —dice muy preocupada y sollozando Neus.

Alex se gira un poco y le susurra con cariño al oído un «tranquila, todo saldrá bien», mientras rodea su cuerpo con el brazo.

—Ya os expliqué que todo gira en torno a una investigación. No puedo actuar sin más. Solo os puedo decir que está a salvo y protegida.

—Pero… tío… ¿Estás seguro de que ella está bien?

—Sí. No debería explicaros esto, pero os lo diré para que estéis tranquilos. Hace un rato he recibido una foto de ella comiendo sentada en una cama con una bandeja sobre las piernas. Y esta mañana una en la que dormía tranquila. Se la ve tan preciosa y perfecta como siempre. Me aseguran que nadie le ha puesto una mano encima y que no se separan de ella bajo ningún concepto.

Neus suspira con fuerza encajando más su rostro en el cuello de Alex. Algo aliviada, su llanto deja de ser sonoro, ahora solo sé que llora porque puedo ver alguna lágrima resbalar por sus mejillas.

—Estoy al borde de que me dé el décimo infarto del fin de semana, pero verla me ha calmado un poco.

—¿Y ahora qué? —pregunta Alex.

—Agente Puig —interrumpe el coronel García entrando en la sala sin tan siquiera llamar a la puerta—. Es el momento.

En cuanto dice eso, la adrenalina empieza a burbujear en mis venas.

—Os dejo.

—¡¡Espera!! —vocea Neus.

—No hay tiempo, ¿qué pasa?

—Cuídate mucho y volver los dos en perfecto estado, ¿me oyes? Es una orden —pide volviendo a sollozar.

Le regalo una débil sonrisa y asiento con la cabeza con toda la seguridad del mundo. Porque nada, absolutamente nada, va a impedir que saque a Chloe de donde quiera que la tengan. Y pienso hacerlo saliendo intacto de todo esto, porque me queda toda una vida que vivir al lado de ella.

—Os quiero —digo por último y cuelgo oyendo de fondo como ellos me dicen: «y nosotros a ti».

Llevamos todo el fin de semana preparando la intervención junto con el Grupo Especial de Operaciones (GEO). Lo que viene a ser lo mismo que los GEI de los Mossos de Escuadra. Cuando ambas unidades colaboran, suele haber mucha burocracia de por medio. Pero en la vida los contactos lo son todo y gracias al coronel García he podido colaborar sin tener que pasar por todo ese proceso.

Una de las primeras cosas que pregunté fue:

—¿Cómo sabéis que no anulará la fiesta?

—Porque la arrogancia de ese hombre es desorbitada. Lo mejor que nos ha podido pasar es que el muy capullo se crea invencible —

habla con convicción el que está al mando en esta investigación.

—Pero sospechará si no voy a por Chloe.

—Le haremos creer que sí que vas a ir por ella.

Tomé asiento con impaciencia esperando que me explicaran cuál era el plan.

Sabíamos que tenían pensado hacer una fiesta en el yate llamado El León, propiedad de Leonid, y que llevarían allí a Chloe y las otras chicas. También sabíamos que era esta semana. El yate que suele tener en puertos colombianos, llegó el sábado a Puerto Banús. Lo único que nos faltaba era el día exacto y los horarios. Leonid solo trae el yate una vez al año y es para esta fiesta. Una que prepara durante meses para que las mujeres a vender sean las más bellas y estén perfectamente disciplinadas, o, mejor dicho, muertas de miedo, para complacer a sus compradores. Usa el yate como residencia cuando viaja a la Amazonia, seno del narcotráfico, donde hace sus acuerdos con los cárteles de la droga que gobiernan el mercado de Brasil, Colombia y Perú.

Cuando los GEO se dieron cuenta de la cantidad de hilos que era capaz de mover el León y todo lo que abarcaba con su dinero, decidieron ser completamente discretos con la investigación. Leonid tiene comprado a todo el puerto y parte de la Policía de Marbella. Sin duda, su dinero puede comprar muchas cosas, pero por suerte no todas. Solo un círculo muy cerrado está al tanto de este asalto.

La Policía Nacional lleva muchos meses esperando este momento. La *crème de la crème* de la mafia en Marbella se va a reunir en este evento. Magnates, políticos corruptos, dirigentes de clanes delictivos, y un largo etcétera de cucarachas, están deseando gastar su dinero en drogas y mujeres, y así poder blanquear todo su sucio capital. Todo tiene que salir a la perfección, ha de ser un golpe de cinco estrellas. No solo conseguirán atrapar a Leonid con las manos en la masa, la idea es llevarse a todo bicho, porque es lo que son, esposado de allí. Pretenden ejercer presión psicológica y avasallarlos con interrogatorios tensos y larguísimos, de este modo los unos cantarán de los otros.

Los equipos harán su asalto ya preparado y coordinado. Yo, sin embargo, he llegado a un acuerdo. Cuando me suplicaron que tuviera paciencia y que esperara, en vez de hacer lo que yo deseaba, que era irrumpir en ese club de mala muerte y llevarme a mi chica, decidí pactar con ellos. No podía ir yo solo a por Chloe, uno contra cientos no era buena idea. Además, eso hubiera tirado al traste todo el trabajo que llevan preparando hace meses. Jugué mis cartas y acordé que esperaría, pero debían dejarme rescatar a Chloe antes de que todo fuera un absoluto caos. Sé lo que pasa en estos asaltos, he hecho muchos en mi vida. Todo puede estar saliendo bien y en un minuto

irse a la mierda. No quería que Chloe tuviera que vivir también eso.

Me costó horrores que aceptaran, pero gracias a Henchman han accedido. He de reconocer que el primer día quise liquidarlo, pero al final ha resultado ser toda una caja de sorpresas. Ha cuidado de mi Diosa y me ha mantenido informado, cosa que ha aliviado muchísimo mi estrés y preocupación.

Me he pasado en la puerta del Purple Club varias horas este fin de semana. Iba y merodeaba con la moto. Después la aparcaba algo alejada y me acercaba con una gorra y unas gafas de sol, como si fuera de incógnito y así no me pudieran reconocer. Aunque la idea era totalmente contraria. Queríamos que me vieran agobiado. Todo se ha hecho para hacerles creer que estaba investigando el modo de entrar y rescatar a Chloe sin pactar con Leonid. El muy cabronazo tiene a una veintena de hombres custodiando toda la manzana que envuelve al local, sin contar los que deben de estar dentro. Ir solo sería un suicidio.

Está tan seguro de sí mismo que se ha permitido el lujo de abrir el club e incluso exhibir a Chloe delante de todos.

Cuando Henchman confirmó que el León la había sacado para que todos pudieran ver la mercancía que pondría a la venta el día de la fiesta, no quise profundizar demasiado en cómo la exhibió. Ya me avisó que eso ocurriría, aun sabiéndolo, nada bloqueaba mis desquiciantes pensamientos. Sé muy bien qué ocurre dentro de ese local y no sé si sería capaz de superar, ni yo, ni Chloe, que la obligaran a hacer algo que no desea. Solo le pregunté si ella estaba bien, a lo que él respondió: «Los cascos han sido su salvación, y nadie le ha puesto un dedo encima». Con eso, por el momento, me bastó.

Siguiendo el plan, he llamado varias veces a Leonid, pero no contesta. Cuando le envío mensajes suplicándole que suelte a Chloe, solo responde: «Cásate con Xenia y todo arreglado».

Creí que no podría odiar nunca a nadie como lo he llegado a hacer con Xenia, pero sí. Lo más oscuro de mi ser detesta hasta el agotamiento a Leonid y todo lo que proviene de él, en especial a su hija.

Pero no me puedo permitir perder el norte y divagar entre la rabia y el rencor. He de estar más centrado que nunca. Cualquier fallo podría ser un peligro para Chloe, y bajo ningún concepto voy a perderla.

Todos están en posición. El yate zarpó hará un rato. La idea es esperar que esté en alta mar, pero no puede superar las doce millas náuticas de distancia, lo que vienen siendo unos veintidós kilómetros. Si no actuamos antes de que llegue a esa altura perderemos jurisdicción.

Me han facilitado a un hombre con conocimientos marítimos y de

inmersión, y una embarcación de recreo a motor de gran velocidad. Con ella pasaremos desapercibidos, como si fuéramos simplemente dos amigos disfrutando de un paseo en barco y el submarinismo.

He decidido hacer la inmersión con botellas de aluminio, he de llevar la mía y la de Chloe y estas son más ligeras. También llevo una mochila estanca sujeta al pecho, dentro hay una camiseta de neopreno y unas gafas para ella. Odio que la primera vez que hagamos submarinismo sea así, pero es la mejor manera de sacarla de allí sin ser vistos. Solo espero que Chloe no entre en pánico y gestione bien el oxígeno. Si no todo será un desastre.

Nos acercamos lo máximo posible sin llamar demasiado la atención. Miro por los prismáticos con disimulo y compruebo que hay varios hombres apostados en las cubiertas superiores controlando aire y mar. La fiesta es en la popa. Es la parte más ancha del barco y donde está la música y toda la gente concentrada riendo y bebiendo.

A una distancia prudencial me lanzo al agua y agito las aletas todo lo rápido que soy capaz. El recorrido se me hace eterno y hoy el mar me resulta nimio, no despierta ningún interés en mí. Solo deseo llegar hasta mi chica y salir de este lugar. Buceo por debajo del yate moviendo con velocidad los brazos y las piernas. Una vez llego a la popa, me mantengo pegado al casco para que su inclinación me resguarde si alguien se asoma a la baranda del costado. Por suerte y como esperaba, viajan a pocos nudos. Se supone que es un paseo agradable. Eso me permite sujetarme y ser arrastrado sin esfuerzo.

«Desgraciados repugnantes», pienso escuchando las voces y la música a unos pocos metros más arriba.

Voy a gastar el reloj de tanto mirarlo. Han pasado doce minutos y si se alarga mucho más moriré de un infarto cerebral a causa de la cantidad de pensamientos dolorosos y horribles que estoy teniendo. No dejo de imaginar lo que le podría pasar a Chloe antes de llegar a mí.

Dos minutos después lo escucho. Es el sonido de la puerta del parking. El obsceno yate de lujo no está falto de detalles. En uno de los laterales de la popa dispone de un pequeño parking para una lancha motor, con la que poder acercarse a las playas sin necesidad de atracar en un puerto. Hemos estudiado hasta el último rincón de la embarcación y estuve de acuerdo con Henchman desde el primer momento, la única opción que teníamos era sacar a Chloe por ahí antes de que todo se convirtiera en una batalla campal.

Cuando la puerta empieza a abrirse, la música se detiene y mi respiración con ella. Si nos han pillado, estamos muertos. Me sumerjo en el agua para no ser visto. Unos segundos después, el acento ruso del hombre que más odio en el planeta, irrumpe algo distorsionado el silencio del mar Mediterráneo. Miro hacia arriba y a través de la

trasparencia del agua veo como la puerta se abre poco a poco. Vuelvo a salir a la superficie y la veo.

Mi Diosa.

Respiro por fin, llevo sin hacerlo desde el viernes.

Aparece en ropa interior, sujeta por Henchman, este rodea la desnuda cintura con fuerza y con la otra mano cubre su boca. Sin pensarlo, saco el arma de fuego subacuática y le apunto a la cabeza.

Me la ha jugado.

Chloe abre los ojos desmesuradamente y veo el terror en su mirada. Estoy más centrado que en toda mi vida. Soy un perfecto tirador, y no me va a temblar el pulso si tengo que volarle la cabeza. En un segundo puedo abatirlo.

Forzándola, Henchman la obliga a caminar hasta el borde mientras le habla al oído.

—Es Quim.

Ella grita y por suerte el sonido queda ahogado bajo la mano de él.

—Si no te hubiera sujetado así, tu grito nos hubiera delatado. Estaba seguro de que al verle no podrías controlarte.

Tras sus palabras me mira y soy consciente de que sigue en mi bando y todo lo hace para protegerla. Mientras recupero un poco el ritmo cardiaco, bajo el arma.

—Recuerdas lo que debes hacer. —Chloe asiente más tranquila, pero llorando mares—. Cuando te suelte no hablarás, te pondrás lo que te dé Quim y sin saltar, con mucho cuidado de no hacer ruido te meterás en el agua.

Se lo explica todo en un tono de voz tan bajo que a duras penas lo escucho yo. Ella solo asiente con la cabeza, sin separar sus ojos de los míos que la observan tras el cristal de las grandes gafas de buceo.

Se pone la camiseta y las gafas con premura. De fondo, la voz de Leonid no calla, sigue con su discurso, pero no estoy prestando atención a lo que dice. Nada importa más que la chica de mis sueños.

El cuerpo de Chloe se agita debido al temblor causado por el miedo y la adrenalina que debe de estar sufriendo. Henchman la ayuda a colocarse la botella de oxígeno y le da indicaciones de cómo debe respirar. No tenemos tiempo, todo es apresurado. Pero confío en que saldrá bien. No hay otra opción. Tiene que salir bien.

Chloe empieza a meter los pies en el agua y en ese momento todo estalla en un aplauso. Aprovechando el estruendo la ayudamos entre los dos para que entre rápido en el agua. Sus manos me envuelven y le doy un rápido beso, después con el dedo índice contra mis labios le ruego silencio. Siento como sus manos se aferran tan fuerte a mí que pellizcan mi piel bajo el traje de neopreno, pero no me quejo. Este dolor no es nada comparado al que he sentido separado de ella.

Por un momento, ambos miramos un segundo al hombre al que le

debo la vida de mi mujer y él solo asiente, dando a entender que debemos irnos. Las hélices del helicóptero de asalto y las sirenas de varias lanchas a motor empiezan a sonar con fuerza. Es en ese momento que nos sumergimos bajo el profundo mar, el que un día nos vio enamorarnos.

Capítulo 44



El radiante sol de octubre traspasa la luna del coche y siento su calor en el rostro. Una fresca brisa se cuela por la ventanilla a medio bajar, templando mi piel y alborotando mis rizos que se agitan rozando las mejillas. Sé a dónde voy, aunque no me lo haya querido decir. El trazado está grabado a fuego en mi piel y mi alma. Este camino me llevó hace unos meses hasta ÉL. Me llevó hasta el chico de mis sueños.

Últimamente, me pregunto con frecuencia cuantas veces puede salvarte la vida la misma persona. En mi caso, muchas. Quim me ha salvado de morir físicamente en dos ocasiones, pero he perdido la cuenta de las que ha rescatado mi alma.

El día que me sacó de aquel infierno, agarró con fuerza mi mano bajo el mar y nadó junto a mí con decisión. Sin titubear. Lo miraba y solo pensaba en hacerlo bien. Me concentré en respirar como me acababa de explicar Henchman.

Recuerdo el susto que me llevé cuando una de las lanchas de la Policía Nacional surcó el mar a toda velocidad sobre nuestras cabezas.

No íbamos a mucha profundidad por mi falta de experiencia. El estruendo provocó que me encogiera bajo el agua por la impresión. Quim paró y me encaró sujetando con fuerza mi mano. Con su dedo índice me señaló y después cerró el puño agitándolo delante de mí. Con tan solo dos gestos me dio a entender que yo era fuerte, que podía con eso. Cree tanto en mi valentía y fuerza que consigue convencerme incluso a mí. Casi muero de amor en ese instante. Asentí y volví a agitar los pies con fuerza, nadando todo lo rápido que podía.

No tengo conciencia del tiempo que tardamos en llegar a la lancha que nos esperaba. Antes incluso de que Quim llegara a subir del todo, la embarcación aceleró. Con desespero, mi chico, nos quitó las gafas a ambos, lanzándolas sin mirar donde caían, y me besó. Con fuerza, con anhelo. Desesperado, me decía con sus labios lo horrible que habían sido esos tres días. Y yo solo podía llorar desolada, aunque a la vez feliz por volver a su lado.

Lo tenía todo preparado en una mochila grande de la que sacó una toalla. Secó con rapidez mi cuerpo, coló una de sus sudaderas por mi cabeza y me ayudó con un pantalón deportivo que me tenía que sujetar para que no se me cayera. Él solo estaba pendiente de mí, mientras el caos de la justicia se desataba. El helicóptero sobrevolaba el yate y muchas, no sabría decir cuántas, lanchas de la Policía lo rodeaban.

La lancha en la que íbamos nosotros y que nos alejaba de aquello, iba directa a la orilla a gran velocidad y eso provocaba que rebotáramos contra el mar. Tenía que sujetarme con fuerza porque mi trasero volaba con cada golpetazo del barco contra las olas. Quim solo dejo de tocarme cuando no tuvo más remedio. Se quitó el neopreno y de la misma mochila, sacó ropa para él. En cuanto la lancha quedó varada en la arena, saltó al mar. El agua le cubría por debajo de las rodillas, así que extendió los brazos para cargar conmigo y que no me mojara. En cuanto pisó los granitos de arena me dejó en el suelo y me dijo «corre». Ni siquiera nos despedimos del hombre que conducía la lancha. Empecé a correr, sin importarme el temblor en las piernas o la quemazón en los pulmones. No me detuve ni cuando llegamos a las dunas. Sentía las piedras y las plantas clavarse en la planta de los pies. Pero eso tampoco me detuvo. La vi a lo lejos, la moto de Quim, y corrí aún más rápido pensando en que ella nos sacaría de este lugar y podría, por fin, dejar de oír el estruendo de las sirenas y el helicóptero. Nos pusimos los cascos y me aferré a la cintura de mi chico intentando fundirme con su cuerpo y que, de este modo, nunca más, pudiera separarme de él.

Tras un rato conduciendo a mucha más velocidad de la que me tenía acostumbrada, paró delante de una puerta donde rezaba: «Hospital Costa del Sol. Urgencias». Al quitarnos el casco, nos

detuvimos un segundo a mirarnos. Ahí estábamos, hechos un asco, llenos de salitre, con nuestros cabellos mojados y enredados. Descalzos sobre el asfalto. Pero todo eso no tenía importancia, lo único en lo que fui capaz de centrarme fue en sus ojos verdes kryptonita, que me miraban cargados de amor.

Dicen que en situaciones límites podemos hacer cosas sorprendentes, sin duda, puedo corroborar eso, yo soy una muestra de ello. Pero cuando todo ha pasado, la adrenalina hace el efecto contrario. Es en ese momento cuando la verdad empieza a hormiguear desde las puntas de los pies y va trepando por todo tu cuerpo. Consumiendo tu energía, hasta hace un instante desmedida, una que no sabías ni que existía dentro de ti. Asciende calentando tu estómago y constriñe la garganta. Cuando llega a la cabeza, sin más, te desconecta.

Al abrir los ojos tuve un d*éjà vu.* Volvía a estar en la cama de un hospital y mi guapísimo novio, intentaba abarcar todo mi cuerpo con sus brazos desde la silla en la que estaba sentado, justo al lado de la cama.

Mentiría si dijera que a partir de ese momento todo fue un camino de rosas. Bueno, sí lo fue, pero no uno lleno de tiernos pétalos. El mío estaba plagado de espinas.

No tenía ni un rasguño. Al despertar, el médico con un bonito acento andaluz decretó: «Estás perfecta, te damos el alta para que puedas volver a casa».

Perfecta dijo. Sin lugar a dudas, los médicos se equivocan. Mi carcasa, la que todos ven, incluso el interior, estaba en perfecto estado. No tenía ni siquiera una torcedura en el tobillo o un desgarro en el muslo por correr tanto como lo hice. Pero mi esencia, esa que no se ve ni en analíticas, ni en radiografías… esa, estaba destruida.

Neus y Alex ya estaban allí antes incluso de que abriera los ojos. Al parecer, Quim había estado en contacto con ellos todo el fin de semana y en cuanto les dijo que iba a salvarme, no lo dudaron ni un instante. Subieron al coche de Alex e hicieron diez horas hasta Marbella para estar conmigo y con mi chico, para apoyarnos. Y, sobre todo, para calmar su angustia. Neus me abrazó tan fuerte que creí que volverían a hacerme de nuevo las pruebas para ver si conservaba en buen estado las costillas. Y Alex, qué decir de este hombre. Me abrazó y acarició mi cabello sin soltarme. Me estrechó entre sus brazos tanto rato, que Quim, intentando calmar su preocupación, le tuvo que decir en dos ocasiones que estaba bien.

Después de eso, se quedaron los tres mirándome y las palabras brotaron sinceras.

—Os quiero muchísimo, a los tres. No podría tener una mejor familia.

Se lanzaron a la vez sobre mí y nos mantuvimos en ese abrazo colectivo hasta que saciamos nuestras necesidades de sentirnos, de verificar que estábamos todos bien. Nos queríamos. Era amor de familia, de amistad, amor del de verdad.

El día que salí del hospital llegó la mayor sorpresa. Una enfermera con dulce sonrisa sujetó la puerta cuando vio que pretendíamos salir. En cuanto crucé el umbral, lo vi. Su cuerpo descansaba contra un precioso coche deportivo rojo y él miraba su móvil, como siempre. Mis pies tomaron la decisión antes de que pudiera darme cuenta y salí corriendo en su dirección. Como si sintiera mi presencia, alzó la cabeza y nuestras sonrisas se encontraron. Unos instantes después yo me lanzaba a sus brazos.

—Has venido.

—Henchman. ¿Qué tal? —Le preguntó Quim cuando llegó a nuestra altura.

—Agente Puig —saludó él estrechando su mano una vez que lo dejé libre del abrazo.

—Por favor, llámame Quim. Ya no soy el agente Puig. Presenté mi dimisión al cuerpo hace una semana.

—¡Vaya! El cuerpo de los Mossos de Escuadra ha perdido un gran agente.

—Y yo he ganado al mejor hombre —dije con cariño rodeando la cintura de Quim con mi brazo, pero sin soltar la mano de Henchman.

—Me alegro, por los dos. —Sentí su mano apretar la mía en un gesto discreto de cariño.

No duró mucho más el encuentro. Mi protector es un hombre poco hablador. Pero eso no le resta el gran corazón que tiene. Al final, me equivoqué cuando creí que tuve el síndrome de Estocolmo, ya que él nunca fue mi secuestrador. Pero sí le cogí mucho cariño. Entre nosotros dos se creó un extraño vínculo desde casi el primer momento. No sabría cómo explicarlo, pero quería a este hombre como parte de mi familia. ¿Nunca has sentido que conectas a nivel emocional con alguien totalmente opuesto a ti? Eso es lo que nos había ocurrido. Podría decirse que es el hermano que nunca tuve. Ese con el que no compartes casi nada, con el que casi ni hablas, pero que siempre está a tu lado para librar batallas por ti y protegerte del mundo. Ese era Henchman.

Una vez más, el destino asomó en mi vida y lo situó a él en ella. Y estoy segura que para quedarse.

El día que Quim le confirmó que ya había despertado, Henchman le pidió mi número y ya no hemos dejado de hablar a diario por WhatsApp. Al parecer, cuando se trata de escribir se expresa más. Tampoco mucho, ¡eh! Un «¿cómo estás?» por la mañana y «¿qué tal has pasado el día?» por la tarde eran las frases más largas. Tras

explicarle lo poco anecdótico que te puede ocurrir en un hospital. Cosas como lo que había comido, o que la analítica había salido bien. Contestaba un «me alegro» acompañado de un emoji sonriendo sonrojado. Eso era todo. Pero lo suficiente para saber que estaba ahí, preocupado por mí, y lo más importante, que no iba a dejar de estar en mi vida.

Quim y él también habían creado una bonita amistad. Mi chico no tiene palabras para agradecerle todo lo que hizo por nosotros. Que me protegiera cuando él no pudo hacerlo, hizo que se ganara su respeto y también su cariño.

Todo lo que me ha ocurrido en estos últimos meses me ha hecho reflexionar, mucho. No dejo de darle vueltas a todo lo que he vivido. Lo bueno y lo malo. Pienso mucho en ello, y me doy cuenta de todo lo que he aprendido. Ahora sé que las personas vienen y van. Que unas se quedan y otras no. Que no hace falta estar media vida junto a alguien para quererlo, porque un simple detonante puede explotarte en el corazón. Que las personas que creíste que eran tu familia pueden dejar de serlo, pero que no pasa nada, porque pueden irrumpir en tu vida otras que llenan ese vacío. Estas llegan para hacerse con aún más hueco, abarcando lugares en tu corazón que no sabías ni que existieran.

Pero lo más importante, lo que más me ha marcado y enseñado el destino, es… que hay que aferrarse SOLO a lo que realmente te hace vibrar, te hace volar, te hace emocionarte. Hay que aferrarse al amor sincero y quedarte junto a este mientras dure. Porque hay cosas que se agotan, y no es que sea malo, solo hay que saber decirles adiós y dejar entrar lo nuevo, lo que te hace feliz.

Cuando Henchman se marchó, con la promesa de pasar unos días de sus vacaciones en Barcelona, fuimos directos al coche de Alex.

Quim decidió contratar un transporte para que llevara la moto a Barcelona y nosotros volvimos, los cuatro juntos, en el coche de Alex.

Nadie preguntó, ni hizo ningún comentario cuando mi cuñado, que conducía, extendió su mano y la entrelazó con la de Neus. Se miraron y fue palpable esa energía que los impulsaba a tocarse y sobre todo a sentirse. No se soltaron en todo el camino de vuelta.

El asalto al yate fue todo un éxito. La noticia se hizo eco en varios países. Muchos personajes políticos, algún reconocido actor y varios miembros de la mafia iban a ser sentenciados a prisión. Entre ellos, Leonid que estaba a la espera de juicio, pero le iban a caer tantos cargos que no volverá a salir de prisión en su vida. Morirá encerrado.

Xenia fue otro cantar. Volvieron a hacerle una evaluación psicológica y dictaminaron que tenía un trastorno de la bipolaridad severo, causado por las vivencias de su infancia y adolescencia. Al parecer, sus ojos vieron cosas horribles. Después del asalto tuvo un

brote de psicosis y la llevaron a un psiquiátrico de alta seguridad.

Aunque ella nunca pidió nada, Quim ha movido cielo y tierra para que contrataran a Irisha y que pudiera estar cerca de su hija. Está de limpiadora en el centro psiquiátrico. La llamó para confirmar que estaba bien y así era. Estar cerca de su hija y lejos de Leonid, la colmó de felicidad y paz. La pobre, después de media vida sufriendo, se lo merecía.

El resto de chicas rescatadas recuperarán su vida y sus pasaportes. La mayoría ha decidido volver a su país, junto a sus familias. Y a las que quieran quedarse, se les proporcionará una nueva identidad para que puedan empezar de nuevo.

El director general del psiquiátrico del que escapó Xenia, también está pendiente de juicio por aceptar los sobornos de Leonid y tomarse la ley por su mano, dejándola libre.

Al final parece ser que Leonid se equivocaba, y esta historia sí tiene un final de Disney. Si no fuera porque a mí me está costando y mucho recuperarme.

Es como si toda mi capacidad emocional hubiera rebasado su umbral. Neus dice que es tanto lo que he vivido, que mi mente se ha colapsado y es por eso que ahora parezco un encefalograma plano. Mis emociones son inexistentes. No lloro, ni río. No estoy contenta, pero tampoco estoy triste. Desde que salí de aquel hospital de Marbella me aferré al cuerpo de Quim y… ya. Eso es todo lo que he hecho en estas dos semanas. Permanezco a su lado veinticuatro horas al día. Él se desvive en atenciones. Por la mañana se mete en la ducha de mi piso conmigo y me enjabona y aclara con cariño. A pesar de estar desnudos y no poder controlar su erección al verme y acariciarme, el momento no tiene nada de sexual. Es abrumadoramente tierno.

Mientras desayunamos, pone de fondo la *playlist* que hice en nuestras vacaciones en Tossa, y después me obliga a salir a pasear. Ha empezado a refrescar, pero lo cierto es, que es agradable tomar aire fresco y salir de ese piso que sigue, varias veces al día, recordándome lo que pasó en él. Enviando recuerdos del día que casi muero en el suelo del salón. Por suerte, es piadoso conmigo y compensa los horribles recuerdos con algunos de los mejores de mi vida. Esos en los que Quim me hacía el amor en la cama bajo la gran fotografía de ambos, o él riendo a boca llena al verme bailar desnuda con descaro y deseo.

Esta mañana se ha levantado y ha salido de casa temprano. Cuando ha vuelto, ha aparecido con dos maletas bien grandes y me ha pedido que pusiera todo lo más necesario en una de ellas mientras él ya llenaba la suya.

—¿Dónde vamos? —le he preguntado.

—Vamos a recuperar a Chloe.

Capítulo 45



Ocho meses después.

Neus nos obligó. Así, sin más. Se plantó un día en casa de Chloe, una vez más acompañada de Alex, y nos forzó a subir a su coche. De nada sirvió que Chloe y yo nos negáramos. Cuando a esta mujer se le mete algo en la cabeza lo ejecuta, aunque con ello tenga que arrasar medio planeta. Si no, que se lo digan a mi hermano.

Alex entrelazó sus dedos con los de mi Diosa y entró en prisión con ella. Por nada del mundo iba a permitir que fuera a ver a esa escoria sola. Pero Neus ya había tomado la decisión, yo no podía entrar a ver a Juan. Alegó que esto era algo que tenía que hacer Chloe sin ayuda de nadie. Alex, solo fue de apoyo moral hasta la puerta en la que se enfrentaría a su mayor decepción en la vida. Permaneció fuera de la sala el poco rato que duró la visita.

En cuanto puso un pie fuera, Chloe, miró a Neus, suspiró con fuerza y le dijo «gracias, mi ángel». No entendí nada en ese momento, pero cuando salí del psiquiátrico, tras pasar cinco minutos con Xenia, lo comprendí perfectamente.

No hemos hablado de lo que sucedieron en esas salas. Pero en mi caso fue como si me quitara cientos de kilos de encima. Xenia, muy calmada, me dijo que me amaría siempre. No sentí nada, en ese momento me cuestioné a mí mismo si en algún momento llegué a quererla. Pero lo que de verdad me removió por dentro y liberó de esa carga que llevaba conmigo tanto tiempo, fue ver la verdad en sus ojos cuando me pidió perdón por lo de mis padres. Lo sentía de corazón. Ahí fue cuando lo entendí. Ella no los mató. La visita me abrió los ojos y comprendí que todo fue un terrible accidente, y que yo los había perdido, pero que ella, cargaría con esa culpa el resto de su vida.

Me despedí de Xenia para siempre. La saqué de mi vida por completo cuando le dije adiós. Cerré ese capítulo y sé que Chloe hizo lo mismo. Una vez más, Neus tenía razón. Necesitábamos esa última despedida.

Aparto ese recuerdo y me pongo un pantalón corto. Mientras bajo las escaleras, acabo de pasar el brazo por la camisa veraniega de manga corta, una de las preferidas de Chloe. Cuando llego al salón la veo. Saco el móvil y le vuelvo a hacer una foto antes de que se dé cuenta. Chloe ríe cada vez que me pilla, dice que podríamos empapelar una habitación entera con la misma fotografía. Es cierto, la repito cada vez que la pillo ahí. Pero si la vieras, tú también harías lo mismo.

Mi Diosa.

Está sentada en el pequeño tablón que colgué con gruesas cuerdas del sauce de nuestro jardín. Las ramas largas, repletas de hojas verde lima, acompañan el viento mientras ella se columpia con suavidad. Cuando va hacia delante estira la puntita de los dedos y parece que con ellos puede alcanzar el mar Mediterráneo. Sus rizos siguen fascinándome tanto o más que el primer día, verlos danzar por su perfil me enloquece.

Dejo descansar mi hombro en el marco del gran ventanal del salón, sintiendo la suave temperatura de principios de verano, y disfruto de las vistas recordando el día que la traje por primera vez hace ya ocho meses.

Quería darle una sorpresa, pero cuando llegué a la zona de curvas y vi asomar en su cara la primera sonrisa verdadera después de lo de Marbella, supe que ya había descubierto qué la traía a Tossa de Mar. Aun así, conservé el entusiasmo, porque la verdadera sorpresa no era esa.

No olvidaré nunca lo estresante que fueron para mí las dos semanas que pasamos en su piso de Barcelona. No quería separarme de ella en ningún momento. Y eso lo hizo todo más difícil. Gestionar todo sin que se enterara fue de locos. Por suerte, Alex y Neus me ayudaron. Con la sorpresa, con Chloe, incluso conmigo mismo. Aún

estoy buscando la manera para agradecerles todo lo que llegaron a hacer por nosotros.

Tenía que sacarla de su casa y tenía muy claro a donde llevarla. Pero, antes de nada, había que dejar todo listo para su llegada. Mi dulce, alegre, risueña y amorosa mujer se marchitaba por momentos dentro de esas cuatro paredes. Teníamos que darnos prisa.

Poco antes de llegar a la zona urbanizada de Tossa, cubrí sus ojos con un pañuelo y me entristeció ver que no tenía esa emoción desmedida que siempre la acompañaba cuando una sorpresa era para ella. Estaba tan rota. No me preocupaba, iba a mejorar. Ella me salvó y yo la salvaría a ella. Una y mil veces si hacía falta. Solo tenía que mostrarle el camino y ella sola se recuperaría. Chloe tiene una fortaleza increíble en su interior, solo que hay veces que se le olvida y tengo que recordárselo.

Aparqué el coche en la puerta de la bonita casa y la ayudé a bajar. La planté delante y me puse a su lado para no perderme su cara.

—Bienvenida a casa, mi Diosa.

Descubrí sus ojos y solo necesité un instante para ver que la iba a recuperar antes de lo que imaginaba.

—¿Cómo has dicho? —preguntó confusa.

—Ten, esta es tu copia de las llaves. Abre tú misma.

Volvió a mirar hacia la casa y supe que pensaba exactamente lo mismo que yo cuando la vi por primera vez. Esa casa estaba hecha para nosotros.

El día que vi la fachada principal en la web, no necesité más para saber que era la que iba a comprar. Sus dos plantas se alzaban sobre un manto de jardín verde y frondoso. Y unos preciosos porticones de madera pintados de azul cielo, quedaban abiertos para poder ver las grandes ventanas. Me recordó a la cocina del piso de Barcelona de Chloe, siempre decía que le encantaba desayunar sentada en el cielo. Ahora viviría en él.

Una chispa se prendió dentro de ella y un par de gruesas lágrimas resbalaron hasta sus labios. Cuando estrelló su boca contra la mía pude sentir la humedad salada y la saboreé, a sus lágrimas de emoción y a sus carnosos labios. No tenía prisa, teníamos toda la vida por delante. Así que me sacié todo lo que pude de su sabor, de su olor y de sus sedosos rizos que se enredaban en mis dedos.

Cuando la liberé, sin soltar su mano, la animé a que entrara. Empujó la puertecita del jardín delantero y con nerviosismo giró la llave. La robusta puerta de la casa estaba pintada del mismo color que los porticones. Cuando entramos, los dos nos quedamos sin aliento.

Alex y Neus habían ido antes para preparar todo tal y como les pedí. Pero la realidad superaba lo que había imaginado.

Como no había muebles, les pedí que montaran un colchón

hinchable en medio del salón y lo cubrieron con unas sábanas amarillas que mandé comprar a Neus. Justo al lado, una gran manta del mismo color estaba extendida en el suelo con un suculento pícnic. Lambrusco muy fresquito y pizza. Como la que comimos nuestro primer día juntos en la playa de Tossa. Para tener una bonita luz por la noche, un par de decenas de velas estaban repartidas por la estancia.

Unos grandes ventanales cubrían toda la fachada trasera de la casa, desde el salón hasta la cocina americana de concepto abierto. Creo que Chloe no vio nada más que las vistas. Como la casa estaba en un punto alto se veía el gran jardín verde y al fondo el mar. Era uno de esos días de octubre que parece que la primavera no quiere que el otoño se lleve el calor. Y el mar estaba exactamente como le gustaba a Chloe, lleno de purpurina y destellos provocados por el sol.

Caminó sin prestar atención a la romántica decoración y salió fuera.

—¿Esto es tuyo? —preguntó sin apartar la vista del horizonte.

—No, Diosa, esto es nuestro. Lo he comprado para nosotros. Para compartir mi vida entera junto a ti en el paraíso con el que siempre habías soñado.

Extendió una mano sin apartar la vista del horizonte y la tomé. Tiro de mí y cuando me tuvo a su lado dijo:

—Mi sueño siempre has sido tú. Te amo, mi Dios.

Epílogo



Corro aún más rápido, pendiente de no tropezar con las ramas de los árboles e intentando no resbalar con la gravilla del sendero. Pau, a sus diez años, ya es más ágil y rápido que yo. De tanto en tanto se gira y me sonríe canalla.

—Venga, papá, o volveré a ganarte.

Lleva ganando desde que a sus siete años empezamos a hacer esta carrera cada vez que venimos a pasar el día a Cala Bona. Es cierto que cuando era más pequeño le dejaba llegar el primero. Pero, el muy gañán, sabe perfectamente que ahora me gana por méritos propios.

En cuanto llegamos, tira las zapatillas deportivas y la camiseta en la arena y, sin pensarlo, se lanza al agua nadando con rapidez a crol. Podría alcanzarlo, incluso llegar antes que él. Pero miro al frente y por un instante dejo de respirar. Han pasado doce años y aún, cada vez que la veo sufro de apnea. Chloe está de pie sujeta al mástil de nuestro sencillo, pero fantástico velero.

Pasamos casi un año en Tossa sin trabajar. Chloe se recuperaba a gran velocidad, y cuando estuvo bien al cien por cien, decidimos

alargarlo un poco más. En ese tiempo solo disfrutamos de nosotros, nuestro amor y, bueno, remodelamos la casa de nuestros sueños. Lo hicimos casi todo nosotros y fue un proceso que disfrutamos muchísimo. Pintamos, reímos e hicimos el amor en todos los rincones. Daba igual el día o la hora. Éramos insaciables. Bueno, lo cierto es, que sigue siendo así.

Poco antes del siguiente verano adquirimos el negocio de submarinismo, y con él nuestro velero. La escuela con la que siempre buceaba quería cerrar sus puertas porque el inversor mayoritario decidió mudarse a otro país. Fue como, si una vez más, el destino quisiera ser bondadoso con nosotros. No lo dudamos ni un instante, nos lo quedamos. Nos va genial y pasamos media vida bajo el mar y otra media con nuestra preciosa familia. La que hemos formado.

Parece una sirena mitológica surcando el mar en su velero. En estos años ha dejado crecer mucho su cabello y ahora sus rizos son largos hasta su cintura, estos vuelan libres con el viento. Con uno de sus brazos rodea a Emma por el hombro, mientras Ivet me saluda sentada en la proa, agitando alegre sus pies que cuelgan por el borde. Sonrío al ver a mis mellizas con sus auriculares puestos. Llegaron justo dos años después de Pau. Sus melenas son rizadas como las de mi Diosa, solo que Emma es rubia como su madre, e Ivet tiene el cabello castaño como el mío. Neus está cansada de decirnos que no es bueno que pasen media vida con los auriculares puestos, pero, como decirles que se los quiten cuando Chloe hace lo mismo.

Venimos siempre que podemos a Cala Bona, pero hoy es especial, es nuestro aniversario de bodas. Nos casamos aquí mismo el verano que nos vinimos a vivir a Tossa de Mar. Paquita, la dueña del chiringuito, nos montó un riquísimo banquete. Fue una boda sencilla con los que más queremos en la vida.

Alex y Neus vinieron acompañados de sus padres. Tanto los de mi hermano como los de ella, nos consideran a Chloe y a mí, unos hijos más. Y han acogido a nuestros hijos como si fueran sus nietos. Ellos los llaman abuelos. Cosa que nos llena el alma de amor.

Por último, el padrino de mi mujer. Henchman. Ese hombre quiere tanto a Chloe como ella a él. Crearon una conexión peculiar entre ellos y se adoran. Para Chloe es como Alex para mí, su hermano. No se han separado en todos estos años. Es un tío poco hablador y algo reservado, supongo que les va genial en su amistad por eso mismo. Chloe habla con su verborrea incansable y él la escucha paciente y atento. Ella tuvo muy claro desde el principio que él sería su padrino de boda, no hubo opción a discusión. Además, Ivet es su ahijada. Y bueno, Alex es el padrino de Pau, y Neus de Emma. Todo ha quedado en familia.

Nos casamos al atardecer, descalzos y todos vestidos de blanco.

Con nuestros pies bañados por el mar que nos ha visto amarnos sin censura. Chloe llegó a la playa en uno de los dos veleros que alquilamos para la ocasión. En el más pequeño dormimos nosotros solos, era nuestra noche de bodas, ese momento era para nosotros dos. En el otro, estaba el resto de los invitados. Pasamos todo el fin de semana celebrando la boda. Navegando, riendo, buceando… fue perfecto.

Cuando estoy subiendo la escalerita del velero, ya está Chloe con la toalla esperándome.

—Ha vuelto a ganarte —dice sonriendo de medio lado.

—Porque le he dejado.

Ríe a boca llena, sabe que no es cierto, pero no lo dice. Está tan guapa cuando ríe así. Me besa y me pierdo en su sabor, abrazando su cuerpo y sintiendo la delicada piel de su espalda desnuda, una que deja al descubierto su hippie vestido blanco de tirantes.

Al mediodía y tras pasar la mañana haciendo snorkel con mis hijos, llegan todos. Han venido a celebrar el aniversario. Comemos en el chiringuito, como hacemos cada año en esta fecha. Es una preciosa tradición que no hemos perdido.

Mientras hacemos la sobremesa y tomamos café, suenan los primeros acordes. Miro a Paquita y ella me sonríe cómplice. Al ponerme en pie, tiro de la mano de mi mujer y la arrastro hasta pegarla a mi cuerpo, mientras la voz de Maluma comienza a cantar una de las canciones preferidas de mi esposa. *ADMV (Amor de mi vida)*. Me acerco a su cuello y tras besarle en ese punto que le arranca un suspiro, le canto al oído las que son mis estrofas preferidas.

Cuando nos falle la memoria y solo queden las fotografías
Que se me olvide todo menos que tú eres mía
Cuando los años nos pesen
Y las piernas no caminen
Los ojos se nos cierren
Y la piel ya no se estire
Cuando lo único que pese
Sea lo que hicimos en vida
Y aunque nada de esto pase, woh-oh
Eres el amor de mi vida, woh-oh-oh-oh
Eres el amor de mi vida, yeah yeah (dice)

Nos contoneamos despacio con la balada y veo a mi lado a todos. Nuestra familia al completo. Se han levantado y nos acompañan bailando. Sonrío al ver a Alex y Neus bailar con sus respectivos ahijados, no dejan de mirarse de esa manera que solo ellos son capaces, no tienen remedio.

Las manos de Chloe rodean mi rostro y dejo de prestar atención a

mi alrededor, ya nada más importa, solo ella. Sus ojos brillan cálidos como la miel a trasluz. Su piel está tostada por el sol y acaricio sus pequitas con mi nariz.

—Te amo, mi Dios. Feliz aniversario. —Sonríe preciosa.

—Te amo, mi Diosa.

Nos besamos como llevamos haciendo doce años. Nada ha cambiado. Lo que siento cada vez que me roza es inexplicable. No sé cómo serán los demás matrimonios, pero el nuestro cada día, aunque parezca increíble, está más lleno de amor. Abarco toda su torneada figura pegándola a mi cuerpo. Siento su calor fundirse con el mío. Reconociendo este lugar como el mejor del mundo. Pero unos brazos nos rodean con fuerza y rompen el momento. Ivet se ha lanzado contra nosotros reclamando atención. Tras ella, una embestida aún mayor, Emma.

—¿Cómo están mis tres preciosas Diosas?

Ellas sueltan una sonrisilla divertida por mi apelativo. Me hace gracia, no me canso de llamarlas así, y ellas siempre ríen cuando lo hago.

Pau pone los ojos en blanco, y suelta un «mira que sois cursis» que escucho sobre la música. Pero lo cierto es que cuando Chloe le susurra cada noche: «felices sueños, mi pequeño Dios», él se deshace con su madre. Extiendo el brazo, y aunque su orgullo de preadolescente hace que se lo piense un poco, al final cede y se abraza a nosotros.

Son estos momentos, enredados en los brazos de ellos, cuando más pleno me siento. Hubo un tiempo que pensé que nunca más podría ser feliz. Creí que mi vida estaba totalmente destruida y mi corazón no se recompondría nunca. Pero ellos llenan cada segundo que vivimos juntos. No podría ser más feliz ni aunque quisiera.

Son mi sueño hecho realidad.

Fin

Agradecimientos

Gracias a todas las personas maravillosas que llenan mi vida. Las que han apoyado este proyecto y me han colmado el alma con sus ánimos y palabras de cariño.

Marc, sin duda el chico de mis sueños y el amor de mi vida. Encontrarte hace quince años fue un regalo. Gracias por ayudarme y apoyarme siempre en todos mis locos proyectos. Por animarme como nadie lo hace y creer en mí más de lo que se puede llegar a esperar. Solo tú sabes manejar ese estrés máximo, que sufro con asiduidad, debido a mi exigencia personal. Creo que un idioma y un par de palabras no son suficientes para decirte que: te quiero, t'estimo, I love you, je t'aime, Ich liebe dich… y mucho más.

Gracias a mi mayor sueño hecho realidad, mis hijos. Marc y Martí. Con ellos no voy a buscar en mil idiomas como decir lo mucho que les quiero, esto se supone que no debe alargarse demasiado. No podría esperar más de vosotros. Gracias por respetar mi espacio y tiempos de trabajo. Gracias por ser tan perfectos.

Anna, Carlota, Estefaní y Marc, sois los mejores lectores cero que cabía esperar para este inicio. Me ha encantado ver como disfrutabais de esta historia tanto como yo. Sois muy importantes en mi vida y sin vosotros nada sería igual. Esta novela tiene algo de vosotros, porque tiene mucho de mí. Os quiero.

Sandra, desde el primer instante supe que conocerte había sido una suerte. Gracias por todo. Por tus correcciones, por embellecer La chica de mis sueños, y sobre todo por ayudarme con tantas cosas. Tu altruismo y amabilidad te convierten en una gran persona. Trabajar contigo ha sido todo un acierto y un placer.

Lily Vainylla, hay conexiones especiales y creo que la nuestra lo ha sido. Me has sabido entender, algo que no tenía nada de sencillo. No podría haber quedado más bonita la portada. Es perfecta y alucinante. Espero seguir compartiendo audios contigo.

Y, por supuesto, a ti también, mil gracias lector. Por escoger esta historia de entre miles. Espero que hayas podido sentir y mucho. Que te hayas emocionado y vibrado con Chloe y Quim tanto como lo he hecho yo. Si es así, no dudes en dejar un comentario en Amazon o en tus redes sociales. No solo me estarás ayudando a mí, sino que también lo harás con los lectores indecisos.

Ya estoy preparando la historia de Neus y Alex, para que podamos volver a encontrarnos.

Un abrazo lleno de cariño,

Natalí Navarro.

Si quieres conocerme un poquito mejor y estar al día de todas mis novedades, me puedes seguir en mis redes sociales:

https://instagram.com/natalinavarro_escritora?igshid=ZDdkNTZiNTM

https://www.facebook.com/profile.php?id=100089338931358